

Red Nacional de Escritoras y
Escritores Socialistas de Venezuela

Un día para siempre

Treinta y tres ensayos sobre el 4F

Prólogo

Federico Ruiz Tirado



**COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL
VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA REBELIÓN CÍVICO – MILITAR
DEL 4 DE FEBRERO DE 1992**

Diosdado Cabello Rondón

GJ Henry Rangel Silva

GD Miguel Rodríguez Torres

Rafael Isea Romero

Ronald Blanco La Cruz

Earle Herrera

Ernesto Villegas Poljak

Desireé Santos Amaral

Pedro Calzadilla

Carmen Bohórquez

Lionel Muñoz

Francisco Arias Cárdenas

Luis Reyes Reyes

Nancy Pérez

Alí Rodríguez Araque

UN DÍA PARA
SIEMPRE
TREINTA Y TRES ENSAYOS
SOBRE EL 4F

CARACAS, 2012

© De la compilación: Red Nacional de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela
© Comisión Presidencial para la Conmemoración del
Vigésimo Aniversario de la Rebelión Cívico-Militar
del 4 de febrero de 1992, 2012

COORDINACIÓN DE COLECCIÓN

Luis Felipe Pellicer

ASESORÍA EDITORIAL

Dannybal Reyes

DISEÑO DE COLECCIÓN

Dileny Jiménez

DIAGRAMACIÓN

Carina Falcone

EDICIÓN Y CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA:

Douglas García

Vilma Jaspe

Elis Labrador

Jenny Moreno

Carlos Zambrano

Arlette Valenotti

Yessica La Cruz

Hecho el Depósito de Ley

If 2212012900144

ISBN 978-980-7301-08-4

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

RED NACIONAL DE ESCRITORAS Y ESCRITORES
SOCIALISTAS DE VENEZUELA

UN DÍA PARA
SIEMPRE
TREINTA Y TRES ENSAYOS
SOBRE EL 4F



Prólogo
Federico Ruiz Tirado



PRESENTACIÓN

COLECCIÓN 4F: LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

Hace más de veinte años se forjó el comienzo de una incesante lucha. El pueblo de Bolívar sufría las consecuencias de una grave crisis acentuada desde comienzos de los años ochenta: el engaño, la represión sistematizada, la corrupción administrativa, la red de complicidades de los partidos políticos y la impunidad más insolente en el ámbito judicial convirtieron la crisis económica venezolana en una crisis del sistema político-moral, crisis cuya más cruda expresión se manifestó con la insurrección popular en contra de las medidas neoliberales de ajuste estructural de 1989 que conocemos como *El Caracazo*, evento que produjo un efecto constituyente para el Movimiento Bolivariano venezolano.

El año 1992 representó para los venezolanos y las venezolanas un hito histórico que definió y caracterizó el devenir de la política de nuestro país. Tienen arraigo en la memoria colectiva aquellos acontecimientos del 4 de febrero: insurrección cívico-militar de profundas convicciones sociales guiada por los más altos valores patrios. Al frente de la rebelión militar del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 del 4-F y con el *Por ahora*, Hugo Chávez se posiciona en el imaginario popular como un ícono de responsabilidad, valentía y heroísmo. Después de dos años de prisión enfrentados con dignidad se incorpora a la lucha política obteniendo el triunfo abrumador en las elecciones de 1998. Pero las bestias de la reacción y del imperio prepararon su metralla: Chávez es derrocado el 11 de abril de 2002. Horas después todas las fuerzas coaligadas del sector popular del 27-F, junto a las del ejército bolivariano del 4-F, reaccionan y el 13 de abril de 2002 destronan al títere impuesto por el Departamento de Estado norteamericano. Sucediéndose así

tres procesos en una sola dirección hacia el rescate de la soberanía: la histórica clarinada del 27-F; la reacción militar bolivariana del 4-F y el rescate del 13-A, como poder de la conciencia revolucionaria que define para siempre el rumbo socialista.

La Comisión Presidencial Bicentenario en virtud de celebrar los actos del 4 de febrero de 2012 y con el propósito de contribuir a la formación de la conciencia histórica que expresan estas nuestras más contemporáneas fechas patrias, presenta ante sus lectores una colección en la cual encontraremos los siguientes diez enriquecedores títulos: *27-F, para siempre en la memoria de nuestro pueblo* (compilación de la Defensoría del Pueblo); *Febrero* de Argén Rodríguez; *Historia documental del 4 de Febrero* de Kléber Ramírez Rojas; *Hugo Chávez: del 4 de Febrero a la V República* de Humberto Gómez García; *El Caracazo* (varios autores); *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias* de Reinaldo Iturriza; *Del 11 al 13. Testimonios y grandes historias mínimas de abril 2002* de José Roberto Duque; *4-F: la rebelión del sur* de José Sant Roz; *El poder, la mentira y la muerte, de El Amparo al Caracazo* de Miguel Izard; *Un día para siempre. 33 ensayos sobre el 4F*, compilados por la Red Nacional de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela.

Sugerimos, pues, al glorioso y bravío pueblo venezolano, sumergirse y sumarse en esta extraordinaria colección, única en su corporeidad, garante del pensamiento nacionalista revolucionario, rebelde en el espíritu reivindicativo que va plasmado en cada una de las obras de estos autores, conscientes de su papel con nuestra historia contemporánea.

PRÓLOGO

Federico Ruiz Tirado

*¿Qué es? Vaya qué aprieto. Es como diez limones/
Formando un caramelo, como toda mi sangre en solo cuatro gotas.
No sé si me he explicado:/ Contar los cuatro versos. Creo que ya está hecho.*

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

1

¿Cómo sobrevivir a la múltiple y fértil tentación de regresar, veinte años después, por el mismo sendero de huellas marcadas en los plurales caminos que nos dejó y ahora nos conducen al 4 de febrero de 1992? Esta interrogante comporta para mí una vigencia perentoria, quizás con plazos tan necesarios, que ojalá ningún pretexto los desdibuje o sustituya por los espejismos recurrentes de la historia.

“Hubo un antes y un después que significó el nacimiento de un proyecto político solicitado por el pueblo”, ha dicho el Presidente Hugo Chávez.

Es el pasado pensado en el presente, no solitariamente sino en el corazón palpitante de la multitud, en su viva y sonora horizontalidad. Todos con Chávez veinte años después frente a otros entramados, otros colapsos; unos propios y otros que no nos son ajenos, porque se expresan con tanto énfasis en el globo terráqueo, tales son sus campanadas, que nos hacen mirar el borde del futuro, por lo que no hay tiempo para preguntarse si dos más dos son cuatro, ni visitar a Maquiavelo.

El pasado tiene enseñanzas que no sólo tocan a los historiadores. José Carlos Mariátegui decía que era necesario explorar los nuevos símbolos que iban apareciendo en el paisaje ya descubierto por ellos mismos, atiborrado de contornos conocidos desde hacía un siglo en Hispanoamérica.

No se trata de regresar a parajes adánicos, sino de volver a las calles de Venezuela para otorgarle sentido a esa extraña disciplina que es la Historia descifrada, repasada, de cara a la escenografía de la revolución.

La tarea de enhebrar el hilo se ha cumplido, en principio, con acierto. La unidad profunda de estos textos tiene un correlato con la fuerza y el vigor de la reflexión colectiva que acompasa la movilización masiva del pueblo protagónico, vigilante, combatiente y defensivo de sus conquistas, entre ellas su más patrimonial y afectiva pertenencia: el liderazgo de Hugo Chávez.

En eso estamos todos los reunidos en este libro conmemorativo, zurcido con las ideas, el análisis, el corazón añejado, la íntima visualización, la sangre hirviendo; un libro hecho con las manos y las retinas, asistidos todos por los espíritus de la sabana, por los rancios retratos de la antigua familia, por los gigantes y diminutos y a veces invisibles dioses colectivos, que son los ojos del pueblo viéndose a sí mismo.

Al fantasma que sale del cuarto oscuro ya no le tememos: él se espanta de nosotros. Huye, retorna a la caverna de donde salió y convive con otros espectros de la historia de este país renacido, que aún evidencia sus costras de sangre –no hay por qué ocultarlas– pero en cuyos pliegues luce un epígrafe que deletrea su sueño, su más degustable epopeya, la nuestra, no la que otros intentan imponernos para distraernos: el *Por ahora* es nuestro amuleto contra la mala sombra.

No venimos de la nada, o sí: cargamos a costas con los escombros de una Venezuela paradójica, reluciente y aviesa. Una Venezuela confeccionada por una dirigencia política cruel, inicua, incalificable, que hasta la retórica (“gracias a la providencia”) y la activación de a veces insospechados, pero formal y constitucionalmente justificados mecanismos represivos, implícitos en la estructura de aquella “democracia representativa” para expeler todo síntoma de disidencia ideológica o reacción popular, les sirvió de sostén (cómodo recurso inocultable en los discursos del poder hasta 1999) para mantener insólitamente un decorado cuyo fondo siempre estuvo en off.

Desde hace más de tres décadas en off estuvo el cúmulo de voces y cuerpos que fueron callados y masacrados, pero sobre todo desde entonces, en los primeros planos del paisaje de la Venezuela petrolera, y en alto relieve, y camuflados por el consenso y el dopaje de nacionalismo que mareó a la sociedad venezolana cada que vez que estallaba un pozo de petróleo en sus narices, se mostraban las corporaciones privatizadoras, el libre mercado, los garfios del Fondo Monetario Internacional, las deudas, externas e internas, originadas en los negociados entreguistas de las élites criollas; en fin, la tramoya del neoliberalismo que tarde o temprano venía por nosotros como un lobo sonriente.

¿Quién olvida aquellas delirantes “medidas económicas extraordinarias” adoptadas por un jocoso, parlanchín y atlético Carlos Andrés Pérez, que recibió de “la providencia” una riqueza salvaje para diseñar el presupuesto de esta nación que dirigió junto a las castas del puntofijismo hasta 1989, cuando el pueblo le encajó un puñetazo en pleno rostro?

Tal fue el Caracazo (o el carajazo) y la triste porción de sangre que aún llevamos por dentro, que sin él hoy estaríamos en otra parte.

Así, el hombre que caminaba también dejó de hablar.

No más semántica; aunque congelada, y vaya que inusitada resurrección, convertida en ícono de quienes aún profesan la nostalgia por aquel país del más nunca jamás, otros hablaron por él.

3

En 1974 Alfredo Maneiro, tildado muchas veces de profeta en un sentido extrañamente quiromántico, pero reivindicado en su ternura, inteligencia, audacia y conciencia revolucionaria por Gustavo Pereira en su *Elegía*, “su verdadero nombre era sabiduría”, describió a una Venezuela pintada en las siguientes líneas con lucidez angustiada:

Cuando el entonces Presidente de la República Rafael Caldera pronunció su optimista salutación de Año Nuevo, dijo que “gracias a la providencia” en este quinquenio se contaría con los recursos para liquidar definitivamente el subdesarrollo. Puede discutirse el pronóstico del ex Presidente. Pero lo que es indiscutible es que desde entonces se orientó hacia el “milagro”, la explicación de las ejecutorías de AD... Tal y como venía marchando el “mundo de los negocios”, la entrada en escena de los nuevos y cuantiosos recursos arriesgaban un abultamiento de la evidencia de los “desarreglos” sociales hasta niveles de escándalo. Una situación tal sería de **imprevisibles consecuencias**, y a esta sociedad nada la conmueve más que la incertidumbre. A la luz de los ingresos había que salvar el capitalismo de la voracidad de los capitalistas, y era demasiado notorio que los niveles “razonables” de ganancia alcanzaban, a menudo, proporciones de estafa.

Las condiciones generales eran propicias para intentar un acomodo de nuestra estructura a los nuevos ingresos. Acomodo, claro está, que la fortalecería. Esas condiciones eran, básicamente, dos: la debilidad profunda del movimiento popular; la merma de la conciencia de clase entre los obreros y, consecuentemente, su reducida significación política; la lastimada confianza en sus propias fuerzas de importantísimos sectores de masas; en fin, todo un conjunto que la más de las veces inducía al escepticismo resignado o hacía fluctuar entre la ilusión y la desesperación. La otra condición era la refortalecida existencia de Acción Democrática. En efecto, en la nueva circunstancia, AD aparece como un partido particularmente dotado como una carta de triunfo. Su experiencia administrativa, la veteranía reformista de un conjunto organizado de cuadros con las organizaciones de masa, su madurez y sabiduría en su conocimiento y trato con la izquierda, a la cual le conocen sobradamente su debilidad de principios, su inconsecuencia y su vanidad, en una palabra su precio. Cosas como estas hacen de AD un partido (si de partidos se trata) insustituible para esta ocasión.¹

4

Advertidos por Maneiro, con su estelar diagnóstico, convertido casi en un instructivo para comprender el avance agigantado y el temple devastador del neoliberalismo entrando por las puertas de Miraflores, cocteleando en Consejo de Ministros, hablando en su idioma de origen y jugando a nuestras bolas criollas en nuestro propio patio (dícese de la soberanía reducida, humillada y suprimida), la Venezuela de entonces, en manos de unos forajidos, intentó renovar su contrato de recolonización mediante la imposición de una receta que incluyó el uso de las Fuerzas Armadas, por

1 *Notas Políticas*, Ediciones del Agua Mansa, 1986.

si acaso el paciente se resistía a ser llevado a la silla eléctrica del fondomonetarismo: privatización, libre mercado y destrucción definitiva de los servicios públicos y los derechos sociales.

En el 2003, Samuel Moncada, en un discurso memorable, dijo:

Pero la guerra no es el instrumento más osado para reducir la soberanía e independencia de las naciones. Hoy, hay empresas privadas que tienen presupuestos más grandes que los de muchos Estados Nacionales. Estas gigantescas corporaciones poseen ventajas en la competencia económica que llegan a convertirse en posiciones de dominio en los mercados mundiales. Su visión del mundo es simple: todo el mundo es un gran mercado, y todo obstáculo a la fuerza de los mercados debe ser eliminado. Esta es la economía global... En Venezuela, la epidemia del neoliberalismo llegó imponiéndose a sangre y fuego... La respuesta de los dirigentes de esa época fue brutal: no hay alternativa, es el pueblo el que no entiende la globalización, el nuevo orden internacional. La crisis no era solo de la economía, era también de un tipo de dirigencia, de un modo de concebir la democracia, de un modo de pensar la nación. En la década de los 90 los venezolanos resistimos a la agresión antipopular y antinacional buscando una respuesta distinta a la que nos ofrecían nuestros gobernantes.²

5

El “Por ahora” de Hugo Chávez en 1992 emerge del boquete, de la quiedad profunda que en 1989 potencia un ciclo de crisis de la Venezuela petrolera.

Germina el discurso de la transformación de Venezuela. Vence y nutre, desde la derrota de una acción militar fraguada, concebida para aplicar un torniquete a las ansias voraces de poder

2 2003. Acto de Solidaridad con la Revolución Bolivariana.

de sectores tenebrosos y conservadores dentro de las Fuerzas Armadas y, con audacia, para redimirse y proclamar que la esperanza, desde entonces, no iba a ser música desafinada: en lo sucesivo, la memoria colectiva, además de sacrificios, iba a contar con un chaleco salvavidas.

A unos todavía les martillea las sienes, y por eso decidieron arrastrar sus valijas a otras partes donde no ronda aquel fantasma del comunismo que vislumbró Marx (como creen que sucede aquí), sino la descomposición progresiva del monstruo del capitalismo y sus apéndices financieros. Es decir, aún no ha muerto, está moribundo, lo que es peor.

A otros les parece una pesadilla que un pata en el suelo, zambo y bembúo, “arañero” de Sabaneta, los haya conducido al fondo, no del abismo, sino a la bochornosa conciencia de sus clases y por eso escogieron “resistir”, curtirse de odio como método para aprender y enseñar odio y, sobre todo, para hacernos entender que no somos ni seremos iguales ni ante Dios ni ante el barrio, ni en el Oeste ni el Este.

Lo demostraron con furia el 11 de abril del 2002 y a diario nos persiguen con su prédica en los espacios públicos y en los medios de comunicación privados.

Para ellos, la Patria está en otra parte.

6

Desde el “Por ahora” de 1992 a la Constituyente de 1999 comenzamos a apartarnos del viejo camino. La gente desde entonces ha creado inéditas factorías culturales y políticas y el país se ha convertido en un ser vivo nacional, en un cuerpo conceptual político expresivo, fundado en el ideario constituyente que demolió el poder constituido de la IV República.

La diversidad cultural, la inclusión social, el desarrollo endógeno y el poder moral, no son prendas de una nueva apoteosis: son los espacios conquistados, las trincheras de la V República para continuar librando la batalla, dismantelar el conservadurismo y el fascismo que amenazan el proceso bolivariano y los principios de la IV República para trabar la Constitución de 1999.

Como adyuvantes de las metas que anteceden surgen el Poder Popular y las Misiones Sociales para enfrentar de nuevo al poder constituido. Sin la existencia de estos motores no es posible la refundación del país, ni profundizar la significación del Socialismo del siglo XXI, de inspiración indoamericana, que tiene como precursores a Simón Rodríguez, a Simón Bolívar, a Ezequiel Zamora, a Mariátegui, a Martí, a Jesucristo.

La meta de máxima inclusión de ciudadanos a los procesos sociales liberadores y la eliminación definitiva de la pobreza tiene como pilares fundamentales: alcanzar la ética socialista y la máxima felicidad posible.

Y lo estamos logrando.

Otros mecanismos liberadores se hallan en la noción de igualdad sustantiva, desmercantilización de las necesidades vitales y la reducción de la jornada de trabajo como mecanismos liberadores del capital.

La concepción del poder se transforma en un poder obedien- cial frente al mandar mandando del poder político occidental tradicional.

El poder no puede ser sino consensual.

Ahora avanzamos en la creación de la vanguardia colectiva del proceso revolucionario, como cadena de transmisión de los movi- mientos sociales y políticos revolucionarios.

Finalmente, es visible el avance de la nueva hegemonía que tiene como norte una política de liberación y de autodeterminación de los pueblos.

Del Por ahora del 92 a la Constituyente del 99, para la mayoría venezolana resuenan otras palabras: socialismo o barbarie.

LOS TEQUES, 10 DE ENERO DE 2012

DE LA COMPILACIÓN

Miguel Márquez

En nombre de la Red Nacional de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela (*reddeescritoresdevenezuela@gmail.com*), me ha correspondido, y por solicitud que agradezco de Pedro Calzadilla, Ministro del Poder Popular para la Cultura, convocar y reunir desde hace muy poco tiempo esta selección de ensayos sobre el 4 de febrero de 1992. De inmediato me di a la tarea de con la ayuda de Christiane Helena Valles y de Gonzalo Ramírez, con el apoyo de Luis Ernesto Gómez, coordinador ejecutivo de la Red, para la semblanza de los autores de este libro, y con la participación decisiva de otro miembro directivo de la Red: el poeta Luis Alberto Crespo.

Temiendo por la fecha de navidad, en lugar de veinte ensayos, como fue lo que se me pidió, pensé que era mejor ampliar el número para garantizar la publicación, evitando el sabotaje inherente a la fecha. La respuesta ha ido más allá de todo cálculo, pues el entusiasmo ha sido colectivo, al punto que me parece que podríamos continuar con otro volumen, dada la receptividad y las ganas de tantas y tantos por relatar, contar, compartir, lo que esa fecha significa.

Hablé con mi amigo y gran escritor Federico Ruiz Tirado, conocedor a fondo del tema que da lugar a este libro para que

hiciera el prólogo, y quien propició en 1978 el primer encuentro entre Hugo Chávez y Alfredo Maneiro en Maracay. He compartido con él toda la dinámica de esta convocatoria, que en mí ha significado la lectura, y en cierto sentido la edición de los textos, que, gracias a que todos los aquí presentes son escritoras y escritores de oficio, y muchos de justo renombre, mis correcciones de detalles fueron mínimas pero exigentes, pues el tiempo que tuvieron para escribir sus textos fue muy breve, y por esto, siempre hay que detenerse un poco en minúsculos pero reales tropiezos.

Ahora, cuando veo el libro en su conjunto, me alegra tanto; me alegra que este volumen sea sin duda una compilación de múltiples, inteligentes, auténticas, profundas miradas del sentido de esa fecha, de lo que esta gente piensa, siente y transmite (desde posiciones distintas, desde puntos de vista heterogéneos, desde perspectivas diferentes, desde numerosas zonas geográficas del país) sobre los orígenes y el significado de la Revolución Bolivariana. No me cabe la menor duda cuando pienso que este será un libro de referencia ineludible, escrito por intelectuales que hacen suya la convocatoria del pueblo para que ellos, las gentes que hacen de la escritura un destino, también den cuenta, como suelen hacerlo además, pero ahora en cuerpo plural y polifónico, de la gesta reciente y en proceso, de los movimientos populares, de los movimientos militares, de la energía que esa fecha encarna en el contexto mayor de las luchas históricas por un país más digno, justo, igualitario, verdaderamente libre, educativo, saludable, responsable, incluyente, diverso, rebelde, osado, democrático, participativo y protagónico de su existencia en el magma común de la polis.

En la mayoría de estos ensayos, el pueblo, el movimiento popular luce como vanguardia, adelante, acompañado por quienes han sabido estar a su lado, sean estos militares o civiles. La decisión de la soberanía los atraviesa, así como el bolivarianismo entendido

como sangre que nutre la vida de los ideales emancipatorios, la reflexión sobre el futuro, las deudas con el pasado, la angustia por avanzar con un ideario y una praxis robinsoniana, la que inventa a todo trance y evita los calcos o los remedos o los defectos de otras experiencias que debemos tener en cuenta al hablar de un socialismo de esta época y en este país y en esta América Latina.

El lector tiene en sus manos un libro vivo, una materia viva, donde la experiencia se conecta con la existencia, el compromiso con la memoria, el cuento con las imágenes de la comprensión y de la astucia, la reflexión íntima con el inatrapable devenir de la historia y sus contradicciones. Por eso, estoy seguro, este libro estará listo para confrontar, dialogar, imaginar, suponer, generar acuerdos y desacuerdos, críticas y discusiones, debates, y también celebraciones sobre el tema, o los temas mejor, que están presentes al considerar la fecha del 4 de febrero de 1992.

En este conjunto de ensayos uno ve que un nutrido y destacado grupo de intelectuales buscan y encuentran el timbre, el tono, la zona eléctrica de las palabras, para que este bendito y complejo momento de Venezuela profundice en sus logros, en sus dudas, en las preguntas que le pertenecen, para que así el movimiento popular siga con la voz en alto, con el cuerpo en alto, con sus símbolos en alto. Esta es la hora de volver a decir, en alto, que otra vida, y muchísima mejor era y es posible, y en nuestras manos está la decisión para mantener y resolver los retos de este desafío.

LA OTRA INDEPENDENCIA

Gustavo Pereira

I

En la época en que Humboldt llega a las costas de Cumaná (1799), entre los casi 900.000 habitantes que registran sus fuentes como población de la entonces Capitanía General de Venezuela, la inmensa mayoría, estratificada en castas, estaba constituida por unos 464.352 de los llamados pardos (es decir, mestizos, mulatos, cuarterones, zambos; o como expresara un texto de la época: “una generación propagada no por la santa alianza de la ley, sino por las torpes uniones reprobadas por la religión”); unos 161.354 indios sobrevivientes de la hecatombe conquistadora y colonizadora, y otros 87.800 africanos negros esclavizados.

La minoría de privilegiados la integraban seres bien visibles: 184.727 blancos españoles y sus descendientes, los llamados blancos criollos, y entre ellos 658 que podían considerarse privilegiados entre los privilegiados porque eran los propietarios de la tierra.

A lo largo de tres siglos de coloniaje este cuadro poco había cambiado.

II

El 20 de enero de 1830, ataviado en uniforme de gala pero sumido en los desasosiegos de la desilusión, ante el Congreso Constituyente convocado en Bogotá para renunciar a todo poder, Bolívar concluye la lectura del discurso inaugural.

Pese a que ignora que serán sus últimas palabras públicas, siente lacerarse su corazón al pronunciarlas: “¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”.

El hombre de las dificultades, vencido finalmente por éstas, acude sin embargo, como otras veces, a fuerzas de su indomable voluntad y agrega: “Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlas bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad”.

El único bien: la independencia –decía.

Pero una independencia que en lo esencial –él lo sabía– había dejado intactas las abyectas estructuras coloniales.

Una independencia forjada en sangre de patriotas pero erigida como inútil estandarte por quienes después la destinaron a simple papel declarativo. Una independencia que los más lúcidos y sensibles de los libertadores, Bolívar el primero, sentían de manos atadas, incautada por oligarquías insensibles y vasallas, y políticos y militares a su servicio.

Así pasaron casi dos siglos de vida republicana.

III

Siglo y medio después de aquellas palabras del Libertador, en una Caracas cercada por los espantos de la miseria y la segregación, un joven comandante, a la cabeza de un movimiento de oficiales,

soldados y civiles que se hacía llamar bolivariano, insurge contra el gobierno de turno, el de Carlos Andrés Pérez. Las razones de la sublevación parecían, como otras veces, las clásicas de toda rebelión o golpe de Estado, pero en esta ocasión distaban de ser invención de enfebrecidos sediciosos. Saltaban a la vista.

Luego de cuatro décadas de democracia representativa, heredera de otra década de dictadura, las cifras de la Oficina Central de Estadísticas y de Fundacredesa, divulgadas por la empresa Data-nálisis en agosto de 1998, apenas seis meses antes de ser elegido presidente el comandante de aquellos insurrectos, revelaban que de una población de 22.789.025 habitantes, el número de personas ubicadas en los estratos D y E (pobreza estructural y crítica) alcanzaba el 77%, lo que significaba más de dos tercios de venezolanos miserables, entre ellos más de siete millones de niños sin hogar o escuela y de éstos más de cuatro millones con severos cuadros de desnutrición. El diario *El Nacional*, en fecha 17 de octubre del mismo año electoral, presentaba el complemento de aquel cuadro: con una deuda externa de 26.016 millones de dólares, Venezuela padecía una tasa de inflación del 39.9%, la más alta de América Latina.

Cual vergonzoso inventario contumaz, tal había sido nuestra historia a lo largo de doscientos años de vida republicana.

IV

En todo aquel tiempo cuanto se hizo y se deshizo desde el poder para cambiar la perseverante devastación, de buena o mala fe, no solamente resultó inútil; a la postre, la devastación había crecido hasta devorar políticamente a sus creadores.

No fueron aquellos, sin embargo, tiempos de inalterables letargos ni de lastimosa resignación. Incontables protestas y

levantamientos, fervorosas vanguardias, luchas armadas y desar-
madas, agrupamientos, uniones y divisiones, irrisorios fragores,
nutridas y combativas manifestaciones se sucedieron año tras año.

Pero la historia no pocas veces se ha mordido la cola y si bien
puede resultar disciplina de idiotas profetizar qué chispa incen-
diará la pradera, no es difícil conjeturar, aun siéndolo, cuál pradera
se incendiará.

Se requería pues, amén de condiciones objetivas, la diana
destellante, la llamarada de la temeridad, el valor de la razón suble-
vada para que el alma colectiva se irguiera y nuevas presencias y
voluntades despertaran.

La insurrección de febrero, y sobre todo la figura de Hugo
Chávez asumiendo en la derrota la dignidad de los sensibles, fue
apenas la burbuja que asomó lo que por dentro del alma popular
bullía.

Un anciano ex presidente conservador, el doctor Rafael
Caldera, había vislumbrado entre la niebla de la confusión de
aquellas horas lo que después ocurriría. Lo anunciaban entre
prevenciones y galimatías los menos sordos entre las élites ensor-
decidas, los menos ofuscados entre los intelectuales enceguedidos,
los menos arrogantes entre los políticos ensoberbecidos. Ellos
sabían cuáles praderas iban a arder.

V

No fue sino hasta 1999 cuando, alentado por la iniciativa del
recién elegido presidente Chávez, el pueblo venezolano decidió
asumir las riendas de otro destino y aprobó, en procura de ello, la
Constitución más democrática que jamás conociera.

Desde entonces otra realidad comenzó a delinearse. Pero una
Constitución puede servir para muchas cosas o no servir para nada.

Lo que intento decir es que a partir de entonces cuanto ocurre en Venezuela, con todos los errores, omisiones y flaquezas inherentes a la condición humana, con todos los extravíos, torpezas e inexperiencias, con todos los desaciertos, confusiones y desbordamientos cometidos o por cometerse, constituye, después de la gesta liberadora, el más denodado y profundo esfuerzo en la búsqueda de la segunda y verdadera independencia.

No me llamo a engaño.

- Sé que la verdadera independencia sólo podrá alcanzarse cuando las grandes mayorías trabajadoras de nuestro pueblo detenten, como comienza a ocurrir, el control de la producción y sean ellos, en sus propias comunidades, quienes decidan lo que más convenga al interés colectivo.
- Sé que la verdadera independencia la obtendremos cuando la cultura deje de ser adorno o accesorio ocasional y el Estado, en todos sus estratos y entidades (desde el poder comunal y municipal hasta el central) la asuma como núcleo del desarrollo emancipador para que la creación y el acceso a los bienes culturales se convierta en hecho cotidiano equiparable al alimento.
- Sé que la verdadera independencia la conquistaremos cuando el poder popular logre desatar o cortar definitivamente los nudos de la alienación que la barbarie mediática y sus patrocinadores imperiales mantienen sobre nuestros niños y adolescentes con sus programas de basura.
- Sé que la verdadera independencia la alcanzaremos cuando Nuestra América, la América martiana, sea una, y de esa integración nazca, como quería Bolívar, la más prodigiosa de las naciones no tanto por sus riquezas como por sus virtudes. Aunque mi menester y razón de vida ha sido, es y

será la poesía, oficio que algunos tienen por etéreo, no me forjo arcádicas quimeras en medio de mi derecho a soñar.

- Sé que los imperios y sus beneficiarios han vivido y viven del saqueo y de la guerra y no es casual que los actuales países pobres hayan sido alguna vez sus colonias.
- Sé que la dictadura de los mercados financieros, sostenida por las grandes potencias y erigida en amenaza real y cada vez más descarada contra las naciones que ellos denominan despectivamente Tercer Mundo, ha intentado, intenta e intentará cercenar por todos los medios, incluido el militar, los movimientos emancipadores de nuestros pueblos.
- Sé que el desarrollo capitalista de Occidente ha puesto en vilo la propia vida en el planeta, contaminando aire, aguas y tierras, destruyendo bosques y hábitats y alterando sensiblemente el equilibrio ecológico. Pero nadie impedirá nuestro derecho a la esperanza fundada.
- Sé que esa esperanza, como en aquel 4 de febrero, como en aquel *por ahora*, se conquista con el esfuerzo común, el poder de las virtudes y la lucha de cada día.
- Y sé que en esta lucha no hemos estado, no estamos ni estaremos solos.

FEBRERO EN LETRA ROJA

Earle Herrera

Los libros que recogieron y plasmaron la realidad y los hechos de la década violenta (la guerra de guerrilla de los años 60) vieron la luz al final de la misma y durante todo el decenio de 1970. Luego bajó la marea roja literaria, como ya venía descendiendo en el campo de la lucha política. No se pudo, por entonces, tomar el cielo por asalto. La utopía seguía siendo eso: utopía.

La década de los 80, llamada la “década perdida” para Latinoamérica, encuentra a una juventud desmotivada y a sus mayores, de retorno de un sueño irrealizado. En Venezuela sigue gobernando el bipartidismo, conformado por los partidos Acción Democrática y Social Cristiano Copei, pero incluso éstos empiezan a dar signos de decadencia y son más maquinarias electorales que organizaciones compenetradas con las masas populares. En 1983 la moneda venezolana se va a pique con respecto al dólar y se desata una incontenible fuga de divisas. El mito de la “Gran Venezuela”, alimentado bajo el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez al calor de los altos precios del petróleo, se desmorona en lo que se conoció como el “Viernes Negro”. El Estado paternalista ya no tiene recursos para seguir ejerciendo ese rol, ni los partidos tradicionales para mantener unas militancias más clientelares que ideológicas o

doctrinarias. La incertidumbre y el desencanto se apoderan de las conciencias.

En el mundo las tesis neoliberales traspasan las fronteras. Su puesta en práctica en América Latina, mediante políticas económicas de “shock”, resultan traumáticas y cruentas. Venezuela no será la excepción. A los sentimientos de solidaridad se anteponen los del individualismo. Los escritores parecen ausentes de todo este proceso. Las tesis del fin de la historia y de la muerte de las ideologías alimentan lo que llega a denominarse “escepticismo postmoderno”. También el arte en general y la literatura en particular, se habían vuelto hacia sí mismos.

En los años sesenta adviene un nuevo sujeto literario radical: el revolucionario en lucha contra el imperialismo. Pero en la era del vacío parece difícil encontrar otro sujeto, tanto en la realidad sociopolítica como en la literaria. A menos que se considere tal el protagonista recurrente de la narrativa del período: el desubicado, el perplejo, el ser a la deriva y en declinación (Britto García:1999:78).

El anterior juicio pertenece a Luis Britto García, ensayista y narrador venezolano, dos veces Premio Casa de las Américas de Cuba, hombre que vivió y escribió intensamente la década violenta. Britto capta y analiza el tiempo que se vive y los cambios que se dan tanto en la realidad sociopolítica como en el quehacer artístico. La literatura, sin asidero en el presente porque este es el vacío y el escepticismo, vuelve la vista hacia el pasado, busca sus personajes en la historia. La utopía es sustituida por la nostalgia y el guerrillero heroico por el ídolo popular, llámese este Pedro Infante, Celia Cruz o Daniel Santos. El escritor procura despojarse de la carga retórica de los años violentos y su literatura deviene espejo de su tiempo.

Más que reflejo, expresión y representación de la época que se vive.
De esta escritura creativa:

Disuadida de la esperanza de ejercer alguna influencia en el perfeccionamiento social, se ocupa del perfeccionamiento propio. De allí el extremo formalismo, el virtuosismo, los juegos estilísticos, las mímisis distanciadas y distanciantes. Aún sin proponérselo, expresan el tiempo que se vive (Britto García: 1999: 95).

La realidad latinoamericana, sin embargo, no permite mirarse el ombligo por mucho tiempo. La aplicación de las recetas económica neoliberales en Venezuela terminó con la apatía que signó la llamada “Década perdida”. El pregonado “escepticismo post-moderno” se vio de pronto rodeado de un estallido popular. Con el sacudón que el mundo conoció como “El Caracazo”, en 1989, concluía una etapa de la vida nacional que, en su aparente paz social y política llevaba la procesión por dentro. Si el levantamiento popular sorprendió a la clase gobernante; si la izquierda no estaba en la parada cuando pasó el autobús de la revolución, también esta vez la realidad fue a buscar a la literatura a su aposento y a sacarla de allí. Algo estaba pasando allá afuera y los escritores son curiosos por naturaleza, si no entrometidos. Los periodistas ya estaban en el campo de batalla. Las letras empezaron a plasmar la realidad. ¿O fue al revés?

No pretendemos, en lo absoluto, establecer comparación alguna entre la literatura de la década violenta y la que se generó a raíz del Caracazo. Aquella cubrió un decenio y algo más, toda una etapa de la historia reciente del país. Una generación dejó su juventud en ese proceso. Sus efectos y consecuencias, además de políticos, marcaron y afectaron a sus protagonistas, familiares y amigos. El Caracazo, en cambio, duró una semana, aunque sus efectos se hayan prolongado en el tiempo. Fue, como se le

denominó, un estallido, un sacudón. Y a la literatura que lo expresó bien se le puede calificar de letras de emergencia, signadas por la conmoción y la inmediatez. Pero estas letras tienen, en lo que se escribió entre 1960 y 1970, un antecedente no solo temporal sino también temático. Ese antecedente temático, otra vez en la historia de Venezuela, es la violencia. Aquella –la del decenio de la guerra de guerrillas– fue una violencia organizada, orientada en lo político y sustentada en lo ideológico. La del Caracazo fue espontánea, desorganizada, sin dirección ni objetivos y, durante los primeros días, casi sumió al país en un estado de anomia nacional.

Aquella, la literatura que surgió al calor de la lucha armada contra el sistema, tuvo un sujeto literario en el guerrillero revolucionario, para decirlo con Britto García (1999). Esta literatura de emergencia del Caracazo no tuvo ni podía tener un sujeto literario identificable e individualizado. El sujeto eran las masas, por algunos llamada “la chusma”, especie de Fuenteovejuna en el que todos eran protagonistas y nadie lo era. Si este fenómeno social generó una literatura fue porque, pese a su corta duración, estremeció y resquebrajó todo el edificio institucional del país. Fue tal su intensidad que tres años después, en 1992, dos rebeliones militares buscarían poner fin al sistema bipartidista que se instauró en el país cuatro décadas atrás.

El estallido popular de 1989 tuvo otra característica totalmente ausente en alzamientos de masa del pasado: su transmisión directa y en vivo por la televisión. Desde los conatos de protesta en la ciudad de Guarenas y en el terminal de pasajeros del Nuevo Circo de Caracas, la radio y la televisión estuvieron presentes. Las cámaras siguieron la chispa del levantamiento popular desde el mediodía del 27 de febrero. Ya en la tarde todo se movía en las pantallas como en cámara rápida en un incesante torbellino de imágenes. De todos los cerros que rodean a la ciudad bajaban

masas humanas a incorporarse a los saqueos. Quien una hora antes miraba los acontecimientos en su televisor, ahora aparecía en la pantalla, corriendo con una cocina al hombro o intentando derribar la reja de alguna casa comercial. Parecía haberse metido en su aparato de televisión para involucrarse en los acontecimientos. Así se cruzaban la realidad y las imágenes. El televidente pasaba al rol de actor de los acontecimientos y viceversa. Asomarse a la ventana del apartamento o de la casa daba un pedazo de visión de lo que ocurría en la calle; en cambio, la pantalla chica entregaba lo que estaba pasando en toda la ciudad y, pronto, en todo el país, a través de corresponsales y enviados especiales a las principales ciudades del interior.

Las imágenes de saqueos, carreras, empujones, acción policial, detenidos, muertos y heridos, más que sucederse, se yuxtaponían y entrecruzaban en una suerte de inusitado *collage*. Los periodistas corrían detrás de todo esto. Los escritores, en sus casas, estaban abrumados. Encima les caía una lluvia de historias y hechos que no tenían por dónde asirla. La televisión no solo reflejaba la realidad, también la construía con su descarga de imágenes inconexas. El sentido de la realidad estaba en un limbo, si no se había perdido. Por eso, cuando retornó la calma –la tensa calma de los días siguientes– todos nos sentíamos culpables de algo. Quienes no se movieron de sus casas tenían otra sensación: la de haber sido partícipes de los acontecimientos. La televisión, en este sentido, jugó un papel de primer orden que estudios distintos a este intentaron analizar y explicar.

Las clases en el poder buscaban culpables en un intento de racionalizar la situación. Algunos explotaron sentimientos de xenofobia culpando de los saqueos a indocumentados procedentes de países vecinos o cercanos (principalmente a colombianos, ecuatorianos, haitianos y dominicanos). Altos dirigentes del partido

de gobierno, Acción Democrática, denunciaron una subversión de izquierda dirigida por los ya sexagenarios ex guerrilleros de la década de los 60. Como siempre, detrás de toda aquella anarquía estaría la figura de Fidel Castro, según algunos columnistas. Pocos aceptaban la realidad de un pueblo que estalló cansado de promesas, con los canales de participación cerrados, sin organismos de mediación ante los poderes constituidos y con la convicción de que los verdaderos saqueadores del país eran los políticos.

Todos estos elementos, piezas deformadas de un rompecabezas en el que no encajaban, todo este drama humano, colectivo e individual, generaron lo que hemos llamado “letras de emergencia”. No las del periodismo informativo, objetivista, sino las de aquel que hubo de recurrir a la literatura para poder plasmar, en toda su dimensión, las distintas caras de una realidad confusa y compleja. Y desde la otra acera, la de los literatos que saltaron de sus mesas para indagar en la calle como reporteros de su tiempo. Así se cruzaron los roles entre periodistas y literatos porque así lo exigía la representación que, mediante el lenguaje escrito, buscaron hacer de la realidad. Pronto las páginas del periódico se convirtieron en las hojas del libro. Las primeras obras que aparecieron sobre El Caracazo se conformaron con textos que habían visto la luz en la prensa diaria. Pero no cualesquiera textos, sino aquellos que por su forma y contenido perdurarían en el tiempo.

En América Latina las letras y la realidad se nutren y se relatan desde los tiempos fundacionales de las crónicas de Indias. Así siguió siendo en los escritos costumbristas, en la novela de la tierra, en las expresiones del realismo mágico y, cómo no, de lo real-maravilloso americano de las que ya nos hablara Alejo Carpentier en *El reino de este mundo* (1966). Literatura y realidad se volvieron a nutrir y a condicionarse –o si se quiere, a influirse– durante los violentos años de la década 1960-1970. Y luego de un período de ensimismamiento

literario, el estallido popular de 1989 –el *Caracazo*– sacó a los escritores de sus búsquedas formales, estremeció sus conciencias y reclamó su atención. La historia de estos días, más allá de las noticias, había que plasmarla y contarla. El “Papel Literario” del diario *El Nacional* (07-03-89) invitó a un grupo de literatos a escribir sobre el suceso en caliente, interesante experiencia común y corriente en otros países (sobre todo en Estados Unidos), pero inusual en Venezuela. Los escritores, a diferencia del periodista, se toman su tiempo para llevar al lenguaje o a la ficción narrativa los hechos inmediatos, de los que forman parte. Prefieren distanciarse un tanto de ellos, dejarlos decantarse, para luego reconstruirlos verbalmente.

Sin embargo, en esta oportunidad, la intensidad y lo sorprendente de aquel fenómeno social y la forma en que se expandió por todo el país, los impulsó a aceptar la invitación del diario. Lo asumieron como una responsabilidad social y ofrecieron, literariamente, su versión (o su visión) de los acontecimientos.

Bajo el título común “Todavía hay gente que sueña”, a nueve días del sacudón social, con las garantías suspendidas, aparecieron los escritos del novelista Carlos Noguera, el poeta William Osuna, el cuentista Ángel Gustavo Infante, el ensayista Alfredo Chacón, los narradores Marcos Tarre y Víctor Fuenmayor, y el también poeta Alfredo Silva Estrada. Los géneros: cuentos breves, poemas, reflexiones, en fin, literatura de alta factura en un momento en que la lluvia de noticias e información saturaban el discernimiento. A través de estos textos el lector se asomaba a los hechos por otra ventana. Y quizás en ellos captaba la dimensión humana y el drama menudo de los acontecimientos.

Otros literatos escribieron sobre aquellos días, pero más como columnistas que en función de la creación literaria. Sin embargo, un narrador polémico, controversial, atormentado, andaba por las calles observando lo que ocurría y anotando en su cuaderno.

Era el escritor Argenis Rodríguez. Él nos entregaría la primera –y hasta ahora la única– novela del Caracazo, con el lacónico título de: *Febrero* (1990).

Tres años después del levantamiento popular de 1989 se dio la rebelión militar que rasgó la madrugada del 4 de febrero de 1992. La historia de Venezuela, fracturada con el Caracazo, experimentaba sin que los actores y testigos del momento lo percibieran, un cambio definitivo. La expresión “Por ahora” del líder de los jóvenes militares del 4-F, no solo prendió en las masas populares sino que resultó una profecía cierta. El 6 de diciembre de 1998, el ex presidente Luis Herrera Campins pronunciaría, en su lenguaje llanero, un refrán que resumía la realidad: *A comprar alpargatas, que los que viene es joropo*. Los protagonistas de la rebelión militar del 4-F llegaban al poder, paradójicamente, por la vía electoral. El “Por ahora” de febrero de 1992 se convertía en “Ahora”, en diciembre de 1998.

El 4-F como manifestación de un movimiento cívico-militar, se convirtió casi de inmediato en materia bibliográfica y en tema de canciones y poesía popular. Luego vendrían los libros de analistas, intelectuales y pensadores, desde la obra *Golpe y Estado en Venezuela*, publicada en ese mismo año (1992) por el doctor Arturo Uslar Pietri, hasta el libro *Las crisis de la Venezuela Contemporánea (1903-1992)* de Manuel Caballero, editado en 1998.

Las rebeliones militares de febrero y noviembre de 1992 han generado ensayos y análisis históricos, políticos y sociales, pero no han llegado a la ficción. Ello se explica no solo por la cercanía en el tiempo de los acontecimientos, sino porque sus protagonistas siguen actuando en el momento presente. Los géneros narrativos que plasmaron los sueños y las luchas de los años 60 no tienen por ahora la perspectiva de aquel febrero que cambió la historia de Venezuela. Sus protagonistas no son todavía personajes del cuento

y la novela por la sencilla razón de que son personajes de la realidad actual y actuante. El 4-F como fecha histórica se estudia, se piensa, se interpreta y se analiza. Su proyección como Revolución Bolivariana ha sido motivo de una extensa bibliografía. Mención aparte merece su máximo líder, el comandante Hugo Rafael Chávez Frías, sobre quien se han escrito tantos libros que lo han convertido en un verdadero fenómeno bibliográfico. El diario *Últimas Noticias* del 23-09-2010, reseñó al respecto:

Un total de tres mil 133 libros que tratan sobre el Presidente de la República, Hugo Chávez, y el proceso político que dirige, reseña el historiador Rafael Ramón Castellanos en su obra *Hugo Chávez y la Revolución Bolivariana*, editado por la Fundación El Perro y la Rana, el cual es producto de un trabajo de recopilación de materiales relacionados con el Jefe de Estado desde 1989... Castellanos afirmó que lo reseñado en su libro constituye 60% de lo que se ha editado, y destacó que en EEUU para 2005 había 150 tesis de ascenso y de grado, así como tres libros en japonés, obras en alemán, árabe, chino, lenguas africanas y lenguas indígenas.

La expresión “En letra roja” es el título de un ensayo del gran escritor Orlando Araujo. En el mismo analiza nuestra literatura en los contextos de la violencia histórica que ha marcado nuestro devenir como pueblo revolucionario. Roja será letra del cuento, la novela, la poesía y la dramaturgia que plasmen los acontecimientos y dramas de febrero de 1992. Lo demás, para los académicos, será bibliografía.

PUEBLO Y EJÉRCITO

Luis Britto García

*No sé por qué dices tú Soldado, que te odio yo
Si somos la misma cosa
Yo y tú. Tú y yo.*

NICOLÁS GUILLÉN

REFLEXIONES SOBRE EL 4 DE FEBRERO DE 1992

1

No puede haber ejército sin pueblo, ni pueblo sin ejército. Ello es evidente en nuestros países, que se independizaron con una guerra revolucionaria. Contradice la naturaleza misma de un ejército el servir intereses de una minoría de la población o de una potencia extranjera. En tales casos, no se puede modificar al pueblo para que se identifique con el ejército. Hay que cambiar al ejército para que se identifique con el pueblo. Esto se logra mediante la creación de un nuevo ejército revolucionario que sustituya al anterior, como en el caso de México, Cuba o de Nicaragua, o mediante la progresiva identificación del ejército con la causa popular, como ocurre en diversos momentos en Bolivia, Panamá, Argentina, Perú y Venezuela.

La rebelión militar del 4 de febrero de 1992 replantea para Nuestra América el tema de las relaciones entre pueblo y ejército en tiempos de Revolución.

Ejército, pueblo en armas. No hay tropa que no sea popular. La mano que empuña el fusil cultiva la tierra o funde el acero. Un pueblo y un ejército solo pueden ser utilizados contra ellos mismos cuando se los sujeta a la disciplina y se confía la imposición de esta a una minoría privilegiada. Sin disciplina no hay ejército, sino individuos armados. Sin conducción no hay milicia, sino anomia. Quien selecciona normas y oficiales maneja los ejércitos. Por ello la conducta de estos depende del sector social donde se recluta la oficialidad. Jerarquías oligárquicas imponen o defienden regímenes oligárquicos, como en Chile o Colombia. Oficialidades alistadas del pueblo en la guerra revolucionaria defienden revoluciones, como en Cuba o Nicaragua.

Oficialidades reclutadas en diversos sectores sociales están abiertas a orientaciones variadas, que no excluyen la causa popular. Favorece la toma de posición a favor del pueblo la proletarización de los oficiales, su rechazo a las doctrinas hegemónicas de limitación de talla de los ejércitos de las naciones dependientes, su aversión al vasallaje de las Fuerzas Armadas ante misiones militares u organismos foráneos como la DEA, la repulsión a reprimir compatriotas, la concientización ideológica en la guerra más importante, la cultural.

El ejército colonial fue reflejo de la sociedad de castas. Sus milicias estaban agrupadas según el estamento de procedencia; su oficialidad, doctrina estratégica y reglamentos dependían de los mantuanos, quienes compraban rangos y ascensos. El ejército patriota fue inútil mientras intentó copiar el modelo de su

adversario. Este, por el contrario, a través de José Tomás Boves incorporó a la milicia a las “castas viles”; seleccionó entre ellas la oficialidad –salvo unas decenas de mandos– y desarrolló una táctica de carga de caballería y una logística que aprovechaba los recursos de caballos y ganados del terreno. Las armas patriotas solo se le sobrepusieron cuando adoptaron sus tácticas de recluta popular mediante el ofrecimiento de libertad y tierras, y sus tácticas de guerra asimétrica: de partidas de jinetes voluntarios contra regimientos, lanzas contra artillería, guerra de movimientos contra guerra de posiciones. Tales prácticas permitieron a Piar la contundente victoria en San Félix y convirtieron contiendas de liberación nacional en epopeyas continentales.

4

Conquistada la Independencia, la República oligárquica licenció a sus milicianos, los engañó postergando la entrega de las tierras ofrecidas como salario por el Libertador, intentó reintegrar a la esclavitud a los esclavos liberados por este y reimponer una oficialidad reclutada exclusivamente entre los pudientes, para la cual crea en 1830 una Academia Militar dentro de la Escuela de Matemáticas. Custodios y gerentes de este nuevo orden son los espadones de las contiendas independentistas. Al intento de reinstaurar la sociedad de castas le salen al paso las oleadas de insurrecciones campesinas de 1836 y 1846 y las marejadas de alzados que se incorporaron a las milicias durante la Guerra Federal. Los destacamentos conducidos por Zamora se componían esencialmente de voluntarios y marchaban bajo la bandera de Tierras y Hombres Libres, lo que suponía eliminación del latifundio y de la renta de la tierra. Tras la misteriosa muerte del General de Hombres Libres, la componenda del Tratado de Coche cedió el poder a oligarquías

locales cuyos caudillos convocaban temporalmente montoneras ligadas por la lealtad personal o el ascendiente semifeudal.

5

Los caudillos locales –coaligados con la banca transnacional– fueron vencidos y desarmados en 1902 por Cipriano Castro en la batalla de La Victoria y por Juan Vicente Gómez en la de Ciudad Bolívar. El primer cuidado del Cabito fue constituir y armar un ejército permanente. El Benemérito lo consolidó y lo adiestró según el modelo prusiano mediante asesores chilenos. En 1920 se creó una Escuela de Aviación Militar. A partir de 1929 el ingreso petrolero se hizo decisivo y facilitó la modernización y equipamiento. Así como la recaudación se centraliza en el Poder Nacional, se centralizan la administración y las Fuerzas Armadas. La recluta forzosa recaía sobre los estratos más pobres, y los conscriptos con frecuencia eran destinados a trabajos forzados en los latifundios del Presidente o de otras autoridades.

Gómez erige en Maracay un enclave militar que controla las regiones y cierra el paso hacia la capital. Su ascendiente como Jefe del Ejército le posibilita ser reelegido como Presidente o mandar mediante testaferros hasta su muerte en 1935. Fallecido el Benemérito, la gravitación decisiva de la institución armada en la vida nacional determinó que el Congreso eligiera para la presidencia sucesivamente a dos generales, y postergó las reformas sociales en esa especie de dictadura sin dictador llamada postgomecismo. El general Isaías Medina Angarita respetó los derechos civiles y otorgó libertades formales con tal amplitud que no pudo defenderse contra el golpe de Estado que lo derrocó el 18 de octubre de 1945.

Con la autodenominada Revolución de Octubre irrumpe en la vida nacional la llamada Gloriosa Juventud Militar. Toman el poder apoyados por Acción Democrática para conceder el sufragio directo a los analfabetos, la ampliación y laicización educativas, una tímida reforma agraria. Integran la Gloriosa Juventud oficiales medios cuyo nivel de vida se había deteriorado progresivamente, algunos surgidos de las bases populares, como Mario Vargas, otros retoños de la oligarquía de caudillos, como Carlos Delgado Chalbaud. Tal policlasismo explica la multiplicidad de orientaciones. La tuberculosis se lleva prematuramente a Mario Vargas, acérrimo defensor de Acción Democrática. La debilidad del componente civil se revela cuando no puede oponer la menor resistencia al golpe que en 1958 instala en el poder una Junta presidida por el coronel Carlos Delgado Chalbaud. Asesinado este, la dictadura se derechiza todavía más bajo la conducción del coronel Marcos Pérez Jiménez. En la ideología oficialista del Nuevo Ideal Nacional, las Fuerzas Armadas son una élite que custodia los valores de la Nacionalidad y se adscribe al anticomunismo de Guerra Fría que impone el Secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles en la X Conferencia Interamericana, que se reúne en la Ciudad Universitaria en 1954 y legitima la venidera intervención estadounidense contra Guatemala.

Pero tan ilusorio como un poder del pueblo que no se apoye en un ejército resulta el de un ejército que no se apoye en el pueblo. El 23 de enero de 1958 una insurrección popular seguida de un pronunciamiento militar derriban la dictadura. No se trata solo

de rebelión civil. Se olvida con frecuencia que el primero de enero un alzamiento castrense había sacudido los cimientos del despotismo, forzado la salida del odiado ministro de Relaciones Interiores Laureano Vallenilla Planchart y del jefe de la policía política Pedro Estrada, y fracturado la apariencia monolítica de la autocracia. Una junta de militares y civiles presidida por el contralmirante Wolfgang Larrazábal abrió el camino hacia la democracia formal. El ejército habría podido eternizarse en el poder como élite gobernante, de acuerdo con la doctrina del Nuevo Ideal Nacional. En lugar de ello, cede el paso a los partidos políticos. Cuando crece la protesta social desde 1959, el bipartidismo ilegaliza e intenta exterminar las organizaciones radicales, estas se ven forzadas a la insurgencia y el ejército asume la tarea de reprimirlas.

8

A raíz de la Lucha Armada se intenta fraguar la conseja según la cual las Fuerzas Armadas serían refractarias a todo postulado revolucionario, y la izquierda necesariamente antimilitarista. Quienes la comparten olvidan que las organizaciones radicales, entre ellas el Partido de la Revolución Venezolana, mantuvieron un estrecho contacto con sectores del ejército; que en el alzamiento de Carúpano medio millar de efectivos y en el de Puerto Cabello millar y medio se jugaron la vida por la Revolución y liberaron guerrilleros presos. La recluta de la oficialidad en diversos estratos sociales facilitó esta pluralidad ideológica. Otro factor favoreció su integración con el resto de la sociedad. Para evitar que se instalaran de manera casi permanente cúpulas de oficiales en los altos mandos, Rómulo Betancourt propició su jubilación temprana. Ello a su vez estimuló a los oficiales para seguir otros estudios superiores. Ya para los años ochenta, más de la mitad de la oficialidad

tenía otra carrera, aparte de la militar. Para los noventa se integraba dentro de las Fuerzas Armadas el MBR-200, movimiento nacionalista, izquierdista, bolivariano.

9

La represión que casi desmanteló las vanguardias radicales resultó a la postre inútil. Sin convocatoria de vanguardia alguna, el pueblo insurgió espontáneamente el 27 de abril de 1989, y su movilización, sin plan ni objetivos precisos, solo fue domeñada tras una semana sangrienta. A esta embestida de masas que habían quedado desprovistas de vanguardias siguió la de una vanguardia que no pudo coordinar de inmediato sus masas. Las rebeliones del 4 de febrero y del 27 de noviembre de 1992, al igual que el Caracazo, fueron pronunciamientos contra el plan de desnacionalización que avanzaba el bipartidismo.

Pero no consistieron solo en rebeliones militares: implicaron una estrecha colaboración con políticos y partidos izquierdistas para un apoyo de las masas que no pudo manifestarse de inmediato en forma eficaz. Su impacto no se limitó a lo castrense: actuaron como detonante de una incontenible protesta social que signó la década inmediata y sepultó al bipartidismo. Y demostraron que un movimiento social puede catalizar uno militar, y viceversa, para finalmente sincronizarse y cristalizar en el arribo al poder por la vía institucional de las elecciones, para iniciar un proyecto revolucionario.

10

Sin embargo, así como no basta que un ejército esté de parte de la oligarquía para asegurar su eterna dominación, tampoco es suficiente que un ejército se declare a favor de la causa popular para que esta devenga revolucionaria. La fuerza popular debe definir

con precisión su ideología, organizarse, convertirse en una suerte de ejército civil revolucionario. Alistada en él, o cohesionada con él, debe librar la batalla por la hegemonía, que es la que decide verdaderamente la cuestión del poder. Esta confrontación se entabla en el plano social, económico, político, cultural. En las organizaciones sociales, como en el ejército, se ha de evitar la infiltración del enemigo; el uso del colectivo para fines individuales; el empleo de la fuerza organizacional para el pillaje; la falta de claridad sobre tácticas y estrategias; el otorgamiento de ascensos y comandos por causas distintas del mérito; la desmoralizadora acumulación de privilegios en los mandos y de sacrificios sin reconocimiento en la militancia; el premio de la cobardía y la recompensa de la traición; la tendencia a rehuir enfrentamientos y sustituirlos por capitulaciones o componendas; la propensión a convertirse en reflejo fiel del enemigo al cual se dice combatir.

11

La alineación de pueblo y ejército trae efectos colaterales. Históricamente todas las experiencias revolucionarias, incluso las burguesas, han sido objeto de una agresión internacional. Contra Costa Rica, Guatemala, Cuba, República Dominicana, Chile, Nicaragua, Panamá, contra casi todos nuestros países se activaron en distintas épocas agresiones directas o indirectas del Imperio, con sus propias tropas o valiéndose de cipayos de países vecinos o quintas columnas internas.

Hacia Venezuela apunta la codicia de las grandes potencias ávidas de saquear sus hidrocarburos. La estrategia más obvia para ello consiste en activar un conflicto con un país vecino, como el que durante casi una década enfrentó a Irak e Irán. Paramilitares y narcotraficantes infiltrados desde la Hermana República

progresivamente se instalan en nuestro país, conquistan posiciones, instalan imperios fundados en el miedo, la corrupción, el narcotráfico y el juego, constituyen lavaderos para legitimar capitales de origen criminal, establecen vínculos con la oposición apátrida y mantienen vivos los que siempre los ligaron con la derecha de Colombia. Esta, según lo reconoce Hugo Chávez Frías, es un país ocupado por Estados Unidos. Además, incrementa exponencialmente el número de efectivos y el armamento de su ejército enfrascado en una guerra contrarrevolucionaria, lo cual la ha convertido en potencia militar de primera línea. Abonan el terreno ideológico con un viejo plan secesionista que apunta hacia el Zulia, y un histórico diferendo sobre las fronteras y el Golfo de Maracaibo. Desde hace años se activa una campaña de descrédito en los medios; hace poco se añaden a ella un bloqueo a las importaciones de armamentos, un intento de embargo de bienes de PDVSA en el exterior, la acusación de país narcotraficante y de país supuestamente protector del terrorismo. Nada desearía tanto como equivocarme, pero no es imposible que nuestro país tenga que enfrentar en el futuro una progresiva activación de políticas agresivas e intervencionistas. Por primera vez en las casi dos centurias transcurridas desde la Independencia, Venezuela debería defenderse en una confrontación internacional.

12

Ello replantea las cuestiones de la doctrina militar, de la política internacional, de la preparación para la guerra asimétrica y de cuarta generación, de los mecanismos para la integración de las grandes masas a la defensa y de la nueva política de alianzas. Es una experiencia histórica apasionante, controvertida, sometida a todo

tipo de ataques, y de cuyo éxito dependen el destino de Venezuela y en buena medida la integración regional.

AQUEL CAPITÁN SIN NOMBRE

Luis Alberto Crespo

Era 1984 o 1985. Me cuesta precisarlo. El verano violento de marzo y su viento polvoso avientan mi memoria de entonces. El día fue 19 de marzo, como Eneas Perdomo, que así le dicen a Elorza desde que el cantor e inventor de pasajes y corrios le diera nombra-miento y leyenda entre los llaneros y Venezuela entera.

Íbamos tierra abajo, hendiendo lo inconmensurable. ¿Quiénes? A mi lado, el nervio y la prosodia de ese barinés de tanta cotonía que fue y será José León Tapia, la biografía humana de Barinas, la ciudadanía de los liberales con la que soñara Zamora. Al volante, Luis García, de la descendencia de Lazo Martí, llanero purísimo, de la estima más alta del escritor y venezolano que digo, y Nelson Montiel, cojedeño desde que se levanta hasta no se sabe cuándo, espina y estero su escritura en la confidencia del alma este-paria de los ajiladores de bichos, labriegos de caños y bajíos, poetas de cantas y tristezas desde Pedraza hasta el Casanare colombiano.

Lo demás era el siempre: la palma, el gamelote, el chiribital, el gavilán de Loyola y el alambre que abarcaba la tierramenta de que fuera dueño y amo el viejo Fuentes en El Cedral. Un rato más de sartanejas y escarbaduras de ruedas y yeguarizos hubimos de trajinar antes de pararnos en medio de la desmemoria que es la llanura del Alto Apure: la nada por límite y la eternidad por filo

de lo invisible. Un talud de arcilla púrpura marcaba la apariencia de lo real entre nosotros y el curso de agua caliente del río Arauca. Del otro lado ocurrían casi como una creación del calor y la luz los techos de Elorza o El Viento, como insiste en nominarla una vieja añoranza de la vieja historia venezolana de antigomecistas y caha-peadores de ganado ajeno.

LOS INVITADOS DE UN AUSENTE

Azarosos, abriendo una hendidura entre los caravaneros que alborotaban los ronquidos de sus autos y el bramar de sus motocicletas, avanzábamos teniendo por viático una pregunta que no lograba encontrar respuesta alguna hasta que un rostro de cuero asoleado y ala de fieltro sucio apuntó con su dedo, mejor puya de acapro, el lugar donde se hallaba el comando del ejército. “El capitán Chávez, ¿por favor? Somos sus invitados”, dijimos en el umbral erizado de fusiles. Flaco, cetrino, el ojo del zorro, el cuerpo cubierto con lona verde y luciendo honores de sargento, una boca habituada al dictamen y la sentencia no tardó en respondernos: “Búsquenlo por las calles, anda en un jeep. Lo van a reconocer por los muchos jóvenes que lo siguen”. Pero no fue fácil darle alcance: Elorza no dejaba pasar a nadie por sus calles. El agobio de gente y de autos obligaba a andar al paso, entre un matorral de viandantes. ¿Quién nos dijo que buscáramos en un cuarto de la esquina, suerte de bodega o de sala de conversar donde se asfixiaban curiosos y soldados? Al fondo, oíamos una voz y una risa en lo alto de un perfil cetrino. “Ese es el comandante, aquí”, pronunció un nadie a mi lado. El espigado orador descubrió súbito la frente pensadora y el cabello de paja blanca de José León Tapia y acudió a celebrar su venida. “Tiene los mismos ojos rayados de Maisanta, su bisabuelo”, se apresuró a detallarlo amigo, poniendo a prueba su perspicacia de

excelente narrador. Menos milite que ciudadano del común, bien que ataviado con su ropa verdeoliva y las charreteras de capitán, nuestro anfitrión iba entre abrazos y saludos a nuestro lado rumbo a la plaza donde habría de tener lugar el homenaje a Pedro Pérez Delgado, “el último hombre a caballo”, como lo conociera y mitificara José León en su libro memorable y emblemático.

EN ELORZA NACE LA NUEVA REPÚBLICA

Indios yaruros y cuivas, arrieros, amansadores de mula, desbravadores de potros, vegueros, coleadores, cantores y arpistas con nombramiento y aprendices de joroperos, porfiados del contrapunto y la chipola, además el mujerío, el granuja, el solitario, el ebrio y el que vive bajo el sombrero se apretaban en el limpio del cemento y el jardín desde donde miraba en bronce el Libertador. Lo que siguió nunca se me desmaya: el Capitán miraba el llano humano y el llano terroso como queriéndolo confundir en su levantada postura. La tarde se torcía por los lados de unos jobales y una mancha de cañafistolos con flores de herrumbre. El bisnieto de Pedro Pérez Delgado dio a pronunciar la loa del “Caribe de los llanos”, el guerrero de los matorrales y el quemado de Apure arriba, que amarrada su rabia a un pañuelo árido, el pistolón en la verija, la bota alta de afrontar las tunas varinas y el jalapatrás, macho y mártir de las huestes de Arévalo Cedeño, presentándole su espíritu a los convidados de la plaza, como si el orador lo devolviera de lo invisible.

Un momento, apenas apretó los labios tras el elogio postrero, recitó el largo corrido de caballería a Maisanta de Andrés Eloy Blanco. Lo hizo sin mirar papel alguno. Que era catire como Florentino, esa presencia impalpable que yerra por los silencios de la llanura y canta en la garganta y la fantasía de los contrapunteadores

del pajarillo y el seis por derecho. Que lo llamaban El Americano, el Caribe de los llanos, que peleó por la libertad libre en esos tiempos negros del gomecismo, narra el poema. La voz que memorizaba la épica del gran refractario iba lejos. Yo miraba las nubes flacas de la estación seca del tautaco y la garza veranera cuando el corrió enmudeció. Pero no mucho. Casi de seguidas, sus imágenes dieron a seguir el rumbo de la glosa de una meditación sobre el país de entonces y el país de después, el de hoy, el de mañana.

Todavía propaga el desmesurado ventalle del mundo tendido que circuía el poblado la historia que contaba el corrió del guerrillero portuguenseño. La emoción que me ganara sintiéndola se me ha quedado como un sello en el pensamiento. El acalorado marzo me lo devuelve ahora por estrofas, como las hojas perdidas de los alcornoquales:

*Salió de la Chiricoa
con cuarenta de a caballo,
rumbiando hacia Menoreño,
va Pedro Pérez Delgado.*

*En fila india, por la oscura sabana,
meciendo el frío en chinchorros de canta,
va la guerrilla revolucionaria.
Con el cogollo, la manta;
cobija con peloeguama, cuarenta y cinco y canana.*

*Nube de tabaco y nube,
relincho y susto de garza,
madrugadita de leche
bajo la noche ordeñada.*

*Llanero alzado, ronda de riesgo velante,
fila india, caballería lenta y larga,
tajo vivo y negro,
diámetro de dolor en la circunferencia de la sabana.*

*Caballo pobre; el arnés de cabuya,
la montura, un cuero de res,
el estribo de sogá
entre dos dedos del pie.*

*Llanero alzado: canto, silencio y canto,
el guerrillero va adelante, cantando.
Rumbo de asombros, los cuarenta caballos;
cabalga al frente Pedro Pérez Delgado.
Unos le dicen “Mai Santa”
y otros “El Americano”.*

Gente de espuelas y cuchillos, pulperos y beneficiadores de reses, comerciantes, obreros, el peón y el bachiller, la mujer y la muchacha, el granuja y la adolescencia, el perro y el caballo, la corocora arriba y el gallo zambo que es de cría en el corral, la música por los aires, en las casas y el río del destino, Elorza todo, se hallaba allí, vivo, un 19 de marzo con Eneas Perdomo en el pecho de cada uno, escuchando la invitación de aquel capitán desconocido a unir a Venezuela junto al soldado y al hombre común, abrazados a la igualdad, justicieros de la injusticia social, dueños de su porvenir. Fue esa tarde cuando conocí a un soñador uniformado, a un sentimental de la rebeldía. Hablaba de Bolívar como de un amigo que nos esperara. Él estaba allí, en la inmensidad de afuera y de adentro, en la llanura del Alto Apure y en el brillo de tantas miradas.

Era la primera vez que un oficial de nuestra Armada hablaba como cualquiera de nosotros. Muchos lo tuteaban, buscaban su sonrisa. Lo vimos, arriba de las talanqueras, en los toros coleados y luego por las calles piloteando un jeep que más parecía un auto de pasajeros. “José León, ese hombre va a echar una vaina en este país”, le dije entonces al gran escritor barinés. Nunca imaginé que ese presentimiento se convertiría en una verdad histórica.

MAISANTA EN MIRAFLORES

Una mañana después, un 4 de febrero, estaba de nuevo allí mi capitán de entonces, frente a sí mismo, dolido pero altivo, la misma mirada aquella del 19 de marzo en la plaza de Elorza, nunca destruido, nunca derrotado, como enseña Hemingway. El destino le restañaría las heridas de aquella insurrección nacionalista. “¿Ese es el hombre, el hombre de Elorza?”, le pregunté ese día a Tapia, “Ese es”, me contestó. Sí, era Maisanta, era Pedro Pérez Delgado de nuevo frente a los gomecistas de nueva calaña que regresaba de su rebeldía. Lo sabría más tarde, cuando visitara a una tía suya en Villa de Cura. Se llamaba Ana Domínguez. Una fotografía de Pérez Delgado adornaba la pared de la casa. Vestía de civil. Ella aún guardaba las facciones de su padre.

Me confesó esa vez que había una muchacha en una pensión de Villa de Cura que vio a su tía perder el hilo del bordado cuando apareció un hombre alto, blanco, el pelo pasudo, en la puerta de la pensión La Llanera. Que lo conocía en las fotos y usaba su paltó para cobijarse, me dice con exactitud desmintiendo al tiempo que medía entre aquella aparición y su ancianidad de ochenta y cinco años. Tras un breve silencio que dejó hablar a cierto cristofué y no sé qué paloma de monte, prosiguió atisbando su recuerdo entre las dalias y los helechos:

Nunca supe quién le dio a mi tía el escapulario que usaba mi papá desde que era un muchacho de doce años en Ospino. Yo heredé ese escapulario. Ahora lo tiene mi sobrino bisnieto Hugo Chávez Frías, el Presidente de la República. Mamá, ahí la busca un militar que dice que es familia suya, me vinieron a avisar cuando lo conocí. ¿No me cree?, me dijo Hugo, pero cómo no te voy a creer si eres el vivo retrato de papá.

Él es, es el mismo, el de siempre. Se asemeja todavía al capitán demócrata y sentimental que encendió con su palabra a un solitario pueblo llanero donde su bisabuelo cumplió una hazaña de pasión y machura, le digo yo ahora a mi memoria. De aquel 4 de febrero proviene su ardimiento. Hoy, enciende a Venezuela y a los pueblos de América y de más lejos.

4 DE FEBRERO DE 1992, AQUEL “POR AHORA” QUE DIO LA PAUTA

Laura Antillano

Para un ciudadano común la asonada del 4 de febrero de 1992 fue una sorpresa desconcertante, aun cuando se pudiera pensar que la situación general del país no era precisamente “un lecho de rosas”. La sensación impactante de esa madrugada corrió como polvorín por muy distintas vías y los venezolanos supimos pronto que se había encendido una mecha difícil de apagar.

Personalmente ubico el impacto en Maracaibo, porque fue el lugar en donde lo viví cercanamente. Estaba en esa ciudad por un año (mi año sabático universitario, como profesora de la Universidad de Carabobo), viajé allá en comisión de servicio para la Universidad del Zulia. Allí había vivido antes y era un espacio conocido, entrañable.

A Maracaibo me habitué pronto, a una cierta domesticidad, con horarios de tareas cotidianas, que seguía, bajo esa temperatura típica de la ciudad, entre 34 y 39° de calor local. En nuestra calle, San Bartolo en Don Bosco, donde rentaba la planta baja de una casa, el paisaje habitual incluía el paso, todos los días, de un San Benito, cargado por sus acólitos, llevando los tambores largos en la caminata, con un ritmo sonoro que me separaba por ratos del teclado de la máquina de escribir o la rutina culinaria. Las otras escenas

que me hacían vivir intermedios a mi agenda diaria, ahora de pie en la ventana, eran las producidas por las muy escasas lluvias, cuya sorpresa despertaba tal entusiasmo en la comunidad, que la gente, los niños sobre todo, acostumbraban bañarse en la calle, como si bailaran, recibiendo el agua con frenéticas muestras de alegría.

Y digo: el teclado de mi máquina de escribir, porque para ese año de 1992, aún no lograba separarme del tic-tac sonoro y fuerte, del diseño eterno de mi maquinita, antiguo regalo de mi madre y compañía permanente de mi deseo en la escritura. Mi amigo Cósimo Mandrillo, por aquellos días, intentaba distanciarme del miedo a la tecnología digital y generosamente me ponía frente a su computadora, entrando a la manipulación de lo elemental y sus efectos, como quien incursiona en un misterioso juguete.

Mi hijo se levantaba temprano para ir al colegio, y yo solía caminar religiosamente a la misma hora, en las cercanías de la Plaza del Buen Maestro, allá por Milagros Norte frente a las suaves oleadas del Lago, tratando de ser coherente con mi embarazo, que apenas se iniciaba.

Véamos con frecuencia al poeta Blas Perozo Naveda, quien se ejercitaba en las mañanas y pasaba por mi calle, allá mismo, en San Bartolo, en las cercanías de La Lago. Llegaba pidiendo un café, y conversábamos apacibles (si puede dar lugar a ello el tono histriónico del poeta), ya fuera acerca de los precios de lo primordial para la vida, o de los chismes entre vecinos, o con más certeza: del gran silencio que cubría como sábana, los problemas más graves de las exigencias de respuesta social a las mayorías.

Pero no éramos ajenos (nadie pudo serlo en Venezuela) al mal llamado “Caracazo”, cuyas escenas y significaciones nos quedaron impresas en las retinas como señal indefectible de que este país era un volcán en erupción, apenas disimulado con “pañitos de agua caliente”.

En aquella asonada, donde el presidente constitucional había enviado al ejército a disparar sobre el pueblo, enardecido frente a las medidas económicas impuestas, y cuyo saldo de víctimas, aún hoy, no precisa una cifra definitiva. Aquellos 27 y 28 de febrero de 1989, donde se imprimió sello de factura a un antes y un después, y la gente puso a prueba su audacia frente a la frustración, con una capacidad de rebelión sin cortapisas, y como consecuencia, todos sospechábamos que ese sería el punto de partida, de una secuencia de actos de enfrentamiento, del que ignorábamos fechas y circunstancias.

1992 fue el año en que nuestra selección de baloncesto ganó en Portland (USA) una medalla preolímpica. Y en la expansión de la temporada del Béisbol Profesional los Bravos de Margarita se presentaron como Los Petroleros de Cabimas. Fue también el año en que las concursantes a Miss Universo se presentaron vestidas con trajes “étnicos”, ganando la venezolana Milka Chulina, una joven altísima, de apenas 18 años, de ascendencia yugoslava.

La camioneta Toyota samurai estaba de moda en el país (para quienes la podían comprar) y era carnet de lujo. La telenovela más vista era “Bellísima”, con Víctor Cámara y Emma Rabbe de protagonistas.

Pero 1992 nos pone como país en la mirada del mundo por el 4 de febrero y el llamado de alerta que significó ese intento de golpe, motorizado por los jóvenes oficiales del MBR-200. Entonces, en esa madrugada del 4 de febrero, suena el teléfono, una llamada del poeta Blas me despierta, enciendo la televisión y efectivamente hay alarma nacional. El presidente Pérez está regresando de Suiza y los “alzados” se reparten por varias guarniciones en el país. Es la “Operación Zamora”, iniciada en la tarde del 3 en Aragua, Zulia, Carabobo, Miranda y Distrito Federal. Activan el mando los tenientes coroneles Hugo Chávez Frías, Francisco Arias Cárdenas,

Joel Acosta Chirinos, Jesús Urdaneta Hernández y Jesús Ortiz Contreras.

Pero hagamos marcha atrás y volvamos al 89 y recordemos que el presidente Pérez ha lanzado contra la masa del pueblo al ejército, en el levantamiento civil del Caracazo, y entre quienes se encuentra un buen grupo de jóvenes oficiales, parte de ellos considerados miembros de la promoción de graduados, Simón Bolívar 1975, de la Escuela Militar. La luciférica jornada ha puesto a los uniformados a disparar, reprimir, golpear, hasta el logro del control definitivo de aquel caos errabundo, nacido de la desesperación de un pueblo que se vio ahorcado con las medidas económicas decretadas por Pérez, entre las cuales se promete a la Banca la eliminación de barreras arancelarias al comercio y la devaluación del bolívar.

De 1989 a 1992 se produce entonces un proceso de evaluación reflexivo de lo ocurrido en el seno de esos jóvenes oficiales, y las respuestas a sus análisis les conducen a considerar que “algo huele mal en Dinamarca”.

Retornemos de nuevo a esa madrugada del 4 de febrero del 92 y a la llamada de Blas Perozo Naveda, la pantalla de televisión, la inmensa confusión.

¿QUÉ ESTÁ OCURRIENDO EN MARACAIBO?

A las 12 de la noche del día 3 ha triunfado “Reconstrucción 92”, nombre puesto a la operación por Francisco Arias Cárdenas, quien era comandante del Grupo de Artillería José Tadeo Monagas, y le acompañan el Batallón de Infantería Mecanizada Francisco Aramendi, la Batería de Artillería de Defensa Aérea y el grupo de Artillería de Campaña Pedro María Freites. Tenían como tareas: tomar la casa del gobernador del estado Zulia, quien era entonces

Oswaldo Álvarez Paz, tomar también el Puente sobre el Lago, la emisora de televisión Los Niños Cantores, el Cuartel Libertador, el Cuartel de Patrulleros de la Policía del Estado, los destacamentos 33 y 35 de la Guardia Nacional, las instalaciones petroleras de la Costa Oriental del Lago, y la sede de la Disip, básicamente, todas estas acciones se llevaron a cabo y el joven oficial Arias Cárdenas se proclamó gobernador militar del estado por la radio y habló sobre el MBR-200. Los teléfonos no dejaban de sonar de una casa a otra. Son pues, militares en rebelión (lo que tampoco es nuevo en Venezuela, revisemos dos ejemplos contundentes de la historia previa: el Carupanazo y el Porteñazo, movimientos organizados con fuerte participación de militares de izquierda, que fueron sometidos por la fuerza de control gubernamental, pero que dejaron clara la visión de un ejército que rompía con concepciones monolíticas en su constitución ideológica).

La imagen televisiva muestra escenas temblorosas, vemos tanques, escuchamos tiros, gente que corre, uniformados entre quienes no podemos distinguir entre los “alzados” y los leales al Poder constitucional. Es Caracas, los alrededores del Palacio de Miraflores, poco a poco vamos recibiendo información de otros lugares del país. En Maracay se sublevaron los paracaidistas de la Brigada de Infantería, más el Batallón de Cazadores, con los tenientes coroneles Jesús Urdaneta y Jesús Ortiz al mando, se hablaba de combates aguerridos cerca del Palacio de la Gobernación. Y en Valencia el batallón blindado Pedro León Torres, el grupo de Artillería de Campaña, un Batallón de Apoyo, una Compañía de Comunicaciones y una Compañía de Honor, quince horas controlando estratégicamente la ciudad.

Estamos pegados de la radio y la televisión, mi hijo no quiere ir al colegio, y en medio de la confusión y la inconsciencia, le digo que vaya: la calle parece tranquila. Él regresa en una media hora y me

dice que su profesora-guía no sabía del “golpe”, los han regresado a sus casas al enterarse.

La situación es de tensión y sobre todo de espera, de incertidumbre, tenemos información de un miembro de la familia en el equipo que ha tomado la emisora de Los Niños Cantores y nos sorprende. Llegaron con un video con el propósito de transmitirlo pero el formato no es compatible con los equipos de los estudios.

Ahora sabemos que en Caracas los combates comenzaron a las once de la noche, Miraflores, La Carlota, Fuerte Tiuna, el Museo Militar de La Planicie, la Disip en El Helicoide, el Comando de Seguridad de la Guardia Nacional. Los combates siguen, aun cuando Pérez habló desde la emisora de TV Venevisión diciendo que la situación estaba controlada, a la una de la madrugada.

Finalmente, al mediodía de ese 4 de febrero, se entrega el teniente coronel Hugo Chávez Frías, jefe de la insurrección. Las tropas leales al Gobierno han estado en combate contra el MBR-200 desde la madrugada. Y en la pantalla de televisión apareció por primera vez ese rostro, del entonces joven teniente coronel, quien, con voz firme, se dirigió al país, para decir:

Lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros, acá en Caracas, no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de reflexionar y vendrán nuevas situaciones y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor (...) Compañeros: oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo, ante el país y ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano. Muchas gracias.

Pienso que el desconcierto fue general, el silencio en todos los lugares donde el televisor mostraba a esta persona que se hacía

responsable de todo lo ocurrido, en un país donde, como otros han señalado, nadie se hacía responsable de nada. Y de paso, con toda tranquilidad, hacía hincapié en: “Por ahora”. Ese “por ahora” que se nos convirtió con el tiempo en una clave, un mensaje, un anuncio de futuro, esperanzador. Ante la circunstancia, Francisco Arias Cárdenas depuso las armas y se entregó con su gente.

Horas más tarde el presbítero Ocando Yamarte, presidente de la emisora Niños Cantores, habla por su canal. Nos llamó notablemente la atención el hecho de que no hay un pronunciamiento de acusación en sus palabras, más bien “aconseja” a los insurrectos, insiste en que fue un error detener a los técnicos del canal en lugar de convocarlos a resolver los problemas de orden técnico que impidieron que pusieran al aire su mensaje (años después, a través del programa *Ángulos*, de televisión, veremos a monseñor desarrollar ideas y hacer análisis de estos sucesos con amplia libertad).

Al día siguiente, en Caracas, se reúne el Congreso, “sesión bicameral extraordinaria”, con el propósito de condenar el intento de golpe de Estado, suspender las garantías y anunciar un toque de queda. Sorprende entonces la actuación del senador Rafael Caldera, quien fuera el único en interpretar lo sucedido como una medida de alarma sobre la situación del país, el descontento nacional, la aparición evidente de la crisis.

Los conductores del 4 de febrero estaban presos, acusados 133 oficiales y 967 soldados, entre el Cuartel San Carlos, y después la Cárcel de Yare en Miranda, en Los Valles del Tuy. Seguían leyendo a Simón Rodríguez y estudiando a Ezequiel Zamora, y a muchos más. Pero, ¿cuáles son los argumentos que llevaron a estos jóvenes de entonces a lanzarse en esta contienda? Lo declararon muchas veces, en entrevistas y lo siguen señalando aún. La gestión económica y la actitud política del presidente Pérez. Los evidentes actos de corrupción en los mismos mandos militares, “la subordinación

de las Fuerzas Armadas a un liderazgo político que consideraban incapaz y corrupto”, “el modo en que fueron utilizadas las Fuerzas Armadas, el Ejército y la Guardia Nacional en la represión de los disturbios del 27 de febrero de 1989”.

En agosto nació mi hija en Valencia, y en noviembre, ya lo sabemos, vino el otro intento de golpe contra el gobierno de Pérez, el 27 de noviembre del mismo año 92. Antes, José Vicente Rangel, dirigente y periodista, hace una grave denuncia contra Carlos Andrés Pérez por malversación de fondos de la Partida Secreta del Ministerio de Relaciones Interiores. El Fiscal de la República, Escovar Salom, inicia el Antejudio de Mérito, el Senado lo autoriza y Pérez es separado del cargo, recluso en la cárcel de El Junquito. La Corte Suprema lo condenará a dos años y cuatro meses de arresto domiciliario.

En diciembre de 1993 Rafael Caldera gana las elecciones presidenciales (en lo cual indudablemente influyó su actuación ante el evento del 4 de febrero del 92), separado de su partido de origen, Copei, y con apoyo de una reciente agrupación política: Convergencia. En 1995 Francisco Arias Cárdenas gana como Gobernador del estado Zulia.

En diciembre de 1998 es Hugo Chávez Frías el nuevo presidente, accediendo al cargo a través, ahora, del sistema electoral, con una notable mayoría de votantes. En el 99 se oficializa una nueva Constitución que nace del análisis y las nuevas búsquedas, en un país que requería del principio de inclusión, como premisa fundamental de construcción.

REFERENCIAS:

<http://anzoateguivive.com/2009/01/31/4-de-febrero-de-1992/>

http://www.venezuelatuya.com/historia/4_febrero.htm

<http://www.mipunto.com/venezuela-virtual/000/000/007/005.html>

<http://www.analitica.com/bitblioteca/hchavez/4f.asp>

CHÁVEZ FRÍAS, HUGO. *El comandante Hugo Chávez a la nación: mensaje bolivariano*. Yare: Ediciones M-B-R- 200, 1993.

<http://www.notiactual.com/arias-cardenas-revivamos-el-espiritu-del-4-de-febrero/>

Entrevista que concedió Francisco Arias Cárdenas a la periodista Yudith Martonelli en el cuartel San Carlos, en Caracas, publicada por el diario *El Globo*, con sede en Caracas.

VOLUNTAD, DESTINO Y AZAR

Carlos Noguera

LAS DOS PALABRAS

Hay consenso en esta apreciación: contadas veces en la historia política se ha dado la circunstancia de que un fragmento del discurso de un líder haya incidido de manera tan determinante en el destino de un país. El hecho es doblemente singular si tomamos en cuenta, por una parte, que no se trata, en este caso, ni siquiera de un fragmento sino de un par de palabras, y, por otra, que hablamos antes de un dirigente en gestación que de un líder en sí. Nos referimos, claro está, al comandante Hugo Chávez, y a su famoso “por ahora”.

Estas dos palabras, unidas al hecho inédito de que el jefe de la rebelión de aquel 4 de febrero de 1992 se responsabilizara por los acontecimientos que aún estaban teniendo lugar en varios escenarios del país, especialmente en Valencia, Maracay y Maracaibo, transformaron al carismático conductor de aquella rebelión derrotada en el líder político, admirado y respaldado de un movimiento de dimensión nacional que comenzó esa misma tarde, al culminar aquella alocución en cadena nacional en la que admitía el fracaso del intento e instruyó a sus fuerzas a deponer las armas.

¿Voluntad y destino? El mensaje de rendición desencadenó al menos dos consecuencias inmediatas.

- La primera de ellas tiene que ver con la segunda rebelión, que tuvo lugar el 27 de noviembre de aquel mismo año. Este segundo movimiento, a diferencia del primero que tuvo como protagonista al ejército, fue acometido por la fuerza aérea. En opinión de Luis Reyes Reyes, importante actor en este segundo alzamiento, aquel “por ahora” de febrero fue interpretado como una clara advertencia pública de que el movimiento distaba mucho de haber sido sofocado de manera definitiva y como una invitación a los compañeros de la aviación y la marina a emprender los preparativos para lanzar la tentativa de noviembre.
- Por otra parte, la asunción de la responsabilidad de la rebelión de febrero por parte de Chávez produjo una oleada de admiración en el pueblo, que vio en ella el temple de un líder que, distanciándose de los políticos tradicionales, no vacilaba en aceptar los retos y las consecuencias que sus acciones le acarrearán. Acostumbrados parecíamos estar a los figurones nacionales de aquellos tiempos que a la hora de las verdades no imaginaban mejor salida, como diríamos en criollo, que la de escurrir el bulto. Figurones que nunca aprendieron el acto simple y honesto de dar la cara y que, si nos atenemos a los expedientes del famoso “paro” de diciembre de 2002 y enero de 2003, ningún escarmiento alcanzó a enseñarles. Como sabemos, conforme a las declaraciones de los líderes de aquel delirante y costosísimo despropósito, aún continuamos en “paro”, solo que “flexibilizado”.

La rebelión de febrero 92 fue planificada y conducida por oficiales medios del ejército –comandantes, capitanes, tenientes, los denominados “comacates”– agrupados en el clandestino MBR-200 (Movimiento Bolivariano 200). Se trató, por tanto, de una acción fundamentalmente militar, con escasa participación de civiles.

El MBR-200 había sido fundado el 17 de diciembre de 1982. En una ceremonia por demás singular dentro de su carácter más bien íntimo, cuatro oficiales, después de asistir a los actos conmemorativos de la muerte del Libertador, alzan sus manos frente a un samán de los valles de Aragua –el famoso samán de Güere, donde el Libertador descansaba de sus travesías por las tierras centrales– para jurar lealtad y consagración a la causa de la liberación. Sus nombres han pasado a la historia: Jesús Urdaneta, Raúl Isaías Baduel, Felipe Acosta Carlez y, quien pronuncia las palabras que sirven de vehículo al juramento, Hugo Chávez Frías.

¿Azar y destino? Si tomamos en cuenta la solemnidad del momento y las repercusiones que el compromiso tendría para la historia personal de los protagonistas y para el devenir político del país, resulta asombroso comprobar el papel jugado por el azar en los acontecimientos. El orador de la ceremonia protocolar de la mañana había sido el capitán Chávez. El discurso se centró en la vigencia del pensamiento del Libertador y partió de una cita de José Martí: “Así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, [...] porque lo que él no hizo, sin hacer está hoy”. El orador remató con una puntualización necesaria: “¡Cómo no va a tener Bolívar qué hacer en América todavía, con tanta pobreza, con tanta miseria; cómo no va a tener qué hacer Bolívar...!”. Estas palabras causan escozor en la mayoría de la oficialidad presente y le merecen

una reprimenda al fogoso orador. El capitán Acosta Carlez interviene para defender el discurso de Chávez, y finalmente unas palabras del coronel Manrique Maneiro evitan que el asunto pase a mayores. Cuando el grupo se retira, Acosta Carlez, para “aliviar las tensiones”, invita a Chávez a trotar por los alrededores. El dúo se transforma en cuarteto cuando Urdaneta y Baduel se suman a la actividad, no sin antes sustituir el traje de campaña por el deportivo, y las botas de brega por zapatos de softbol con tacos de goma.

Al llegar al samán, Chávez le pide al grupo hacer un alto para ejecutar el ya notable juramento. Tomando como marco las palabras de Bolívar en el Monte Sacro, ante el maestro Simón Rodríguez, se procede a la ceremonia, a un tiempo sencilla y comprometida. Alzando el brazo, los cuatro militares juran lealtad a la causa. ¿De qué causa se trata? La causa de hacer libre al país. El texto del juramento de dos siglos antes se repite idéntico, con apenas una variante. Oigamos primero el juramento del Monte Sacro: “Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi Patria que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que hayamos roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”. La expresión final fue cambiada por esta otra: “...por voluntad de los poderosos”.

¿Azar y voluntad? Al sustituir la referencia a la remota potencia colonial por la mención a los poderosos grupos de dominación contemporáneos, el cuarteto fundacional del Movimiento Bolivariano 200 estaba lanzando su proyecto político. Se trataba ahora de arrebatarle el poder al sujeto histórico que lo venía ejerciendo para instaurar una nueva realidad política, económica, social y cultural. En palabras de Gramsci, construir una nueva hegemonía.

¿Cuánto tiempo mediaría entre este propósito de esperanza y el paso a la acción directa? Ninguno de ellos podía saberlo. Pero, como sabemos, los sucesos del Caracazo, la revuelta popular de

febrero de 1989 contra las medidas neoliberales del presidente Carlos Andrés Pérez en su segundo mandato, con su secuela de más de tres mil muertos, se encargarían de poner en evidencia la crisis final del modelo de conducción de la república desde 1958, trazar las urgencias y adelantar los acontecimientos.

EL PROTOJURAMENTO

La relevancia que este juramento vino a cobrar con el paso del tiempo al marcar el inicio del Movimiento Bolivariano 200, ha opacado la existencia de un compromiso anterior de Hugo Chávez, formulado once meses antes de la reunión de Güere. Se trata de una promesa casi íntima, hilvanada a través de un poema y expresada en un momento de profundo dolor ante la muerte de la abuela Rosa Inés, la amada Madre Vieja de Sabaneta, la figura tutelar de su infancia y su adolescencia. El poema, que asume para Chávez el valor de una promesa, habla del compromiso de regresar al sepulcro de la abuela para obsequiarle a su memoria una “corona de verdes laureles”. ¿De qué laureles se trata? Aquí no hay lugar para la duda: menciona la victoria “del pueblo” y rinde homenaje a los “federales con Zamora al frente”, al “Páez de los mil valientes”, a las guerrillas de Maisanta.

¿Destino y azar? A Maisanta, su bisabuelo, lo conocía por los relatos de la abuela Rosa Inés, pero la pasión por la gesta de la independencia inacabada entraña una historia que va más allá de la casita de Sabaneta. El 8 de agosto de 1971, el bachiller Hugo Rafael Chávez Frías ingresa a la Academia Militar de Venezuela. En ese mismo año se inicia el Plan Andrés Bello, que le otorga rango universitario a la Academia, eleva el nivel del currículo y, al lado de la formación militar, ofrece opciones en Ingeniería, Educación y Administración a los graduandos. También enfatiza el estudio de

la política como ciencia y el liderazgo, propósito en el cual la figura de Bolívar ocupa un terreno modélico. Cuatro años más tarde Chávez se gradúa con el grado de subteniente de Artillería, especializado en Ciencias y Artes Militares en la rama de Ingeniería. El nombre de esta primera promoción universitaria de la Academia marcará, acaso no por capricho, el destino de mucho de sus integrantes quienes, desde entonces, comenzarán a autodenominarse “bolivarianos”.

¿Destino y voluntad? Es en esta circunstancia germinal donde podemos rastrear la semilla de lo que en 1982 cristalizará en el Movimiento Bolivariano 200, en 1992 en la rebelión militar del 4 de febrero y, al cabo de derrotas, prisiones y desalientos, pero apuntalada por la inquebrantable tenacidad de un líder y la voluntad de un pueblo, en la victoria revolucionaria del 6 de diciembre de 1998.

EL SERMÓN
(dos en uno o como gustéis)
DEL PADRE CLEMENTE MARELL,
HERMANO DE LA LEGIÓN DE MARÍA.
TRANSCRITO EL 28 DE DICIEMBRE DE 2011,
DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES

William Osuna

Esquina de Pinto. El púlpito: una grúa púrpura, adornada con tela aterciopelada, roja, donde se refleja el escudo de la ciudad Santiago de León de Caracas. Un micrófono, dos cornetas de amplio sonido. Ruido de multitud.

Desde aquí fieles y feligresas, las calles me llevan a mis asuntos. Como el santico español, voy de vuelo. La agenda me señala que debo hablar sobre los sucesos del 4F, Pérez, Chávez y colaterales. Episodios recientes. Para los que no me conocen me llamo Clemente Marell, hermano de la legión de María, cura, poeta y locutor. Hoy es viernes, en el Estudio 21, Caracas, Villapazzia, Chattenton Sade 1783, me esperan los muchachos en la radio. No iré a mis labores, no marcaré tarjeta. Así que alguien les avise. Estoy de sermón en las calles de Pinto, a un lado de Sabanita del Viento. Las palabras golpean entre dos huracanes. Soy un paisaje que sigue de largo. Mis pensamientos rebotan de un lado a otro; pasan veloces dentro de los ríos de mi frente. Mi Dios, el mundo es una prisión, ¿por qué no le entregas las llaves a la multitud y lo arreglamos por las buenas? Nada puedo objetarte, tú mandas. El Sol es una pata

de perro colorado; esparce fuego por los caminos del cielo. Si te digo: alguien mira algodones sanguinolentos, barcos luminosos, una luna que vendrá. Si te vuelvo a decir: alguien contempla desde los altos edificios el paso de nubes, nombra su rueda sobre el azul de la mañana: ese soy yo, por quien invoco Tu Santo Nombre y ofrezco este sermón. Y en verdad os digo: para ti Señor Viento, sea esta mi canción.

En audio, Himno de la Federación. Luego en gesto de prelado, juntó las manos, las elevó y bendijo a la multitud, continúa el sermón y, a modo de locutor, improvisa comentarios noticiosos de reciente data (Gadafi. OTAN y ferrocarril de Ocumare del Tuy):

A esta hora en las casas y edificios, barrios, caseríos y cerros se siente el sonar de cuchillos y tenedores. El asesinato en la televisión, la televisión en el asesinato. Se recomienda no agitar la bebida. Desde la pantalla, como en una pesadilla, nos apunta un dedo comido por la lepra. Dentro de esa caja grita la multitud. Me informan que el tren de las primeras horas Valles del Tuy-La Rinconada resbaló entre sus ruedas humeantes. Los reporteros revolotean como zamuros entre las víctimas y los heridos. Culpan al de siempre. Salpicado de sangre, mordiendo picos de botellas, sueño del sueño, oigo las voces de los heridos atrapadas en el tren. Oigo alaridos, He andado descarrilado de mí, dicen. No sé lo que digo: asesinaron a Gadafi y a su familia. La pandilla Los Demócratas mud se regocija y baila la muerte.

En todas partes se les ve: siempre a las puertas de un banco o de una funeraria, en un estudio de televisión. Nos prometen la caza de la liebre, el cepe en la cola, entrada libre en los estadium. De ser así exorcizo la volada para que nada se cumpla. Y todo aquel mal, nos produzca bien. Abro El Corán, leo en forma aleatoria: *Yo estoy*

con vosotros entre los que esperan. Son palabras sagradas, raíces del dolor. El calendario agobia. Descifro en mis manos el encaje de la hoja de tabaco. Anoche los extranjeros mearon sobre la arena; medito sobre la luna menguante, el peregrino predicando en la montaña, los campos que contempló el ciego de Jericó. Se alinea el Sol en Libra.

Octubre derrama leche muerta sobre las calles de Trípoli y Sirte. Ayer llegaron los mercenarios en operación conjunta a democratizar la muerte. Frente al torniquete Sam Macoy, Joe Palooka y sus Halcones Negros mantenían el orden, hablaban filantropías: vamos, apuren, los niños primero, muévanse, vayan pasando: caras peladas, llantos; todos envueltos en gasa como paquetes de chocolate. En los hospitales los ancianos y los adultos hacían fila: desde el agujero en la frente, buscaban en los escombros las profecías del Corán. En la sombra recogían luces molidas en cero, cifras en la espesura del viento, lamentos en el ocre de la tarde. Nada se oía, solo palabras proféticas. Testimonios de audiencias.

(Se escucha Eve of destruction por Barry Mc. Guire).

*La boca del anciano [de Sirte] profetizó la caída
de Nueva York, ícono del imperio; lloró sus muertos, arrojó
el bastón al fuego y sentenció:*

Entre ellos vinieron creyentes; pero en su mayoría son perversos. La razón del exterminio es dinero, avisos luminosos, las ciudades convertidas en sarcófagos de oro y clavos de diamantes. Tendrán que irse, no sacarán provecho de nuestras riquezas, hablarán las paredes: serán consumidos por remolinos de candela. Los caminos no los transitarán acompañados por ninguna estrella. Los barrios que derribaron a pólvora y fuego se elevarán sobre la

sequía y el estruendo ferroso. Sus ciudades se desplomarán como a golpes de martillo. Les llegó el tiempo de destrucción. Pasará lo que debe pasar. Las polillas se comerán las actas de Wall Street. Todo el dinero acumulado se filtrará en las cañerías junto con las aguas putrefactas de New York.

Conmovido, el cura Clemente Marell prosiguió su sermón:

Muchacha, tú que has amado al que puso flores en tus cabellos, recuerda las profecías del anciano. No te olvides.

Marell comenta las profecías y sitúa el verbo del anciano en misa presente; esquina de Pinto (en audio se escucha una trompeta): continúa el sermón e imita un tono profanero:

Una bandada de palomas torcaces vuela sobre La Gran Manzana. Por cadena nacional televisiva, miss Clinton declara en entrevista su serenata de muerte: *fuiamos, vimos y murió*. Cínica oralidad ante el falo nacional; lengua bífida de vieja serpiente que succiona el casco de los ministros de la guerra. Señora Hilaria, para toda la teleaudiencia cantabas en la esquina, silbabas acontecida en tu boca de marfil el blues de los niños mutilados. Prendías la fiesta donde chocaban copas La banda de los demócratas mud. Recuerdo aquel hombre molido a palos frente a los Jardines de El Valle. Matar a un hombre con su descendencia resulta un valioso documento para Norteamérica.

New York: me has derrotado varias veces, si me concedes la revancha te prometo un endecasílabo sin sinalefa. Estás de mala, los Yankees no clasificaron para la Serie Mundial. Los chicos del Central Park se encuentran desanimados: nadie los contrata para ir a la guerra. No más héroes nacionales, ahora los sacan como huevos

de serpiente de cualquier lodazal. Al uniforme del sargento York se lo comerán las polillas. Desde hace rato Gary Cooper les dijo adiós a las armas. No tienes los hombres suficientes que puedan parar esto. En la calle Cherry un recluta se mutiló un dedo para pagar los giros vencidos del Buick niquelado; los sucesores de Sinatra no colaboran para llevar las grandes orquestas al desierto. Nadie quiere viajar después de lo de Glenn Miller. Desde hace tiempo estamos en la tercera guerra mundial, presiento que será la última. Entraste en fase demencial, piensas que el hombre árabe puede derribar tu puerta con una media luna. No todos los dátiles vienen envenenados. Omar Shariff no es el Che Guevara. Trata de comprender: en la Casa Blanca están los locos que entrevió Ezra Pound desde su jaula de hierro. Lo sé, si oprimen el botón pueden desaparecer los montes y ríos de Suramérica, convertir a Caracas en una chivera; solo quedaría el viento de la esquina El Viento, el ulular de unas ramas secas contra lo que fue una ventana. Los gatos se subirían a los techos para contemplar la noche de los cohetes. La garantía es mínima para que sobreviva alguien en Tinaquillo y en Long Island. No lo debemos olvidar, si queda un pez, nadie debería comerlo.

En el espejo de la calle grabo estas palabras:

Estoy en la cueva esperando señas. Cual sea su virtud, no me gustan los estadios vacíos. Amo esta tierra, dije ayer en el foro, sin mucho alarde. Esta mañana, mientras bendecía al cielo, pulí mis ganchos. Estoy listo. Les está hablando Clemente Marell, legionario de María, cura y locutor, señoras y señores, fieles y feligresas.

El hombre se colocó audifonos, saludó con el dedo pulgar enhiesto a un cielo de gruesas nubes y cielo mal pintado. Inclinado en el púlpito simuló dirigirse a la multitud desde el Estudio 21, Caracas Villapazzia, Chattenton Sade 1783, pero estaba en la esquina de Pinto: dijo la hora [hora de momento] y así volvió a

respirar el aire de la multitud. Por segunda ocasión en la mañana, pidió que le bajarán el Himno de La Federación [se oye el Himno].

Disfruten para los que les gusta disfrutar de este tipo de cosas –susurró, tartamudeando y burlón. Emitió un silbido y volvió. Se acercó al micrófono:

Café, por favor. Sé que no es la Pastoral que compete en el día de hoy. Estas palabras se las ofrezco como proemio antes de ir al grano, porque aquellos sucesos fueron brutales. La humanidad tiende a olvidar, así que...

Moduló la voz. Carraspeó. Respiró hondo: tiempo implacable, suéltala. Un silencio que perforaba la multitud hizo dominio en la calle, comenzó a predicar para los más cercanos. Adquirió un tono bajo, muy bajo, familiar, lento y pausado:

Por Cristo Hombre: El que anduvo en la mar. Si me piden que hable de aquel 4F del 92 comenzaré por ordenar el establo, después iré con la escoba que lo barrió.

Sobreactuado, eleva la voz:

Voy por ti ministro de los allanamientos. Doy la piedra y soy la mano. No se te presume. Tú eres la causa. A Carlos Andrés Pérez no se le conoce estudios, pero eso no importa; en su partido, todos calificaron para presidente.

Sátiro y burlón, ríe y prosigue:

No fue autodidacta como Rómulo Betancourt ni Américo Martín; aunque a este último se le vio de graduando universitario

en promoción finisecular. CAP, cara de vampiro viejo. Nació a los 40 años derribando puertas a punta de metralleta con Posada Carriles, la mafia cubana y capitanes de la Digepol. Con esos amigos esnifó la cal viva de la noche y dispensó el reparto de un whisky generoso en el gran salón de Miraflores. Fue un juicioso militante. Disciplinado. Por orden de Betancourt salía a patrullar todas las noches los sitios de la ciudad. De allí le quedó la risa del jugador de dominó, y la mirada suficiente de quien se muestra satisfecho por vencer –con cartas marcadas y con señas– a sus contrincantes. Colombia lo reclama al norte de Santander. Inventos. El suceso fue en Rubio, estado Táchira, al principio de los años 20.

Rómulo Betancourt le tomó simpatía desde aquella vez que lo vio irrumpir y disolver a cabezazos un mitin de Copei. En media hora había derribado a Edecio La Riva Araujo y a tres militantes socialcristianos que pasaban por allí. Lo vio es un decir; Betancourt se encontraba en New York leyendo los incidentes en clave Morse.

No lo puedo creer: el hombre que aquí describo gobernó a esta nación por dos períodos. No tenía programa de gobierno: la realidad lo devolvía como un holograma que brincaba charcos. Diego Arria, su asesor de imagen, le recomendó mellar los largos colmillos de vampiro que completaban la prótesis dental. En la sastrería Pasillo le regaló paltó y chaqueta de cuadros. Lo llevó al gimnasio, le alargó el cabello y las patillas, tipo prócer 1800. Y así lo depositó en Miraflores. Sus seguidores decían en la casa del partido: ese hombre sí es inteligente, camina de frente y da la cara...

Recuerdo: una noche del 73, siglo pasado, sentó a la izquierda naranja sobre sus rodillas, la injurió y la encontró amarga; de manera semejante lo hizo con el alto mando militar. Por amistad con forajidos les abrió las compuertas de la droga y los mercados fronterizos; militares norteamericanos tenían puestos de comando en Fuerte Tiuna y en el palacio de gobierno.

Marell se mira las manos, las muestra al público y –en tono colérico– comienza a enumerar:

- En el primer período presidencial se consolidó la estafa democrática.
- Nacionalizó el petróleo para regalárselo a los gringos y sufragar sus guerras. Se lo llevaban a precio de mentol chino, cajas de betún y piedras alquitranadas, regalado sin ningún pago de impuesto.
- Los meritócratas de PDVSA asistían a reuniones con pasamontaña y la mano en la fuca.
- El Banco Central no le rendía cuentas a ningún poder constitucional, sino a los grandes consorcios extranjeros.
- El pleno empleo consistía en emplear jóvenes para que cumplieran el oficio de limpia mierda en bares, tugurios y baños de carretera.
- Las becas del Plan Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre se las repartían entre los hijos de la burguesía y el generalato.
- Los intelectuales digepolizaron el arte, se aproximaron a las listas negras con los números telefónicos y datos de sus colegas rojos.
- El Seguro Social y los presupuestos de los ministerios les sufragaban las campañas electorales.
- La corrupción estallaba y tiznaba en todos los sectores.
- El cinismo se refrendaba bajo la consigna: ¡nosotros robamos, pero dejamos un montoncito para que los demás roben! De esa consigna aprendieron los ministros, senadores, diputados, empresarios, militares...
- El barco *Sierra Nevada*, ícono del robo y la incompetencia, fue regalado a Bolivia, país sin salida al mar –Lo sé, por

razones de fuerza y despojo. A estas alturas debe estar vuelto polvo ferroso en un galpón del aeropuerto de La Paz.

Marell concluye la biografía de CAP y contextualiza hechos que prefiguraron el 4F:

Así pasaron los años perdidos. Luis Herrera Campins y Lusinchi nos dieron a comer perrarina con espagueti, sus quinuenios se agotaron. Carlos Andrés Pérez nos mantuvo la dieta y así lo vimos de nuevo en la Presidencia de la República. Entrábamos por el tubo directo a la tragedia: esta vez sumados como dígitos neoliberales en la fábrica de pobres. CAP, asesorado por los Chicago Boys y el FMI venía como privatizador. En sus delirios sumaba los servicios básicos, bosques, ríos, autopistas, y hasta se habló en gabinete económico de privatizar el aire de los amantes y las flores que crecían en el hocico de los perros.

Mundo / Mundo, mis amados fieles y feligresas, la Tierra pasaba por la órbita neoliberal, todo lo visible e invisible se subordinaba a las leyes del mercado, caíamos al vacío arrastrados por un profundo silencio. El lugar que ocupábamos quedaba referido a un hueco sin nada. Infinito era el descenso. Convertidos en piedra ante la realidad petrificada, intercambiábamos experiencia frente a las lujosas vitrinas y neveras del supermercado. Sin que lo advirtieran los intelectuales del estatus y los partidos políticos que lo corroboraban, poco a poco se había incubado el huevo de la rebelión: los condenados de la tierra comenzaban a dar respuestas, reventaban las puertas y los muros para visibilizarse. En las autopistas se veía montados en las vallas publicitarias degustando succulentos guisos, papas humeantes, que allí exhibían. Venían de todos los barrios: exigían su jugoso churrasco en los impresionantes colores de la ensalada mixta.

Como ustedes saben: todos tuvimos el infortunio de asistir a estos hechos desde nuestras casas, los vimos por televisión.

Ruido de helicóptero y disparos.

Caminito de Guarenas pasaba un hombre con el costillar de una vaca al hombro; al portugués Joao da Silva Paiva le saqueaban el abasto Flor de Coimbra, en conmovida carta se despidió de su madre. Una mujer sujetaba a un niño en una mano, y a su vez este a otro y así hasta contar hasta cinco. Con la otra mano arrastraba una lavadora con un televisor adentro, champú y toallas sanitarias.

El calendario apuntaba la fecha del día: 27 de febrero de 1989. Antecedente directo del 4 de febrero de 1992. El día siguiente [28] el ex presidente Caldera, cabeza del puntofijismo, diría en el Congreso una frase lapidaria: se quebró la vitrina de la democracia en América Latina.

Carlos Andrés Pérez se encerró en su palacio y de allí, contraviniendo sus deseos de salir en hombros del pueblo, la historia lo depositó, por hechos de corrupción encanado en su casa. Las multitudes continuaron en la calle. El sistema político seguía inalterable. El daño estaba hecho: comenzaba la cuenta regresiva de la democracia puntofijista y de los factores hegemónicos que la conformaban. Aquel edificio se venía abajo apolillado por la corrupción. CAP y sus políticas neoliberales cavaban sus respectivas fosas en el corralito de la Historia.

Siete años antes, el 17 de diciembre de 1982, Hugo Chávez, Jesús Urdaneta, Raúl Isaías Baduel y Felipe Acosta Carlez –este último, asesinado en El Valle, durante el Caracazo–, juran frente a la fronda del viejo Samán de Güere, compromisos y amor por la patria. Optaron por concebir la formulación de un ejército bolivariano, antiimperialista, influido por los preceptos éticos

de Simón Rodríguez, Bolívar y Zamora. A raíz de este suceso se crea el MBR-200, organización que irrumpe la madrugada del 4 de febrero de 1992.

El padre Clemente Marell saca un papel de su bolsillo. Lee en tono ceremonial, declamatorio, la primera proclama del MBR-200:

COMUNICADO: SOMOS PARTE DE ESTE PUEBLO BOLIVARIANO, DE DIFERENTES ORÍGENES SOCIALES, DIFERENTES ORIENTACIONES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS, NACEMOS DE LAS MISMAS ENTRAÑAS DEL PUEBLO DE BOLÍVAR, MIRANDA, SUCRE, GUAICAIPURO, JOSÉ LEONARDO CHIRINO, JOSEFA CAMEJO, ALÍ PRIMERA... SOMOS OBREROS, CAMPESINOS, ESTUDIANTES, AMAS DE CASAS, EMPLEADOS PÚBLICOS, DESEMPLEADOS, TÉCNICOS, PROFESIONALES, SOLDADOS, ENFIN, NACEMOS DE TODAS LAS BASES PURAS DE ESTE PUEBLO DE BOLÍVAR.

EL MBR-200 NO ES UN PARTIDO POLÍTICO NI UN MOVIMIENTO ELECTORERO, ES UNA FUERZA SOCIAL DEL PUEBLO EN MOVIMIENTO.

El padre Clemente se baja del púlpito. Se acerca a los de primera fila. Levanta las manos. Lee un poema:

Oradores y sabios, yo que no aspiré el poder de
los Césares
Descubro un río rumoroso,
distingo los arrases de mi infancia,
aguas de guillotinas
sobre un paisaje de arrodillados
oradores y sabios,

tal vez sea el momento
para salir a la calle,
y darle su golpe de conejo en la oreja del Emperador.

Todo lo que disfruté quedó en un zanjón.
Estas imágenes vinieron conmigo.

Para esto he venido.
Le doy vuelta al brazo, y lanzo una col podrida
contra el ala derecha
de esa tienda destartalada
Junto al barranco del sueño, pongo el dispositivo.
Vamos tú y yo, unidos a la rueda, pisando a fondo
el acelerador.
De un extremo a otro,
caminamos sobre ciudades en calma.
No importa, Piedra Vieja, que aquellos digan: no habrá
mañana;
debemos escribir, con el último carbón
sobre la lumbré y el fuego que nos acompaña.

*Al finalizar el poema se despide. Bendice a los feligreses, toca
una campanilla, se marcha. Se oye en audio el Himno
de La Federación...*

4F: APUNTE PARA UNA HISTORIA COLATERAL

Farruco Sesto

En mi personal comprensión, apoyada en el imaginario entusiasta que siempre ha caracterizado mi ánimo, la idea de un inevitable 4 de Febrero comenzó a formarse muchos años antes de 1992. Tal idea la fui haciendo propia. Me acostumbré a ella. De modo que cuando la insurgencia estalló en ese famoso día, en realidad fue un acontecimiento esperado largo tiempo, que nos emocionó ciertamente, pero que no pudo sorprendernos. Sucedió así:

Coloquémonos en la década del setenta. En esa época La Causa R había venido desarrollando su labor revolucionaria en el seno de los trabajadores de Guayana (con Matancero), en las barriadas populares del oeste de Caracas (con Procatia) y en el campo estudiantil universitario (con Prag y Bafle). Nos manejábamos en tres contextos relacionados entre sí, en un esquema que cualquier observador malicioso hubiera podido interpretar sin duda como un plan insurreccional a largo plazo. Pero Alfredo Maneiro, dibujando otro espacio posible, nos hablaba además de que había llegado la hora de comenzar un trabajo a fondo en la cultura, para recuperar a aquella parte de la intelectualidad que no se había rendido ante la derrota de los sesenta y que estaba por ahí, en alguna parte, desorientada y dispersa. De ese llamado habría de salir más adelante el proyecto de la Casa del Agua Mansa.

Recuerdo que en una reunión de cuadros políticos de La Causa, que se llevó a cabo en la Facultad de Arquitectura, se me ocurrió ilustrar la situación con la imagen de una mesa. Tenemos ya tres patas, la obrera, la popular y la estudiantil, dije en ese momento. Alfredo está proponiendo una cuarta, la intelectual. Pongámonos a ello.

Creo que en un descanso de la reunión, si mal no recuerdo, o varios días después, lo cierto es que Alfredo se me acercó y me dijo: *Hay otra pata, una quinta, Farruco, nunca te olvidas*, la militar. La mesa de La Causa debe tener cinco patas. Pero esta última es invisible e innombrable, aunque quiero que sepas que está ahí. Piensa que ninguna vanguardia revolucionaria puede alcanzar y mantener el poder político en un país de América Latina sin que el componente militar esté presente en su seno.

Supe entonces que ya se habían iniciado los contactos con algún pequeño grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas. A esos contactos ya se ha referido varias veces el propio Chávez, cuando habla de sus reuniones con Alfredo Maneiro y otros compañeros. Desde entonces, supe con seguridad que el ciclo se había cerrado, que la estructura estaba armada para la insurrección en sus aspectos esenciales, y que algún día esta iba a estallar.

Lo que no sabía, ni podía imaginarme en aquel momento, era que Alfredo Maneiro moriría de un infarto el 24 de octubre de 1982. Ello para La Causa significó un golpe tremendo. Sin embargo, a pesar de algunas crisis internas y divisiones, el espíritu insurgente de Alfredo se mantuvo y, de alguna manera impensada, la historia habría de seguir su curso.

A lo largo de los años los contactos se mantuvieron. Un grupo pequeño de compañeros manejaba esas relaciones. Y la verdad es que fueron llevadas con enorme habilidad y discreción. En mi caso particular, como miembro de la dirección, sabía que algo había. Pero no mucho más.

Solamente a partir del impacto del 27 de Febrero y del triunfo en la Gobernación de Bolívar, la presencia oculta de aquella relación comenzó a trascender un poco en el seno de La Causa. Y ya más tarde, en algún momento, pasó a ser un tema moderadamente discutido en ciertas reuniones de la Dirección. Es entonces cuando en algunos dirigentes, como consecuencia de los éxitos del camino electoral emprendido, comienzan a surgir dudas sobre la pertinencia del plan insurreccional que con tanto esmero se había cultivado. Aparecen entonces, aunque no llegan a expresarse con claridad, las contradicciones internas. Pero esa es otra historia. El hecho es que mientras tanto, y a pesar de todo, los tiempos de la insurgencia van llegando.

Aquel grupo de oficiales, como ya es conocido por todos, habiendo crecido organizativa e ideológicamente, se siente preparado para asumir directamente el protagonismo de los cambios.

Hoy parece claro que ya La Causa R no podía ser la portadora del plan. Debilitada su voluntad, había ido renunciando en su conjunto a la idea insurreccional de Alfredo. Le daba vueltas, es verdad, porque los contactos con el sector militar seguían igualmente activos, pero ya las rupturas en la voluntad de muchos dirigentes empezaban a hacerse evidentes.

La crisis llegó un día, creo que de noviembre de 1991, en el cual afloraron claramente las diferencias. Ese día toda la Dirección de La Causa se reunió en mi casa de Las Acacias, la misma donde vivo desde hace ya unos treinta y cinco años. Fue una reunión cuyo único tema era darle respuesta al apoyo solicitado por los jóvenes militares para la acción que se avecinaba. La Causa tenía que decidir de una vez por todas de qué manera iba a participar en la misma.

La reunión fue tensa y dura. Y, para sorpresa mía, debo decirlo, se convirtió en una confrontación dilemática entre el sí y el no. Algunos dirigentes importantes, con especial influencia en

el colectivo, sostuvieron que las condiciones no estaban dadas para nuestra participación puesto que el grupo militar había sido infiltrado por factores izquierdistas no confiables, y manejaron varios argumentos de ese tipo. Pero otros compañeros no concebían que se pudiera abandonar así, de golpe, una idea que se había trabajado desde hacía tanto tiempo.

Fue difícil y álgida la reunión, como dije. Y al final, de una manera un tanto confusa, pareció prevalecer la decisión de no participar. No fue, sin embargo, una decisión de carácter contundente. Si la memoria no me engaña, creo recordar que la reunión culminó con un cierto grado de ambigüedad e indefinición en cuanto a la respuesta. Pudiéramos decir que fue un “no” con matices. En todo caso lo que sí quedó claro es que La Causa R no se iba a volcar toda ella a la insurgencia. De allí salió pues, así lo pienso, una Causa R sumamente fracturada que (a pesar del triunfo posterior en la Alcaldía de Caracas) ya no volvería a ser lo que era.

Por mi parte, como poeta prestado a la política e incapaz de una lectura no pasional del tema, debo decir que mi corazón mantuvo sus lazos con la idea de la insurgencia. Sabía con seguridad que algunos compañeros continuaban los contactos y se prestaban a participar.

Transcurrió diciembre y enero. Vi venir los hechos. Estábamos muy atentos esos días del comienzo de febrero. Lo demás ya se sabe.

Hugo Chávez y sus camaradas, que arriesgaron su propia vida en aquel acto, tienen el inmenso mérito de haber dado ese paso esencial.

Considero que sin el 4 de Febrero la Revolución Bolivariana no hubiera tomado el poder posteriormente. Pues la historia es un entretejido de circunstancias y todo está relacionado.

CASI UN ENSAYO SOBRE FEBREROS. FECHAR EL ACONTECIMIENTO

Juan Barreto

La relación mágica que la humanidad sostiene con el tiempo es de suyo también relación política. Pues de algún modo, como dijera Baltazar Gracián, estamos hechos de tiempo. Y es que es en el tiempo que ocurrimos como sujetos políticos: desde los mitos fundacionales originarios (como la tradición maya, que habla de un tiempo largo y un tiempo del no tiempo), hasta la física cuántica (que refiere a los tiempos de Plank, en el que un segundo es suficiente para contener todo el tiempo del Universo en tiempos múltiples que se solapan y complementan desde la singularidad simultánea de su puesta en escena), y pasando por todas las mitologías modernas sobre los viajes en el tiempo. Temporalizar significa dar cuenta de lo vivido, registrando una memoria que se expresa como presente desde las prácticas. Es instalarse en una flecha de tiempo que con un pie en el estribo del futuro lo transmuta en porvenir.

Fechar es subrayar líneas de articulación de un recorrido de carne, cuerpo y deseo, que deviene línea de sedimentación y de allí de visibilidad, es decir, instante acontecimiento que luego de nuevo se abre en pulpo y en mil grutas para que podamos suspender el evento que se deja nombrar, con las palabras. Creo que para

nosotros, la generación a la que le tocó vivir la década de los 80 y 90 desde posiciones de izquierda, en mi caso, localizado en un revuelto y no asimilable movimiento estudiantil, y luego, desde la lucha gremial y sindical, pasando por la construcción de un movimiento cooperativista a nivel nacional, el 4F se nos presenta como un hito fundamental al interior de un tiempo largo que nos cubre a todos desde el 27F de 1989.

El 4F es la expresión consciente y organizada de una sensibilidad que se instaló desde el 89 para quedarse. El nuevo febrero que le sucedió no hizo más que cimentar sus raíces para recoger y expresar como síntesis al 27F, dándole continuidad, pertinencia, rostro y palabra; y hasta hoy, condiciones de posibilidad a la actualidad de aquella rebelión espontánea del pueblo venezolano. Ese largo día ha tenido otros momentos como el 13A, pero de eso hablaremos en otro lugar. El propio camarada Chávez lo ha reconocido una y otra vez, al afirmar que “el 4F es hijo del 27F, una fecha parida de la tristeza, el descontento y la rebelión de un pueblo”. Agregaríamos, sin temor a equivocarnos, una fecha que vino a poner en su lugar los calendarios y a transformar la rabia en esperanza. ¿Qué hace de un día una fecha tan especial capaz de prolongarse en el tiempo político? La pertinencia actual del deseo dibujado en sus consignas; es decir, la vitalidad del espíritu de esa fecha. O sea, el vigor de su imaginario.

¿De qué hablar para que la palabra no carezca de sentido? Esto preocupaba a los griegos clásicos, particularmente a los estoicos epicurianos. La palabra latina *meitatio* recoge algo de esta preocupación, apoyada en el término griego “melete”, derivado del *meletan*, que significa también ejercitarse, entrenarse en... Detenerse un poco para volver a hablar luego; hurgar en la grieta, en la hendidura que la palabra ejerce sobre la cosa, sobre el acontecimiento y sus devenires; es decir, un alto re-flexivo en la rugosidad

de la cosa pensada con intensidad, hasta lograr el despliegue de las ideas. Reflexión opuesta a la información, esa cosa informe, llena de datos de lo que ocurre y no ocurre. Matizada por la visión siempre oscura de la mediación.

Michel Foucault en su clase del 3 de marzo de 1982, precisaba que ante la información, siempre cabe la pregunta: “¿Qué quiso decir, qué sería lo que realmente ocurrió? Y por supuesto recomiendo asaltar esta duda con el meletan. Ejercicio de apropiación de la ocurrencia por el pensamiento, elemento poco común en la información. Alejarse de la banal fugacidad para encontrarse con la nuez del instante-acontecimiento es el reto del pensamiento. No quedarse en lo anecdótico, sino, por el contrario, buscar la línea de fuga de eso que pasa o deja de pasar y no es inmediatamente visible por el ojo torpe del comunicador. Aquello que todavía no alcanza a ser tocado por las palabras, pero que está allí actuando como segunda piel. Encubándose como un virus que aguarda su momento para estallar. No era fácil ver la repercusión concreta de la crisis económica en un estallido como el de los días 27 y 28 de febrero del 89; y luego en la metamorfosis de esta fecha en 4F. De manera que no es fácil saltar el escenario de lo aparente dibujado por el mundo de la información-comunicación para asaltar a lo real fuera de la lógica mediática. Pero sí hay claves que podemos utilizar para ejercitarnos, por ejemplo: escapar de los horribles lugares comunes del lenguaje y la palabra hasta donde nos sea posible. Desechar la urgencia y la desesperanza de utilizar la inmediatez como verdad. No caer en la trampa de pensar en que realmente todos los días pasa algo digno de ser mencionado.

Comprender que cada palabra es un comodín infinitamente sustituible. Entender que el lenguaje, como lo refiere Laclau, está hecho de infinitas cadenas de significantes vacíos que esperan ser llenados. Dispuestos a hacer el juego de colocar una palabra por

otra, por ejemplo su opuesto, en donde reina una verdad, para poder leer al revés y luego desde allí en otros sentidos. Por eso, no es posible buscar inmediatamente el contenido sin pasarse por la intención. Salir de golpe de los pares binarios y del mundo de las dualidades para pisar el terreno de las multiplicidades. Así, indicaba Deleuze:

Lo que nos interesa son las líneas de fuga de los sistemas, lo inesperado y nuevo que crea las condiciones en las que éstas se producen y forman fuerzas que suscitan posibilidades revolucionarias. La pregunta es entonces, ¿cómo hacer para que estas fugas no sean únicamente intentonas, sino auténticos pasadizos que nos conduzcan a una verdadera máquina revolucionaria que transforme la subjetividad política colectiva y de allí las formaciones del lenguaje y sus maneras de enunciar y señalar las cosas, para así aprender otra lengua?

De manera que afinemos la técnica, limpiemos los lentes y tengamos a mano los instrumentos para distinguir y separar esos momentos, de la noticia ordinaria, por escandalosas y trepidantes que estas sean. Pues el problema no es solamente desde cuál medio lo digo y quién lo tiene, sino también, qué voy a decir de lo que se anda diciendo.

Luego de más de 20 años del 27 y 28 de febrero de 1989; y gracias a otras fechas que han venido oportunamente en su auxilio, como el 4F y el 13-A, “se siente el aire fresco e insurgente de un arte nacido de la risa de Dios”, dirá Kundera, y sus ecos resuenan en ese mismo aire exigiendo justicia. Sabemos de qué mano vendrá. Por eso de cuando en cuando nos regodeamos en su ruidosa presencia que de cuando en cuando encontramos cruzando las calles. Y hasta en el recuerdo de sus excesos, en su seductora promesa y en el espanto que produce en los que temen su vuelta, tal como

ocurrió el 13 de abril de 2002 y como ocurre en la microfísica de las rebeliones cotidianas contra todo poder que se oponga al poder popular constituyente. La piel de esas fechas quedó tatuada en rojo en las aceras y en las calles de los barrios caraqueños, al hacer de su dolor un registro y una memoria. Hace carne y piel con la nueva subjetividad política de los tiempos que corren y es parte del discurso fundacional que hace inteligible nuestro proceso. Por eso digo que esas fechas son tatuajes que deben rastrearse en las nuevas prácticas. ¿Cómo cargar al hombro esos días testarudos, que desde un equivalente imposible no se dejan intercambiar con nada? Días que son: “El muro del intercambio imposible”, dice Baudrillard. Es decir, se erigen como el lugar simbólico en donde lo delirante e irracional se torna en una verdad irrefutable. Allí, los sistemas racionalmente estructurados de la racionalidad burocrática, por ejemplo, chocan con el borde de sus propios límites y en ese momento sobreviene la catástrofe. Pues provocan nuevas zonas de resistencia y de encuentro, de donde derivan las suertes más afortunadas.

Así ocurrió en aquellos Febreros de los que aún no conocemos sus alcances. Lo que sí sabemos es que se incrustaron en lo más profundo del ADN social, en la urdimbre espesa de La Multitud. Luego de los estallidos quedan trozos sueltos y la gente de verdad, la que sufre y sonrío por las calles, va recogiendo los trozos de sus pedazos para rehacer sus consignas y levantar hoy un problemático futuro en una época de planetario desencanto desgarrado y paradójicas crisis terminales. Se trata de un día largo que ya cruza el arco de tiempo de dos décadas. Desde ese día ya no podemos vivir en paz, a menos que apelemos a la conciencia infeliz del pequeño burgués que grita: “Prohibido olvidar” para no recordar nada al salir del desfile al que fue para exhibirse a favor del imperio, con las banderas de la impostura. Hablando desde lejos de los pobres

y sus mundos, contemplando parajes a los que jamás será capaz de entrar.

Estamos hablando del sueño y la memoria, obsesión permanente del cine y la literatura. “Esos dos tesoros ocultos”, nos dice J. L. Borges, para referirse a la memoria y al olvido, extraña dialéctica del tiempo que se teje haciendo el mundo de los imaginarios colectivos, alejándonos del horror de lo vivido. Por ejemplo, Hiroshima. Esa anomalía salvaje que fuera en la historia del pensamiento el filósofo Baruch Spinoza, reflexionaba en su *Tratado de la reforma del entendimiento* y afirmaba que “la memoria se robustece con la ayuda del entendimiento”. Dicha impresión –decía– se disipará en el tiempo, producto de otras impresiones que corrompen las ideas.

Sin embargo, hay muchos otros fantasmas obsesivos y recurrentes en la fuerza de la memoria, espectros que nos miran a pesar de todo esfuerzo por sepultarlos en el olvido. Son suerte de tatuajes mutantes que de cuando en cuando arden como una cicatriz viva. Marcas que cruzan los registros de todos los archivos individuales y colectivos. Contra ellos no hay antídotos: se impone siempre la conciencia infeliz. Nadie ha podido apelar a prestidigitadores mágicos. Ni siquiera sirve la todapoderosa sobreinformación o saturación mediática. Son espectros contra los cuales no hay exorcismo que valga. A menos que se trate del autoinducido olvido ideológico del que padecen algunas tristes y deslucidas figuras de *Punto Fijo*.

Por otro lado existen densas magnitudes, otras energías que van marcando con la gravedad de sus intensidades la trama del tiempo. Los cientos de millares que vivimos las potencias puras desatadas de esos días gemelos, tuvimos que aprender a vivir con esa cicatriz, a pasearla de cuando en cuando y hacer con ella gimnasia para que se mantenga en forma, para que se hagan presente de ser necesario.

Resumamos: los instantes fechados son cicatrices en el tiempo. Que nos invitan a vivir de otra manera. Que nos indican que existen muchas formas de aprender, pero pocos momentos de aprendizaje colectivo, en los que, como dijo Marx, más aprende un pueblo en un día de lucha que en 100 años de pasividad. ¡Vaya usted a saber quién sabe cuánto aprendimos como pueblo! Poco a poco fuimos invocando un discurso para una subjetividad otra, esto es, creándonos pueblo desde todas nuestras luchas, de las perplejidades y de las memorias colectivas por la liberación del trabajo. Fuimos creando islas de afectos y solidaridades desde donde fundarse y respirar, para resistir al *imperium* del modo extenso de expresión de la forma capitalista de existir.

La vigencia y la legitimidad de dicha pretensión tienen mucho que ver con la persistencia y el entronque de dichas ideas con el conjunto de prácticas cotidianas transformadoras de la vida real, con sus rituales y lenguajes; es decir, con las formas del intercambio y producción de la vida. En fin, hay que instalarse en el deseo, en los afectos y los placeres, en sus formas de satisfacción y de allí derivar un movimiento que resulte en determinaciones del compromiso y de la voluntad dispuestas a hacerse Multitud, Deseo, Lenguaje, Subjetividad. Y de allí: lenguaje, subjetividad, poder, decía Foucault. O sea, hacernos de un proyecto de vida naturalmente asumido y compartido. Fundado desde una visión de la plenitud de la potencia de existir y de actuar que se eleva y se afirma en la pasión por la generosidad. Es decir, Hegemonía.

¡Cuidado! Aquel febrero también nos enseñó que en política todo es cuestión de poder, lo demás es ilusión, nos recuerda el Subcomandante Marcos, es decir, expresión de la fuerza. Por eso es prudente y siempre pertinente preguntarse a qué poder nos estamos refiriendo. Qué poder enfrentamos y cuáles son las amenazas que se asoman desde nuestros propios horizontes.

Veamos: ¿a qué nos referimos con esos dos febreros? Apenas bastó un puñado de horas en las que la gente común adquirió rostro en un “por ahora” que hablaba de hacer posible otro poder. La rostricidad que surgió en ese instante se hizo eterna y nos dotó de la herramienta para un salto en la conciencia. Diría Rorty que el rostro es la síntesis sensible de una narrativa. En la que el ironista cotidiano se hace conciencia política de sí mismo, produciendo el vértigo, el salto de una magnitud contenida desde el mundo opaco y frío de los sondeos y mediciones estadísticas que suelen leer al pueblo como magnitud o como hipótesis, para que se derrumbara el andamiaje del arbitraje social y del “consenso” impuesto por los medios. Un solo instante-acontecimiento para que el Emperador mostrara su no traje, y se rasgara el velo trágico de lo real. En esos días el pueblo ocurrió temprano arrasando con cualquier mitomanía consoladora que sigue hablando a favor de la democracia representativa y de paso, mostrando al Otro lacaniano, obligado a asomar su reverso: la fórmula contingente: Violencia, intolerancia y muerte en estado puro.

El 27F y el 4F son “picos gemelos” en términos políticos, un mismo y largo día que sigue actuando como dispositivo articulador de revelar y rebelarse a lo real en los tiempos que corren.

Lamentablemente algunos aún evitan hablar en voz alta ante el psiquiatra de sus oscuras pesadillas. A finales del siglo XIX el fisiólogo francés Pierre Flourens alertó a la Academia sobre los efectos colaterales de usar el cloroformo anestésico. El sabio argumentaba que este compuesto actúa sobre el sistema nervioso oscureciendo la memoria permanente. En resumen, que sentimos plena y a toda conciencia el dolor terrible de una intervención quirúrgica, por lo que sobreviene el desmayo. Más tarde, al despertarnos no recordamos. Sin embargo, esta experiencia se escapa en forma de miedos pánicos, fobias incontrolables e incluso algunas

imágenes alucinatorias, despiertos o dormidos. Flourens pensaba además que un componente misterioso presente en el olor de la sangre causaba en los verdugos un efecto similar al atribuido al cloroformo. Esta podría ser la metáfora trágica del destino de la memoria de algunos medios y de su corolario, los así llamados dirigentes que los frecuentan para explicar cómo fue posible que apareciera un nuevo sujeto vaciándolos de toda legitimidad. ¿Qué experimentan en la carne cuando los visita el espectro de esa fecha, dibujando con su dedo sobre el vapor del espejo del baño una fecha de algún febrero?

4 DE FEBRERO, DE UN FRACASO MILITAR A UN ÉXITO POLÍTICO

Wladimir Ruiz Tirado

Cuando Hugo Chávez irrumpió en la escena política venezolana, a través de un breve mensaje televisivo, solicitando la rendición a sus compañeros de armas y responsabilizándose por la fallida acción militar; quizás, al momento se comprendió que no había una plena preparación para asumir el impacto que tendría tal acción, sin embargo, aun en medio del fracaso no se perdía de vista el alcance que tendría en el proceso histórico de la nación y, más aún, el calibre de la envergadura y la significación que a futuro tendría el proyecto que él y sus camaradas emprendieron años antes en el difícil trajinar de una empresa clandestina como lo es una conspiración. A posteriori fue reconocido así. Luego de experimentar tal fracaso, las incertidumbres estaban a la orden del día.

Sin embargo, ante el hecho concreto de no haber conseguido los objetivos que se habían planteado, el hoy Presidente de la República lanzó una frase premonitoria que marcó la línea divisoria entre el antes y el después de la ocurrencia de los hechos. El “por ahora” enunció que, a pesar de la derrota propinada por las fuerzas del gobierno de Carlos Andrés Pérez, el proyecto seguiría adelante.

A veinte años de dicha acción política y militar y después de trece años de gobierno revolucionario, tales dudas parecen hoy

lejanas en el tiempo, ya disipadas muchas de sus incógnitas, hasta el punto de estar en presencia de la celebración de una fecha de gran peso en la historia nacional. Puede decirse, una fecha histórica, pues si bien al inicio se interpretó como una simple derrota militar, a lo largo de estas dos décadas transcurridas se ha afirmado como un proyecto políticamente exitoso.

Puede decirse, sin ambages, que para fines de los años 80 y comienzos de los 90 del siglo pasado estaban dadas las condiciones para se produjera una situación revolucionaria. El agotamiento del proyecto betancourista, del bipartidismo puntofijista, el cual se encontraba en pleno agotamiento, con una economía desvenecijada y desnacionalizada y un sistema político plenamente deslegitimado; una clase política corrompida, con una total entrega al plan neoliberal, al cual se plegó enteramente el segundo gobierno de CAP.

Por ello, si rastreamos los antecedentes del 4F, no podríamos obviar el 27F de 1989, primera gran revuelta mundial contra el sistema neoliberal en el mundo y señal inequívoca del quiebre de un largo período de la historia de Venezuela.

Quiebre que ya había sido percibido por Alfredo Maneiro quien, deslindándose de la izquierda tradicional, fundó un partido concebido como un movimiento de movimientos, el cual tenía entre sus propuestas un diseño de “cuatro patas” para el accionar revolucionario: movimiento obrero, popular, intelectual y militar. A Maneiro lo sorprendió la muerte en la construcción de tal empresa, pero dejó sembrada la semilla en el joven Chávez de fines de los setenta y comienzo de los ochenta.

Si bien los propósitos de Maneiro quedaron trancos con el posterior desdibujamiento de la antigua Causa R, las líneas gruesas de su pensamiento fueron cabalmente interpretadas y continuadas

por la oficialidad patriótica de las FAN, quienes en alianza con otros sectores concretaron el desarrollo del plan revolucionario.

La historia no es lineal, ni las pretensiones o proyectos revolucionarios son o se concretan de la manera como los pensamos originalmente, deben ser inéditos para que se precien de tales. Saramago coloca en boca de Ricardo Reis, heterónimo de Pessoa, la siguiente y muy elocuente máxima: “Las revoluciones no son todas iguales ni quieren todas lo mismo”, diríamos que ocurren en situaciones muy especiales y muchas veces en lugares y momentos inimaginables. Y esto fue lo que ocurrió el 4F de 1992 y en el período de veinte años subsiguiente a tal aldabonazo de la historia patria.

La condición de lo inédito de la Revolución Bolivariana se expresa de muchas maneras. La oficialidad patriótica de las FAN ha sido su principal fuerza motriz desde la sublevación del 4F, a diferencia de otras que han tenido su acento en la clase obrera, campesina, o alianzas de clases; de igual manera el método de acción política no fue, en sus inicios, la clásica insurrección popular o guerrillera. Así como también el que haya tenido un viraje hacia los procesos pacíficos y electorales, casi todos exitosos.

Así mismo, el hecho de apoyarse en la construcción de un cuerpo de ideas cimentado en las raíces del pensamiento patrio [Rodríguez, Bolívar y Zamora] abrió el campo para la captación de una oficialidad que había sido formada en un recalcitrante anticomunismo.

Luego de estas dos décadas, la gran pregunta que debe hacerse la Revolución Bolivariana a veinte años del 4F y trece de gobierno es hacia dónde va. Sobre todo si se tiene en cuenta que trece años es una edad de adolescente si se quiere una transformación radical de las relaciones humanas. Hemos logrado importantes cambios en lo político, falta por desarrollar a plenitud los sociales y, sobre todo, los culturales.

Hoy vivimos una etapa de transición cuyo propósito fundamental es deslegitimar el capitalismo mediante otra lógica, otra hegemonía, otra cultura, es el gran reto de la Revolución Bolivariana. Ya definido el carácter antiimperialista y socialista de la revolución, según lo señaló Fanon: *toda lucha antiimperialista, de carácter nacional-popular, es también anticapitalista* (Fanon, 1961).

Desde que en 1998 asumimos posiciones de gobierno y de poder, hemos buscado trastocar los modelos que impedían la liberación de nuestras potencialidades naturales y humanas y sentar las bases para una democratización plena de nuestra vida política y social. Abrir los espacios para que nuestros ciudadanos asumiéramos el protagonismo de nuestra historia.

A trece años de haber asumido estas responsabilidades hemos decantado el proyecto. Nos preparamos en este momento para un proceso electoral en octubre de este año [2012] a fin de, no solo salir victoriosos, sino también catapultar las reformas necesarias para colocarnos a la altura de las exigencias del socialismo en el siglo XXI.

Colocamos como centro de estas el protagonismo y la participación de la gente; podemos decir que se orientan en dos vertientes:

- Centrar el papel del Estado en la promoción de la propiedad social de los medios de producción, las empresas de producción social, la gestión y la autogestión.
- Otorgarle a las Comunas y a los Consejos Comunales, obreros, campesinos, aborígenes, estudiantes y organizaciones populares de toda índole, poderes cada vez más democráticos. Es decir, la democratización plena de Venezuela. Esa es la alternativa.

Dice el filósofo Slavoj Žižek:

Pero miren al venezolano Chávez. Dicen que es populista, demagogo, que no hace nada en el plano económico, que acabará mal. Quizás sea cierto... Pero es el

único que ha incluido a los pobres de los barrios en un proceso político. Es por eso que lo apoyo. Cuando critican su tentación dictatorial, hablan como si antes de él hubiera existido una democracia equilibrada. Pero él ha sido el único vector de la movilización popular. Él piensa que para defenderla tiene derecho a utilizar el aparato estatal (Diario *Liberación*, febrero 2008).

Para entender mejor tal implicación debemos hacer unas referencias previas, de carácter histórico, en relación al impacto del movimiento revolucionario en el proceso político de la Venezuela contemporánea. Sin duda el discurso político que más ha marcado en profundidad el alma nacional, desde la época de Simón Bolívar, ha sido el de Hugo Chávez, desde el 4 de febrero de 1992, cuando el ahora Presidente incorporó, en una convocatoria sin precedentes en la historia nacional, a los excluidos de siempre en el protagonismo de su quehacer histórico. Se han visibilizado según nos refiere Gustavo Pereira.

¿Por qué el discurso de Chávez ha calado tan hondo en el pueblo venezolano, ha trascendido nuestras fronteras y hoy es tan significativo para los pueblos de América Latina y del mundo? ¿Por qué Venezuela se ha convertido en una referencia obligada al plantearse los procesos de cambio en Nuestra América?

Creemos que parte de las respuestas a tales cuestiones son las que pueden ayudar a explicar el impacto histórico del 4F. Entre las razones que podemos mencionar podemos enumerar las siguientes:

- Venezuela ha venido señalando un camino de lucha por la democracia y la liberación de los pueblos, dándole continuidad al pensamiento independentista y soberano de Simón Bolívar. Chávez ha demostrado que sí es posible, apoyándose en la fuerza del pueblo, y con este asumiendo un papel protagónico, intentar construir una sociedad

alternativa, de contenido profundamente democrático, distinta al capitalismo voraz y salvaje.

- De igual manera, ha demostrado que el pensamiento anti-imperialista de Simón Bolívar está vivo. Utilizando estas herramientas ha enseñado que la “hoja de ruta” de la liberación pasa por enfrentar a las fuerzas de dominación, de cualquier signo, que opriman nuestras patrias y, al mismo tiempo, enfrentar a las oligarquías locales que le hacen el juego al colonialismo foráneo.
- En Venezuela hemos logrado unificar, en un gran movimiento de sujetos sociales, a los trabajadores, formales e informales, los campesinos, los aborígenes, las comunidades, las Fuerzas Armadas Nacionales, los intelectuales, las corrientes religiosas, a las mujeres y a los jóvenes, constituido en un vasto instrumento liberador. Un movimiento nacional-popular.
- Se ha venido impulsando y construyendo, apoyado en estos movimientos, un modelo propio, endógeno, como lo es la Revolución Bolivariana, el cual ha sido consagrado mediante un poder constituyente (1999) que sancionó la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, la cual establece los principios de la democracia participativa y protagónica como rectores del ejercicio democrático.
- Simultáneamente, hemos definido una estrategia para constituir un espacio de poder autónomo en América Latina. Se trata de la Alba, proyecto que comenzó solo con Venezuela y Cuba y que ahora ya suma a Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Planteando mecanismos de integración entre los pueblos y Estados de América Latina sobre la base de los principios de la integración solidaria, la cooperación, la complementariedad y la equidad. También asistimos a la constitución

de Unasur, mecanismo suramericano de consultas políticas, de gran importancia a la hora de las decisiones regionales.

- Recientemente se fundó la Celac, que agrupa a todos los países de la región, incluido el Caribe. Una fundación a tono con la celebración bicentenaria de las independencias.

Sin embargo, los avances de la revolución no han estado libres de obstáculos y enemigos. Las fuerzas del oscurantismo y sus aliados de la oligarquía criolla han tratado en varias oportunidades de derrocar al gobierno de Venezuela y detener los avances del proceso. Han recurrido al golpe de Estado como ocurrió en abril de 2002; igualmente, otro intento entre diciembre y enero de 2002-2003, cuando ejecutaron un golpe petrolero, paralizando Pdvsa, la principal empresa nacional, y, finalmente, accionaron el mecanismo del referéndum revocatorio en agosto del 2004; donde Chávez les dio una paliza electoral.

El 3 de diciembre de 2006 el pueblo venezolano re-legitimó al presidente Chávez, con más del 60% de los votos, lo cual le confirió el piso político suficiente para emprender la fase socialista de la revolución. Durante el proceso electoral Chávez habló claro e identificó al imperialismo americano del norte como el enemigo principal del proceso venezolano, pero, además, habló directamente al pueblo, señalando que la única alternativa que tenemos en Venezuela y, casi se puede decir, en América Latina es el socialismo del siglo XXI como modelo de sociedad a construir. Esto hay que recalcarlo: el socialismo es la única alternativa, no hay otra vía posible. Por supuesto, ajustado a las particularidades de los pueblos y las naciones americanas.

Luego de la derrota del 2 de diciembre de 2007, cuando se presentó la propuesta de reforma constitucional, el siguiente escenario político fue el de las elecciones regionales y municipales del

23N de 2008, con los resultados favorables al proceso bolivariano que ya conocemos, los cuales abrieron el camino para la aprobación de la Enmienda Constitucional que permite al Presidente postularse de manera inmediata y continua a los procesos electorales por venir.

Lo otro tiene que ver con la gestión de gobierno, es decir, la calidad de ella. Si el propio Presidente reclama persistentemente a sus funcionarios, tanto el marcado burocratismo como la ineficacia en el cumplimiento de los objetivos, ello debe ser motivo de gran preocupación entre todos aquellos quienes apostamos al futuro y a la consolidación de la revolución. En el año 2004 se hizo un taller de alto nivel para producir las ideas y objetivos del salto adelante; está uno pendiente, por efectuarse, este es uno de los escenarios para una evaluación, ampliación y corrección de políticas públicas. Escenario apropiado para la elaboración de criterios políticos refinados como lo hemos subrayado en otros escritos. Por razones de espacio no podemos analizar con detalle este tema, solo queremos decir que, en materia de agenda política, la evaluación de la calidad de gestión del gobierno es primera prioridad. Honraremos con ello la herencia política de Maneiro.

En relación a ello queremos hacer referencia al documento: Ante la situación nacional y el desconcierto de la izquierda, de factura maneirista en 1974, solo queremos acotar lo siguiente:

Si en aquella oportunidad Maneiro retrató al país, resaltó su condición petrolera y, sobre todo, vaticinó la debacle económica, política y moral de la República como consecuencia de la bonanza petrolera, alertándonos acerca del espejismo que representaba la riqueza fácil, y, en especial a los revolucionarios acerca de la difícil circunstancia para emprender el camino de la revolución, hoy, más que nunca está vigente esta alerta. Por una doble razón. En primer término, porque estamos en una posición de gobierno,

en una circunstancia donde se está repitiendo una coyuntura de gruesos excedentes petroleros y, si bien es cierto que se ha reiterado que ellos serán utilizados como palancas para la transformación social, también lo es el que los peligros del envilecimiento del proceso están al acecho, vale aquí el “ojo pelao”, tan mencionado por el Presidente. La superación del rentismo petrolero luce como un gran objetivo.

En relación a lo político y organizativo, creo que estamos en una situación donde debemos valorar lo que tenemos, como gran saldo político-organizativo del pueblo y del liderazgo del Presidente, para retomar como primera gran tarea el diseño y la construcción de una organización que, no solo aglutine a los revolucionarios, sino además permita lo que en otra oportunidad el propio Maneiro llamó un “movimiento de movimientos”, más allá de la circunstancia electoral, ampliamente participativo y democrático, pero a la vez con criterios de calidad y eficacia política que solo los dará la claridad de objetivos y la selección de los liderazgos como resultado de un proceso.

Si bien esto puede durar años, comenzar desde ya, con la fuerza y el empuje que reclaman los tiempos, podríamos avanzar rápidamente. En tiempos de Maneiro tal empresa se concibió sin tener posiciones de gobierno. Ahora, con las posiciones de gobierno y de poder alcanzadas, la tarea luce obligante.

La prefiguración de un nuevo Estado, ampliamente democrático, participativo y protagónico, está en relación directa con la herramienta de dirección a construir, pero, a la vez, con la calidad y la eficacia de la gestión gubernamental.

Así, podemos concluir que si bien el “imperio” ha golpeado y que, además, se cometieron serios errores, es ahora cuando, en el marco de las reflexiones necesarias, puede ser posible el afinamiento de las herramientas político-organizativas que nos

acerquen a la consolidación de lo ya logrado y la profundización de lo soñado. Ello requerirá de una gran disciplina y un talante democrático a toda prueba.

10 ANOTACIONES SOBRE EL 4F DE 1992

Reinaldo Iturriza López

1. En su fundamental *Historia documental del 4 de febrero*, Kléber Ramírez sostiene que la insurrección “no coronó el propósito inmediato de la toma del poder, pero puso al descubierto el mar de fondo de contradicciones con que se dirige la nación venezolana... Desde este punto de vista, fue una necesidad histórica”. Es preciso complementar: eso que se rebeló tres años antes [el 27F de 1989] no tenía como propósito la toma del poder, sino la impugnación radical del orden existente, del Estado. Ese sujeto popular en rebelión, en pleno proceso de constitución, apostó históricamente en las calles y triunfó. De inmediato, la clase política se encargó de hacerle pagar caro su afrenta: utilizando para ello al Ejército, a la Guardia Nacional, a los organismos de inteligencia, apeló a la represión más brutal que haya conocido la sociedad venezolana. El 4F de 1992 los militares bolivarianos vinieron a saldar cuentas con la partidocracia –dicho sea de paso, renunciando expresamente al triste y vergonzoso papel de guardianes del orden.
2. Cuando se juntan la apuesta y la “necesidad histórica”: de este encuentro entre aquel sujeto arisco y turbulento,

incomprendido y vilipendiado por derecha e izquierda (reducido a “saqueador”), y los militares bolivarianos, surgió el chavismo. Escribe Ramírez: “El 4F dotó a la nación de un objetivo estratégico en lo político: la nueva democracia...”. Antes, la dotó de un nuevo sujeto político. Porque no hay tal cosa como estrategia sin sujeto. El chavismo es el sujeto de “la nueva democracia”.

3. Ramírez insiste en el devastador efecto que produjo la insurrección para el destino de la partidocracia: “sacudió los soportes de la ‘democracia representativa’, la cual desde hacía mucho tiempo ya no representaba a nadie”; significó un “duro golpe a la partidocracia gobernante”; “produjo un sentimiento unánime antigobierno, antiestatus, que se reflejó en todas las actividades espontáneas de la población a lo largo y ancho del país”. En algún punto va más allá: “anuló la validez de los viejos planteamientos de todos los partidos existentes”.
4. En contraste con lo anterior, el 4F “abrió la conciencia de la nación venezolana hacia la posibilidad de nuevos logros”; “revitalizó la potencialidad de este pueblo imaginativo y peleador”; “devolvió la confianza nacional, la fe trunca por tanta perversidad de las clases dominantes”; la nación “sintió de cerca la posibilidad de producir cambios profundos en los modos de dirigir al país”. Es lo que Kléber Ramírez llama un “deslinde”.
5. Lección histórica que no debe ser escamoteada: la conciencia, la potencia, la confianza, la certeza de su capacidad para producir cambios profundos le vienen dadas al

chavismo en razón de este “deslinde”, que lo ubica en abierta contradicción con la partidocracia. De allí proviene su anti-partidismo raizal.

6. Lo anterior no desdice necesariamente de la pertinencia de la forma partido, aunque reafirma la caducidad histórica de la vieja forma de hacer política. Si el chavismo sigue haciendo alarde de su antipartidismo, no lo llame “indisciplina”, llámelo coherencia. Es el espíritu del 4F el que vuelve a manifestarse.
7. El 4F los militares bolivarianos le hablaron de frente al pueblo masacrado los días posteriores al 27F. El pueblo escuchó atento. No salió a defender a la “democracia representativa”. Tampoco a los rebeldes, salvo contadas excepciones, aunque desde el principio los miró con simpatía. Eso es interpelación mutua: militares-pueblo. El liderazgo que asumirá el comandante Chávez es inconcebible sin esta relación de interpelación, que supone conflicto, que no es confianza ciega. La derecha no lo entenderá nunca. Buena parte de la izquierda tampoco. Ya lo advertía Kléber, refiriéndose a “la validez de los viejos planteamientos de todos los partidos”.
8. El 6D de 1998 Chávez y el chavismo coronaron “el propósito inmediato de la toma del poder”, objetivo esquivo en 1992, y fue la primera demostración de que juntos podían hacer mucho. Uno de los principales aprendizajes colectivos: la toma del poder no es un fin en sí mismo. Otro: más que “tomarse”, el poder se ejerce. O corremos o nos encaramamos. O ejercemos el poder para la liberación del

pueblo, para hacer la revolución, o el poder nos “toma” por sorpresa. Desprevenidos.

9. Escribía Kléber: “Hoy en día, independientemente del letargo en que se encuentre el pueblo, sabemos que allí hay ideas y sentimientos políticos más claros que antes del 4F”. Idéntica consideración cabe hacer a propósito del golpe de Estado del 11A de 2002. El “letargo” posterior a 1992 se trasmutó en el aluvión de 1998. En cualquier manifestación de “aletargamiento” de la Revolución Bolivariana posterior a 2002, sepamos identificar los signos de estremecimientos por venir. Bebamos del “agua mansa” de Maneiro.

10. El 4F insurgió también un nuevo imaginario político, emergió un nuevo discurso, una nueva narrativa histórica. Con la reivindicación de las figuras de Bolívar, Robinson y Zamora, los insurrectos no solo le imprimieron un sello nacional y popular al movimiento, sino que remarcaron la necesidad de partir de las propias raíces históricas, políticas, culturales, para “inventar” cualquier proyecto revolucionario. Porque es preciso ser “originales” incluso en el acto de rescatar la “tradicción de los oprimidos” (como diría Walter Benjamin) o eso que Marx llamaba “la tradición de todas las generaciones muertas”. Todo lo cual hay que tener muy presente siempre que nos dispongamos a hablar de socialismo.

EL 4F AMANECÍ DE BALA

Roberto Malaver

Los días 27 y 28 de febrero de 1989 marcaron la historia del 4 de febrero de 1992. Aquellos días el pueblo asumió en la calle la protesta contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Las medidas neoliberales impulsadas por el gobierno adeco de Pérez generaron en el pueblo venezolano el descontento y el rechazo. Así, deciden salir a la calle y expropiar de las tiendas y supermercados los productos que estaban necesitando y que no podían comprar.

El gobierno de Pérez decide enviar a las Fuerzas Armadas a la calle a reprimir a la gente que estaba participando en los saqueos. Y es a partir de allí cuando, muchos días después, el comandante Hugo Chávez reconoce que ese llamado a reprimir al pueblo marcó la rebeldía del 4F de 1992.

Ese 4 de febrero de 1992 el pueblo venezolano amanece viendo en la pantalla de su televisor al presidente Carlos Andrés Pérez que había salido de Miraflores hacia Venevisión, y desde allí da un mensaje donde dice que un grupo de las Fuerzas Armadas Venezolanas ha intentado dar un golpe de Estado.

Luego se supo que un grupo de tenientes, quienes habían creado el MBR –Movimiento Bolivariano Revolucionario– ante la situación que vivía el país, asumieron tomar el poder por la vía de la insurrección.

Y las razones aducidas por este grupo fueron las siguientes:

- La gestión económica y política del presidente Pérez.
- El descontento de los sectores medios y bajos de las Fuerzas Armadas por los hechos de corrupción verificados en los altos mandos militares.
- La subordinación de las Fuerzas Armadas ante un liderazgo político que consideraban incapaz y corrupto.
- La utilización de las Fuerzas Armadas, en particular del Ejército y de la Guardia Nacional, en la represión del Caracazo.
- El cuestionamiento a la posición sostenida por el presidente Pérez en las negociaciones relativas a la delimitación limítrofe con Colombia.
- El deterioro de las condiciones socioeconómicas de la oficialidad media y baja y de las tropas.
- El empleo de las Fuerzas Armadas en labores como repartición de útiles escolares, becas alimentarias, campañas de vacunación y de arborización.³

Una vez derrotada la rebelión, el Teniente Coronel Hugo Chávez Frías asume su responsabilidad ante el país, y en la televisión dice:

Primero que nada quiero dar buenos días a todo el pueblo de Venezuela, y este mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el Regimiento de Paracaidistas de Aragua y en la Brigada Blindada de Valencia. Compañeros: Lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros, acá en Caracas, no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de reflexionar y vendrán nuevas situaciones, y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor. Así que oigan mi palabra. Oigan al comandante

3 Wikipedia.

Chávez, quien les lanza este mensaje para que, por favor, reflexionen y depongan las armas porque ya, en verdad, los objetivos que nos hemos trazado a nivel nacional es imposible que los logremos. Compañeros: Oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo, ante el país y ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano. Muchas gracias.⁴

Una rendición que se convirtió en una proclama de triunfo. Dijo allí una frase que selló su compromiso político: “por ahora los objetivos que nos planteamos no fueron logrados”. Esto bastó para crear la seguridad y la confianza de que en cualquier momento volvería dispuesto a tomar el poder.

El día después del 4, el 5 de febrero, en el Congreso Nacional, los senadores y diputados se reúnen para discutir la rebelión militar y el decreto de suspensión de garantías que había dictado el presidente Carlos Andrés Pérez. Y es allí donde el diputado David Morales Bello pide: “Muerte a los golpistas”.

También el Dr. Caldera toma la palabra y, aprovechando aquel momento de descontento popular, da un discurso donde dice: “Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y la democracia cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer”.⁵ Esas palabras lo llevaron al poder en las elecciones de 1993.

Luego vinieron los carnavales de 1992 y el pueblo vistió a sus hijos de verde y les puso una boina roja, y allí comenzó a crecer la esperanza que veinte años después sigue abrazada en cada uno de los venezolanos que por primera vez en la historia política de Venezuela, sienten que están alcanzando la mayor suma de felicidad.

Por eso, aquel 4F, y parodiando al Chino Valera Mora, amanecí de bala.

4 Venezuela Analítica.

5 Venezuela Analítica.

FEBRERO EN TRES TIEMPOS

Iván Padilla Bravo

Se nos ha acostumbrado a leer la historia de manera fragmentada. Quizás por ello creamos que la narración de los hechos históricos esconda algo de inocencia, imparcialidad, trivialidad, llena de figuras heroicas y hasta espontaneísmo.

La verdad es otra: los procesos protagonizados por la humanidad organizada como pueblo y dividida en clases con base en la manera como este produce sus bienes materiales para satisfacer la dominación de unos pocos sobre las grandes mayorías, como ocurre en el capitalismo, llevan un invisible hilo conductor que está determinado por la pugna social de esas clases.

Ya decía Carlos Marx que la historia que conocemos hasta el presente es la historia de la lucha de clases. Y, si bien el rigor de esta explicación pudiese tomarse como dogmática, lo cierto es que las distintas variantes e incorporación de nuevas categorías para la reflexión y comprensión de los hechos en un presente en el que “el proletariado” es síntesis de determinantes y componentes sociales diversos, no cambian ni un ápice a la correcta lectura de los hechos históricos bajo esas relaciones de producción, confrontación y reproducción de la vida en general.

LOS HILOS DE LA HISTORIA

En esta reflexión que quiero centrar en el acontecimiento identificado y conocido comunicacionalmente como *4 de febrero* (de 1992), me he propuesto incorporar –a manera de ejemplo, porque podrían tomarse muchas más– otras dos fechas de distintos febreros en años precedentes que, sin dudas, están enlazados por el referido hilo invisible de la lucha de clases que los ata. Una es la del 27 de febrero de 1976, la otra es la del 27 de febrero de 1989:

- En febrero de 1976 se produce la captura y comienzo del juicio popular al industrial estadounidense William Frank Niehous, vicepresidente –para entonces– de la empresa transnacional Owens Illinois, responsable de actos de injerencia en contra de la soberanía del Estado venezolano y con la complicidad de funcionarios y del presidente del gobierno de entonces, encabezado por Carlos Andrés Pérez.
- En febrero de 1989 ocurre un estallido social de grandes dimensiones, que se convierte de inmediato en la más contundente respuesta de un pueblo en contra de las medidas del capital a través de la ejecución de un programa de gobierno neoliberal, de expoliación de nuestro pueblo. Medidas neoliberales esas que, por cierto –nada casual–, se ejecutaban bajo un nuevo gobierno del mismo personaje que había sido acusado dentro del juicio popular de 1976, de cometer actos de traición a la patria, corrupción y concusión, entre otros delitos.

Se trata de mostrar la relación causal, no planificada, no premeditada pero sí relacionada por una misma razón de clase, histórica, política e ideológica, entre tres acciones, entre tres fenómenos.

1. Uno, protagonizado visiblemente por guerrilleros marxistas, de conciencia proletaria y antisistema.

2. Otro en el que es el mismo pueblo el protagonista de sus actos, y un tercero en el que es el pueblo patriota, proletario y uniformado el que conduce una rebelión que, sin dudas abrió el camino para un liderazgo y una Revolución, como lo es la Bolivariana, hoy con más de doce años de impulsar cambios radicales hacia el socialismo, proponiendo una transformación del Estado mediante la construcción de leyes populares y el ejercicio del poder gubernamental.

EN 1976

El gran capital imperialista y su administrador político, el Departamento de Estado y el Pentágono, con su asiento en los Estados Unidos de Norteamérica, había conseguido en Venezuela, durante casi dos décadas, imponer un régimen denominado “democracia representativa”. A través de esta forma política de gobierno, en el que se alternaban presidentes de dos partidos firmantes del denominado Pacto de Punto Fijo, la característica fundamental del Estado era la de justificar la explotación capitalista y sus consecuencias, mediante el consenso. En resumen, un gobierno o una alternabilidad de gobiernos, que procuraban que las y los explotados aceptaran contentos su explotación, atenuando la resistencia obrera y de las y los trabajadores en general, mediante participaciones sindicales tripartitas que, junto a empresarios y Estado acordaban desmovilizar y frenar cualquier tipo de resistencia que resultara incómoda para el libre desenvolvimiento de la explotación, sin tener que recurrir directamente al uso de la fuerza, de la represión y de los regímenes abiertamente dictatoriales.

El maquillaje de sobrevivencia de la dictadura del capital, a través de su Estado, se hace entonces bajo la calificación de democracia. Una democracia que para el capitalismo no es otra cosa

sino una palabra hueca por la cual consolidan teórica y conceptualmente su hegemonía. Pero ese maquillaje, por muy espeso y coherentemente argumentado que parezca, no oculta una realidad de clases en la que los explotados, el proletariado, las y los trabajadores en general y demás sectores empobrecidos y discriminados en la sociedad, siguen pugnando por cambiar esas relaciones de explotación y alcanzar una sociedad de justicia y equidad en la que unos pocos ya no sigan siendo los beneficiarios y acumuladores de capital y plusvalía, productos de la explotación.

Dentro de este contexto, no es de extrañar que el régimen político que en aquel momento gobernaba a Venezuela, en el fondo no tuviese ninguna diferencia con los de cohesión, represión y violencia que imperaban en países como Chile, Argentina, Paraguay y Uruguay, entre otros. En la Venezuela de entonces se reprimía de manera selectiva pero con la misma virulencia de los países del llamado Cono Sur. Y aquí se perseguía, se torturaba, se encerraba, se desaparecía y asesinaba a los luchadores y luchadoras sociales y a todo revolucionario que fuese consecuente en la tarea de desmontar los mecanismos de dominación capitalista y sus consecuencias en el ámbito político. La explotación por parte del gran capital, el manejo de las políticas económicas por parte del Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las consecuencias de expoliación para todo el pueblo trabajador y pobre, eran las mismas que en el resto de Nuestramérica, solo que en algunos países se ejercía directamente por la cohesión bajo la figura de dictaduras, generalmente militares, mientras que en Venezuela se aplicaban mediante el consenso y la figura de democracia representativa, que no es otra cosa sino el eufemismo para denominar a una dictadura “blanda” y aprobada electoralmente.

Es en medio de esta realidad de contradicciones de clases y políticas, que en el año 1976 un grupo de revolucionarios y

revolucionarias, conformados en comando (Grupo de Comandos Revolucionarios) ejecutan la Operación Argimiro Gabaldón. Por ella se captura y somete a juicio popular al ciudadano estadounidense William Frank Niehous, vicepresidente para América Latina de la transnacional, fabricante de vidrios, Owens Illinois, por probados indicios de injerencia en asuntos internos de Venezuela.

Espionaje, pago de comisiones, concusión y otros delitos acompañaban las acciones de aquella empresa que consiguió en el gobierno de Carlos Andrés Pérez (1973-1978) una puerta franca para el ejercicio de actos en contra de la soberanía nacional de nuestro país.

Por primera vez un pueblo revestido de guerrilla, de Comandos revolucionarios, ejecutaba –obedeciendo a ese mismo pueblo– una acción político militar, para denunciar, para procesar y sancionar a sus culpables. Niehous no era un caso aislado, tampoco una razón para lucrarse o financiar a un movimiento revolucionario –como se pretendió desvirtuar mediáticamente, desde sus inicios, a la Operación Argimiro Gabaldón–, sino que era el rehén de aquella operación política, era el indiciado mayor en delitos contra nuestra Patria desde el poderío del gran capital transnacional.

Por eso este primer tiempo de Febrero rebelde que, sin relación directa, sin planificación estratégica ni de ningún otro tipo, junta varios febreros con el tejido meticuloso de un mismo pueblo en sus luchas emancipatorias y de libertad.

EN 1989

Comenzaba el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993, inconcluso) bajo la falsa promesa de retomar y profundizar el plan neoliberal iniciado con relativo éxito en su primer período gubernamental y conocido como de La Gran Venezuela.

Electo en diciembre de 1988, Pérez Rodríguez toma posesión de su cargo el 16 de febrero de 1989 y a dos semanas de ese acontecimiento, el pueblo empobrecido y víctima directa de la aplicación de un paquete de medidas económicas diseñadas desde el imperio por el FMI, se alza en rebeldía en contra del neoliberalismo y esta nueva opresión y expoliación, provocando un estallido social, un verdadero sacudón de todas las estructuras del Estado venezolano.

El pueblo venezolano (numérica y especialmente caraqueño, aunque las acciones se iniciaron en la ciudad de Guarenas, en el estado Miranda) protagoniza una especie de acción de comunas, al estilo de aquel histórico acontecimiento que se produjera en la Francia de 1871 y que se conociera como La Comuna de París, procura, de manera no totalmente consciente, mediante las acciones del Caracazo, asumir en última instancia, una forma de gobierno en el que lo mismo fuese el protagonista de sus destinos.

Rebelión antiimperialista cargada de espontaneísmo, pero con la fuerza motora del odio de clase de los explotados contra quienes por siglos los han convertido en cosas, en objetos, en mercancías que se intercambian en forma de fuerza de trabajo sin otra perspectiva que la de enriquecer a los explotadores en su afán por acumular más capital.

Desde el 27 de febrero de 1989, sin una percepción nítida de todo cuanto habían significado y podrían significar aquellos hechos movidos por la rabia y la angustia por la aplicación de un Paquete de medidas neoliberales que no ofrecían ninguna perspectiva para los más pobres, excluidos y desheredados, la historia de Venezuela se escinde en dos tiempos, en dos momentos: el de la sujeción y la dependencia controlada por las políticas del imperio estadounidense y el del surgimiento de nuevos vientos de independencia que comienzan a reivindicar como mentor y guía de sus pasos a quien, cerca de doscientos años antes, encabezó una

revolución emancipadora en Venezuela y Nuestramérica, el Libertador Simón Bolívar.

Es verdad que no se pueden ni deben soslayar acontecimientos puntuales, de tipo económico, social y político que caracterizaron especialmente los finales de la década de los 70, todos los 80 y buena parte de los 90. Es significativo el derrumbe de los precios petroleros y el control de cambios, iniciado durante el Gobierno de Luis Herrera Campins y marcado por el llamado “Viernes negro” en 1983. La privatización total era el fin más inmediato firmado de manera sumisa por los gobiernos títeres del puntofijismo con el Fondo Monetario Internacional, que imponía “liberar la economía” y eliminar el control sobre los precios, ofreciendo en garantía nuestras reservas de oro, de las cuales, ocho toneladas de lingotes fueron trasladadas a Londres, el 20 de febrero de 1989.

EN 1992

Es el año para el protagonismo de los patriotas del pueblo venezolano que visten y honran sus uniformes militares en contra de la corriente que había llevado al ejército libertador a una degradación y sumisión moldeada a los intereses imperiales de Estados Unidos de Norteamérica mediante la llamada Escuela de las Américas.

Soldados que para esta fecha llevaban años escuchando clandestinamente las canciones de Alí Primera, quien les exhortaba a volcar sus fusiles “contra el oligarca” y se resistían a seguir prestando el servicio militar “en el jardín de un general”. Líderes y conformadores de una célula de insurgencia que rinde juramento al pie del Samán de Güere y da inicio al Movimiento Bolivariano 200 (MBR-200), con el Teniente Coronel Hugo Chávez Frías a la cabeza, se alzan el 4 de febrero de 1992, con el propósito de derrocar al mismo

gobierno que tres años atrás había sido acorralado por el pueblo rebelde del Caracazo.

La Operación Zamora, que mantuvo en mucha tensión a sus organizadores y ejecutantes durante los meses finales del año 1991, se desarrolla con relativo éxito, salvo lo correspondiente a la toma del Palacio de Miraflores, asiento del Gobierno venezolano, el cual fue atacado cerca del mediodía de 4 de febrero de 1992 por una unidad de paracaidistas que no consigue capturar al, para entonces, presidente Carlos Andrés Pérez. Con el fracaso de esta operación emblemática y pese a los exitosos avances en varias guarniciones alzadas por todo el país, el líder de esa Revolución, Comandante Hugo Chávez propone la rendición para evitar más derramamientos de sangre.

Sin embargo, en el momento de dirigirse por los medios de difusión a sus compañeros de armas, invitándolos a deponerlas, y al pueblo en general para ofrecer explicaciones y asumir la responsabilidad histórica de los hechos, el Comandante Hugo Chávez reconoce el fracaso de la operación militar y política, pero no de la Revolución a la que entiende que “por ahora” sufre esta derrota pero no la victoria enemiga.

Nace ante la opinión nacional e internacional el liderazgo de un revolucionario, hijo del pueblo venezolano y fiel al mismo, que estaría llamado a seguir sus luchas por la vía totalmente pacífica, hasta alcanzar la victoria electoral en las elecciones celebradas en condiciones totalmente adversas, en el año 1998. Nace el liderazgo del Comandante Hugo Chávez Frías y su compromiso de ser consecuente al lado del pueblo y del ideal Bolivariano.

Es indudable la importancia histórica de la fecha 4 de febrero de 1992 en el estallido de un huracán de transformaciones humanas, sociales, políticas y económicas, que no se han limitado al territorio nacional sino que han avanzado hacia la construcción de la

soñada por el Libertador Simón Bolívar, unidad de la Patria que es América. Es indudable la repercusión mundial de esta fecha y sus posteriores desarrollos en el despertar e impulso de movimientos sociales que comienzan a descubrir una esperanza real en el desarrollo de un mundo multipolar, sin controles imperiales ni pensamiento único, que respeta todas las culturas en igualdad de condiciones y que no privilegia más a las cosas y las mercancías, sino al ser humano, en independencia y socialismo. Pero, también es indudable que el 4 de febrero de 1992, como fecha histórica, surge de uno o muchos febreros. Este, de esta reflexión, lo hemos querido centrar en tres tiempos, pero son muchos más. Son los tiempos del despertar de los pueblos, del surgir y resurgir de sus líderes. Son los tiempos de alcanzar la total y definitiva independencia, de construir nuestra multipolaridad, de derrotar para siempre al imperialismo y avanzar hacia la Patria socialista.

EL 4 DE FEBRERO UNA UTOPIA DEMOCRÁTICA

Nelson Guzmán

LA DEMOCRACIA VIOLENTA VENEZOLANA

El 4 de febrero de 1992 fue una revuelta cívico-militar que ocurrió debido a los dislates que cometió una Cuarta República hundida en el oprobio y la corrupción, veamos:

- Desde el gobierno de Rómulo Betancourt Venezuela empieza a conocer la violación de los derechos humanos en democracia.
- El oro negro engendra una dinámica dispendiosa en la vida de los venezolanos, a esto se puede agregar el dominio del bipartidismo y de un Congreso Nacional cómplice.
- Hay desaparecidos y solo protestan los sectores más radicalizados del país.
- La otra Venezuela sueña que será posible usufructuar los proventos del petróleo, mientras esto ocurre las cárceles están atestadas de presos políticos.
- Los hombres viven insatisfechos, ha aumentado la exclusión. La pobreza crítica nos estaba señalando que era imposible acceder al estado de bienestar.

- Los gobiernos de Betancourt, Leoni y Rafael Caldera nos muestran unas calles donde el pueblo reclama sus derechos.
- Los estudiantes protestan contra la ideología de aquello que se ha llamado la democracia chucuta.
- Durante los gobiernos de Acción Democrática son inhabilitados el MIR y el Partido Comunista.
- El gobierno de Caldera propone la pacificación de la guerrilla y esta se logrará a medias. Los sectores irreductibles permanecerán alzados haciendo todo tipo de sacrificios. Aquellos años fueron de inmensa turbulencia, las ideologías contestatarias al orden echan fuertes raíces en las Universidades Nacionales.
- La situación de América Latina es tormentosa, la bota imperial está allí amenazante.
- La tolerancia del liberalismo político solo conoce una máxima, el silencio. Los jóvenes deben callar, si no corren el riesgo de la prisión, de la desaparición y de la muerte.
- La justicia no se hace presente en ninguna parte, los allanamientos de los Centros de Estudios son frecuentes en la vida Republicana.
- Desde el asesinato por el gobierno de Gómez de Justinio Ribas esta práctica parece no haber cesado en el país. La democracia ha impuesto sus bayonetas como máxima.
- La libertad de expresión y el disfrute de los derechos humanos parecen solo servir para piezas oratorias. La democracia venezolana había olvidado la tolerancia, largas son las listas de los asesinados y desaparecidos en Venezuela...

El 27 y 28 de febrero señalan claramente que el camino tomado por el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez y por la democracia neoliberal no era el deseado. El pueblo fue asesinado en la calle, a

mansalva, en uno de los espectáculos más sangrientos que haya conocido la historia civil venezolana en el siglo XX. Ítalo Augusto del Valle Alliegro dio la orden de enfilear las armas contra el ciudadano común, se mató, se vejó la institucionalidad. Los esfuerzos emprendidos por la TV para hacer de este Ministro de la Defensa un héroe fueron vanos, los muertos eran incontables. Las heridas estaban abiertas, el paquetazo putrefactó las ilusiones de un pueblo ignorante; casi inmediatamente los precios saltaron, se incrementó la pobreza. El totalitarismo de la democracia cuarto republicana había vuelto a imponer su lógica. La Peste en el camposanto del Cementerio General del Sur era un repiquetazo de conciencia. Los muertos de Guarenas en tan mala hora reclamaban justicia, los pueblos comenzaban a entender que aquel orden debía llegar prontamente a su término. La acción democrática era diferente a la acción del partido Acción Democrática que no vaciló en apoyar al gobierno corrupto de Carlos Andrés Pérez.

Era inadmisibile continuar con una Venezuela donde todas las garantías habían estallado por los aires. El toque de queda del día que bajaron los cerros dejó a Caracas sin locos, como en su debido momento lo señaló Earle Herrera; estos fueron ametrallados en el claror lunar de las altas noches. Caracas fue arrasada, las calles lucían chamuscadas, la plaza de Petare fue testigo de varios camiones de muertos que fueron a dar a La Peste. Todo era una farsa. El presidente Carlos Andrés Pérez seguía instrucciones del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, del Pentágono, de la CIA. Los pueblos no contaban, solo los grandes capitales tenían la palabra. La dispendiosa toma de gobierno que había hecho Carlos Andrés Pérez solo un mes antes, era una ilusión, la gente comprendió en esos días de masacre que nada había cambiado. El desenfreno tomó las calles, faltó en ese momento la guía estratégica del partido revolucionario que estableciera la

táctica a seguir. La historia sencillamente no había terminado, el país estaba conmocionado.

El pueblo necesitaba nuevos guías, nuevos ductores en ese fin de mundo injustificable que fue el Caracazo. Se estaba demostrando que las voces no habían sido acalladas. El país invocó sus cenizas, sus mieses y allí encontró un pasado que podría emular. Simón Bolívar era una referencia magna en la conciencia histórica venezolana, Ezequiel Zamora y el Partido Liberal encarnaban una opción de justicia. No en balde la batalla de Santa Inés había dejado un muestrario de denuncias de lo que había sido la injusticia social de la godarria venezolana. El país da pasos agigantados hacia su autocomprensión. La filosofía política de los hombres del 4 de febrero emprendió la acción desde el ideario de la fuerza. Se proclamó la redención, debíamos salir de aquellas largas tinieblas. El Movimiento Bolivariano 200 edifica su filosofía desde el árbol de las tres raíces. Los venezolanos contábamos con las enseñanzas excelsas que nos venían desde el proceso emancipatorio contra España encarnada en los preceptos de aquel gran pedagogo que fue Simón Rodríguez.

En Venezuela se había luchado desde el siglo XIX contra el proyecto imperial de España. Simón Rodríguez había propuesto una escuela pública donde tuvieran cabida los mestizos, los pardos, las mujeres etc., aquella sociedad colonial no la iba a aceptar. Caracas continuaría sumida en las tinieblas, la enseñanza no era un asunto profesional, la ejercían los barberos y uno que otro pedagogo ilustrado. La Iglesia continuó tomada por la metafísica, por la enseñanza monástica sin abrir paso a los grandes cambios que estaban ocurriendo en el mundo. La voz del pueblo no contaba para los sectores opulentos que ejercían el poder, muy pronto esto desembocaría en la acción de varios procesos insurreccionales y de desobediencia civil hacia las instituciones de la

España monárquica. Desde la honda comprensión del pasado se desempolvan los sentimientos y las posturas que habían dado paso a la República de Venezuela, por ello el 4 de febrero es un atisbo de luz en una Venezuela hundida en la corrupción, en la exclusión, en la violación de los derechos humanos y en el desconocimiento de la democracia.

Los años sesenta del siglo veinte venezolano demostraron cómo la violencia no había cesado en la formación económica venezolana. En los años sesenta la democracia cuarto republicana asesina a la juventud rebelde, las universidades conocen una vez más los allanamientos y la muerte. La Guardia Nacional reprime sin recato cualquier signo de protesta. Carlos Andrés Pérez sembró el país de cadáveres, su eficacia como Ministro del Interior de Betancourt era indiscutible. La Corte Suprema de justicia no tomaba acciones ante los actos canalleros de una democracia opuesta al gesto democrático y humano. Sin embargo las fuerzas ocultas de la justicia bullían en un país que sabía que no estábamos en el camino correcto. Es por eso que comienza a germinar en el alma típica del pueblo venezolano la idea de democracia participativa y protagónica. Los cambios revolucionarios dan paso a nuevas preguntas, a nuevas cosmovisiones. Un país desnacionalizado, copia al carbón de la industria cultural, comienza a reconocerse en sus propios mitos. Los imaginarios aparentemente doblegados por la violencia y represión reencuentran sus caminos, la historia olvidada reaparece. La historia nacional ha estado sembrada de violencia, de inequidades y de injusticias.

En el siglo XIX las guerras civiles las sufrimos por doquier, de norte a sur, de este a oeste, todos se alzaron. El caudillismo pensó que el mundo ético estaba en la palabra, los caudillos ofrecieron sus batallas por dondequiera, el país lucía desorganizado, atrasado, los hombres eran víctimas de los mosquitos, de la insalubridad

de las aguas, las diarreas y el paludismo diezmo al país. La tuberculosis se convirtió en una enfermedad endémica. El latifundio convirtió el trabajo campesino en tortura. El conservadurismo luchaba contra el liberalismo, pero a la postre todo parecía ser lo mismo. Los caudillos antepusieron sus visiones del mundo, el país estaba sumido en el atraso. La democracia era simplemente un sueño. Esta esquizofrenia sorprende al siglo XX venezolano. Cipriano Castro y Gómez ejercen el poder de manera autocrática. La megalomanía de Castro fue insoportable e inadecuada para un siglo que comenzaba, sin embargo contó con su hondo nacionalismo, tuvo también la convicción de que había que preservar a la Patria de la planta insolente del dominador, éramos soberanos y así deberíamos continuar. Castro fue seguidor del ideario de Simón Bolívar. Castro se había formado en Colombia en el ideario liberal de los hermanos Uribe Uribe. En cambio Juan Vicente Gómez fue un caudillo silencioso y montaraz que se puso, inmediatamente después del golpe de Estado que le dio a su compadre Cipriano, a la orden de los Estados Unidos, Venezuela continuaba siendo un país atrasado donde las armas eran el único ajuste posible.

Desde los años en que ejercía Gómez la Vicepresidencia, las luchas contra Nicolás Rolando en el Guapo, contra los Peñaloza en los Andes fueron indescriptibles, el país no había conocido tregua desde la independencia. La tuberculosis y el atraso azotaban a Venezuela. En aquel polvorín el 11 de agosto de 1929 desemboca en Puerto Sucre (Cumaná) Román Delgado Chalbaud, a través del garibaldismo se intentaba desajenar del poder a Gómez, cosa imposible, el gobierno acababa de introducir la aviación militar en el país. Todo esto indicaba que entrábamos en el siglo XX asaltados por la devastación de la guerra, desde allí no hemos conocido la paz. La futura democracia había quedado traumatada por

el imaginario de la severidad y de la guerra. Los sucedáneos de aquella atroz dictadura de 27 años fue la generación del 28.

La generación del 28 conoció el fuetazo, el balde de agua fría que recibían los presos a medianoche en los calabozos, pero nada de eso les valió en el aprendizaje de que la democracia debía sostenerse en el disenso, llegados al poder por segunda vez luego de la caída de Marcos Pérez Jiménez construyen una democracia que arrastrara los viejos vicios de la barbarie gomera. La disidencia fue castigada con métodos muy lejanos a la democracia, se allanaban a tiro limpio los sindicatos contrarios al partido Acción Democrática. El levantamiento armado fue inevitable y los jóvenes conocerían la muerte, las cárceles, las torturas y las desapariciones. Definitivamente, seguíamos hundidos en el fondo del mar, generaciones enteras fueron fustigadas por la represión. Los demócratas del 28 siguieron conservando una institución como la recluta. Nuestro ejército fue formado en la Escuela de las Américas. Las epopeyas militares de los siglos XIX y XX fueron sufragadas y aceradas en los buenos negocios, en el contrabando de armas, de whisky y de diversos insumos, desde allí no íbamos para ninguna parte. El espíritu no se había sosegado, la rebelión seguía en nuestra psique. No podíamos tolerar el modelo impuesto por el imperio. Venezuela continuaba siendo ajena para todos.

LA VERGÜENZA DE LO NACIONAL

Venezuela era un país que había sido obligado a renegar de sus épicas. La cultura nacional no tenía valor alguno, la música venezolana estaba condenada a la emisión madrugadora. El sentimiento de desprecio a lo fabricado en el país era inmenso. La cultura mayamera había tomado la conciencia colectiva. Los petrodólares habían facilitado la construcción de un mundo irreal.

En Venezuela comenzaba a desmoronarse una larga forma de interpretación política de lo Nacional. Tanto la historia romántica, como la positivista contienen unos recursos explicativos de los procesos de cambios sociales. Para los románticos lo más importante era la hazaña, el gesto inmarcesible, para los positivistas la ciencia debía triunfar. Sin embargo el tino interpretativo de la Venezuela neoliberal estaba basado en los intereses del Fondo Monetario Internacional. América Latina debía imponer los gobernantes que tuvieran la autorización de los imperios. Debíamos olvidar los asaltos de los cuales fuimos víctimas en el pasado por las potencias capitalistas, Cipriano Castro contuvo la invasión inglesa y alemana. Posteriormente se unirían otras naciones. La furia imperial había olvidado el derecho de los pueblos y su autodeterminación, ese gesto de amnesia del derecho ha sucedido en América Latina con frecuencia extrema. Los capitales siempre han reclamado su espacio de control. En Venezuela la casta militar se mantuvo al servicio de los intereses de los imperios. El bloque mundial de naciones como Francia, Holanda, España y Bélgica presentó reclamaciones de sus deudas.

Venezuela ha estado dependiendo de los precios del petróleo, este ha servido para mantener la ilusión de riqueza, comprábamos en el exterior lo que no producíamos, la estabilidad ha sido generada por los ingresos en dólares producto de la venta del oro negro. En la Cuarta República se produjo una nueva casta tutelar producto del petróleo, Pedro Duno los denominó los Doce Apóstoles. Su libro nos pone en auto de cómo la democracia adeco-copeyana controlaba el país. Lamentablemente muchos de estos personajes han reaparecido en el escenario político venezolano encarnando un ideal de justicia que nunca practicaron. De un Gobernador como Diego Arria Salicetti nos queda el recuerdo de los jugosos

contratos que se hicieron con la flota de buses Ikarus importados desde Hungría.

En Venezuela ha campeado la corrupción, el tráfico de influencias. La partidocracia impuso la cultura de la influencia, se designaban para los cargos públicos los menos aptos, esto ha impuesto un ritmo en Venezuela de barbarie institucional, pero no solo esto, sino que en el ejercicio de la justicia la viveza criolla ha llevado a personajes subalternos a pasarles cartas a sus jefes, especies de conchas de mango, para absolver de sus penas carce-larias a narcotraficantes, fue lo ocurrido con Ramón J. Velásquez y la absolución de Larry Tovar Acuña en 1993. El espacio ético ha estado vulnerado por todas partes, cada quien se creía con derecho a transgredir la ley porque no le temía a las consecuencias.

La modernidad política venezolana vio crecer la extorsión, se impuso la célebre mordida mexicana como hábito, vivíamos en una especie de selva sin ley. La Cuarta República nos legó un espectro de creencias de leyes y de ideales indefendibles. El barraganato se convirtió en una nueva forma de gobierno. El gobierno de Lusinchi vio a Blanca Ibáñez vestir el uniforme militar, cuando el desborde del río El Limón, sin que nada pasara. El país había sido tomado por la desesperanza y la fe, nadábamos en dinero, pero la exclusión crecía. Uslar Prieti dijo muchas veces que con el dinero que habíamos malgastado Europa había reconstruido sus ciudades después de la Segunda Guerra Mundial. El consumismo tomó la mentalidad de la clase media, se creyeron ricos de la noche a la mañana, se empezó a aceptar una inmigración ilegal de los países del Cono Sur que no eran los mejores. No trajimos técnicos, ingenieros, médicos sino a una población flotante que también nos llegó de las islas antillanas. Como país empezamos a resolver problemas que no eran los nuestros, se colapsaron los servicios, la

inseguridad repuntó y la única salida parecía ser resolverlo todo a billetazo limpio. Venezuela era el Dorado, se vivía en el dispendio.

Alucinados por el oro negro los gobernantes comenzaron a modificar las ciudades, el cemento dilapidó a Caracas. La parroquia Catedral sufriría los embates de la destrucción, allí se demolieron viejas casas de techos rojos y fueron sustituidos por la concepción de la vida urbana donde no hay lugar para el hombre, sino para los automóviles. Igualmente ocurrió con las parroquias Santa Rosalía, El Recreo, Altagracia. Se protestó, se escribió, pero la decisión había sido tomada, Caracas sería otra. La devastación fue hecha, pues constituía una buena manera de obtener dinero fácil. Los siglos anteriores fueron derruidos por las palas mecánicas, por los grandes edificios y por la insensatez del desarrollismo que creyó que la imitación de los Estados Unidos de América y su modelo era lo mejor.

Caracas es una ciudad donde todo ha sido intervenido. Pero a decir verdad esta lucha entre naturaleza y desarrollo comienza con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. La Cota Mil es el producto de la intervención del Ávila, asimismo lo fue la construcción del Hotel Humbolt, la construcción de la avenida Bolívar. He allí otro de los aspectos de la desnacionalización que no ha sido otra que la construcción de una gran superestructura acrítica, antinacional que apuesta a los valores de la sociedad liberal capitalista.

Otro de los rasgos de la vergüenza de Venezuela fue la CTV; compuesta por dirigentes obreros cuya preocupación fundamental era el interés particular. La cúpula sindical negociaba los contratos colectivos siempre de espaldas a los intereses y beneficios de los trabajadores. La figura de la tripartita sirvió para cayapear los legítimos derechos de los obreros. La representación de los sindicalistas corruptos, la representación venal del Estado y la representación de los empresarios mantenían bajo estado de indefensión a los

trabajadores. El Estado de derecho era ficticio, se había arreglado a un orden que legitimaba la dominación. El paquetazo buscó eliminar los subsidios, uno de ellos el de la gasolina, se nos lanzaba fuertemente por el camino de la libre competencia neoliberal. El Estado no podía seguir subsidiando los alimentos, la importación en general. El pueblo vivió en carne propia aquel 27 de febrero la magna obra de Miguel Rodríguez, de Pedro Tinoco y los IESA Boys. Ese modelo nos conducía a defender un paradigma desalmado, el del neoliberalismo. Los subsidios tan importantes para el país debían desaparecer, nunca se imaginó las consecuencias políticas que esto podía generar.

EL 4 DE FEBRERO ESTALLA LA OLLA

El 4 de febrero se produce como consecuencia de una Venezuelapisoteada. El populismo se sabía como un modelo insostenible para los centros internacionales de poder. El modelo clientelista de los partidos políticos había llegado a su fin. El neocapitalismo necesitaba del sacrificio de todos para incrementar sus ganancias, la Venezuela de los subsidios no era la vía más adecuada para obtener riqueza. El gobierno de Carlos Andrés Pérez en su segunda Presidencia dio un golpe de timón al paradigma socialdemócrata. Para los Tinocos y los Moisés Naim la riqueza estaba concentrada en el trabajo productivo y no en las dádivas del Estado. Este no había sido el discurso de CAP en su campaña, todos esperaban con fe su retorno y la llegada del estado de bienestar. El milagro no ocurrió. Miguel Rodríguez pensaba que había que retirar los auxilios tradicionales con que los adecos tenían acostumbrados al pueblo para iniciar buenos sistemas de seguros, había que tecnificar la mano de obra para superar la importación. El modelo neoliberal eliminó los impuestos a los productos de la importación para dinamizar la

competencia del mercado. El mercado tenía la palabra, no podían cargarse al Estado los organismos de previsión. Los hospitales debían generar su propio dinero, en síntesis, se estaba hablando de la privatización del país. Todo era una mercancía, el desarrollo no incluía la responsabilidad social.

Aquel golpe de improviso reabrió las heridas, el 4 de febrero se encamina por una fuerza militar con formación bolivariana que estaba harta de los dislates que se cometían en el país, la institución militar lucía putrefacta, los ascensos militares eran negociados por los partidos del puntufijismo que ocasionalmente estuvieron al mando. Lusinchi y Pérez eran simples marionetas de la oligarquía venezolana y los altos centros de poder mundial. Un país donde el discurso político no garantizaba el equilibrio no estaba exento del pusch y este se fue fraguando, los hombres más preclaros del país intuían que este podría darse, en 1991 el ingreso de los trabajadores decayó en un 22 por ciento. El gobierno se olvidó de las ayudas sociales, de los subsidios de los alimentos. Todo esto agravó la vida del ciudadano común y corriente. Aumenta la buhonería, la protección social por parte del Estado hacia el ciudadano se reduce. Aumenta la inseguridad, se deterioran los servicios públicos. El aparato del Estado seguía en franco deterioro, las salidas al exterior eran faraónicas, el lujo mostraba cuánto se había fortalecido la clase alta. El Estado y los partidos políticos dejaron de ser mecanismos contenedores del descontento. El alma típica del pueblo venezolano comenzaba a viciarse, marchábamos hacia un golpe seguro. El impuesto sobre la renta y su recaudación eran insuficientes para constituir una ayuda al gasto público. La rebelión cívico-militar se constituyó como un acto de desobediencia contra una democracia que había sumido al país en la corrupción, en la desidia, en el entreguismo político. En esos años varias decisiones

fronterizas concernientes a los límites con Colombia pretendieron tomarse de espaldas al pueblo venezolano.

El 4 de febrero señala un hito en la historia venezolana. Chávez asumió con responsabilidad y compromiso político aquel acto de rebeldía. Su acción constituyó una acción de desobediencia con respecto a una Venezuela donde se habían cimentado los fundamentos de la desigualdad. Ese día se fragua en la conciencia del venezolano una relación entre Chávez como figura histórica capaz de retornarle al pueblo lo que le había sido expropiado de un manotón. El pueblo siente que cuenta con un líder que le sirve de portavoz con respecto a sus necesidades más profundas. Chávez se convierte en un intérprete aventajado de sus circunstancias, su figura encarna la de todos los hombres elementales de su entorno, es el arañoero, el buen jugador de béisbol, encarna al romántico, cuenta sus anécdotas, cada uno se sumerge en aquella discursiva donde actúa y recuerda que es posible soñar con la utopía revolucionaria de fraguar de otra manera a Venezuela. Este movimiento cívico-militar buscaba un nuevo rumbo para el país.

La institucionalidad era un fracaso, la corrupción había ocupado lo medular de las instituciones, en ese momento comienza la colombianización de la política venezolana, aparece como rasgo sustancial el crimen por encargo. Todo era posible. El país debía emprender un nuevo camino. El movimiento bolivariano ha ido profundizando sus propuestas en la medida que se ha evidenciado que el asunto no es fácil. Los dueños del aparato económico de las empresas privadas han interiorizado que para ejercer la hegemonía deben tomar las riendas del gobierno. La conciencia social y política de la población ha ido cobrando madurez, los episodios internacionales y la presencia de unos medios de comunicación deliberantes han ayudado a comprender la honda crisis que atraviesa el capitalismo planetariamente, la crisis azota por doquier,

sin embargo en Venezuela producto de una más consciente distribución de la riqueza petrolera se han amainado problemas severos como el hambre y el analfabetismo. La revolución en términos pacíficos ha comprendido que necesita radicalidad, no se puede seguir hipotecando el país como lo hizo la Cuarta República para atender los intereses de las tribus poderosas de Fedecámaras. En términos de cambios se ha emprendido la construcción de universidades deliberantes, contestatarias, críticas. El reto planteado es cambiar la visión del mundo para la cual han sido preparados los profesionales venezolanos. Las universidades preparan para el lucro. Se había domeñado la conciencia crítica.

¿CHÁVEZ DICTADOR O GOLPISTA?

La derecha venezolana ha caracterizado a Chávez como el vivo ejemplo de la mentalidad totalitaria. Se ha calificado al gobierno constitucional y democrático escogido mediante las urnas electorales de autoritario. Los medios de comunicación en Venezuela han pasado a reemplazar a los partidos de oposición, estos desde sus tribunas pregonan que no hay libertad de expresión y sin embargo opinan y se insulta al Presidente de la República sin que nada pase. La CIA permanentemente está al acecho, se ha sembrado el territorio nacional de paramilitares y la oposición continúa sosteniendo que es absolutamente democrática. La agenda de la oposición es clara, está mediada por las verdades del golpismo, su centro principal opera en Miami. Connotados intelectuales y artistas venezolanos muchísimas veces han convocado al magnicidio. Se dice que Chávez ha sembrado el país de delincuencia olvidando los años de la Cuarta República, olvidando en Venezuela la presencia de Orlando Bosch y de Posada Carriles. La ética de la oposición es endeble, ante las amenazas y la incursión

del gobierno norteamericano nunca ha habido un pronunciamiento que señale que somos un país soberano.

La oposición venezolana añora los días anteriores al 4 de febrero. Las universidades eran centros de exclusión. Vinicio Carrera como Ministro de Transporte y Comunicaciones huyó del país con los caudales llenos. Nunca hubo tribunales eficientes para la corrupción. Antes del 4 de febrero las manifestaciones universitarias eran fustigadas por la Guardia Nacional a bala y a perdigonazos. La Corte Suprema de Justicia vivía su absoluto silencio. La diferencia del vilipendiado gobierno de Chávez con dictaduras como las de Strossner, Videla y Pinochet, es que esos países están llenos de cementerios de opositores. La violación de los derechos humanos, luego del sangriento golpe chileno, fue pertinaz, se desapareció, se exterminó y nada pasó. La prensa “liberal” venezolana hace mutis con la política intervencionista y sanguinaria que tiene el Estado norteamericano hacia todos aquellos gobiernos que no se le arrodillan. Se invadió y destruyó a Irak y el mundo se quedó callado, igual se ha hecho con Libia, con Siria, en América Latina con el inaceptable gobierno de Noriega, y en Honduras con Manuel Zelaya. En el momento actual todos los países que no están dispuestos a someterse al vasallaje corren riesgo.

La vieja democracia cuarta republicana y sus adalides han perdido la memoria histórica, olvidando que sus generales y comandantes en muchos eventos de la historia reciente venezolana ordenaron disparar al pueblo en un acto de extremo fascismo y autoritarismo. Nuestra tesis es que la democracia cuarto republicana vivió encapsulada en el lenguaje y en la acción de la Venezuela dictatorial donde no se respetaban los derechos humanos. El betancurismo aniquiló en Puerto Cabello a lo mejor de la juventud venezolana, Leoni sembró de muertos y desaparecidos el país. Chávez, luego del golpe de Estado acaecido el 11 de abril

del año 2002, regresó con la cruz del perdón cristiano en un gesto magnánimo sin precedentes en el pueblo venezolano. A pesar del secuestro del cual fue víctima cuando fue conducido a La Orchila no se produjo persecución alguna. Los canales televisivos partieron las imágenes de los televisores en un claro gesto de desobediencia a la Constitución venezolana. Las bases desde las cuales la oposición ha pregonado la democracia son las del manotazo. Se ha acudido al descrédito con las misiones educativas, lo mismo se ha hecho con la asistencia médica cubana y con los módulos de Barrio Adentro. Todo a pesar de no haber transitado hacia medidas radicales revolucionarias.

Las muestras de tolerancia de la democracia bolivariana han sido claras, a pesar del golpe petrolero siguió predominando el Estado de derecho. La clase media mayamera y golpista acosó La Casona sin consecuencias. El Departamento de Estado norteamericano había preparado su guion, la añoranza de los viejos privilegios llevó a los militares a errores extremos, se intentó fraguar la protesta desde bases no éticas. Militares golpistas y sectores decimonónicos se dieron la mano para una vez más tratar de deponer al gobierno democrático de Chávez. El paro petrolero es uno de los peores asaltos que conoce la historia republicana del país, se sabotó la industria petrolera. El país se quedó sin gas, sin petróleo, sin importaciones durante más de un mes. El guion del Imperio no dio resultados. La resistencia nacional fue ejemplar. La oligarquía acaparó productos de primera necesidad para el país. El paro estuvo auspiciado por el Departamento de Estado norteamericano, por los partidos tradicionales y por la meritocracia de PDVSA. Sin embargo, el gobierno venezolano recibió un inmenso espaldarazo de Brasil y Argentina. El sabotaje tecnológico a la industria petrolera muestra a las claras de lo que es capaz la élite democrática venezolana.

La política imperial ha seguido su cadena de sabotajes contra el gobierno venezolano. No se quiso repotenciar los F16. Se prohibió la venta de repuestos para estos aviones. Se pretendía una vez más doblegar la voluntad soberana del país. Venezuela se vio obligada a comprarle equipos militares y aviones Sukhoi a Rusia. Nuestros mercados petroleros se expandieron hacia China, Irán, Ucrania, Portugal, Rusia y Bielorrusia, sin duda éramos un factor de destabilización en relación a los intereses económicos del imperio. Estamos en la búsqueda de la transferencia tecnológica. Estamos requeridos de fortalecer nuestra agricultura y cría y para eso hemos acudido en la región a Argentina, Brasil y Uruguay. El aparato mediático de la derecha entreguista ha acusado al gobierno de estar hipotecando al país. Se ha tratado de abrirle al gobierno nacional un expediente negro a nivel mediático, la clase media ha avalado unas acusaciones insostenibles.

Las ideas fundamentales del ideario bolivariano son las de construcción de una República ética, la intervención del latifundio que sume al país y a los hombres en la pobreza. También se nutre este ideario de una conducta antiimperialista donde se reivindica a la nación. Se ha atacado la segregación, el racismo y a la imposición de un ideario universalista unilateral en la escuela y universidades que no permite ver el país en sus hondas raíces. La égida central ha sido la movilización popular, todo ha estado en cuestión, verdades eternas han comenzado a derrumbarse. Se han enfrentado dos países, aquellos que han defendido una educación tecnocrática y aquellos que habían estado invisibilizados en la historia nacional. Las bases fundantes estuvieron en la Constituyente, se debía abrir el país hacia otras visiones, se ha entendido que más allá del ideario del cristianismo, del catolicismo subsisten los idearios de los pueblos que fueron sometidos. La carga obligante ha sido reconocernos. Estos han sido los signos y los avances del 4 de febrero con

respecto a una democracia atávica y de grupúsculos. Lo anterior ha costado enfrentamiento, movilizaciones. El país ha padecido el intento neoconservador de siniestrar la democracia participativa y protagónica. Sectores militares reaccionarios asaltaron la opinión pública con la toma de la plaza Altamira.

Este proceso ha visto caer estatuas, visiones del mundo. Se ha impuesto la necesidad de vindicar lo nacional. Se ha elevado al Panteón Nacional a Guaicaipuro como sujeto de la resistencia indígena, esto ha hecho posible la reivindicación de lo local. Durante muchas décadas se miró a los indígenas como culturas atrasadas. Igualmente ha ocurrido con el racismo que ha subsistido en Venezuela hacia los negros. Era necesario que el país retomara sus problemáticas, era necesario que el país pensara en sí mismo sin olvidar lo universal. Todo esto ha sido visto por el sector reaccionario del país con hondo escepticismo. Con ojos atónitos la oligarquía venezolana ha quedado perpleja cuando Chávez denunció a Bush en la ONU, “huele a azufre” era la mejor interpretación que se hacía utilizando una figura alegórica, el diablo, para denunciar el genocidio norteamericano hacia todos aquellos países que no se han sometido. La posibilidad del zarpazo sigue allí ante un país que ha desobedecido las líneas de Estados Unidos, que ha entendido que hay una honda huella que hay que respetar en el pueblo venezolano el ideario de Bolívar cuando dice que la moral y luces son nuestras primeras necesidades. Se trataba de construir una Venezuela independiente, ilustrada, garante de su propia historia, para ello era necesario que tomáramos la historia en nuestras propias manos y a eso la oligarquía no le hizo caso, pensaron y piensan que todavía no habíamos llegado a la mayoría de edad. El caudillismo regional venezolano no se desprende de Bolívar, sino de las apetenencias y el cacicazgo de estos hombres.

EL 4 DE FEBRERO Y LA DEMOCRACIA POPULAR

Hugo Chávez fue fuertemente influenciado por Torrijos y por Velásquez Alvarado, siempre ha creído que la función del militar es la del líder ductor de una tropa que debe defender el país, que debe sembrar un ideal de Patria en el militar. El ideal de fuerza la encarna el pueblo para Chávez, su historia familiar cobra un papel importante en sus ideas. Maisanta representaba la desobediencia, la insurrección contra Gómez, veníamos de una Venezuela de los grillos y de las cárceles, se trataba de alcanzar la democracia y el equilibrio. En el país siempre ha habido prisiones y represiones, solo que la hipocresía nacional no ha asumido esta verdad. La oligarquía venezolana trata por todos los medios de promover una unidad nacional contra Chávez desprestigiando los logros de su gobierno a través de una campaña mediática que tilda al Estado como procubano, ineficaz y estalinista. Nos encontramos que en esto tiene la mano metida la Iglesia, el Departamento de Estado norteamericano y los medios de comunicación social. Esto se podría definir como terrorismo ideológico. A Venezuela se le ha catalogado como un país perteneciente al eje del mal, la política continúa siendo la de la intolerancia sobre todo en este momento fatídico del capitalismo internacional. La crisis ha llevado al bombardeo sin escrúpulos de países no alineados con Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Alemania.

Estados Unidos funge como el gran dispensador de consejos hacia Occidente, sin embargo apunta sus cañones hacia aquellos países que se resisten a ser sus títeres. El negocio es la guerra. La superioridad tecnológica ha permitido apropiarse del petróleo libio e iraquí. El reparto del mundo y la nueva geografía planetaria se fraguan a bases de bombas, de misiles, de sustancias químicas que envilecen la vida humana. La razón ha sido asaltada por unas instituciones planetarias que se niegan a llamar las cosas por su nombre. Bajo la venia del gobierno del Premio Nobel de la Paz,

Barack Obama y de los capitalistas norteamericanos se derrocan presidentes de Estados independientes, se arman golpes de Estado. Las élites reaccionarias de los países periféricos han jugado un desastroso papel a este propósito. En Venezuela nuevos sujetos sociales ocupan el escenario, los afrodescendientes, los indígenas, las amas de casas, los jóvenes, los desplazados, los movimientos vecinales, los campesinos, los obreros. El mundo está en crisis y los cambios son inminentes: se ha llamado a la toma de conciencia, se ha atizado el sentimiento de amor a la patria. El enemigo es grande y emerge por todas partes, las campañas a través de la embajada norteamericana en los barrios vendiendo la ilusión del *american dream* con clubes deportivos ha sido fuerte.

El mensaje mediático y la actitud política del gobierno venezolano con respecto a las empresas nacionales es que estas no son privatizables. Empresas como Sidor y la CANTV han sido nacionalizadas de nuevo. El imperialismo quiso generar la matriz mediática de que el capitalismo cuidaba más que el Estado las empresas, esto por la razón de pertenencia. Chávez ha entendido la política como la unión entre el líder y la masa. La gente ha comenzado a sentir y a saber que se tiene futuro. La política de asistencia masiva se ha hecho con las misiones médicas, con las misiones educativas. El país internacionalmente ha comenzado a mostrar su potencial.

El 4 de febrero fue un desafío de construcción de una sociedad de justicia social, que ha ido madurando hasta plantearse como meta la fundación del socialismo del siglo XXI, esto se ha hecho posible por la experiencia histórica. El pueblo ha comprendido que no hay otra manera de dignificarse más que reuniéndose en torno de objetivos socialistas. La expropiación se ha convertido en una propuesta de justicia social. Se ha difamado a Chávez por instrumentar estas políticas, lo cierto es que el latifundio urbano ha privado a los ciudadanos de terrenos para construir viviendas

que salden la injusticia. En un intento de mantener la armonía el gobierno ha comenzado una política de expropiaciones selectivas que luego les serán indemnizadas a los propietarios por el Estado, esto ha llevado a la burguesía nacional a acusar al gobierno de intolerante, de comunista. Se ha buscado sembrar el miedo en la población haciéndoles creer que también serán expropiados. Se ha intentado hacer creer que los hijos de las familias pobres serán utilizados por el Estado para su mejor conveniencia.

Los capitalistas han utilizado los medios como mecanismo de distorsión de la conciencia colectiva, se le imputa al gobierno socialista no haber resuelto una serie de problemas que nunca la democracia cuarto republicana enfrentó. La democracia se ha planteado como un asunto de las mayorías, aunque con aciertos y desaciertos el gobierno sigue marchando por una vía donde lo principal es el disenso. Los asuntos públicos se buscan maniobrar por gente que durante la Cuarta República estuvo incurso en estafas, en muertes y en intolerancia, he allí la diferencia de una democracia participativa y protagónica y el modelo cuarto republicano que nos dejó días inaceptables como el 27 y 28 de febrero. Sin duda los tiempos del cambio son largos y aquel ideario del 4 de febrero y su posterior maduración a la luz de la historia y de los acontecimientos implican la construcción de una hegemonía democrática que reclama la participación de todos. La complejidad social le ha propuesto a las masas –que reclaman justicia y equidad– otros medios de lograr el socialismo en el siglo XXI y estos son los de la persuasión democrática. No se trata de la conquista del cielo por asalto sino la construcción del humanismo, la tolerancia, el buen vivir, la participación y la libertad.

El 4 de febrero reclamó la probidad de los hombres y las instituciones. Ese movimiento es heredero de los ideales de la izquierda insurgente de los años sesenta, solo que se enarbolan las bases de

lo nacional. El gran mausoleo de ese momento no eran las luchas de la revolución de octubre, sino la honda huella que llevamos en nuestra alma producto de nuestro pasado histórico. Las armas no estaban derrotadas, esa era la señal que nos estaba dando este movimiento cívico-militar insurrecto. No se podía continuar viviendo en el oprobio de no tener patria. En tanto los idearios políticos nacionalistas deliraban por la modernidad, por el impulso de la técnica, esta utopía de redención se puede ver como un movimiento que intenta restaurar nuestra vida pisoteada. El imperio creyó que había liquidado nuestros dioses, exterminados nuestros panteones, pero allí seguían los invisibilizados clamando justicia, libertad y un sentido racional para su propia historia.

CRÓNICA DEL CHINCHORRO EN LA MESA

Christiane Helena Valles

SE SUPONÍA QUE NO PENSÁBAMOS

La política había quedado atrás. La “generación boba” (Edmundo Chirinos dixit) a la que pertenecíamos, no tenía como meta alzar bandera alguna en favor de una sociedad distinta a la que, uniformemente, los juicios y sentencias del FMI y del Banco Mundial nos habían condenado. Este pueblo era indefectiblemente culpable:

- culpable de negarse a morir de hambre; culpable de reventar vitrinas con las piedras de la ira acumulada;
- culpable por no dejarse amedrentar por la represión continua y perversa del aparato de seguridad;
- culpable por no admitir, a cal y canto, las decisiones que otros tomaron por él;
- culpable por su negativa a apretarse el cinturón hasta la asfixia.

Ser *yuppie*, encorbatado, con postgrado en el IESA y en la Universidad de Chicago, se erigió en sublime imagen de éxito y amor patrio. Algunos de nuestros profesores y compañeros de facultad, antiguos ultrosos, greñúos y bolso de sisal al hombro,

iniciaron su trayectoria hacia la ejecutividad, la reforma del Estado, el libremercado, las medidas de ajuste, la descentralización y las privatizaciones. La época de oro de la gerencia se había instalado. Lo importante era ser buen técnico, es decir, poseer la capacidad de ver lo público como privado, pues de todos modos pa' lante es pa' llá: la privatización de todos los bienes y servicios de la nación era la gran meta. La tecnocracia debía sustituir a la democracia: no había “ismo” mejor que el del capital, el “ismo” del pueblo no era sino esa deplorable costumbre del populismo. La voracidad neoliberal no conoce límites. Todo principio de soberanía es aplastado por la virtuosa transnacionalidad empresarial. Nada más significativo que ver arriadas las banderas de las líneas aéreas nacionales por la mano de los agentes neocoloniales que, poco a poco, avanzaban en su cometido de reducirnos a proveedores de *commodities*. En conclusión, la pérdida de la cuarta re-pública ya se había prefigurado: el país se abría paso hacia la re-privada. Lo que nunca previeron es que la cuarta república, efectivamente, caería por obra de una fuerza diametralmente opuesta, producto de las contradicciones de clase agudizadas, justamente, por el modelo que pretendieron imponer.

Si en lo político-económico se impulsaba la anulación del Estado para favorecer la preeminencia de lo privado, en lo político-social su correlato fue la irrupción de las organizaciones no gubernamentales como expresión de una sociedad civil despolitizada, con aspiraciones de gestión acotadas en lo territorial-vecinal o en ámbitos de lógica intervención sí-gubernamental como educación, salud, deporte o cultura.

La sociedad civil organizada, concebida como sustituta de los partidos políticos y organizaciones gremiales de vanguardia, carecía del contenido gramsciano original: más que un conjunto orgánico de fuerzas revolucionarias, se transformaron en personalidades jurídicas que pretendían secuestrar la democracia y las

reivindicaciones de clase. Por ningún lado aparecían las luchas a favor de tierra para los campesinos; redistribución justa del ingreso; condiciones dignas para los trabajadores y trabajadoras; creación de un sistema de salud gratuito en todo el territorio nacional; reconocimiento a los derechos de los pueblos indígenas a sus tierras ancestrales y a la protección de sus saberes. La deuda social, económica, política acumulada fue soslayada para priorizar la construcción de una cancha, las jardineras del club o el cierre de calles mediante garitas y rejas que, en flagrante violación a la libertad de tránsito, constituyeron la mejor expresión de lo que Ibsen Martínez llamó en su momento “fascismo vecinal”.

La noción de pueblo se diluía mientras nuevas ONG se reproducían como hongos y reclamaban para sí la interlocución con el Estado y la recepción de cuantiosos recursos para realizar sus labores. La defensa de los derechos humanos adquirió el sello de denominación de origen controlada (D.O.C.), eso sí, para la defensa de derechos humanos en el orden ideológico burgués: libertad de prensa, libertad de empresa, libertad económica o libertad de expresión. Los derechos fundamentales a la vida, a la educación, al trabajo, a la salud, a la vivienda, a la identidad cultural brillaban por su ausencia. Esos derechos ya estaban garantizados para quienes lideraban las organizaciones no gubernamentales, los demás eran invisibles.

Desde la izquierda sobrevivían partidos políticos y movimientos sociales que reclamaban, ante oídos sordos, el respeto a la soberanía nacional, el combate a la corrupción, la entrega de las riquezas de todas y todos a las grandes corporaciones internacionales, el clientelismo y la subordinación al imperio norteamericano. Estos movimientos portaban el veneno que penetraba al gobierno de Pérez porque después del Caracazo del año 1989, quedó picado de culebra. Progresivamente, la atmósfera de insatisfacción arribó

al punto de zozobra. Algo venía en camino, un golpe. Entre amigos nos preguntábamos con frecuencia: ¿qué va a pasar? ¿Cuándo será?

Y llegó el '92. Dos eventos contrapuestos, de diversa escala y profundidad, se concretarían ese año. Ambos dan cuenta de las paradojas de la época: por un lado las rebeliones del 4 de febrero y 27 de noviembre y por el otro, ¡La “Celebración del V Centenario de la llegada de Colón” a la isla Española! Creo que expresan los proyectos en lisa: la liberación, el nacionalismo, la dignidad, el sentido de Patria en contraposición al vasallaje, la exclusión, el despojo.

...

Trabajaba por ese entonces en el Museo de Ciencias como responsable de la División de Etnografía y Etnología. El presidente de la Fundación era Domingo Miliani. Por obra ya no sé de quién, me enviaron junto a dos pasantes, Luis y Natalia, a La Mesa de Guanipa, estado Anzoátegui, para documentar la colección Kariña del Museo y adquirir nuevas piezas para incrementarla. El periplo comenzó en El Tigre pero la máxima cooperación la recibimos en Cachama, donde asistimos a reuniones y recibimos asesoría y apoyo para formular el plan de trabajo.

En una de las asambleas se tocó el tema de la Comunidad Jesús, María y José de Aguasay, célebre por la elaboración de los extraordinarios chinchorros de curagua y víctima, en ese momento, de terrófagos que habían llevado hasta el Tribunal Supremo de Justicia la querrela para enajenar a los Kariñas de la titularidad de los terrenos que habitaban.

Después de varios días de ir y venir, el 3 de febrero de 1992, fuimos alojados por una familia en Cachama que habitaba en una “vivienda rural”. En el cuartico que nos ofrecieron cabían cómodos dos chinchorros y una bolsa de dormir. Los dueños de casa trabajaban: él, en una alfarería en la carretera hacia El Tigre, fabricando

ladrillos y tejas; ella, como cocinera en un comedor de una escuela-granja. Hijos de varias edades asistían a un galpón que llamaban escuela R-4.

Camiones recogían a diario a los trabajadores de la alfarería. El transporte pasaba alrededor de las 5:30 am, por lo que la madrugada se transformaba rápidamente en mañanita. La radio se encendía antes que el gallo cantara y esa mañana cantó duro: lo suficiente para que Luis sacudiera bruscamente mi chinchorro con un agobiado “Christiane, Christiane despiértate. Le dieron un golpe a Carlos Andrés”. Me levanté rapidito con un ¡por fin! en la boca. “¿Cómo que por fin, tú estás todavía dormida?” Fue la respuesta.

La confusión era tremenda: que si Maracay estaba en llamas, que en Maracaibo habían secuestrado al Gobernador, que iban a bombardear Valencia, etc., etc., etc. Noticias o especulaciones, aquella radio vomitaba palabras, frases y oraciones ininteligibles para quienes nos habíamos perdido la primera parte del cuento. El camión de la bloquera llegó con retraso, pero llegó, y ese padre partió lleno de la angustia que reflejaba la madre en casa: el hijo ausente prestaba servicio militar en La Carlota y aquella madre sostenía su dolor sin aspavientos ni gritos. Solamente preguntaba qué tan lejos quedaba todo, si en verdad había combates en La Carlota y si conocíamos a alguien que pudiera averiguar si su hijo estaba bien. No había celulares, ni internet, ni dispositivos móviles de datos y cada quien tenía sus temores.

En un triángulo por demás extraño, nos encontrábamos los de Caracas: la familia de Luis vivía detrás del Palacio Blanco; la de Natalia, en Santa Mónica, muy cerca de Fuerte Tiuna y la mía en la Plaza Madariaga, frente a la Comandancia de la Guardia Nacional.

Como a las 6:00 am nos fuimos a la única casa con televisor para enterarnos, no solo audio sino visualmente, de lo que pasaba

en Caracas. Habló Ávila Vivas, Eduardo Fernández, otra vez Ochoa Antich y el mismísimo Carlos Andrés Pérez: que vamos a bombardear, que mi amigo Bush me llamó y me dijo que no van a permitir que me saquen de aquí, y una larga retahíla de explicaciones y argumentaciones tan fragmentadas como la realidad.

Con el baquiano al lado, y sin mucho transporte disponible, arrancamos para una arepera de carretera donde había dos teléfonos públicos con la esperanza puesta en una posible comunicación con las familias y con los jefes en el museo. Personalmente, no sabía qué hacer con la responsabilidad de los dos muchachos y con la profunda incertidumbre sobre la evolución de la situación. Por supuesto, los teléfonos públicos no funcionaban y por aquel camino no pasaba ni un carrito por puesto para movernos en una u otra dirección. Finalmente, un trabajador de PDVSA en San Tomé, nos dio el empujón hasta El Tigre, no sin antes decirnos que habían mandado a todo el mundo para su casa.

Tras una larga cola en CANTV, conectamos con nuestras familias. Estaban bien, pero asustadas y confundidas. La suspensión de garantías y el respectivo toque de queda se veían venir con horror, como réplica del temor inducido por la terrible represión del '89. Las autoridades del Museo nos dijeron que la situación estaba controlada por el Gobierno y que nos mantuviéramos trabajando con normalidad. Debíamos regresar. El terminal de pasajeros estaba vacío, pero paramos a tomar un café y ver televisión en un puesto de comida abierto y ¡Sorpresa, sorpresa!, aparece en televisión el líder de la rebelión. No era un general, ni un almirante sino un muchacho de boina roja y voz grave que solicitaba deponer las armas para evitar derramamiento de sangre puesto que, por ahora, los objetivos planteados no serían alcanzados no sin antes asumir la responsabilidad en nombre del movimiento militar bolivariano.

La rebelión tuvo, entonces, rostro, voz y nombre: el Comandante Chávez. Pero además tenía orientación, historia, sustancia, afecto: Bolívar. Desde la subjetividad nos conectamos con una causa que desconocíamos y que en ese momento parecía perdida. Desde Tascabañas, Cachama, Pariaguán, Cantaura, San Tomé y El Tigre, todo era difuso. Caldera por radio, Aristóbulo por radio, Morales Bello por radio. Desde esas profundidades indígenas y campesinas, todo era ajeno y sin sentido. Sus pobladores eran invisibles y sus luchas parecían no tener destino más allá de las asambleas y de la solidaridad de unos cuantos. La rebelión era tangible por el muchacho ausente, el recluta de La Carlota y otros como él que abandonaron sus liceos para salir al mundo y servir a una clase política y económica que pretendió sustituir a la patria; que negaba la existencia de pueblos ancestrales, diversos culturalmente, iguales como ciudadanos.

Días después de nuestro regreso a Caracas, se presentaron en el museo la madre y una hermana. Pese a que habíamos enviado un mensaje informando que el muchacho estaba bien, ella no lo había visto. Nos fuimos a La Carlota. Después de varios intentos un oficial se apiadó de aquel amor inmenso y mandó por el hijo. Lo que siguió a ese momento merece el respeto por lo íntimo. Esa noche durmieron en mi casa, sin chinchorros que las acunaran pero serenas, tranquilas. Transcurridas unas semanas y por algún tiempo, la esperanza no tuvo asideros más allá de los murmullos y de las colas frente al Cuartel San Carlos y a la cárcel de Yare. Pero esa es otra historia. Los *yuppies* nada sabían de los Kariñas. Hoy todavía hay quien pretende triturarles. Ellos siguen ahí, firmes. Las circunstancias cambiaron por completo. Su voz se escucha, sus derechos se ejercen, su fuerza se siente junto a la del pueblo de Venezuela y de la Patria Grande. Nada de lo escrito es ficción, lo vivimos.

UN HURACÁN DE PALABRAS

Oscar Sotillo Meneses

CRÓNICA SENSIBLE ACERCA DEL 4F Y LA COMUNICACIÓN POPULAR

Sabemos bien que todos los acontecimientos históricos están concatenados y se van sucediendo influidos los unos por los otros en un ritmo fractal infinito que durará cuanto dure la historia del hombre y la mujer sobre la Tierra. Para evocar con profunda emoción un episodio particular es necesario definirlo en su espacio tiempo y seleccionar sus fibras esenciales, sus más inmediatos precedentes y repercusión. Nada más complejo cuando se trata del 4 de febrero de 1992. Confieso creer que aún se hace difícil ubicar aquel día en su precisa importancia histórica para Venezuela. Pero vale la pena intentar acaso una crónica sensible y mínima de lo que aquella jornada despertó en mucha gente.

Tres años antes el pueblo venezolano salió a las calles en una explosión dramática y poética a buscar su destino. Unos dicen que comenzó en Guarenas, por lo que debió llamarse el guarenazo. Pero terminamos llamándolo el caracazo, porque fue en la gran ciudad donde se concentraron las acciones. Muchos dicen que los guareneros cuando llegaron al terminal para tomar un carrito

hasta Caracas se dieron cuenta de que el dinero que llevaban no les alcanzaría para volver. Todo subía y subía, reinaba un clima corrupto en el extenso sentido de la palabra. Desde nuestro cuarto en un edificio de El Valle junto con la llegada de la noche vimos pasar a algunos vecinos con bolsas y cajas, carritos de automercado y los zapatos sucios de salsa de tomate y detergente. Minutos después otra vecina nos dijo: ¡Están saqueando el automercado, rompieron la puerta y se están llevando todo! Sin orden, sin ley, sin liderazgo, la gente salió a la calle como sale el vapor a presión de un ambiente que ya no aguanta más. Todas las militancias, por atomizadas que estuvieran, coincidieron que ya se había sobrepasado cualquier línea de tolerancia y que lo único que quedaba por delante era salir a luchar, convocar los huracanes de la historia que se estaban desatando.

Junto al embrión del huracán circulaba en las neuronas y la piel la rabia, y la memoria confunde a veces el dolor de ver el oro venezolano salir hacia Inglaterra. Ver las grandes industrias del país llegando a manos extranjeras y privadas. Oír la noticia que a una vecina anciana le habían arrebatado las bolsas del mercado y que a los abuelos que fueron a protestar por su pensión los recibieron con lacrimógenas y perdigones. Los profesores y maestros amenazaban con una huelga indefinida. Nuestra soberanía en el Golfo de Venezuela quedaba comprometida ante Colombia por unas negociaciones vergonzosas. Se respiraba en la calle el final de una etapa, aquel pacto consolidado en la quinta Punto Fijo estaba firmando su sentencia de muerte enmarañado en sus miserias y chapoteando en represiones, mediocridades y cinismo. El país estaba siendo desmembrado, lo veíamos irse poco a poco. La voz estaba secuestrada, los “personeros” del gobierno, de la patronal, de la central sindical, del sector cultura, siempre eran los mismos, aquel discurso pálido y complaciente dibujaba un país que no

existía, trataba de explicar un concepto de democracia que hacía tiempo había sido enterrado, pero que por la magia de los medios y el secuestro de todas la demás palabras aparecía en la escena como el único posible.

Algunos de los líderes de las gestas izquierdistas de los años sesenta aparecían retratados juntos a sus verdugos históricos, la boca saboreaba como nunca las amargas derrotas que se sucedían como en un rapto apocalíptico. Atacó con furia la postmodernidad, aquel sinsentido abalado y adornado por academias y filósofos, por grandes plumas de la muerte, por unos borregos vestidos de negro que aplaudían el supuesto fin de la historia y era su propia ignorancia lo que aplaudían, como después quedó demostrado. Quedaba para muchos el refugio de la palabra poética, de los cineclubes, de las muñecas de trapo, de los periodiquitos casi clandestinos, de los murales y las pintas cargadas de sueños. Los partidos de izquierda andaban atomizados hasta más no poder y el bloque socialista europeo se hacía polvo ante la mirada atónita de todos nosotros.

Cuando las crisis asoman sus narices todo pierde significado, lo que el tiempo se encargó de sacralizar se convierte en fútil, los grandes símbolos se tornan en baratijas y los monumentos a la gesta humana no valen mucho más que los materiales con que están hechos. Esta sensación abismal no deja vacío, va minando esa fibra sensible que los pueblos guardan celosos. Es como una invasión viral que va trayendo sus síntomas a la misma vez que el cuerpo comienza a armar sus mecanismos de defensa para retomar el equilibrio que le permita seguir vivo. Aparece una fiebre que es el resultado de combates intensos entre las fuerzas, y el sistema se va reorganizando eficazmente para expulsar al que pretende arrancarle la vida. Las sociedades no son exactamente como los organismos vivientes, pero algo tienen de ellos y vale la metáfora.

El pueblo venezolano ha sido protagonista de grandes gestas libertarias. Nuestros ejércitos han cruzado fronteras para llevar libertad hasta otras tierras y nuestros hombres y mujeres han sembrado a América Latina de ideas, y de sueños que pervivirán por siempre. Los poderes creadores del pueblo venezolano, a decir de nuestro poeta Aquiles Nazoa, gozan de gran salud histórica, siempre prestos a aparecer y a convertirse en huracán que derroca tiranos y que desanda las madejas ignominiosas que tejen quienes envalentonados por los imperios de turno creen estar al mando de los tiempos. Las brisas se van organizando como esas bandadas de pájaros que bailan a un solo son, que dirigidos en una armonía misteriosa obedecen a un gesto imperceptible y todos suben y bajan y surcan los brazos del viento porque conocen sus secretos y ven los que otros no vemos y sienten lo que otros no sienten y obedecen esas fuerzan y van fluyendo entre todos para cumplir el gesto máximo que es hacer entre todos una sola fuerza.

La historia despierta en un sobresalto. Algunos dicen que a veces duerme, pero es un sueño intranquilo. En la madrugada del 4 de febrero de 1992 los vecinos de El Valle, en Caracas, oímos el tronar de la historia que despertaba. Aún no lo sabíamos, pero el país comenzaba esa mañana otro capítulo de su gran gesta emancipadora. Desde un sueño profundo saltamos de un respiro a buscar información. Comenzaron los teléfonos a timbrar, las preguntas hacían espeso el aire, las vecinas lloraban y buscaban en sus almas una referencia, un cuento lejano, un miedo incubado, una esperanza remota. Se desempolvaban las memorias del carupanazo, del portañazo, de la caída de Pérez Jiménez y la más cercana gesta del 27 y 28 de febrero de 1989. La historia nos ponía frente a un hecho complejo e inédito para la mayoría de los jóvenes. Las familias colaban café mientras llamaban por teléfono y se comenzó a armar una pequeña historia: en La Carlota hay tiroteos, cerca de

La Casona también, Miraflores está lleno de tanques, Maracaibo, Maracay, Valencia también están convulsos. Se creó una red incipiente de comunicación. Todos los vecinos habían comenzado a escribir y a narrar sus propias noticias.

Sabíamos que todos los medios de comunicación estaban en manos del gobierno y de los consorcios privados que conocíamos desde siempre y que la gente de a pie, los vecinos, que eran los más, solamente tenían un viejo teléfono gris de disco y el mensaje verbal persona a persona. La televisión, la radio, los periódicos de circulación diaria desde temprano comenzaron su guerra de “tubazos”, las condenas a priori, las especulaciones irresponsables y los mensajes de solidaridad con el valiosísimo “sistema democrático que había que cuidar”. Los periodistas salieron a la calle a construir desde la pantalla la historia que a sus patronos les interesaba mostrar. Todo el sistema comunicacional venezolano funcionó a la perfección para dibujar cuadro a cuadro una historieta hecha a la medida. La gran mayoría del país se convirtió en “televidente” de la realidad. Percibimos temprano que el acomodo de poderes mostraba otra gran fisura. Esta vez irreversible.

Desde aquel día cambió para siempre el protagonismo del pueblo en el sistema comunicacional venezolano. Se había reventado el velo ya deteriorado de la sacralidad mediática. Los poderes trataron rápidamente de condenar los hechos y utilizaron sus mecanismos con una infinita torpeza. La explosión histórica de aquel día no pudo ser tapada con una práctica comunicacional ahogada en la mediocridad y dispuesta y diseñada para defender y reproducir un modelo decadente de sociedad que únicamente existía en las pantallas y en las páginas de algunos periódicos otrora respetables. El día cinco de febrero la “gran prensa” recogió la voz de las autoridades del país: Fedecámaras, la Iglesia, la casta política podrida, los intelectuales, los beisbolistas. En una pequeña

esquina y como cosa curiosa recogía también la voz de la gente de la calle, muy reveladora por cierto. Más allá y en afán novelesco aparecían ya algunos datos de los protagonistas del alzamiento: “Nieto de Maisanta dirigió la asonada” se leía en titular a seis columnas. Entraba en juego la dimensión histórica de lo que había sucedido. Este sería otro elemento muy valioso para entender lo que estaba pasando.

Las calles son sabias, las paredes rayadas son portadoras anti-
cuísimas de consejas y saberes, de sueños escondidos y canto mace-
rado en luchas. Pero las paredes no son una abstracción concep-
tual, no estoy hablando de un espacio hipotético y concebido como
recipiente para exponer una tesis sociológica. Las paredes tienen
nombre y apellido y sitio de nacimiento y vida. Pared de una vieja
casa en Propatria, en Caracas, Venezuela. Era una pared salpicada
de textura y mil veces pintada de blanco con pintura barata que
combatía heroicamente el hollín, la suela de los zapatos, los escu-
pitajos y el subrepticio rayón de un enamorado que pedía a gritos
que lo amaran también. Esta pared, precisamente en una calle de
Propatria, nos mostró por primera vez una frase que se había confi-
gurado en las manos y en el corazón del pueblo venezolano: “Viva
Chávez”. Una simple composición pintarrajeada que dejaba en sus
trazos la evidencia de la premura, del arrebato, de la nocturnidad.

Pero antes de las paredes fue la voz, los gestos, el canto y la
plegaria. El pueblo se arma de intuición, aguza su sabiduría mile-
naria y comienza un ritual sereno, pero encrespado de energía vital,
de esa que da el combate sin tregua, de esa que solo se obtiene en
siglos de batallas perdidas, y que se recompone y vuelve a investir
sin cansancio hasta ir forjando una gesta maravillosa. La palabra
sabia, los oídos sabios, las manos sabias, los pies sabios de la gente
van seleccionando las palabras más sencillas que portan la emoción
colectiva, esa que no necesita adornos ni ribetes superfluos, esa

que es identificada desde el principio y que contiene en una suma perfecta lo que es necesario en el tiempo y en el espacio. Cada frase celosamente guardada se convierte en un arma poderosísima en el combate.

La palabra fue urdiendo una tela nueva. La modorra de la historia se sacudía de nuevo y la efervescencia comenzaba a conseguir un cauce, un liderazgo que si bien venía configurándose poco a poco desde pequeños círculos, esa mañana del 4 de febrero ocupó los terrenos baldíos de tanto desengaño, de tantas derrotas, de tantas desesperanzas. La imagen del comandante Chávez apareció en televisión por primera vez, viajó desde la Guajira hasta Sucre, subió los cerros, atravesó los llanos y bordeó las montañas de Los Andes, y quedó esculpida en las escuelas, en los cuarteles, en los conucos y los mercados. Una sencilla imagen y unas palabras, unas brisas que invocaban a Bolívar, a Zamora y a Simón Rodríguez se convirtieron de inmediato en huracán sin precedentes:

Compañeros lamentablemente por ahora los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital, es decir nosotros acá en Caracas no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre, ya es tiempo de reflexionar y vendrán nuevas situaciones y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor. Así que oigan mi palabra, oigan al comandante Chávez que les lanza este mensaje para que por favor reflexionen y depongan las armas, porque ya en verdad los objetivos que nos hemos trazado a nivel nacional es imposible que los logremos. Compañeros oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo ante el país y ante ustedes asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano. Muchas gracias.

Los vecinos salieron a la placita, al sitio de encuentro improvisado entre tantos edificios. La mayoría no sabía nada, era un llanero recio y valiente que asumió la responsabilidad de algo en un país donde nadie asumía la responsabilidad de nada, una boina roja y un uniforme de guerrero. Un hijo salido directamente de la historia, un hombre que agradecía a sus compañeros su lealtad. Y que hacía una advertencia temporal muy clara: “por ahora”. La profecía era sencilla, no descansaría ni un segundo ni un aliento en hacer que el país se enrumbara hacia otro destino. El huracán se convirtió en leyenda y copó el territorio. La cárcel no detuvo los vientos que seguían, todos llevaban un libro, un almuerzo, una pintura, un poema, un niño para que fuese bautizado, un proyecto de sueños, o una sencilla muestra de afecto. No importaba el espacio ni el tiempo, la gente hacía inmensas colas para saludar a los comandantes bolivarianos. El armatoste mediático que imperaba no pudo hacer nada contra aquella manifestación de afecto que no conocía límites.

Veinte años después, aquellas palabras han dado frutos y han ido pariendo junto a las manos del pueblo un protagonismo encendido. Aquellas llamadas telefónicas de madrugada se transformaron en radios comunitarias, en televisoras barriales, en periódicos, en más y más murales. Internet se sumó también al nuevo tejido. Una gran discusión ha estado sobre la mesa en estos años: la construcción colectiva de una nueva realidad mediática que ayude a construir un conjunto de relaciones sociales distintas y que se deba al pueblo y donde el pueblo sea su protagonista y su hacedor fundamental. Han sido de especial importancia algunos acontecimientos poéticos y trágicos en la gesta comunicacional popular: el Caracazo, el 4 de Febrero, el golpe de Estado de abril de 2002, el sabotaje petrolero y otras contingencias. Pero lo fundamental ha sido el ensayo diario de una nueva manera de comunicar. Con

altibajos se ha ido formando una maravillosa red que es portadora del embrión de una Patria nueva, de una Patria soberana.

Hoy existen en el territorio nacional más de 400 experiencias de periódicos alternativos y comunitarios. Se reventó para siempre aquel misterio de que la escritura de noticia e información estaba reservada a unos pocos. Ya no queremos ser más los protagonistas de las malas noticias, ya el barrio dejó de ser noticia solo cuando llueve y se derrumba o cuando hay problemas y carencias, esa mirada externa ha dado paso, no sin combates, a una mirada propia, a una reconstrucción progresiva de nuestra propia imagen. La escritura dejó de ser una práctica elitista, un preciosismo encubridor y se convirtió en la herramienta fundamental para reescribir nuestra propia historia. La palabra de la gente comenzó a mostrar la realidad, a nombrarla nuevamente, a descubrir sus propios rostros olvidados. Nació un proceso de apropiación de recursos tecnológicos, de reconocimiento de saberes y el espíritu de Simón Rodríguez acompaña a miles de nuevos lectores, más de un millón trescientos mil, que ahora pueden utilizar la herramienta de la letra y la escritura. La letra y el papel viajan de mano en mano, de ojos en ojos y llevan las ideas y las emociones por las calles. Está naciendo la soberanía comunicacional. El viejo mamotreto comunicacional está en vías de extinción, pero aún falta mucho, los caminos con corazón son arduos.

El espectro radioeléctrico había sido secuestrado por las mafias capitalistas que, en complicidad histórica con la casta política, lo usufructuaban desde los inicios de estas tecnologías. En Venezuela prevaleció el modelo gringo de televisora privada. El Estado alquila al capitalista un trozo del espectro para ser explotado a través de la venta de espacios publicitarios que dejan algunos intersticios para ser llenados con contenidos basura. Estas maquinarias, así diseñadas, se transformaron en verdaderos imperios

del entretenimiento barato, de la cursilería y de la manipulación. Tanto poder han llegado a tener que se transformaron poco a poco en los forjadores de la opinión pública y en configuradores de verdades inamovibles. El proceso de descolonización del espectro radioeléctrico no ha sido fácil, las batallas en este terreno han sido intensas y complejas. Se han diseñado nuevas leyes orientadas a crear al menos un sentido de responsabilidad social de las operadoras del espectro y se ha comenzado a ceder parte de este a las televisoras y radios comunitarias. Igualmente se ha creado la figura de Productor Nacional Independiente, un fondo de responsabilidad para financiar proyectos alternativos y el apuntalamiento sistemático de las experiencias comunitarias de radio y televisión. Pero el poder de los medios en manos del capital está casi intacto, y vivimos una guerra asimétrica en el terreno mediático. Las maquinarias de promoción del consumismo se mantienen aún dibujando un mundo frívolo y colonial en batalla permanente contra la construcción de una sociedad basada en la solidaridad y en la construcción colectiva.

Desde aquel primer rayón en la calles de Propatria, que el día cinco de febrero de 1992 apareció como una campanada, hasta hoy, ha corrido mucha pintura en la calles de Venezuela. El muralismo y el grafiti se han convertido en un lenguaje cotidiano y altamente creativo. No hay comunidad donde las paredes no evoquen a Bolívar, al Che Guevara, a los líderes comunitarios, a las misiones educativas. La imagen acompaña a la palabra y la palabra en sí misma es una imagen. Podríamos decir que la salud social de una comunidad se ve a través del colorido de sus paredes. Aparecen las latas de pintura, la vecina de más allá colabora con un sancocho, las brochas salen del olvido y los niños juegan entre los jóvenes que pintan las paredes. Las escaleras las trae el vecino del taller, de la bodega. Llama a Juan que sabe dibujar y llama también a los que no

saben, que también son importantes. Todos hacen falta para que esa pared abandonada y gris se convierta en el poema colectivo del barrio.

La nueva práctica comunicacional no solo denuncia que la calle del barrio está en malas condiciones, también se involucra en resolver el problema. Esta manera de abordar el hecho comunicacional es profundamente compleja y apunta no solo a transformar la manera de construir los contenidos, sino también los procesos formativos y educativos, y fundamentalmente la posición que tiene la comunicación dentro del tejido social y el nivel de protagonismo de la comunidad y del individuo. Conocemos experiencias maravillosas donde los espacios de televisoras y radios se transforman en sitios de encuentro. Desde ellos mismos construyen una práctica emancipadora, experimental y políticamente comprometida y que contiene un alto sentido de pertenencia y de pertinencia, ya que todos los elementos involucrados se diseñan en colectivo y con una conciencia exacta del espacio tiempo al que pertenecen. La mayoría de las experiencias radiales en Venezuela surgidas desde estas modalidades, reivindican los toponímicos originarios indígenas y otros vocablos empapados de historia, de compromiso y pertenencia.

Durante los sucesos de abril de 2002, que muchos han calificado como un golpe dado por televisión, se creó una red de comunicación efectiva de convocatorias y acciones que repercutió en el desarrollo de los acontecimientos. Para esta fecha ya existían proyectos operativos que aportaron incluso su conocimiento técnico para devolver al aire la televisora del Estado que había sido cerrada por la jauría golpista. Pero lo importante de este capítulo fue que todos los venezolanos comprometidos con el proceso de transformación social tomaron un papel protagónico, vieron el extenso vacío comunicacional diseñado como una sombra para

dar la estocada al gobierno revolucionario y comprendieron que si la acción no era colectiva y efectiva la revolución naciente estaba por perderse. A partir de estos sucesos, las experiencias de comunicación alternativa y comunitaria dieron un salto exponencial. Se multiplicaron los colectivos de trabajo en el área de la comunicación y comenzaron a aparecer propuestas innovadoras.

El trabajo sostenido destinado a crear un tejido comunicacional en manos del pueblo organizado no ha sido fácil. La guerra asimétrica donde se combate a los emporios más poderosos del planeta que mantienen una campaña de descrédito contra el proceso bolivariano, no tiene descanso. Combatimos contra un enemigo poderosísimo, efectivo y seductor que no descansa y que practica métodos sofisticados de manipulación y construcción de realidades virtuales. Se combate por igual contra la manera tradicional de situarse ante los medios, se combate contra la idea de “espectador”, de “televidente”, contra esa idea vetusta del ciudadano desmovilizado que busca en una pantalla razones para olvidar y evadir la realidad. Combatimos contra nosotros mismos y nuestros vicios mediáticos y contra nuestra propia historia personal que mantuvo y aún mantiene a muchos consumiendo información y entretenimiento en una relación unidireccional. Existen también mecanismos sociales que se niegan por inercia a transformarse y a abrir paso a las nuevas maneras que empujan día a día el carro de la historia. Combatimos también contra la idea de la información como mercancía. Sabemos que en este tipo de proceso las contradicciones y la lucha constante generan la energía necesaria para seguir avanzando en territorios desconocidos.

Aquellas brisan han traído estas tempestades. Aquel clarín madrugador despertó las esperanzas y trajo a la cotidianidad de las calles nuevamente un sentido de pertenencia histórico, un liderazgo que de la mano con la gente en cada rincón de Venezuela ha

ido urdiendo una gesta emancipadora. Aquel 4 de febrero desató otro capítulo de nuestra historia libertaria. El pueblo venezolano se reencontró con la historia, con el detonante preciso que desató los caballos y las banderas, los versos, las canciones, y este bravo pueblo convocó a la rebeldía. Celebramos esta fecha como el día de la dignidad. Ya no seremos más colonia de alguien, ya ningún imperio nos dictará sus normas ni nos impondrá sus miserias. Pero no se trata solamente de un simbólico acontecimiento, de unos fuegos artificiales que se vuelven humo después del destello, se trata de sostener en el tiempo una posibilidad de digna transformación histórica y social, se trata de que desde lo grande y desde lo pequeño y cotidiano hemos sabido mantener el rumbo cierto de construir nuestra propia historia.

Pudiéramos contar esta gesta desde muchos ángulos y exaltar aquel grupo de vecinos juntando pedacitos de historia en las calles de El Valle. Pudiéramos armar una cronología de batallas y escaramuzas simbólicas y cruentas. Pudiéramos adentrarnos en un análisis semiótico o político, o económico o social de todo lo que ha sucedido en Venezuela en estos últimos veinte años. Hemos preferido esta especie de crónica sensible que ha ido transformando la palabra, la naturaleza comunicacional de los venezolanos que les ha tocado vivir este momento. La memoria llenaría página y páginas. Las anécdotas conformarían una vastísima sabana de poesía y cantos de esperanza. Nos gustaría saber quién fue aquel venezolano o venezolana que escribió con pulso emocionado “Viva Chávez” en aquella pared de Propatria.

Cuántas canciones, cuántos poemas, cuántas palabras, cuántas imágenes tiene esta maravillosa historia. Cabalgamos la esperanza con la memoria del paso de Los Andes, de Carabobo, de Ayacucho, de Junín, de Santa Inés y con la idea de que no somos copia de nadie, de que nuestra creación ha de ser y es original. Nuestras raíces

históricas alumbran los pasos. Nos acompañan también todos los hombres y las mujeres que empeñaron sus vidas por la libertad: Manuela Sáenz, Tupac Amaru, José Martí, Sandino, Allende, San Martín, Juana la avanzadora, Emiliano Zapata, Farabundo Martí. También andan con nosotros los olvidados de siempre, los campesinos, los pescadores, los decimistas, los copleros del llano, las mujeres bravías. Este huracán de la historia se ha hecho indetenible y su rumbo lo marca la tenacidad de los pueblos, su entrega en la lucha, su capacidad de imaginar mundos mejores y un sentido poético de la épica cotidiana.

En una de tantas marchas hace ya algún tiempo la Avenida Bolívar en Caracas se desbordaba de gente y el sol bravo del trópico hacía el color rojo más rojo y las consignas se sucedían una tras otra. En medio del anonimato que dan las multitudes y en un gesto espontáneo y trascendente, entre cientos y cientos de pancartas y banderas asomó un mensaje particular. Un hombre del pueblo de baja estatura ató un pedazo de cartón a una tabla mil veces usada y escribió de la manera más sencilla con brocha y pintura roja su concepción de la historia y de los tiempos: “Chávez soy yo”

4F: LA REBELIÓN PERMANENTE

Luis Alberto Angulo

La insurrección de Febrero de 1992, ya casi a dos décadas de ello, señala el surgimiento y consolidación del liderazgo nacional de Hugo Chávez. Doce años de los cuales ha ejercido mandato constitucional como Presidente de una República refundada con otra Constitución e incluso con el nombre de bolivariana como signo de un alto ideal patrio que se ha ido sembrando paso a paso en la conciencia de un nuevo ciudadano e individuo. Un ejercicio original de tendencia radical que ha sorprendido por su aspiración pacífica, inclusiva y participativa que ha estimulado la solidaridad internacional y ha creado una nueva relación entre los factores nacionales y continentales del poder político y económico.

Por ahora: La conocida frase de Chávez aceptando su responsabilidad y la derrota militar de aquel momento, marcó un antes y un después en la vida nacional caracterizada hasta entonces por la falta de convicción y valor ético de los dirigentes políticos de la Cuarta República agonizante. Marcó también un espacio de reflexión en ese orden por parte de Chávez y sus aliados que seguramente modificó de forma notable la percepción de la realidad nacional y las formas de lucha para la obtención del poder. No obstante, la intuición popular que identificó y fue asumiendo como suyo aquel movimiento insurreccional, es el hecho rotundo

más importante al trocar aquella derrota táctica y militar en una verdadera victoria estratégica que marcaría para siempre el rumbo que trazarían ya los acontecimientos posteriores que culminarían con la construcción y el afianzamiento de la actual propuesta republicana de los bolivarianos. Es a partir de aquel momento cuando la propuesta política de Chávez cobra su verdadero derrotero discursivo en el corazón de los sectores populares, convirtiéndole en una producción social de sentido, dejando atrás, por cierto, las suspicacias de la frustrada militancia revolucionaria tradicional y el recelo atávico de mucho intelectual izquierdista, frente a la participación política del estamento militar institucional. Es pues, aquel momento, una propuesta de ruptura en el orden teórico y práctico que operaría en diferentes direcciones y establecería el reencantamiento espiritual revolucionario que se creyó, estaba perdido para siempre entre las formulaciones postmodernas de “la muerte de la historia y sus grandes discursos”.

Punto de inflexión y una sacudida similar –aunque en otro sentido– al caracazo de tres años antes, el golpe contra Carlos Andrés Pérez pretendía enjuiciar la putrefacción de las estructuras del poder político venezolano y en su revés logró permear todos los intersticios de la vida nacional al develar así, el insostenible orden que condenaba a la pobreza a la mayoría de los habitantes y entregaba impudicamente la inmensa riqueza nacional a intereses foráneos. Si bien es cierto que muchos sectores de nuestra izquierda mantuvieron cautela con aquel momento, los estamentos más reaccionarios de la sociedad venezolana identificaron de inmediato el peligro que sobre sus intereses se cernía. El flirteo al incipiente chavismo con el deseo de poder manipularle, dio paso a una arremetida implacable que no solamente se mantiene a lo largo de estos años, sino que ha ido haciéndose más intensa pese al fortalecimiento del bolivarianismo y al fehaciente debilitamiento de

muchas de las otrora inexpugnables fuerza opositoras. La descalificación sistemática y permanente a toda la inmensa obra del gobierno ha sido y es el norte de una campaña orquestada dentro y fuera del país por una oposición que luce irracional y torpe ante sus mismos aliados, al extremar su engañifa de una manera obscena con una maniobra de descrédito mediáticamente amplificadas, que formalmente ha ido modificando sus insultos clasistas y racistas al chavismo, cuyas “hordas desdentadas y borrachas” han pasado a la consideración de “masas parasitarias del Estado petrolero que paga su adscripción militante a la causa bolivariana mediante el subsidio económico”.

Ese carácter irracional de la oposición radical a Chávez y a lo que este representa, ha determinado un tipo de conducta calificada por algunos especialistas en el tema de disociación psicótica, que quizás logre explicar un poco la desmesurada aversión al bolivarianismo entre los teóricos del conservadurismo derechista; animosidad que envuelve por cierto a la figura histórica misma que genera ese sentimiento, como es la inmensurable imagen de Simón Bolívar llamado justicieramente El Libertador, al cual se continúa injuriando desde auténticos gazapos y descontextualizadas teorías fuera de su tiempo, para intentar agredir con esas absurdas posiciones a aquellos que, inspirados por su prédica y acción liberadora, se asumen como sus seguidores en la construcción de la nueva realidad nacional y continental a partir de la primera década del siglo XXI en Venezuela.

La rebelión permanente del venezolano asumida a partir del 2 de febrero de 1999 marca el dictamen inapelable del devenir histórico al agotado proyecto de la representatividad política y anuncia un tiempo en cual el sujeto pueblo inicia la búsqueda de un modelo inédito de participación e inclusión que se irá construyendo radicalmente con la ascensión al gobierno y la toma del poder

político hasta la consolidación de la autonomía del país en todos los órdenes. La pretendida noción restauradora –que de acuerdo con los historiadores justificadores de la Cuarta República– signa los cometidos del bolivarianismo, se cae por su propio peso. La desnacionalización y destrucción del aparato estatal de la Cuarta República fue obra de la propia racionalidad que ella produjo, pero el surgimiento del modelo bolivariano (pese al efecto “troyano” de la vieja ideología enquistada de diferentes formas) no ha conllevado afortunadamente la reposición del modelo de la democracia meramente formal, construido a expensas de la renta petrolera y de la explotación imperial de ese recurso. Es elemental entonces que todo el aparataje teórico e ideológico que se presenta con faz académica de los científicos sociales e historiadores del viejo régimen, carezca de la mínima vergüenza intelectual para invalidar entonces las más caras aspiraciones de las naciones en las que han nacido, pero sobre las que sus sentimientos de adscripción resultan relativos y circunstanciales.

El país sobre el que la rebelión de hace 20 años se produjo ya no es el mismo. Tampoco sus actores son los mismos, pues todos hemos cambiado más de lo que creemos. En sentido literal, incluso, mucha es el agua que se ha desplazado bajo ese puente que va del Febrero de 1992 al Febrero de 2012. Los acontecimientos se han estado produciendo con una velocidad y una fuerza, vertiginosas. El mundo mismo ha cambiado y los paradigmas teóricos que definían muchas de sus más acendradas concepciones se han esfumado para siempre. Sin embargo, los peligros acechan con fiereza el paso sintiente de la humanidad. Amenazados por la crisis global de la economía capitalista cuyo hábitat, no obstante, sostiene algún estudio de ella, es la misma crisis, las economías y modelos políticos emergentes son sometidos a las imposiciones de una decadencia contra la que están obligados a luchar a favor de sus propias vidas.

¿Cómo escapar del designio de un tiempo trágico que es capaz de plantear la tragedia masiva como solución posible? Creo que estos veinte años de rebelión permanente ofrecen algunas pistas ante tanta agresiva irracionalidad. Existe un titánico esfuerzo de mucha gente en la Tierra para cambiar la frecuencia activa que empuja hacia la aniquilación y la necrofilia. Muchas personas viviendo fuera de nuestro país son capaces de ver lo que otras, independiente del grado de adiestramiento intelectual que posean, estando tan cerca no logran siquiera percibir. Se hace necesario entonces un esfuerzo adicional en diferentes direcciones que, superando los caducos rudimentos de los llamados pactos de clase, logre animar de una vez por todas, a un amplio sector popular penetrado ideológicamente por el terror mediático y la muchas veces confusas propuestas y cometidos de algunas gestiones muy burocráticas de tendencia estalinista o groseramente despolitizadas y pragmáticas, para decir lo menos de ellas.

Los múltiples logros alcanzados a lo largo de este tiempo se gestaron con dificultad desde aquellos días. La entrega de aquellos jóvenes a favor de un proyecto de la magnitud que se planteaba excedía largamente sus propias fuerzas, pero de allí surgió una voluntad de lucha que al toparse cara a cara con el pueblo que había insurgido en el caracazo de otro febrero, se hizo ya indefectible y continuó marchando y haciéndose cada vez más lúcida al transformarse en la aspiración de un conglomerado humano que hizo suyo su sentir.

“Me he encontrado con un cascarón vacío”, refirió en una oportunidad ante un grupo de artistas e intelectuales, el presidente Chávez hablando de la situación de cómo encontró el estado financiero y general del gobierno que acababa de recibir como mandatario electo. Hubiera podido repetir a la sazón su famoso “por ahora” que mediáticamente le catapultara, pues pese a la acerva

crítica de la reaccionaria oposición que desde entonces ha flanqueado sus pasos de manera inmisericorde, esa situación se revertiría plenamente a favor de la Venezuela que hoy podemos constatar, no solamente mantiene un proyecto liberador integral como país sino que ha sabido administrar sus recursos para fortalecerlos sin exponerse a la debacle.

En efecto, al evaluar las acciones de aquel día, muchos de sus protagonistas tienen la certeza de la grandiosidad y trascendencia de su cometido. Otros caídos en batalla no pudieron ver la concreción de sus sueños libertarios, pero quienes no estuvimos allí estamos obligados a respetar el resonante y glorioso silencio que les envuelve para siempre, el mismo que se alzó en La Victoria bajo la dirección de José Félix Ribas y consagró el fuego de la juventud eterna igualmente en un mes de febrero. Claro que es un signo, por supuesto que es una fecha histórica de la gesta popular, quien lo dude que sea capaz de preguntarle a la madre de Columba Guadalupe Rivas, la estudiante de la Universidad de Carabobo que murió peleando junto con otros compañeros suyos en el barrio Canaima de Valencia y que incidentalmente esa mañana vi pasar en una camioneta por la avenida Bolívar, feliz en la plenitud del momento que vivía su rebelión. Así la recuerda en este texto, Armando Amanáú:

Columba

El corazón era tu estatura
muchacha aguerrida y morena

te vi pasar vitoreando la gloria
de aquel momento
pero la muerte aguardaba
ese día por ti
ahora vives de otra forma
como querías

eternamente joven
sin mancillar
el sueño
de tu breve vuelo

pequeña Columba
caída levantas
un ala

y retorna la vida
el despertar de otros.

UN CUATRO SONORO Y BIEN AFINADO

Orlando Pichardo

I

En el devenir de la humanidad siempre hay causas que originan acciones que ponen a girar las ruedas de la historia. Estas causas siempre existen, y en los momentos que se agudizan, si no existiesen grupos o personas con capacidad de asimilar con pasión estos indicadores, y sobre todo que tengan la dignidad de asumirlas con amor, estos motivos originarios seguirían siendo silenciosos; con pequeños estallidos fáciles de controlar por los interesados en detener este girar de la historia.

Nuestro pueblo siempre ha sido un pueblo luchador, esto se demuestra revisando las páginas del vivir de la nación venezolana. No solo las grandes y heroicas gestas sino también las luchas que cotidianamente, y no menos importantes, viven mujeres y hombres de nuestro país.

Aunque a estos y pequeños combates siempre algo o alguien les ha hecho falta

Con un breve viaje por los laberintos de la memoria voy a tratar de recordar un día que le devolvió el aliento al sufrido pueblo venezolano.

En el año de 1989 venía conduciendo un vehículo 4x4, bajando de la zonas montañosas del estado Portuguesa, del sito llamado Garabote o Sanarito. Caía una fuerte lluvia. Veo, guareciéndome bajo unos platanales a dos mujeres campesinas; les ofrezco llevarlas hasta su casa, se montan y tomé un pequeño desvío. Ya en su humilde vivienda, un pequeño rancho de zinc, ellas me ofrecen una taza café que acepto con gusto. Mientras esperaba me fijo en dos niños (dos y tres añitos), me impresionan sus flacuras. Uno de ellos con una fuerte y constante tos. ¿Y estos niños?, son mis hijos, me responde Rosa. Venían de coger café y los niños se quedaban al cuidado de la abuela. Le prometo traerles un jarabe para la tos y unas vitaminas al día siguiente. Al regresar, paso por la casa de los niños a llevar lo prometido, y sale la tía de los niños y veo en su rostro una gran tristeza, me dice que a los niños les dio una fuerte diarrea y fallecieron. Un gran dolor, rabia, impotencia y tristeza sentí.

Dos años atrás un grupo de productores y gente de diversos oficios logramos fundar, primero en el caserío de la Estación de Ospino, una asociación cultural que luego, por su crecimiento, lo trasladamos a la capital del municipio Ospino del estado Portuguesa.

Productores de café de las zonas altas, sembradores de maíz, sorgo, pequeños ganaderos, profesores, maestros, empleados de diferentes organismos, obreros y estudiantes se suman al grupo cultural. En una gran asamblea se constituye el ateneo Productores del Campo y recae sobre mi persona la responsabilidad de la presidencia y sobre el camarada Jorge Márquez la vicepresidencia. En la búsqueda de nuevos caminos ya el ateneo se había convertido en el sitio de reunión de los campesinos de la zona. Logramos montar una pequeña biblioteca y realizábamos actividades culturales

todos los fines de semana y lo más importante, en la vieja casona que logramos alquilar, se analizaba la situación de los productores de café, de maíz, de sorgo, etc. También la situación social y política del país. El gobierno de Carlos Andrés Pérez tenía ahogado al sector agrícola; apoyado por una federación campesina que obedecía a los intereses de las compañías explotadoras del sector agrícola.

En una de las asambleas narro el caso de los niños que fallecieron por falta de atención médica, por abandono de las carreteras de penetración en las montañas; por las dificultades que se les presentan a los habitantes del sector para movilizarse, por la desidia y el abandono de nuestros campos.

Allí, otros integrantes del ateneo narran historias del abandono total de los sectores populares, los barrios de Ospino, Acarigua, Guanare. Todo el país sufre y a pesar de todos los bolsones de resistencia que surgen en diferentes lugares de la nación: en el fondo de cada pecho venezolano habita una desesperanza y solo se efectúan luchas reivindicativas, separadas por sectores, tratando de lograr aumentos de sus mal pagados productos y tratando de conseguir apoyo del gobierno en servicios médicos y educativos.

Se inician reuniones en Guanare, Barquisimeto, San Cristóbal, Barinas. Movilizaciones, marchas; se acude a los medios de comunicación. Se funda en Ospino el Movimiento Agrícola Ventarrón, cuyos integrantes lanzan un comunicado donde se trata de unir a todos los productores de los renglones avícola, porcino, ovino, bovino, pesca, con los productores de café, maíz, sorgo, cambures. En dicho comunicado se convoca una constituyente agrícola ya que la federación campesina la tiene dominada un grupo que se autonoombra representante del campesinado sin jamás haber tenido contacto con ellos y sin preocuparse por sus necesidades y problemas.

PERO FALTA ALGO

Se hacen acciones de calles, tomas de carreteras, se toma la Gobernación de Portuguesa, y conjuntamente con productores del Táchira, Barinas y Lara se organiza la gran marcha hacia el Congreso de la República donde se logra mantener una toma simbólica con una representación permanente dentro del Congreso. Pero siempre se mantiene, sin decaer en la lucha, un dejo de desesperanza en el corazón venezolano.

Grupos estudiantiles apoyan nuestra lucha; al igual que algunos sindicatos dan su apoyo simbólico.

Pero algo no cuaja y no es por las actividades de la inteligencia gubernamental

El Movimiento Agrícola Ventarrón recibe invitación de Miraflores a participar en un gabinete agrícola. En asamblea nos designan a Jorge Márquez y a mi persona a representar, en esta reunión, con la presencia del presidente Carlos Andrés Pérez, a los productores del campo. También me seleccionan para que sea quien hable en ese gabinete.

El presidente de la Federación Campesina (para ese entonces) inicia su intervención atacando al movimiento; tratando de minimizarlo, diciendo que no representa a nadie, que somos un grupúsculo; etcétera, etcétera. Inicio mi intervención, después de los saludos protocolares, diciendo:

No sé si el presidente de la Federación puede presentar ante usted Sr. Presidente, y ante este gabinete tres mil firmas, como las que cargamos en nuestras carpetas y las cuales podemos aumentar con tan solo solicitarlas. Si este señor (el presidente de la Federación) llega a trescientas es mucho; por eso solicitamos se realice una Constituyente Agrícola con la participación de todos los productores del campo.

Este llamado sale publicado en varios periódicos nacionales y regionales y les causa preocupación tanto a los falsos dirigentes de la Federación Campesina, como al gobierno mismo.

Después de este evento, convocamos varias marchas y realizamos varias tomas, tales como el IAN en Barquisimeto, el Fondo Nacional del Café en San Cristóbal.

Pero algo faltaba para unificar las luchas obreras, campesinas y estudiantiles.

III

El hambre, la falta de servicios médicos, el alto costo de la vida, la corrupción, la pobreza en los barrios, y para completar el Gobierno de Carlos Andrés Pérez lanza el paquete neoliberal para aumentar la miseria del pueblo venezolano. Este no aguanta más y se alza en un descontrolado estallido de protesta con saqueos, tomas de calles y avenidas, quema de vehículos, tira de pintas. Se dio lo que ya se llama históricamente El Caracazo.

El gobierno saca al ejército para controlar la situación y le da orden de disparar. Una masacre: sangre, rabia y tristeza llenan las calles de todas las ciudades. Toda la fuerza de un pueblo sufrido, contenida durante años, aflora y estalla como un volcán descontrolado, se le hace fácil al gobierno reprimir el estallido dejando sembrada de cruces las calles de Caracas y de otras ciudades y pueblos de Venezuela.

Muerte es el resultado de la obediencia de un gobierno a sus patronos capitalistas que solo querían continuar chupándole la sangre a la nación venezolana. Qué les importaba cinco mil venezolanos muertos; asesinados por las balas de quienes debían defenderlos; aún no se han contado los silentes, los que no eran noticia, los que a diario caían en un combate que luchaba el pueblo contra

el hambre, la desasistencia medica, la falta de agua potable, de insumos médicos en los hospitales de pan. Los muertos que agonizaban en el silencio del olvido.

A la par de la pobreza crece la rabia y la impotencia: pero falta algo. Algo que como un pararrayos acumule la energía de los centelazos que las nubes del dolor de un pueblo disparan a cada instante

El descontento también germina en los sectores medios de los mandos militares y en el pueblo corren rumores de un golpe. Aun sin conocer bien quiénes, cómo y cuándo se daría este golpe: el pueblo espera que algo suceda y algo sucedió...

4 DE FEBRERO

En la mañana del tres de febrero, Venezuela despertó con la sensación de que un gran acontecimiento estaba por suceder. Un palpito tembloroso en la espera y firme. Los comentarios con sabor a sangre del Caracazo aún continúan. La represión aumenta. Se van sumando dolores en el pecho de un pueblo que ya no aguanta, pero disperso en su resistencia es fácilmente controlado por la fuerza del gobierno que además recibe asesoría de expertos internacionales en materia de represión.

Llega el día, un grupo de valientes soldados, hartos de ver la pudrición de las altas cúpulas militares, de ver la complicidad de los políticos, de senadores, diputados, gobernadores, de los partidos políticos dominantes, de una burguesía favorecida por las dádivas imperiales; de ver el hambre y la miseria de su pueblo. Conducidos por el pensamiento de Bolívar, de Simón Rodríguez, de Francisco de Miranda. Impregnados del valor de quienes realizaron la gesta independentista. Con la pasión que mueve las pesadas ruedas de la historia y, sobre todo, con el amor que guía los cambios hacia los caminos de la justicia y la dignidad.

El 4 de Febrero, un golpe que fue derrotado por el vendido poder del gobierno y que sin embargo partió la historia de Venezuela en dos.

La mayoría de los venezolanos inmediatamente simpatizaron con ese soldado que en los medios de comunicación y en pocas frases dio alimento y elevó la caída estima del venezolano. Una identificación y admiración surgió en el corazón del pueblo por aquel valiente que asumió toda la responsabilidad del hecho que volteó la historia del mundo.

Llegó lo esperado, el pararrayos, que asumiendo la energía de su pueblo, soltó el rayo del cambio. En ese momento, después de la breve alocución del jefe del golpe, se intuyó que había llegado el aglutinador de la dispersas fuerzas que buscaban un mismo destino y que en la medida que se fueron sumando en torno al líder, que al fin había llegado, haría de todos esos bolsones de resistencia, una masa que demolería a quienes mantuvieron en miseria al pueblo.

Se inició una nueva lucha, indetenible. Ya los barcos no chocarían contra los arrecifes del miedo. Una nave, una inmensa nave había soltado las amarras comandada por un capitán con la pasión, el conocimiento, la dignidad y valentía para llevarla al puerto de la justicia y del honor.

Ya, en estos inicios del 2012, sabemos que la lucha continúa y también sabemos que el pueblo nunca había recibido tantos beneficios como los que recibe, que la pobreza ha disminuido, que la atención médica llega a todos los rincones, que hay escuelas y liceos hasta en los pueblos pequeños, que se publican libros que llegan a todos los rincones del país, que ahora existe un pueblo organizado que conoce sus derechos y deberes.

Gracias a ese Soldado, surgido del seno de pueblo, llamado Hugo Chávez y a los otros valientes que junto a él tomaron la decisión de cambiar la historia y sobre todo a un pueblo que siguió, con

certeza, el sendero de su líder; gracias a esa suma de amor: cuando recordamos ese ya luminoso día, sabemos que el

4 DE FEBRERO ES EL SÍMBOLO DE LA VALENTÍA Y LA DIGNIDAD DE UN PUEBLO Y SUS SOLDADOS QUE DIJERON BASTA Y ECHARON A RODAR LA NUEVA HISTORIA DE UNA NACIÓN Y DEL MUNDO.

4F, VEINTE AÑOS DESPUÉS, Y “POR AHORA”, ¿LA REFLEXIÓN?

Rafael Loreto

El 4 de febrero, o el día en que la “sana razón”—esa razón siempre amoldada a una determinada concepción de lo que es, debe ser y se permite que sea— ya no dio para más en nuestro país, haciendo estallar en pedazos lo eternamente aparential que ocultaba un mundo de cosas y que impedía a todas luces la emergencia y mirada de la verdadera realidad que todo un pueblo o, bien padecía, o bien sentía como suya en cuanto la beneficiaba y la sabía como expresión de sus más altas aspiraciones. Aún después de aquel 27 de febrero, esa poderosa campanada a la que quisieron asordinar por siempre, el puntofijismo, más que corregir y rectificar, puso todo su empeño en lo imposible, salvar la nave que hacía aguas provocando más tormentas en vez de llevarla a buen puerto, algo cuasi imposible también pero que bien pudo merecer al menos un intento o la buena intención de hacerlo.

El 4 de febrero amanecimos de golpe, un real y verdadero madrugonazo hizo estremecer y sacudir la columna vertebral de nuestra sociedad, no porque estaba adormitada⁶, sino todo

6 Recordemos que de acuerdo con la organización no gubernamental Provea (Provea. 1990–2000. *Situación de los Derechos Humanos en Venezuela. Informes Anuales*, Caracas, Provea.), en los once años que van de octubre de 1989 a septiembre de 2000 se produjeron un total de 8.355 protestas callejeras en el país, lo cual equivale a 2,08 protestas diarias incluyendo todos

lo contrario: la gran mayoría de venezolanos y venezolanas nos despertamos ese día reivindicados, y “entrañados” más que “extrañados”, para decirlo con Unamuno, con un movimiento que, surgido de las gargantas profundas de nuestro Pueblo en Armas, justificó una lucha secular por nuestra liberación y soberanía, por nuestra dignidad como nación.

Y la razón profunda de ese “entrañamiento” fue y sigue siendo radical, la convocatoria en el Bolívar vivo: *Yo mismo soy el punto de reunión de cuantos aman la gloria nacional y los derechos del pueblo (Bolívar, 1826)*. Y decir Bolívar era decir Simón Rodríguez, Sucre, Zamora, Manuela, y todos nuestros Libertadores y Libertadoras. Así como el griego clásico habitó con el corazón —recordemos con García Bacca el *habitare corde*, de San Agustín—, nosotros como Pueblo veníamos habitando cordialmente con nuestra estirpe libertaria, a tal punto de reencontrarnos en tan sagrada morada con todos los soldados del 4F.

Es en ese sentido que el Bolívar vivo se hacía y se sigue haciendo realidad en nosotros y con nosotros. Veamos: La Idea de REPÚBLICA —decía Simón Rodríguez en su Tratado sobre las luces y sobre las virtudes sociales (1840)— es el resultado de muchas combinaciones: es la más simple expresión a que el estudio del hombre, ha reducido todas las Relaciones Sociales.

Y más adelante:

los fines de semana, vacaciones y días de fiesta. Aquí no se incluyen los “paros” o huelgas, una de las modalidades más practicadas a lo largo de esa década. Cabe recordar que la gran mayoría de estas protestas callejeras fueron de carácter estrictamente popular con la innegable participación también de los sectores de la clase media excluida para aquel entonces; así hasta el año 1998, mientras que desde 1999 hasta el 2000, y esto no lo dice Provea en su mencionado informe como es de esperar, la protesta pierde su espontaneidad al ser teledirigida por los mismos medios de comunicación, los partidos políticos y demás grupos de presión del puntofijismo como la CTV y Fedecámaras, que dieron la espalda o criminalizaron el movimiento protestatario desde 1989 a 1998. Desde este último año hasta ahora, ya no son los sectores populares y la clase media, media baja y media media, los que protestan, sino los sectores más encumbrados y con mayor poder adquisitivo del país los que lo hacen.

y para aquellos a quienes el lenguaje parezca oscuro se amplificará el discurso diciendo que los hombres se reúnen por sus intereses, que buscando cada uno su conveniencia sin consultar la de otro, yerran todos el fin de la unión, porque los intereses se chocan, que este es el motivo de todas las desavenencias y estas, la causa de las guerras, que las luces que se adquieren con la experiencia han hecho pensar —que pensando se ha descubierto, que el único medio de establecer la buena inteligencia, es hacer que TODOS PIENSEN en el bien común y que este bien común es la REPÚBLICA.

Cuán absurda resulta entonces la concepción histórica que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, pretendió siempre fundar sistemas de gobiernos ateniéndose a la visión distorsionada de la realidad y las relaciones que en estas se dan.

Si siempre se procedió de un modo ideológico, esto es, invirtiendo las relaciones reales y por tanto mistificándolas de acuerdo a intereses, fue porque en ningún momento se partió de la base real de la historia y de las relaciones que de ellas se desprenden como “hogar y escenario” de los hombres, de su modo de intercambio, su modo de propiedad y su modo de producción. En consecuencia, se partió de datos que no son sino manifestaciones externas de la sociedad.

En la temprana mitad del siglo XIX, Simón Rodríguez ya lo había avizorado así, contraponiéndose a los defensores del republicanismo bastardo —así lo llama— creyendo que las Repúblicas se hacen con DESEOS, y se sostienen con PALABRAS... Piénsenlo bien.

Y vaya que recién ahora es que lo hemos venido a pensar. Decía Heidegger que para llegar al pensar, a todo pensar,

tenemos, por nuestra parte, que aprender el pensar. ¿Qué es aprender? El hombre aprende en la medida en que su hacer y dejar de hacer los hace corresponder con aquello que, en cada momento, le es exhortado en

lo esencial. A pensar aprendemos cuando atendemos a aquello que da que pensar.

Esto es, da qué pensar lo preocupante, y aún incluso diríamos hoy, lo que nos ocupa. Lo preocupante como expresión de que aún no pensamos y lo que nos ocupa como la fiel sintomatología de que estamos intentando pensar lo que hacemos para saber así lo que pensamos, para decirlo parafraseando a Castoriadis. Así evitamos la degradación y conversión del interés, de lo que nos interesa, en lo indiferente para, acto seguido, arrumbarlo a lo aburrido.

Es en este sentido por el que nos mantenemos constantemente en una especie de nuevas revelaciones, de éxtasis en éxtasis, cada vez que nos sentimos en contacto con una realidad como expresión de nuestra diversidad, realidad que por tanto no deja de hacérsenos nueva también. Y esto solo es posible porque somos hombres, mujeres y Pueblos, reales y con una sensibilidad por demás viviente, siempre decisiva en la historia bajo la forma de generación, no como un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa, sino como un nuevo cuerpo social íntegro, para decirlo orteguianamente.

Referirnos entonces al movimiento del 4 de febrero como la generación del 4F no es para nada aventurado, toda vez si consideramos que los acontecimientos que provocaron y luego han devenido de tal día histórico fueron el producto de reales y verdaderas personas que no solo se encontraron en su solidaridad, sino y aún más importante, se encontraron e hicieron causa común en su “soledad”; pues, tal como María Zambrano lo ha expresado magistralmente, “persona es soledad”. “De esta soledad — dirá también Zambrano— “nacen el ‘no’ y el ‘sí’, ante lo que nos envuelve, y este ‘sí’ y este ‘no’ pueden implicar la muerte. O la vida; toda la vida.”

En este sentido, los del 4F y todo un Pueblo con ellos, veníamos de trasegar el desierto, pero con Bolívar vivo entre nosotros para tener Patria tal y como hoy la tenemos. En este sentido los del 4F y todo un Pueblo con ellos nos supimos entonces y nos sabemos ahora “reales”, “realmente viviendo”, en la misma medida en que lo hemos hecho “negativamente”; esto es, existiendo más allá de todas las deformaciones y tergiversaciones llevadas a sus peores consecuencias por habernos alimentado siempre de peligros. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que afirmarnos en nuestras negaciones como los alfareros de Repúblicas que hemos sido, hijos fieles de Bolívar.

Cabe entonces una última reflexión de mi parte, “por ahora”, de la mano de Ortega y Gasset:

Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etc.— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad. Su actitud no puede ser la misma ante lo propio que ante lo recibido.

Y es aquí donde radica el peligro, en la perniciosa tendencia de olvidarnos de que “Historia es duración”, como decía José Carlos Mariátegui, más que vaga y siempre embrutecedora continuidad en sí y por sí misma. Una revolución será fiel a la tradición de un Pueblo solo si la acrecienta y enriquece incorporando a ella todas las cosas e ideales que son producto de su energía creadora, de su energía real y verdaderamente revolucionaria. En este sentido, sabemos tal vez mejor que nadie por el barro que cubren nuestros huesos, que esa verdad nuestramericana —Soñamos nuestro pasado para recordar nuestro futuro— cobra una dimensionalidad temporal que supera con creces toda otra lógica, brindándonos como producto una concepción también muy nuestra de lo

que debemos entender como “generación”: irreversible y siempre salto cualitativo. Eso es y sigue siendo la generación del 4F y eso este Pueblo que la sigue acompañando porque la sabe fruto de su vientre profundo.

EL 4 DE FEBRERO: UNA RUPTURA DESDE LA QUERENCIA

Pedro Salima

El 03 de febrero de 1992 por la noche hacíamos una pequeña reunión de despedida al poeta José Lira Sosa, quien al día siguiente marchaba a Cuba a someterse a una intervención quirúrgica. Compartimos una comida, una buena conversa y un video que nos mostraba al poeta Pablo Neruda y su afición por los mascarones de proa.

Para ese entonces lucíamos derrotados, por decirlo de una manera algo drástica. La sucesión de descabros sufridos por la izquierda, la caída de la Unión Soviética el año 1991, la dispersión de los movimientos sociales, la imposición del modelo neoliberal globalizado, ser testigos por televisión de la demolición de una estatua de Lenin, el salto de talanquera de exguerrilleros se sumaban para enterrar los textos marxistas en los anaqueles de las bibliotecas. Sobre todo, nos faltaba un vínculo de querencia con el pueblo.

Ver aquel video del poeta Neruda para compartir con el poeta Lira Sosa era una manera pasiva de asirnos a nuestras ideas. Algo más maduro que rechazar a Santa Claus para aferrarnos a la imagen del Niño Jesús o que vanagloriarnos de la condición de no creyentes en presencia de fanatizados cristianos, pero iguales de

nada temerarias ante el poder económico y político que sometía al país.

Lo demás era cumplir con una jornada laboral, asistir a los actos culturales, escribir por la prensa y hablar pendejadas sobre el país. Era la época de “las cuotas de poder” en la izquierda venezolana. Simple: sentarse en una mesa con AD o con Copei para transarse por una Alcaldía o un curul en un Concejo Municipal o un puesto de suplente en la Asamblea Legislativa. También eran tiempos en que la “descentralización” nos permitía una que otra gobernación; a las que accedíamos para convertir las en modelo del Estado burgués que años atrás llegamos a combatir con fiereza. Todas estas acciones políticas trazadas en mesas, sin el calor de la gente.

En las universidades lucíamos como expertos jugadores de ajedrez para alcanzar rectorados, decanatos, direcciones de escuelas o cargos para obreros a cambio de alejarnos del pasado de insurrecciones.

Éramos, pues, parte esencial del maquillaje del sistema neoliberal que nos cedía las migajas del Estado a cambio de una amnesia colectiva. Por supuesto, sobrevivían grupos que se resistían a la entrega de sus ideales, convertidos en movimientos sociales de cierta presencia en algunos sectores populares, sin la fuerza requerida para preocupar a un Pérez o a un Caldera, principalísimas figuras del bipartidismo.

Por la cabeza no nos pasaba ni la más mínima idea de una pronta oportunidad de cambiar el estado de cosas. Los sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989 habían quedado como un accidente en la ruta del bipartidismo, algo que no tenía explicaciones desde nuestra perspectiva, un estallido espontáneo que se daba mientras el Buró Político del PCV (por señalar un ejemplo) se reunía en Cantaclaro.

Si bien se acusa a Carlos Andrés Pérez de no ver las señales enviadas por el llamado Caracazo, en el mundo de la izquierda institucionalizada también estuvimos ciegos. ¿Cuántos libros de reflexión en torno de este suceso se produjeron? Simple, el sacudón nació del pueblo, no de las tesis programáticas de los partidos de izquierda, por lo tanto se desvalorizaba.

Así llegamos a aquella noche del 03 de febrero, resignados y entregados a la rutina. Noche en la que tras finalizar el video de Neruda y sus mascarones, fuimos a llevar al poeta Lira Sosa a su casa. En el camino hablamos de Fidel, esa gigantesca figura a la que nos asíamos para continuar sosteniendo nuestras ideas de revolución.

De regreso a casa, preocupados por la salud del poeta Lira Sosa, encendimos el televisor para encontrarnos con el rostro abatido, avejentado de Carlos Andrés Pérez. El Presidente informaba al país de la derrota de un alzamiento militar en su contra, pero sobre todo resaltaba la vergüenza que sentía frente al mandatario norteamericano George Bush (el padre) al notificarle, tal como un disciplinado oficinista a su malhumorado patrón, que en este “modernizado” país todavía quedaban resabios de los tiempos de golpes de Estado y soldadescas soliviantadas.

¡Qué pena con usted, mister Bush! Era lo que gritaba la expresión en el rostro de Pérez. Para nosotros fue un momento de confusión, sin alcanzar a comprender de un todo el tiempo histórico que vivía el país, sin percibir el quiebre que se estaba dando. En nuestras cabezas revoletaron unas palabras escuchadas a Héctor Mujica varios años atrás, en una conferencia que dio en el Ateneo de Punto Fijo, paraguana ciudad de nuestra península falconiana. Alertaba Héctor sobre la posibilidad de un pinochetazo con apoyo popular como una salida ante la situación del país.

La crisis moral, económica, social, cultural y política, alertaba Héctor, era terreno abonado para que cualquier militar gorila se alzara y encontrara respaldo en el pueblo. No se paseaba el camarada por la posibilidad de un alzamiento de militares progresistas.

En verdad habíamos llegado a aquella noche en medio de una crisis en la que la clase política era cuestionada. A lo interno de las organizaciones pilares del bipartidismo el descontento era creciente ante la irresponsabilidad de los dirigentes que eran electos para resolver los problemas del país. Las élites gobernantes habían incurrido en el error de aplicar el recetario neoliberal del Fondo Monetario Internacional, lo que marcaría el punto crítico y la ruptura creadora que se esperaba. No podemos obviar que en Venezuela hasta Acción Democrática tenía un pasado antiimperialista.

Y eso fue lo primero que sentimos cuando en cumplimiento de mis deberes como ejecutivo de una empresa hotelera, tras el sacudón inicial causado por la noticia que daba Pérez al país, me presenté en el hotel donde laboraba.

Allí me encontré con el primer venezolano ajeno a nosotros con el que hacíamos contacto tras el anuncio. Era el gerente nocturno del hotel, un joven sin vinculación política, sin posturas definidas ante lo que pasaba en el país, sin mayores conocimientos más allá de saber que gobernaba Pérez por segunda vez y que AD y Copei reinaban encompinchados.

Apenas le informamos de lo que pasaba, el joven hotelero empezó a maldecir porque los militares habían fracasado en su alzamiento y Pérez continuaba en el poder. Mientras caminábamos por los pasillos insistía en preguntarnos: ¿seguro que fracasaron?, ¿seguro que el gobierno los envainó?

Esta respuesta se repitió en los escasos trabajadores que a esa hora cumplían su guardia dentro del hotel. No les importaba quiénes demonios eran los militares alzados, de inmediato se

solidarizaron con ellos. Lo más probable es que en las elecciones de 1988 la mayoría de ellos hubiesen votado por Pérez. Me retumbaron en la cabeza las palabras de Héctor Mujica. La mesa estaba servida para que cualquiera se encaramara en ella y se convirtiese en jefe del gobierno.

Esa madrugada terminamos llamando a algunos camaradas en Caracas para tener noticias sobre los militares alzados. Alguien nos dijo que no era la derecha del ejército, que había alguna gente conocida entre los alzados o que “son amigos”. Nos tranquilizamos un poco. El fantasma del pinochetazo se diluyó.

No vi en primera instancia la aparición del teniente coronel Hugo Chávez Frías en la televisión, con su famoso “por ahora”, pero tras esta presentación, vista por los jefes departamentales en el hotel, acompañados por la alta jerarquía del mismo, dos expresiones se me quedaron grabadas:

- Uno de mis compañeros de trabajo, margariteño, furibundo militante copeyano, saliendo de la gerencia, con una expresión de admiración dibujada en su rostro, mientras decía: “Ese tipo, el jefe de la vaina, es un carajo arrecho”. Cómo se llama, le pregunté -Chávez, respondió.
- La otra expresión fue la de un alto ejecutivo del hotel, quien caminaba con una sonrisa nerviosa en sus labios. Solamente dijo: “Ese es un sargentico fanfarrón y bruto”.

Afuera, en la calle, la figura de Chávez, tan poco mediática, tan ajena a los modelos impuestos por la televisión, empezó a ser acariciada por la gente en los barrios, mientras los medios eran acaparados por los mismos de siempre para condenar a “los golpistas”. Pero tanta palabrería, tanta paja institucional, tantas cobas “democráticas y civilistas” no se quedaban en el seno de los humildes hogares. Sucedió lo contrario con las imágenes de los jóvenes

militares insubordinados. Un sentimiento de querencia hacia ellos se despertaba en el pueblo.

Para la institucionalidad burguesa resultaron un descalabro tanto la aparición en la pantalla chica de un trasnochado y demacrado Eduardo Fernández, solidarizándose con Pérez, sin la más mínima crítica a su gestión, y el “Muerte a los golpistas” de David Morales Bello, un político con un prontuario nada envidiable, cuyo grito a modo de consigna en el Congreso Nacional solo sirvió para generar mayores simpatías a favor de Chávez y el resto de jóvenes militares.

En nosotros la incertidumbre crecía, más cuando veíamos a la izquierda institucionalizada colocándose al lado del bipartidismo para defender “la democracia”, mientras el pueblo llano y sencillo, miraba arbolado hacia donde estaban los militares alzados.

Por supuesto, una larga historia de militares gorilas pesaba en la postura de esta izquierda institucionalizada, pero también tenían peso el acomodo de dirigentes en el aparato del Estado, las famosas “cuotas de poder”. Algunas acciones dentro del alzamiento, como la del jefe de la insurrección en el Zulia, Francisco Arias Cárdenas, de invitar al gobernador de esa entidad, el derechista Oswaldo Álvarez Paz, a sumarse al golpe, incrementó la desconfianza ante los uniformados.

Respecto a la desconfianza ante los militares es justo reconocer que desde los años sesenta, Douglas Bravo, hoy adversario del proceso bolivariano, estuvo hablando y escribiendo en torno a una alianza cívico-militar, de corte bolivariana, para hacer la revolución en Venezuela. Su *Cartas de la Montaña* (1964-1965) dejan constancia de esta propuesta. Para ese entonces, el legendario comandante guerrillero estaba dentro del PCV.

De allí que, al contrario de la postura de la izquierda institucionalizada, había otra izquierda, todavía irredenta, que estuvo en

el 04 de febrero al lado de los jóvenes militares. Participación que llevó a la detención de Douglas Bravo y el flaco Francisco Prada; detención que en principio la vimos como una acción retrograda de Luis Piñerúa Ordaz, recién nombrado ministro de Relaciones Interiores por Pérez, en un desespero por unir fuerzas y personalidades “democráticas” dentro de su gobierno. Luego supimos que realmente Douglas y el flaco Prada eran parte del movimiento insurreccional, solo que marginados de la dirección del mismo en el momento clave.

Hoy, a 20 años de aquel 04 de febrero, vale la pena preguntarse si una dirección cívico militar, donde la posición de los viejos exguerrilleros fuese fundamental, no hubiese sucumbido a la tentación divisionista y fraccionalista que nos ha hecho compañía siempre.

Otros grupos como Bandera Roja y una parte de La Causa R estuvieron vinculados al movimiento insurgente de los militares.

Hubo intelectuales de izquierda (no todos, para suerte del país) que sin esperar el curso de los acontecimientos, se lanzaron en una ofensiva mediática contra el joven teniente coronel que liderizaba a los alzados. Los improperios arrojados contra Chávez en el fondo encerraban la postura de una pequeña burguesía que desprecia a lo más llano y humilde del pueblo. Se llegaron a burlar de un joven militar que apelaba a la querencia para acercarse al colectivo.

No soportaron estos intelectuales, como el hoy desaparecido Manuel Caballero, que un hombre de piel morena, “pelo malo”, venido de la sencillez del pueblo llanero, sin tesis filosóficas publicadas en bien cuidados libros, lograra despertar en el pueblo un fervor que ellos jamás lograron animar. En esa misma postura encontramos a “líderes históricos” como Teodoro Petkoff, cuya envidia no ha dejado de expresarse desde ese momento hasta hoy.

En esta postura no hubo diferencias con intelectuales de derecha, como el caso de Arturo Uslar Pietri, quien poco tiempo después del 04 de febrero publica su libro de ensayo *Golpe y Estado en Venezuela* en el que se sumerge en las causas que dieron origen al alzamiento de los jóvenes militares, pero rehúye mencionar a Hugo Chávez Frías.

Uslar Pietri, que era la cabeza visible de los llamados “Notables”, grupo heterogéneo surgido en 1988, había advertido sobre la posibilidad de un golpe de Estado en Venezuela en una entrevista publicada el 24 de diciembre de 1991 en *El País* de España, también preconizó la formación de un gobierno “de gente capaz” para solucionar los problemas más graves del país.

En el libro mencionado, *Golpe y Estado en Venezuela*, escribe

Lo que ha ocurrido en Venezuela, el 4 de febrero de 1992, se veía venir desde hace tiempo. El más superficial observador no podía dejar de darse cuenta del disgusto creciente que la mayoría de la población... La insurrección militar del 4 de febrero de 1992 no debe ser vista aisladamente, como un caso más de intenciones golpistas por parte de militares ambiciosos, sino que hay que considerarla, si se quiere entender su verdadera significación y comprender mejor la situación real del país, en el contexto del cuadro general de la vida venezolana y de la forma como en los últimos años se ha venido conduciendo el gobierno.

A pesar de esta opinión, nunca resalta el liderazgo de Chávez, por lo que es evidente que al novelista no le agradó que la insurrección militar fuese encabezada por un hombre de pueblo y no por un general de porte anglosajón o germánico.

La figura del joven teniente coronel Hugo Chávez Frías se acrecentó en el seno del pueblo. La gente empezó a abrazar su imagen como si fuese una especie de mesías que surgía de la nada

a salvarlos. El pueblo construyó altares reales o imaginarios para colocar al militar de boina roja.

Era el resultado de un estado de decepción del pueblo ante un bipartidismo que les había traicionado. La vieja organización socialdemócrata, Acción Democrática, el llamado partido del pueblo, que en sus primeros años de gobierno construyó viviendas, escuelas, hospitales, controló precios, había sucumbido ante las transnacionales y se transformaba en una especie de gran contratista donde sus dirigentes eran socios que abultaban sus cuentas bancarias.

De cierta manera, parte del poder económico, temeroso de hundirse junto al bipartidismo, no reacciona en un principio contra el liderazgo de Hugo Chávez, ilusionado con la idea de arriarlo a sus intereses una vez pasada la euforia de la insurrección militar. O, en todo caso, se movían bajo los cálculos de un Uslar Pietri: lo de Chávez era eventual.

Semejantes cálculos hizo la administración norteamericana de la fecha, que vio en el joven Teniente Coronel la causa para “refrescar” la democracia burguesa en Venezuela, tal como se intentó hacer desde el propio gobierno de Pérez o, posteriormente, a partir del gobierno de Rafael Caldera, que llegó a incluir sus “guerrilleros” para dar una imagen de amplitud.

Mientras así se movía el ajedrez político para darle un nuevo aire al Estado burgués, el nombre de Chávez entraba en los humildes hogares de Venezuela. Todo empezaba a cambiar. Las ofertas engañosas y el carnaval electoral del bipartidismo quedaban al desnudo, ante un pueblo que desencantado construía en su imaginario la figura de una especie de vengador social que castigaría a los culpables del desastre.

Sin otro recurso que la imagen lograda el 04 de febrero, Hugo Chávez fue derrotando las nuevas maniobras de los pilares de la

democracia burguesa, empeñada en sostener el poder. Palabras como democracia participativa y constituyente tomaron cuerpo para marcar una diferencia con el pasado.

La ruptura histórica estaba dada.

Hoy es una realidad dentro de un proceso que marcha llevando a cuestas las contradicciones propias de una revolución nacida ajena a los manuales, a la visión de la izquierda histórica, pero abrazada a la querencia de la gente.

LA ALBORADA DEL 4F

Héctor Seijas

ANTES

El día 4 de febrero de 1992 fue y será el día en que los venezolanos amanecemos a una nueva historia. Ese día despertamos de una pesadilla que había durado cuatro décadas. Cuatro décadas de oscuridad, demagogia, corrupción, represión y exclusión social. Cuatro décadas de una dictadura que pretendieron vendernos como democracia representativa, y que, como todos sabemos, se inicia a partir del acuerdo o Pacto de Punto Fijo.

Para quienes fuimos testigos de aquel día, el reloj de nuestra historia contemporánea marcaba un antes y un después. Una época moribunda y otra que amanecía como irrefutable promesa de cambios, transformaciones radicales, deudas sociales pendientes, postergadas desde los días de la Guerra Federal.

Para decirlo con un título de don Rómulo Gallegos: el día 4 de febrero de 1992 siempre será como el alba, oscura en su iniciación, resplandece con los fulgores del día: La Alborada; una luz que iluminó nuestro rumbo de país a punto de zozobra.

Aquella madrugada en que jóvenes soldados venezolanos comandados por cuadros medios de las Fuerzas Armadas salieron

a las calles en defensa del pueblo honesto, trabajador, burlado y traicionado por la oligarquía y sus lacayos; cansado de miseria, sometimiento y olvido. Mientras la escena política y la escena económica y la escena cultural eran una misma escena de vodevil tenebroso, funambulesco. Ya que la corrupción no era únicamente económica y política. La corrupción, cual insidiosa gangrena, abarcaba todos los órdenes y estratos y sustratos de la carne, la materia y el espíritu.

Cuando ya se creían agotadas las vías, tanto armadas como “legales”, que a partir de los años sesenta deciden seguir el ejemplo de liberación nacional antiimperialista de Cuba. Cuando el nihilismo y la claudicación de la izquierda pacificada durante el primer gobierno de Rafael Caldera (1969-1974), caracterizaba a amplios sectores ahora sumisos, replegados, cabizbajos. O si no: bajo la alucinante fantasía de haber ingresado a la maravilla del capitalismo que de pronto le ofrece al intelectual un puesto en los predios de los negocios publicitarios o como gacetillero o profesor de la allanada y confiscada Casa que Vence las Sombras.

La pacificación auspiciada por Caldera fue una entrega de armas ideológicas y morales y políticas a cambio de un puesto en el carrusel de las ganancias públicas. Mientras el pueblo proseguía el peregrinaje de pueblo abandonado al desierto. En busca de pan y abrigo y salud para sus hijos. En busca de casa y en busca de un lugar donde ser. Un lugar que podía ser la deslumbrante y prometedora Caracas, adonde llegan, a partir de 1958, oleadas de desplazados del campo a causa de la estrategia de explotación petrolera que decide enteramente el nuevo mapa de la economía nacional. Una economía de dependencia que configura un espectro de nación rentista minera, ancilar, periférica respecto a los centros mundiales de las finanzas y las estrategias globales del capitalismo salvaje y neocolonial en todos los órdenes. La política de pacificación respondía a estas líneas maestras emanadas del Pentágono.

Y es que el Pacto de Punto Fijo no fue únicamente un pacto entre AD, Copei, Fedecamaras y la Iglesia para excluir de la escena política “legal” al PCV; fue sobre todo un acuerdo entre estos factores aliados con el imperialismo norteamericano para expropiar nuestras riquezas y debilitar desde distintos frentes de ataque a nuestro pueblo, curtido en luchas y batallas y guerrillas por la liberación nacional antiimperialista. Desde los días de José Leonardo Chirino hasta ese luminoso 4 de febrero de 1992.

Más allá o más acá de los terrenos abonados por la historiografía, por la compilación de documentos alusivos y de materiales de toda clase relativos al significado histórico de este día, vale la pena adentrarse en la posibilidad de recuperar el tiempo perdido, la vida que se vivía. La vida viva de los venezolanos que tuvimos como horizonte existencial, las coordinadas políticas, económicas y culturales trazadas por adecos, empresarios, obispos y cardenales de dudosa reputación, militares corrompidos y parásitos y por geniecillos del mal y ancianas babosas y perversas como Gonzalo Barrios y asesinos silenciosos con cara de abuelitos bondadosos como Raúl Leoni y trust y carteles y las Siete Hermanas y Nelson Rockefeller y la Alianza para el Progreso y el cadáver del profesor Alberto Lovera flotando en las playas de Lecherías y la épica y la contra épica en las serranías de Falcón y en oriente y al occidente hacia Lara y Portuguesa mientras Rómulo Betancourt berrinchaba con tonito nasalizado de puta vieja contrahecha: dispáren primero y averigüen después.

Yo pertenezco a una generación que nació por forceps bajo el signo macabro de los teatros de operaciones, la recluta, la ley de vagos y maleantes, la CTV vendida a los patronos, la Escuela de las Américas entrenando ejércitos de ocupación en contra de las luchas populares, esbirros cubanos batisteros que integraron los altos mandos de la policía política, como el abominable terrorista

convicto de homicidios y atentados en contra de la humanidad, protegido en EE.UU.: Luis Posada Carriles; quienes se ocuparon en perseguir y torturar y asesinar a líderes estudiantiles y dirigentes obreros y curas de barrio como el sacerdote Francisco Wuytack, párroco de La Vega, vejado y expulsado del país por los perros rabiosos de la Disip Social “Cristiana”, la misma que asesinó a Jorge Rodríguez y a muchos otros que murieron por un ideal, una esperanza de país liberado y digno. Y no una factoría donde el petróleo y el hierro y el aluminio y el oro continuaban la ruta de El Dorado en la etapa superior del capitalismo: El Imperialismo.

No por casualidad el títere siniestro de CAP, la madrugada del 4F huyó a través de los sótanos del Palacio de Miraflores y a bordo de un cacharro envenenado conducido por el general Fernando Ochoa Antich, torcieron por la Pastora rumbo hacia la Cota Mil hasta llegar al canal cubano mayamero de Venevisión, donde el hijo ilustre de Rubio, alias Locoven, peroraba ante las improvisadas cámaras más cagado que un palo gallinero: invocaba la intervención de Mister Busch. Transfigurado Mister Danger, retomando a don Rómulo Gallegos.

El Pacto de Punto Fijo constituye el más reciente acuerdo establecido por las grandes corporaciones que dominan el mundo mediante la violencia económica, militar y cultural, en alianza con factores hegemónicos internos que siguen al pie de la letra los mandamientos del Tío Sam. La poderosa y artera mano de las empresas petroleras estaba metida en todo. Y junto con ellas, sus aliadas ensambladoras de automóviles como la Ford Motor’s Company y la industria química como la Owen Illinois y redes de supermercados Sears y emisoras de radio y televisión como Radio Caracas, empresa filial de la Voz de América, cuyas transmisiones son el equivalente bélico de una base militar que transmite mensajes

imperialistas a los cuatro vientos del mar Caribe y América del Sur y Centroamérica.

Las empresas multinacionales, sostiene el escritor Orlando Araujo:

Proveían generosas partidas para colegios, universidades e instituciones culturales, así como para el financiamiento de investigaciones, becas para cursar estudios en institutos norteamericanos, filmación de documentales de interés científico o turístico, fundaciones culturales y científicas, mesas redondas, seminarios, conferencias, ediciones, programas radiales y televisados, formas que obedecen todas a un objetivo preciso: penetrar en las escuelas, en los colegios, en las universidades, en las instituciones culturales.

El derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, mediante la unidad de elementos progresistas de las Fuerzas Armadas, los sindicatos, los partidos políticos en la clandestinidad, los religiosos comprometidos con la fe de Cristo y El Pueblo que salió a las calles aquel 23 de enero de 1958, representó una oportunidad de enrumbar la lucha política y social en un sentido liberador antiimperialista. La oportunidad de establecer relaciones de respeto y soberanía frente a la potencia imperial del norte. Pero estas esperanzas fueron burladas y traicionadas por testaferros del imperio como el inefable Rómulo Betancourt, principal artífice de la entrega del país a las transnacionales y también el principal responsable de la represión intensa y feroz desatada contra la disidencia en todos y cada uno de sus estamentos: sindicatos allanados e ilegalizados, partidos políticos proscritos del escenario de la democracia representativa (PCV-MIR), la aplicación de la tortura como arma política, la contratación de terroristas mercenarios provenientes de Miami con el propósito de fortalecer la nefasta acción de la policía política, la temible Digepol que luego

se llamaría Disip. La clausura de diarios y revistas y la implantación de la censura. Las Bandas Armadas de Acción Democrática irrumpían en fábricas, liceos, universidades, hogares de dirigentes y cabilla en mano arremetían, secuestraban, torturaban, asesinaban y desaparecían. Y es que las Bandas Armadas de Acción Democrática eran un tipo de organización terrorista de indiscutible raigambre fascista. Una cosa es leer los documentos que atestiguan el significado que tiene el 4 de febrero en la historia del país y otra tratar de recuperar la memoria de los días que constituyen el antes y de los días que han sido el después de esa fecha. En otras palabras: la dimensión de la vida cotidiana bajo la presión económica y política y cultural a que fue sometida la mayoría de la población excluida del gran negocio de la renta petrolera. Los índices de pobreza extrema y de pobreza estructural. El deterioro progresivo de la memoria cultural e histórica mediante una intensa y despiadada labor de hostigamiento publicitario, implantación de valores y patrones de consumo ajustados a los intereses pecuniarios de las empresas multinacionales establecidas en el país.

El Pacto de Punto Fijo fue un decreto de guerra a muerte lenta pero segura y eficaz. Planificada en todas sus dimensiones: materiales, culturales y espirituales. La llamada Cultura Adeca se impuso como canon triunfalista. Poco a poco, los valores y las tradiciones agrarias y festivas cedieron ante la operación de penetración cultural a gran escala, incluyendo a los pueblos originarios, sometidos al rigor del *apartheid*. Carreteras, represas gigantescas para proveer energía suficiente a las mega empresas explotadoras de riquezas minerales al Sur del Sur, en nuestras selvas devastadas por planes como aquel bautizado con el colonialista nombre de La Conquista del Sur, implementado por Caldera para acabar con cualquier vestigio de resistencia a través de la labor de catequesis llevada a cabo por sectas como Las Nuevas Tribus. La subestimación

solapada y constante del ideario bolivariano, el cual posee plena vigencia en los actuales momentos. El hacinamiento multitudinario en barrios inmensos y otra vez más inmensos como Petare, La Vega y Catia: cinturones de miseria que crecieron vertiginosamente como la culebrilla de un día para otro. Todo lo cual puede resumirse en el término de violencia de clase. La violencia ejercida de parte de una clase social poderosa y minoritaria sobre otra oprimida y mayoritaria. El saqueo se cumplía inexorablemente, la rapiña, el bonche perpetuo, los vicios, caprichos, fastuosas veleidades de amantes, queridas y barraganas: fue la época de la totonocracia y el barraganato, a la orden de los beneficiarios de la cosa pública. Cafisios, como dice el tango, todos y todas. Así, hipócritamente, fue proclamado Rómulo Betancourt “padre de la democracia”, con la venia de historiadores e intelectuales mediocres como Manuel Caballero, Elías Pino Iturrieta, Antonio Pasquali, Guillermo Morón, Rafael Arraiz Lucca y todo un séquito de poetastros, académicos, personajillos de la farándula y pillos de toga y birrete que hasta hace poco cometieron latrocinios y fraudes inmobiliarios y financieros y que han corrido espantados a refugiarse y proseguir los cometidos de la usura en los reductos que operan en Panamá y en Miami.

Ya a Teddy Roosevelt, el del garrote, se le hizo una avenida en su nombre y a Henry Clay una estatua y en el corazón de Caracas se construyeron unas torres calcadas de un fragmento de Nueva York, a las cuales, no hubo mejor nombre que ponerle, según estos pitianquis desfazados, que el de Parque Central. De estos y otros modos hacían, y pretenden aún hacer pasar liebre por gato, en nombre del progreso, la modernidad, la democracia y la libertad. Emulando, en mala hora, el falso modelo de vida gringo.

La víspera del 4F, los venezolanos bailábamos *rock and roll* al filo de un despeñadero.

En el diccionario político de Venezuela, el puntofijismo figurará como un período de enajenación, de expropiación: (Enajenar: 1.- Referido al dominio o a otro derecho sobre algo, pasarlo o transmitirlo a otra persona (...)) 2.- Referido a una persona, sacarla fuera de sí o trastornarle la razón o los sentidos). Y es que el Pacto de Punto Fijo fue un acuerdo de enajenación aplicado en todos los ámbitos: desde el barrio y la fábrica pasando por la escuela y la universidad. Venezuela formaba parte de un plan continental concebido por los Estados Unidos para plagar a la América de miserias en nombre de la libertad, tal como lo profetizó El Libertador Simón Bolívar el 5 de agosto de 1829 en Guayaquil.

DESPUÉS

Ya es un lugar común afirmar que el 4 de febrero marcó la fecha de defunción del Pacto de Punto Fijo. El epílogo quedaría en manos de Rafael Caldera. Astuto: una especie de tribuno engominado. Supo aglutinar la dispersión provocada en la masa de electores constreñidos por el continuismo bipartidista. Y llega a la presidencia de la República el año 1994 jugando caída y mesa limpia. Se declara una de las crisis bancarias de mayores proporciones en la historia de nuestra economía. La corrida bancaria constituye en realidad un robo perpetrado a la nación y a miles de ahorristas que quedaron en la carraplana. Algunos de ellos muertos de súbito o cuando no suicidados por la infausta acción del megafraude cometido. Contrariamente a las expectativas formuladas en el momento, los llamados banqueros prófugos huyen del país bajo el amparo de un gobierno cómplice, el de Rafael Caldera.

En pocas palabras, hay que decirlo: el 4F representa un triunfo en términos políticos. Un triunfo rotundo. Un triunfo moral: por primera vez en cuarenta años un joven militar con rasgos de

guerrero mestizo y voz segura y mirada altiva y digna, asume, ante el país entero y ante el mundo, la responsabilidad de la rebelión cívico-militar. Por primera vez en todo ese tiempo alguien se hace responsable de algo que atañe al interés público. Es responsable. Y, por ende, responde. El responsable, de acuerdo con Los Evangelios, es aquel que responde. El gallinero del Congreso, altar de la corrupción y el desparpajo, se alborota. En el transcurso sucedieron cosas ridículas, salieron a relucir los héroes del común: Luis Alfaro Uceró, a quien sus secuaces adecos llamaban El Caudillo, salió corriendo con un bin laden en la parte trasera a esconderse debajo de una cama litera de las que hay reservadas a la guardia de honor en los dormitorios del Palacio de Miraflores.

La rebelión fue inmediatamente satanizada por los medios de comunicación. Hubo toque de queda y estado de sitio. Recursos recurrentes a lo largo de toda la historia puntofijista. A este respecto, cabe señalar que en la Revolución Bolivariana jamás se ha implementado este recurso de fuerza, el decreto de suspensión de las garantías constitucionales, ni siquiera en momentos tan álgidos como el golpe de estado conocido como El Carmonazo, el 11 de abril de 2002, ni durante el paro petrolero (2002-2003) que duró casi tres meses.

El 4F hubo persecuciones, allanamientos, se reactivaron las bandas armadas, los cuerpos policiales actuaron a mansalva (PTJ, Disip, Policía Metropolitana). Irrumpieron en hogares inocentes, como el hogar del pintor Medero en La Pastora. Este dormía en su cama y de pronto entró una comisión de asesinos que descargaron fusiles y pistolas en la humanidad del artista y en la integridad de su perra, fiel al pie del trágico lecho. A mansalva también ajusticiaron a jóvenes soldados insurgentes y la gallineta de David Morales Bello cloqueaba loca en el Congreso: “Muerte a los golpistas”. Esgrimiendo en sus manos una constitución modelo 1961 de papel

toaleta. Además exigía que las cámaras de televisión y los periodistas desalojaran el recinto legislativo para decidir, a espaldas del país, la suerte de los valientes soldados. Acto seguido, como un *deux ex machina*, bajando mediante un ingenioso mecanismo de tramoya, aparece la momia de Rafael Caldera con un enorme anzuelo pescando en aguas revueltas. Esta intervención, digna de un pasaje de comedia al estilo Shakespearean rigtime, hizo posible que el brillo de la gomina de Rafael Caldera reluciera nuevamente dentro de lo que cabe concebir como el imaginario político: así pues, bautizó a su legión de votantes con el peyorativo nombre de El Chiripero. El pez atrapado por el astuto pescador Rafael Caldera en aguas revueltas era un arenque podrido que boqueaba a la orilla de los días postreros del puntofijismo.

En el capítulo final del puntofijismo se incluyen como actores del reparto a gansteriles personeros de la política rastrera y los pingues negocios. Hay que recordar que la política para entonces era una modalidad del delito llevado a cabo por distintos medios. Teochoro Petkoff fue el bateador designado: converso neoliberal liquidador de instituciones como el Seguro Social y arúspice de la privatización a precio de gallina flaca de PDVSA y las empresas mineras de Guayana y la CANTV y el Sistema de Salud y la Educación también dejarían de ser públicas y gratuitas, y las prestaciones sociales que le correspondían por derecho a los extrabajadores de la birlada empresa aérea Viasa, fueron arrebatadas por este macabro personaje cuya alma, si es que la tiene, quedará penando per secula seculorum en las ensangrentadas serranías de El Bachiller y en la vías dinamitadas de El Tren del Encanto.

Teochoro Petkoff declaraba desde su magistratura en Cordinplan, por allá por los años noventa, que la economía venezolana estaba de remate, al mejor postor. El país estaba en venta. Vociferaba en su característico estilo histeriquillo, el muy guachamarón.

Una vez más quedaba demostrado que la democracia representativa no era sino una mascarada institucional implementada para llevar a cabo los planes conocidos como los paquetes de ajustes neoliberales, los cuales implicaban un alto costo de sacrificio social por parte de vastas masas de seres depauperados a lo largo y ancho de América Latina, paquetes diseñados e impuestos a los condenados de la Tierra por el FMI y el Banco Mundial.

Para tener una idea precisa de la clase de gobernantes que teníamos al frente del Estado, vale la pena recordar que en sus días finales, antes de morir ya muerto, el policía de CAP aseguraba que él había derrotado a Chávez porque lo había metido preso el 4 de febrero. Policía es policía. Sin lugar a dudas. Y CAP lo fue al servicio de la CIA. Y el monigote de Lusinchi y el remolón de Herrera Campins y el “bueno” de Raúl Leoni y los vástagos varipintos y dispersos que continúan conspirando y apostando al guión que les ha fallado en repetidas ocasiones gracias al apoyo popular y a la nueva conciencia política del pueblo que comienza a ampliar sus perspectivas protagónicas y aprecia por cuenta propia los procesos históricos y las luchas políticas mediante una tenaz empresa de recuperación de los valores pertinentes a la nacionalidad, el sentido de pertenencia y el principio de soberanía; la participación y la organización social a partir de instancias de base como los Consejos Comunales y las Comunas, las Misiones y la Revolución Educativa y Cultural operada en todos los niveles de la enseñanza y las artes y los oficios. Un nuevo concepto de la política exterior fundamentado en el ideario antiimperialista bolivariano y en la necesidad de establecer relaciones de respeto y soberanía ante las amenazas permanentes del imperio norteamericano y abrirse camino por cuenta y riesgo mediante alianzas estratégicas integristas como la recientemente creada CELAC.

Rezan las líneas de una obra de William Shakespeare: “las batallas se inician antes que el alba y concluyen después del ocaso”. La batalla iniciada el 4 de febrero de 1992 no ha terminado. La guerra es larga. El enemigo poderoso, comienza a tambalearse en movimientos sísmicos que repercuten en la Comunidad Europea y lanza coletazos de invasiones y usurpaciones como ocurre en el Medio Oriente. El caso de Libia resulta emblemático en este sentido. Las batallas se llevan a cabo en todos los frentes. Estas no concluyen con la redacción de una nueva Constitución ni con la implementación de otro imaginario político. Pleno de símbolos y encomiables alegorías relativas a la posibilidad de una sociedad socialista. Y es que el hábito no hace al monje. Ni los buenos deseos empreñan. Si se carece de la acción organizada y la conciencia plural a la altura de los requerimientos históricos. La puesta al día del país respecto a sus primeras y urgentes necesidades. Y esa voluntad se ha hecho patente y manifiesta en el enorme esfuerzo y empuje que le ha imprimido el presidente Hugo Chávez al proceso de cambios. Sin descanso y sin tregua. En vela de armas permanente. A riesgo de su salud incluso. Dentro de un marco institucional que aún adolece de las viejas estructuras y de burócratas de media tinta, dispuestos a dar el salto olímpico de talanquera, llevando a cabo una labor de zapa desde sus esquinas dorsales.

Entre el antes y el después se ubica el ahora. La única oportunidad de avanzar y no regresar a un pasado de cuyos prohombres no quisiéramos acordarnos. Pero, por otra parte, se trata de un pasado reciente que es necesario actualizar en medio de los escenarios que le han sido propicios, en honor a la memoria y en atención a las nuevas generaciones que se han levantado a merced de toda clase de bombardeos culturales y mediáticos de influencias devastadoras. Y también para poder identificar plenamente a quienes una vez más pretenden reivindicar un pasado oprobioso

enarbolando la demagógica consigna del capitalismo popular. A todas luces, una *contradictio in abycto*.

Acerca del peso y la injerencia del pasado en tiempos de revolución, se hace indispensable citar de nuevo a Karl Marx y no desdeñar sus enseñanzas. Tal como apunta en las líneas iniciales de *El 18 Brumario* de Luis Bonaparte:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos se disponen precisamente a revolucionarse y a revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.

¡Viviremos y Venceremos!

4 DE FEBRERO, LA DERROTA QUE NO FUE

Esmeralda Torres

*Para mis compañeros del Procupo-85
Núcleo Bolívar de la Universidad de Oriente.*

Una población que despertó y tomó conciencia de su fuerza liberadora.
T. Cnel. Hugo Chávez Frías, en su discurso desde Yare, 27 de noviembre. de 1992.

Por tercera vez en menos de un año la mujer escuchó el sonido alarmante de la moneda golpear el vidrio de su ventana. Nunca es feliz este sonido si llega en la madrugada. Se levantó de la cama apresuradamente y descalza se acercó sin descorder la cortina. Luego de preguntar quién era, escuchó por tercera vez la misma voz de las noches anteriores: *Hoy es la cosa, compañera, Esté preparada, seguramente habrá allanamientos.* Escuchó también el sonido del carro que se mantuvo encendido en la orilla de la calle, mientras se alejaba entre el silencio de la madrugada. Ya no pudo dormir. Como las veces anteriores, encendió el televisor y fue hasta la cocina para hacerse un café. En el camino se asomó a la habitación de la niña que dormía ajena a los sonidos de la casa.

Tomando de la taza humeante miró por la ventana la llegada del amanecer. Esperó. Cumaná lucía a esa hora, tranquila, en silencio; salvo por el sonido del carro de la basura que recogía los desechos de la noche. Pensó en los amigos que también habrían recibido el alerta. Pensó en el país dormido y en el otro, el que conspiraba.

FEBRERO EN PRIMAVERA

Los que vivimos nuestra juventud a partir de mediados de los años 80 presenciamos y sufrimos la aplicación de las políticas “hambreadoras y represivas” de un régimen que estaba plenamente entregado a los dictámenes del Fondo Monetario Internacional y que empobrecían cada día más al pueblo venezolano. A través del endeudamiento pretendían continuar con su aspiración de enriquecimiento creciente de la clase dominante mientras al pueblo se le despojaba de los más elementales derechos: la alimentación, la salud, la educación, la vivienda, el empleo. A la par de ello y para mayores consecuencias, el movimiento revolucionario venía de sufrir innumerables y certeras derrotas.

Sin embargo, en el seno del movimiento estudiantil habían comenzado a nacer los grupos llamados en ese primer momento: Procupos, o Comités de Bachilleres sin Cupo, (CBSC) como preferían seudorreconocer las autoridades universitarias de la época. Estos movimientos constituyeron en su momento una fuerza que movía las luchas y protestas populares. Recordemos que los sindicatos, penetrados por la militancia de AD y Copei, gozaban de poca credibilidad y por el contrario constituían espacios para la delación de los militantes de los partidos y movimientos de izquierda, para la época algunos todavía con funcionamiento clandestino.

Estos movimientos estudiantiles en busca de cupo fueron entonces, como ya dije, el semillero para la conformación de la nueva militancia que se fue recuperando de la debacle que logró la represión en los sesenta y setenta. Muchos de sus integrantes fueron a la vez protagonistas y víctimas del Sacudón o mal llamado Caracazo (término que en mi criterio es terriblemente injusto con los que se levantaron en otras regiones del país: Barcelona, Cumaná, San Félix,) y que murieron o sencillamente desaparecieron entre el 27 de febrero y comienzos de marzo de 1989.

Para aquel momento (los 80) los que éramos militantes revolucionarios de algún partido (es que da pena nombrar a Bandera Roja), revisábamos las posibilidades de alcanzar el poder a través de la organización de las clases populares, y veíamos con escepticismo la posibilidad de alianza con los militares, convencidos como estábamos (el ejemplo lo daban las dictaduras militares del Sur y la de Pérez Jiménez) de que los militares eran el principal enemigo de la lucha de los pueblos y nuestros naturales victimarios. De la misma manera los militares patriotas que dieron el golpe el 4 de febrero (y sí, golpistas porque dieron un golpe de Estado) veían en los civiles un escollo para la toma violenta del poder. Sin embargo, en el partido en el cual militaba para el momento (y que sigue dando pena nombrar) algunos veíamos con simpatía que hubiera un grupo de militares que se arropaba con la bandera del pensamiento bolivariano y aquella visión nacionalista del discurso que por algunas vías nos llegaba a través de documentos. Pero el partido en eso era tajante: ninguno debía participar. Se pensaba que era la respuesta de la derecha para, a través de los militares, dar un golpe que diera al traste con la posibilidad de que el proletariado tomara el poder.

LA CORONACIÓN DE CAP

Llegó el segundo gobierno del Zar Carlos Andrés Pérez, tomó posesión de su mandato en el Teresa Carreño, como si de un acto de coronación se tratara. Llegaron las medidas económicas que solo eran tales para la clase desposeída, y el pueblo que no estuvo de acuerdo con ellas, porque se convertían en un arma para su aniquilación; decidió salir a la calle y le tocó, como siempre, poner los muertos y los desaparecidos. Parece simple pero no lo fue. Y si alguien lo duda pregunten a las madres que todavía buscan los cuerpos de sus hijos.

LA DERROTA QUE NO FUE

La mañana del 4 de febrero, sin embargo, me tomó de sorpresa y perplejamente presencié por primera vez en este país (más bien en aquel país) que alguien, un militar, vestido de militar y con cara de militar, se hiciera por fin responsable de algo. Sobre todo de una evidente derrota que a la larga, y en mucho, demostró que no lo fue.

Escribir sobre el aniversario del 4 de febrero de 1992 no es tarea fácil sobre todo si nunca me lo he planteado como tema posible. Sobre todo si nunca lo viví activamente, más allá de haber presenciado, por la televisión, las palabras que dijera el Teniente Coronel Chávez Frías aquella mañana y que fueron las que lograron, más que el acto militar, que la gente comenzara a creer en él: “Y yo ante el país y ante ustedes asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano, muchas gracias”.

Debo confesar, aunque en mi caso no es difícil de creer, que lloré con aquellas palabras tuyas. Lugar común pues a lo largo de los años otros compañeros y compañeras han confesado haber hecho lo mismo. Nos parecía increíble –por extraño– que alguien, sobre todo un militar, reconociera ante un colectivo que habían fracasado y que él respondía por aquello.

Aunque corro el riesgo de caer en imprecisiones de la memoria, de ser tajante en los juicios, y de sobrevalorar al movimiento estudiantil de la época como único argumento del que puedo valerme para recordar la fecha, sin embargo creo que más que escribir sobre los alcances que tuvo la asonada del 4F, habrá hartos quienes puedan hacerlo, me gustaría aprovechar la oportunidad para referirme a un aspecto que no hemos alcanzado a precisar los revolucionarios de entonces y los que lo seguimos siendo ahora a pesar de los partidos.

Se trata del reconocimiento de la guerra que declaramos a los gobiernos de derecha. Y más aún se trata del reconocimiento de la dignidad de los que desde nuestros ámbitos particulares pretendimos potenciar las condiciones que dieran lugar a un proceso de transformación de aquel país arruinado por las políticas neoliberales y a lo cual se sumaba la creciente desconfianza de la masa en los movimientos progresistas. Por eso he llamado golpistas a los que dieron el golpe. Por eso hablo de guerra porque la declaramos y nos convertimos en rebeldes e insurgimos. Y tomamos fiscalías, y secuestramos autoridades universitarias, y allanamos consulados y rectorados, y emprendimos huelgas de hambre, y nos enfrentamos, la mayoría de las veces sin armas, a las bandas armadas de los partidos de derecha. No me gusta cuando la historia nos describe como unos pobres muchachos y muchachas víctimas pasivas de la “democracia”. No fue así. Fue una juventud valiente que hizo lo que le tocó, poco o mucho según el caso. Y que algunos, tal vez y así sea, lo sobrevivimos para ver ese amanecer del 4F que abrió una ventana. Donde a pesar de los errores, donde a pesar de los enormes problemas heredados y reforzados por esta sociedad consumista vivimos tiempos de construcción colectiva, como lo dijo el cada día más vivo Poeta Chino Valera Mora, en “este maravilloso país en movimiento”.

EL 19 DE ABRIL, EL 4F Y LA CELAC

Gonzalo Fragui

El 19 de abril de 1810, Laura Montilla, una sobrina del que luego fuera el General Mariano Montilla, gran prócer de la Independencia y amigo del Libertador, escribe una carta a una hermana suya que está en La Habana. En esa carta Laura le dice que aquel día varias familias de Caracas salieron muy temprano en la mañana a visitar una hacienda que estaba más allá del poblado de Chacao, una hacienda llamada Altamira, propiedad posiblemente de la familia de José Félix Ribas. Laura cuenta que allí pasaron la mañana, tomaron chocolate, escucharon música de un grupo que dirigía un maestro de apellido Lamas. Luego vino un almuerzo muy agradable, donde se deleitaron de los famosos siete potajes de la Semana Santa venezolana. Al terminar de almorzar tomaron café, jugaron a las cartas con las hermanas Ribas, y después se fueron a pasear por entre las caminerías de la hacienda. Laura hace referencias a la belleza del campo, a las matas de café que estaban florecidas y, finalmente, cuando cayó la tarde y empezó a bajar el sereno, tuvieron que regresar a Caracas, todas cansadas.

Al llegar a Caracas se encontraron con un primo de apellido Plaza (o Iribarren) a quien preguntaron cómo había estado el día, qué había pasado en Caracas, y él les respondió que nada importante, un pequeño tumulto que había habido en el Cabildo.

Laura escribe que en Caracas no pasa nada, dichosa la hermana que vive en una ciudad donde pasa de todo. Luego le dice que está muy cansada, le desea buenas noches y se despide.

¿Nada importante?

Bolívar va a decir en una arenga a los soldados en Cúcuta, diez años después, el 19 de abril de 1820: “El 19 de abril de 1810 nació Colombia”.

II

La madrugada del 4 de febrero de 1992 nos llamó una amiga. Pidió que prendiéramos el televisor porque había un levantamiento militar. Nosotros no teníamos televisor y ni siquiera un radio. La amiga entonces ponía la bocina a su televisor y así nos fuimos enterando de los acontecimientos. Ya no pudimos dormir más y nos mantuvimos en ascuas hasta que un militar de apellido Chávez apareció por la televisión y dijo el famoso “Por ahora”.

Después nos invadió un sentimiento de frustración, de pena, por el fracaso del levantamiento. No sabíamos quiénes eran pero la intuición política nos decía que podía ser la posibilidad cierta de un cambio verdadero. Era la única oportunidad. Por los votos estábamos perdidos, con una izquierda dividida, atomizada. En las elecciones de 1978, cuando yo me estrené como votante, el Partido Comunista no sacó ni el 1% de la votación, y eso que nuestro candidato era uno de los mejores periodistas y escritores venezolanos, Héctor Mujica.

A pesar del fracaso sabíamos que el levantamiento había sido una campanada. La propuesta Bolivariana de los rebeldes tuvo un callado eco en la población venezolana. Dejaba en claro algo. Indicaba cuál era el camino: Bolívar. Bolívar, pero sin abandonar

las propuestas marxistas, con todo y las equivocaciones que Marx había escrito sobre el Libertador.

En 1983 la Juventud Comunista de Venezuela me envió a La Habana. Una de las misiones era entrevistarme con Francisco Pividal Padrón, exembajador de Cuba en Venezuela, un estudioso de Bolívar, y autor, entre otros, del libro *Bolívar, pensamiento precursor del antimperialismo*. Pividal nos recibió en franelilla en su humilde casa. Nos dijo casi molesto que no entendía a los venezolanos. Los cubanos tenían a Martí y habían hecho una revolución martiana, los nicaragüenses tenían a Sandino y acababan de hacer una revolución sandinista, y los venezolanos, que teníamos al hombre más grande de América, estábamos esperando para hacer una revolución bolivariana.

Al regresar a Venezuela, Bolívar caminaba vivo por todos los caminos. Alí Primera y su canción bolivariana, los grupos artísticos y la Campaña Admirable, el Movimiento Popular Bolivariano. Pero ese impulso, producido por el Bicentenario del Libertador, no fue suficiente. Sentíamos que no avanzábamos. En el 83 volvimos a perder las elecciones con José Vicente Rangel. En el 88 dejé de votar.

La desesperanza empezó a invadirnos. Yo me preguntaba, igual que el hermano del poeta Cruz Salmerón Acosta: “¿Será que me voy a morir y Venezuela no va a tener un gobierno digno?” Pero un río subterráneo corría silencioso por las entrañas de las Fuerzas Armadas. Mientras un sector masacraba a la población, otro sector, un grupo de compañeros con pensamiento bolivariano, organizaba un movimiento que proponía sacudir al país, cambiar la Constitución que solo defendía los intereses de los poderosos, emprender un proyecto que incluyera a las grandes mayorías excluidas y establecer el verdadero poder popular. Esa política de

electroshock que significó el levantamiento del 4 de febrero fue sin duda algo doloroso pero necesario. La Patria agonizaba.

Yo no conocía a ese militar que dio la cara por televisión y asumió la responsabilidad del movimiento. Solo supe que era llanero. Entonces recordé la carta que Pablo Morillo le escribiera a Fernando VII en diciembre de 1820, donde le explicaba que esos llaneros, pata en el suelo, descamisados, que acompañaban a Bolívar y a Páez, eran invencibles. Después le decía: “Deme veinte mil llaneros y le pongo Europa en sus manos”.

Hay quienes no se dieron cuenta de lo que sucedió ese 4 de febrero, como el primo de Laura Montilla, el 19 de abril. Algunos lo tomaron como un día de asueto, de descanso, de playa, en fin, un día chévere, un día pepsi.

Otros han ido más lejos, han querido negar su trascendencia. Dicen que no fue nada importante. Apenas una intentona de unos pocos militares descontentos. Un golpe de Estado más.

¿Nada importante?

Es verdad que el 4 de febrero de 1992 no significó el triunfo inmediato de una revolución, como tampoco lo fue el 19 de abril de 1810, pero fue un despertar. La Patria dormida y los venezolanos resignados vieron que otro camino era posible. Que había una esperanza. Todos constatamos que la gran comilona de los sectores poderosos, poder económico, financiero, político, religioso y militar no eran intocables.

Yo desconfiaba de los militares contemporáneos. En realidad admiraba a pocos, a Ho Chi Minh, al Che, a Fidel, a Tomás Borge, y eso porque eran poetas. En mi país veía con tristeza cómo las Fuerzas Armadas no tenían nada que ver con el glorioso Ejército Libertador de la gesta independentista. Del pasado no quedaba nada, apenas una lamentable Fuerza Armada con militares que estaban para defender los intereses económicos de los poderosos,

para reprimir al pueblo, para masacrar estudiantes, para proteger campos de golf y quintas privadas con piscinas, una fuerza armada para ser pisoteada por barraganas, una fuerza armada que se desvivía por mantener una corrompida “democracia de cogollos”, que se caía a pedazos, una fuerza armada para entregar el país a potencias extranjeras y no para defender la soberanía de la patria.

¿Nada importante?

El 4 de febrero de 1992 re-vivió Venezuela.

III

Por mucho tiempo la voz de Venezuela fue una voz solitaria en los conciliábulos internacionales. Apenas la voz del digno pueblo de Cuba nos acompañaba. Hoy la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) es una realidad. Desde el Congreso Anfictiónico de Panamá no se nos había presentado una oportunidad como esta. Los pueblos se reconocen como hermanos, a pesar de sus diferencias. Las Fuerzas Armadas se dignifican de nuevo. Todo eso, gracias al 4 de febrero. Si no, no estaríamos acá en este lugar, en la Eutopía.

Eu, en griego, significa *Bueno*, y *Topos*, *Lugar*. *Eu-topía* es entonces *El buen lugar*. Durante muchos años hemos estado buscando la *U-topía*, lo inalcanzable, el lugar inexistente, y nos hemos quedado *a-tópicos*, fuera de lugar.

Nuestra Eutopía es América Latina y el Caribe. De ese Buen Lugar quizá un día podamos decir:

Sé de un lugar donde no hay niños huérfanos

porque todos los hombres y mujeres son padres y madres de todos.

No hay niños con hambre,

porque todo niño podrá comer en cualquier casa,

donde será recibido como un hijo.
No hay niños durmiendo en la calle,
porque todos los niños podrán dormir en todas las casas,
donde recibirán alguna bebida caliente, cama, sábanas limpias
y bendiciones.

No hay niños sin educación,
porque todos serán maestros y maestras,
que enseñarán a leer, escribir, amar a los pájaros, a los ríos, las
estrellas, las matemáticas, y todos los oficios.

No habrá niños explotados
porque no habrá explotadores.

En ese lugar solo se permitirá explotar de alegría cuando nazca
un niño, se tenga una novia (o un novio) y cuando el arcoíris tenga
la amabilidad de desplegarse por el cielo.

No habrá necesidad de vender ni de comprar nada,
porque todo será de todos.

Solo se aceptará ese extraño negocio que el café tiene con el
alma,

como aseguraba Martí.

No habrá fronteras ni se necesitará pasaporte para sentarse a
caminar,

como le gustaba a Vallejo.

No habrá ricos ni pobres.

Un lugar donde lo bueno de la tierra y del cielo,
y el aire que respiramos ha sido destinado a nosotros desde la
eternidad,

como rezaba Walt Whitman.

Ningún imperio vendrá a humillarnos
porque estamos acostumbrados a vencer imperios.

Nadie estudiará sólo para graduarse ni para ser gerente.

Los cuatro puntos cardinales serán tres:

Sur- Sur,
con el permiso del poeta Vicente Huidobro.
No habrá tristeza porque los poetas la han matado con un palo,
como pedía Manuel Scorza.
Tampoco habrá muerte
porque solo estamos de paso hasta reencontrarnos con la
Pachamama, donde una hormiga es tan importante como un
hombre, una mujer, un árbol, una montaña o un río.
Y, finalmente, no habrá cárceles.
Estará prohibido incluso hasta encerrarse en sí mismos
porque,
ya lo decía Tolstoi,
la única forma de ser felices es darse a los demás.
La CELAC tiene la misión de concretar los sueños de Bolívar,
que también son nuestros.
¿Nada importante?
El 4 de Febrero renació la Patria Grande, la Colombeia,
Nuestra América.

¿POR QUÉ OCURRIÓ EL 4 DE FEBRERO DE 1992?

Franklin González

El mal estuvo, no en que saltarse el aceite, sino en la obnubilación que ocasionó en muchos la perspectiva de una brillante mejora en las posibilidades individuales de vida. Esta circunstancia hizo que se pensara sólo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios y que se olvidasen del interés del pueblo

(MARIO BRICEÑO IRAGORRY. MENSAJE SIN DESTINO).

En este año 2012 se cumplen veinte años de los sucesos del 4 de febrero de 1992, sobre los cuales, a pesar de haberse escrito folios y folios en relación a sus razones, sus protagonistas y consecuencias, aún falta mucho por escudriñar.

Sobre los protagonistas se han dicho las más disímiles opiniones. Se les llamó unos “soñadores” sin propuestas, aventureros sin derroteros que mostrar o unos quijotes del trópico. También se les acusó de buscar el magnicidio del presidente Carlos Andrés Pérez. David Morales Bello, senador de Acción Democrática, llegó a proclamar: “Muerte a los golpistas”. Incluso hay quienes los vincularon con una estrategia del gobierno de Estados Unidos.

Lo cierto de todo es que cuando se dio el 4 de febrero pocos mortales salieron a defender al gobierno de turno y sí miles de voces, todas descontentas y cansadas de tanto engaño, lo hicieron por los líderes de este histórico acontecimiento.

Sobre las consecuencias, solo diríamos que después de los últimos estertores del puntofijismo que significaron los gobiernos

de Ramón J. Velásquez y Rafael Caldera, llegó lo que era inevitable: el triunfo electoral, en 1998, de Hugo Chávez Frías, el más emblemático y popular de los protagonistas del 4 de febrero.

Nuestras reflexiones dirigirán la atención no hacia los protagonistas o las consecuencias de estos sucesos, sino hacia las razones que explican estos eventos en el ámbito nacional.

EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Siempre desde el punto de vista metodológico es recomendable analizar los sucesos nacionales en el marco del contexto internacional. Así: ¿qué pasaba en el mundo cuando se produjo del 4 de febrero de 1992?

La “guerra fría” había llegado a su final con la desaparición de la Unión Soviética y el derrumbe del Muro de Berlín. Las “reglas de juego” prevalecientes desde 1945 se desvanecían en un período que se habría marcado por la aporía en el escenario mundial.

Como reacción a la invasión iraquí a Kuwait el 2 de agosto de 1990, el gobierno de George Bush logró construir una amplia coalición internacional que agrupó a más de 500.000 soldados que desalojó al ejército iraquí del emirato y comenzó a hablar mucho de “una fuerza colectiva de la comunidad mundial expresada por las Naciones Unidas. Un movimiento histórico hacia un nuevo orden mundial... una nueva cooperación entre las naciones” (Bush, G., documento enviado a la ONU el 1º de octubre de 1991).

Los Estados nacionales exhibían a sus dirigentes servilmente arrodillados ante el ímpetu de los mercados globalizados y arrepintiéndose públicamente de sus pecados de juventud. Un “campo socialista” borrado del escenario internacional, con la socialdemocracia convertida al neoliberalismo, con un capitalismo que avanzaba incesantemente en su proyecto de reducir la sociedad a un

archipiélago de individuos egoístas, y se difundía la tesis del pensamiento único y del “fin de la historia” de Francis Fukuyama con la democracia liberal. Se desató el conservadurismo más duro y cruel y se puso en marcha el Consenso de Washington con su recetario de disciplina fiscal, reforma impositiva, liberalización comercial, privatización, desregulación, prioridades del gasto público. Surgen, en consecuencia, las siguientes interrogantes:

- ¿Cómo sostener una actitud crítica ante un orden social que parecía arrasarse con todos sus adversarios?
- ¿Cómo levantar un imaginario político emancipador ante tal situación?
- ¿Cómo se le podía ocurrir al grupo de los comacate realizar una acción de esas características y propósitos ante esa mostrenca realidad del mundo donde, además, predominaba el miedo a una alternativa que se reflejaba en el “comunismo” soviético?
- ¿Cuál era la lógica que los indujo a tal hazaña cuando la aristotélica indicaba lo contrario?
- El contexto internacional era ciertamente desfavorable, pero ¿qué pasaba internamente en Venezuela?

EL CONTEXTO NACIONAL

Después de los sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989 la situación nacional ya no será igual. A partir de ese momento imperará lo que podríamos llamar una “tensa calma” y nuestro país transcurre en un estado de rumores permanentes con una voz ruidosa que corre entre su pueblo, anunciándose a lo largo y ancho del país que algo habría de pasar.

Es así que en 1992 se produce el 4 de febrero, con la figura descolante y desconocida del Teniente Coronel Hugo Chávez

Frías, que se catapulta como consecuencia de este hecho y se posiciona como referente de ese pueblo que se encontraba en la búsqueda de un derrotero y un líder.

Vinculando derrotero y líder, Chávez dirá a posteriori con total acierto lo siguiente:

Considero que los hombres podemos ubicarnos, en un momento determinado, en puestos protagónicos que aceleran, retardan, le dan un pequeño toque personal y un toque distintivo al proceso. Pero creo que la historia es producto del ser colectivo de los pueblos (Muñoz, Agustín, 1998, *Habla el Comandante*, Ediciones de la Cátedra “Pío Tamayo”, de la Universidad Central de Venezuela, 28).

Había pueblo, surgía un hombre y existían las condiciones objetivas en la mejor terminología leninista.

¿CUÁLES ERAN ESAS CONDICIONES DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIOECONÓMICO?

Lo que había significado un período (1959-1974) de cierta estabilidad desde el punto de vista de la política económica, una vez derrotado el movimiento insurreccional de la década de los sesenta, se trastocará de forma inmediata.

Desde ese momento [1974] se entró al desquiciamiento total y los males estructurales de la economía se expresarán con mayor fuerza. En los gobiernos de Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi, el déficit fiscal y la deuda externa aumentarán significativa e injustificadamente. Los recursos se emplearon en subsidiar a toda la economía y en la inversión de proyectos que en su mayoría resultaron improductivos.

La práctica en forma permanente de subsidios indiscriminados, de importaciones sin mayores orientaciones y el proteccionismo estatal hacia el sector privado, parasitario e improductivo, fue uno de los principales causantes del atrofiamiento en el desarrollo de los sectores agrícolas e industriales, impulsando por esa vía el desarrollo estructural del fenómeno inflacionario.

Se incrementaron exorbitantemente las importaciones y con ello apareció el desequilibrio del sector externo. En 1977 y 1978 la cuenta corriente cerró con déficit. Para cubrirlo se acudió al expediente del endeudamiento externo, principalmente a corto plazo, con la banca internacional, comprometiendo con ello el futuro del país y de su gente.

De allí, de ese nuevo fracaso, se pasó entonces a una política económica sustentada en el fundamentalismo del mercado. El “Gran Viraje” de 1989, bajo el patrocinio y monitoreo del Fondo Monetario Internacional (FMI), introduce cambios en el aparato productivo al no solo liberarlo sino también al abrirlo totalmente al resto del mundo; también se modifican las regulaciones de los mercados de trabajo y de los sistemas de seguridad social, todo lo cual se convertirá en factores que incidirán para que se produzca en Venezuela una verdadera expresión (¿o implosión?) de lo social, que ya venía en proceso de gestación desde mediados de los ochenta.

Esas medidas económicas puestas en marcha lejos de revertir la tendencia negativa que se venía operando en los principales indicadores sociales, los amplían y profundizan.

El tipo de cambio único y flexible adoptado no fue más que una devaluación del bolívar y significó un incremento de los costos de producción, que se trasladaron a los precios finales.

La liberación de las tasas de interés golpeó sensiblemente a los que menos tenían y, en particular, a la clase media. Una parte

importante de esta se vio afectada en el incremento de los pagos mensuales y anuales por la adquisición de viviendas.

El ingreso real se redujo inmediatamente por el impacto inflacionario y con ello no se pudo ampliar el ahorro de los venezolanos.

El aumento de sueldos y salarios decretados apenas sirvió para compensar las pérdidas del ingreso real que ocurrieron entre 1987 y 1988, cuando los precios se incrementaron en 28,1% y 35,5% respectivamente.

El “Gran Viraje” trajo una gran concentración de la riqueza. Para 1989 el trabajo recibió 38,3% y el capital 61,7%, cuando en 1969 fue de 51,5% para el trabajo y 48,5% para el capital (González, Franklin, 1996, *El Éxito de la Política Económica de 1989-1993. ¿Una realidad, un espejismo o una paradoja?*, Editorial Tropicós/UCV, Caracas, 252).

Los efectos de esa política neoliberal se hicieron sentir mucho más sobre los hombros de las mayorías nacionales debido a la ineficiencia y a la falta de funcionalidad de los servicios públicos como luz, transporte, seguridad, agua, teléfono, cloacas, así como también en los programas de educación, salud y recreación, todo lo cual afectó profundamente el nivel y la calidad de vida de los venezolanos.

¿QUÉ PASABA DESDE EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO?

Si nos atenemos a las características del sistema político implantado el 31/10/1958, con la firma del Pacto de Punto Fijo, puede observarse que las causas del declive fueron emergiendo con creciente fuerza desde la década del ochenta y aun antes.

- En primer lugar, el sistema de redistribución de recursos y prebendas característico del modelo –que permitía la conciliación social– se deterioró de manera acelerada con el decaimiento de la renta petrolera a principios de los ochenta,

y particularmente con la devaluación del bolívar, el 18 de febrero de 1983, en el gobierno de Luis Herrera Campins.

- En segundo lugar, la condición de que debía existir un número relativamente reducido de actores y cierto grado de homogeneidad entre ellos, perdió vigencia debido al surgimiento de otras fuerzas sociales y gremiales, que no entraban dentro de los pactos o acuerdos originales de las élites, y que protagonizaron importantes acciones durante la década de los ochenta, sobre todo en las universidades públicas.
- En tercer lugar, el tipo de relaciones entre los actores del sistema político (partidos, Fuerzas Armadas, sindicatos y gremios empresariales) que eran fundamentalmente de cooperación y consenso, empezó a perder terreno debido a la dificultad de mantener un equilibrio adecuado entre las demandas de cada uno de ellos y los recursos disponibles en una economía en situación de estancamiento, dando paso a situaciones de conflicto social y político. De una relación de no suma cero, en donde todos ganaban o se beneficiaban, se transitaba a otra, de suma cero, donde ya la ganancia de uno o unos significaba la pérdida para otro u otros.
- En cuarto lugar, la existencia de grandes y sólidas organizaciones que representaban un alto nivel de agregación de intereses y de representación de demandas (especialmente AD y Copei) entra en crisis debido a la creciente pérdida de respaldo y apoyo de estas organizaciones, y de sus gobiernos respectivos, a partir de 1973; lo cual es evidenciado por los resultados de las encuestas realizadas para ese entonces, en las cuales, además, las principales las instituciones del Estado venezolano (léase Gobierno Nacional, Congreso Nacional y Poder Judicial) aparecían con un nivel de rechazo superior al 50%.

UNA CONCLUSIÓN NECESARIA

En ese contexto se produce entonces el despertar de un pueblo que, a diferencia del pesimismo hacia la importancia de las mayorías en los procesos sociales y de cambios manifestados por el sociólogo francés Gustave Le Bon en *La psicología de las muchedumbres*, con la tesis de que en estas últimas se encontraba el origen de los males modernos, o por el filósofo alemán Oswald Spengler en *Decadencia de Occidente*, diciendo que “la masa no reconoce el pasado ni tiene futuro”, en el caso de Venezuela representó, por el contrario, el origen del bien y reconoció el pasado pero sobre todo –y quizás lo más importante– estuvo dispuesto a labrarse su futuro.

Por eso, ya en las elecciones presidenciales de 1988, como elemento emblemático del descontento popular de ese pueblo, en un país cuya Constitución nacional, la de 1961, exigía el voto como un deber y la participación electoral superaba el 90%, se produce una inflexión y la abstención rebasará el 18%, con lo cual 2 millones de venezolanos alzaron su voz de protesta.

Sin embargo, la élite dirigente, obnubilada por las ansias de poder, se negaba a admitir esta realidad y seguía repitiendo que Venezuela constituía en América Latina una especie de “tacita de plata”, que se expresaba en términos económicos en moneda fuerte, baja inflación.

- *En términos políticos*: un Estado centralizado, partidos nacionales fuertemente organizados que monopolizaban la acción política y controlaban los movimientos sociales, una clase política y unos militares también subordinados;
- *En términos sociales*: una gran movilidad (social y geográfica), educación masiva, y una gradual homogeneización de la vida nacional, cultural y organizacional.

Lo cierto era que todo estaba montado sobre un espejismo, una moral de pigmeos, una fantasía y el pueblo tenía sus límites de aguante, tal y como lo describió a su manera, Rafael Caldera, uno de los constructores del puntofijismo:

Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de subsistencia; cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los días la institucionalidad. Esta situación no se puede ocultar (...). *Hay un entorno, hay un mar de fondo, hay una situación grave en el país y si esa situación no se enfrenta, el destino nos reserva muchas y muy graves preocupaciones* (Discurso el 4 de febrero en el Congreso Nacional) (cursivas nuestras).

Allí, en la incapacidad de esa élite para encontrar respuestas efectivas a ese “mar de fondo”, a esa grave crisis por ella misma generada, su creciente ceguera ante el agravamiento de la exclusión de las grandes mayorías, su ensimismamiento en una realidad cada vez más reducida a sus entornos privados y privilegiados, con una corrupción galopante y creciente, la ineficiencia e ineficacia de los servicios públicos, la entrega del país al Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, a las transnacionales y a los intereses foráneos, en particular de Estados Unidos y pensando “solo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios y que se olvidasen del interés del pueblo”, pensamos nosotros, debe buscarse el origen del 4 de febrero.

ACERCA DEL 4F, ENTRE CABIMAS-CARACAS

José Bracho Reyes

*Ahora, al volver la mirada sobre aquella época, me da
la impresión de percibir una muchedumbre que
camina en la oscuridad.*

ESCRITOR, POETA Y LITERATO, AHMET RASIM

Sentado en un chinchorro en cualesquiera de esos pueblos sin mayor atractivo del interior del Llano venezolano, a casi veinte años de mi huida y de aquel 4 de febrero, trato de narrar por encargo de un buen amigo, la significación de aquel suceso que quiso ser, y sin lugar a dudas lo fue, un punto de inflexión en la historia de Venezuela.

Trato de acordarme de mí con los retazos que encuentro en el mar de mi memoria, intento reconstruir lo que significó lo acontecido en esa fecha. Quiero acercarme a todas esas personas que fui, desde todas las personas que hoy he llegado a ser. Y es desde esa confluencia de miradas y sentires que me siento a tratar de evocar, en un ejercicio que me permita ver lo que fue y lo que ahora es el país donde nací, echando una mirada en perspectiva, desde la distancia que permite el tiempo y los espacios pero sin pretender ser neutral ni objetivo, puesto que soy sujeto y me ubico dentro, aunque no protagonista de ese momento histórico. Me interesa el cómo sigue afectando nuestro presente porque pienso que lo

importante no es llegar a saber lo que “realmente” sucedió aquel día, sino la interpretación o lectura que hacen los grupos sociales hoy día en pugna por el poder. El relato histórico es parte de esa batalla y está situado dentro del conflicto mismo, es decir, que quien lo escribe toma partido.

Me pregunto si habrá cambiado en algo este país desde el 4 de febrero. La pregunta más precisa es si habrán cambiado en algo sus gentes. Las cifras dicen que sí, que ahora es casi nulo el analfabetismo y eso no es poca cosa. Que se editan cientos de miles de libros que deberían llegar a millones de hogares para hacer de la cultura un bien común. Que la pobreza crítica ha descendido en un treinta por ciento. Que se cuentan por miles los centros de diagnóstico integral que ofrecen atención médica de forma gratuita.

Veo, veo y veo muchas cosas pero noto pocos cambios a nivel humano, a nivel de las conciencias, a pesar de que en la calle se nota una rica jerga bastante más politizada, que no me desagrade en lo absoluto, pero sí me desconcierta al ver que la mayoría de las veces las actitudes de la gente común no acompañan al discurso.

Tenemos un líder carismático que sigue emocionando a las masas por su afán antiimperialista y soberanista y un sector importante del pueblo que lo acompaña fielmente pero que no termina de entender e internalizar que una revolución debe llevar consigo un cambio de actitud ante la vida, porque el progreso de un pueblo no nos va a llegar por envío especial envuelto en papel de regalo para navidad. Un país en el que casi todos producen nada. Un país de cienientas de porcelana que buscan desesperadas figurar en frívolos concursos de belleza pasados de moda. Un país donde existen más tetas de silicona que sentimientos.

Estoy tratando de rastrear en mi cabeza y aunque me esfuerzo no logro expulsar las imágenes con la cara de ira de David Morales Bello arremetiendo en el Congreso Nacional contra aquel Teniente

Coronel y contra el viejo Rafael Caldera, quien trataba de darle un viso de sentido a aquella acción para que no quedara todo simplificado a un acto de locura, insubordinación injustificada o maldad. Todo aquello se mezcla en mi cabeza con instantáneas de la absurda euforia colectiva que se vivió después del triunfo de AD en las elecciones del 88 y la gran fiesta de la “Coronación” de CAP, a la que asistieron personalidades tan dispares como Fidel Castro, que inauguraba el Hotel Eurobuilding, Alan García o Felipe González y que amenizaron con conciertos de artistas como Fito Páez, Soledad Bravo o Gilberto Gil, en otra clara señal de despilfarro de la clase gobernante de un país cuya economía petrolera no daba ya para kermeses de ese calibre. Pero a pesar de todo el festín estaba servido, sobraría cocaína y exuberantes modelos que dieran vida a la gran orgía a la que una vez más el pueblo no estaba invitado y en la que se gastarían unos cuantos millones de dólares, los mismos a los que poco después, por instrucciones del FMI, Carlos Andrés le negaría al gasto público y a la inversión social.

Nos gobernaba un macabro personaje que ya a principios de los setenta había tratado de vendernos una “Democracia con energía” y que era responsable de la muerte del joven secretario general de la Liga Socialista, Jorge Rodríguez, muy a pesar de lo cual nuestro flamante Presidente, había llegado a ser Vicepresidente de la Internacional Socialista en la época de Willy Brandt y que además, había apoyado a la Guerrilla Sandinista en su lucha contra la dinastía de los Somoza, aun cuando en su pasado como joven Ministro del Interior del Gobierno de Rómulo Betancourt, tan eficazmente había sabido reprimir a sangre y fuego los levantamientos cívico-militares de tendencia izquierdista, utilizando desproporcionadamente la aviación militar para bombardear las ciudades de Puerto Cabello y Carúpano.

Ahora ese mismo contradictorio y maquiavélico personaje se presentaba ante el mundo como el “Gran Pacificador” y “Conciliador” de una siempre convulsa América Latina. Aparecía como el valiente, que a pesar de sus sabidos y estrechos vínculos con los mercenarios responsables de la voladura, en 1976, de aquel avión de Cubana repleto de atletas, se atrevía a desafiar al Departamento de Estado y al Gobierno de Bush padre, invitando al mismísimo Fidel Castro a la gran fiesta de su coronación.

Con aquella invitación le brindaba la oportunidad al Barbudo Comandante para que se presentara como la gran vedette, desplegando toda su capacidad histriónica ante las cámaras, en una puesta en escena descaradamente erótica en la que un siempre atento espectador quedaba abrumado ante una lluvia de cifras dignas del Primer Mundo, con las que el elegante gigante verde en su afán por ejercer como el pedagogo de la revolución necesaria para el continente presentaba a Cuba y con las que trataba de poner en evidencia a las “democracias representativas burguesas”, a la vez que justificaba su ya larga permanencia en el poder.

El CAP amigo de Brandt, del Gabo, de Felipe González, estrecho colaborador del FSLN, solidario con la causa de una salida al mar para la “Hija Predilecta del Libertador”, pero que su vez no vacilaba en reprimir a lo interno hasta el martirio y la muerte a líderes de izquierda, no más asumió su segundo mandato y pasada la resaca de su “Coronación”, se dedicó a aplicar a rajatabla las recetas de los Chicago Boys y el FMI, con lo cual convocaba a los cerros a que bajaran un 27 de febrero para apropiarse de lo que una violenta sociedad les negaba desde el principio de los tiempos. Aquel día el señor Presidente volvió a mostrar sus garras de represor, echando los tanques y los asesinos a sueldos del aparato de Estado, contra un pueblo hambriento y desesperado, para que “todo volviese a la normalidad”.

Aquella mañana, curiosamente, fue una de las ocasiones en las que más pena me dio la ausencia de mi viejo. Mi padre había nacido en la Laguna de Sinamaica de donde huyó un día en una piragua, entusiasmado con las noticias que un cura había contado sobre el progreso que traían las compañías petroleras extranjeras a la Costa Oriental del Lago, y con ganas de escapar de la terrible tiranía de un viejo, mi abuelo, que le había condenado a atender de por vida, una pequeña hacienda dedicada a la extracción de aceite de coco.

Con aquel cura, el adolescente que más tarde sería mi padre, fue a parar a las costas de un pueblo llamado Cabimas, donde se cruzaría un día con mi madre, de camino a los talleres centrales de La Creole, la compañía gringa que como la angloholandesa Shell había recibido concesiones para la explotación del subsuelo en busca del oro negro.

Comenzaría limpiando un pequeño taller de electricidad bajo la responsabilidad de un “negro”, inglés de origen, quien al jubilarse recomendó a sus superiores contratar a aquel muchacho disciplinado y trabajador que después –siguiendo sus instintos rebeldes– se juntaría con algunos compañeros obreros para pelear por reivindicaciones laborales en el Sindicato de Obreros y Empleados Petroleros (SOEP), fundado en 1936.

En el SOEP comenzaría sus andanzas políticas, que luego le llevarían, una década más tarde, a militar en el “Partido Amarillo”, Unión Republicana Democrática, una formación política de centro en la que llegarían a destacar personalidades tan dispares ideológicamente como Jóvito Villalba, Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Iragorri, Fabricio Ojeda y José Vicente Rangel. Así vería yo a mi padre en mi adolescencia de arrogante militancia socialista,

como un señor lleno de contradicciones ideológicas que me irritaban y por las cuales sentía vergüenza ajena, como era natural en un imbécil e imberbe como yo, que se creía poseedor de la verdad absoluta para cualquiera de los temas sobre los que se polemizara en las conversas entre adultos en el distendido ambiente familiar y en las que yo entraba impertinentemente sin haber sido invitado.

Papá, que había sido perseguido por las fuerzas represivas del ilegítimo gobierno del general Marcos Pérez Jiménez, cuando URD tuvo que pasar a la clandestinidad al ser declarado ilegal por la dictadura tras atreverse a denunciar fraudes en las elecciones para la constituyente de 1952, terminaría su vida siendo un convencido perezjimenista, tan antiadeco como anticomunista.

Su rechazo a las ideas de izquierda o quizás, su intolerancia al derecho a discrepar que yo manifestaba abiertamente, contrariando el tácito pacto de silencio y obediencia ciega que se había establecido en mi familia para evitarles disgustos a quien pretendía ejercer como el “Gran Dictador” de la casa, le llevaron en más de una ocasión a dar por concluida, tajantemente, las discusiones que ambos protagonizábamos con un frase lapidaria que hoy al recordarla, después de tantos años, siempre me saca una sonrisa: “Si alguien me hubiese dicho que mi último hijo iba a ser comunista lo hubiera abandonado en el hospital”.

No sé si serían sus frustradas aspiraciones políticas, su decepción al ver en lo que quedó convertido URD al formar parte del gobierno de Raúl Leoni o el asco por lo que consideraba el mayor despropósito de la historia política contemporánea venezolana, la dictadura del Pacto de Punto Fijo, que comenzó a manifestar su deseo por el retorno de Marcos Pérez Jiménez, o su eterna letanía por el fracaso del alzamiento que contra el gobierno de Rómulo Betancourt protagonizara un general, masón, llamado Jesús María Castro León.

Treinta años después, de seguro hubiese visto en aquel joven y huesudo Teniente Coronel la reencarnación de Castro León y de inmediato hubiese abrazado su causa sin dudarlo, admirado por aquel gesto valiente del paracaidista al hacerse responsable del fracasado intento de derrocamiento de Carlos Andrés Pérez, y que además se atrevía a declarar ante la mirada atónita de todo el país, que solo “por ahora”, sus objetivos no habían podido alcanzarse, con lo cual, quedaba implícito que volvería a intentar acabar con la dictadura bipartidista que había llevado a la más terrible ruina del país.

Una de las pocas coincidencias que fui capaz de notar entre mi padre y mi madre, a pesar de haber concebido doce hijos, era su furibundo anticomunismo. Mi madre, betancourista, repetidora del tan común y vulgar “adeco es adeco hasta la muerte”, se convirtió a lo que se llamaría el Chavismo, al ver la actitud del ya Presidente al afrontar la desgracia de Vargas en 1999. Mi padre por esa y muchas otras razones, supongo que hubiese abrazado la causa de aquel rebelde militar y a mí me hubiese causado una enorme alegría verles coincidir por una vez en política. Quizás esa sea la causa de aquel extraño sentimiento de tristeza que me arropó la noche del 4 de febrero de 1992, en el que se cumplían dos años de la fatal ausencia de aquel viejo indígena, obrero explotado durante treinta y cinco años, por La Compañía, como llamábamos a la Creole Petroleum Corporation.

En lo que a mí respecta, ignoraba en lo absoluto quién era ese joven militar, que luego supe había militado en el llamado Partido de la Revolución Venezolana. Pero, ¿quién sabía en realidad de él y de su Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 derivado del Ejército Bolivariano Revolucionario 200, nacido en 1977, al calor de un juramento hecho bajo el mítico árbol del Samán de Güere? La estrategia del guerrillero Douglas Bravo, de infiltrar el ejército

con elementos de izquierda, estaba dando sus frutos apenas una década después de haber sido propuesta. Pero, ¿quién lo sabía si no una minoría? Particularmente, lo viví todo con mucho escepticismo, aunque soñara con el derrocamiento de la dictadura adeco-copeyana, al no visualizar el brazo cívico de aquel intento de toma de poder. Pensé que sin apoyo popular y por la fuerza, solamente podía haber lugar para dos opciones: un fracaso estrepitoso como el que acusó El Precursor al intentar fundar República, o en el caso contrario, el triunfo de un proyecto con una visión unilineal fatalmente marcada por la impronta castrense, con lo cual no podía evitar que se me viniera a la mente aquel verso de Caetano Veloso:

*¿Será que nunca haremos sino confirmar
la incompetencia de la América católica
que siempre precisará de ridículos tiranos?*

Me pregunté: ¿cómo saber si detrás de aquellos militares no estaba metida la mano de la Escuela de las Américas y todo aquello no era un montaje más de la CIA como lo fue el 23 de enero de 1958, día en que la salida de Pérez Jiménez no fue más que una anécdota, ya que lo esencial era que quedaba patentado un modelo y un estatus quo que ya venía operando bajo las instrucciones del Departamento de Estado?

Si bien es cierto que en nuestra historia ha habido militares honestos y valientes como Miranda, Bolívar, Sucre, Urdaneta o Medina Angarita, a quienes habíamos aprendido a admirar por la nobleza de sus intenciones y no por sus aciertos o logros concretos, también era cierto que había otros muchos con los que podíamos elaborar un muy bien nutrido bestiario, me refiero a ejemplares del tipo del general José Antonio Páez, líder y prototipo de los desclasados criollos y fundador del club de oligarcas corruptos que

aún hoy en pleno siglo XXI continúan controlando el poder en Carabobo. Me refiero a los Monagas, a los Juan Vicente Gómez, a los López Contreras o aquel otro curioso tachirense, que al no tener éxito en sus intentos de derrocar al Benemérito, le dio por recorrer el mundo, bien como buscador de oro en América del Norte o como refinado mercenario al servicio de un decadente Imperio Otomano que organizó el primer genocidio sistemático del siglo XX contra la población armenia, y que sería fuente de inspiración y modelo para Adolfo Hitler, un tal Rafael de Nogales Méndez, quien dirigió el fatídico Sitio de Van, ciudad fundada por la reina asiria Semiramis y donde el venezolano se encargó de izar la bandera de la media luna, no sin antes reducir a cenizas sus tres cuartas partes.

III

Aquel día, se me vino a la mente de inmediato un militar del que siempre hablaba mi viejo y que desde Colombia había incurrido en territorio venezolano en el año sesenta, llegando a controlar el estado Táchira, pero que sería derrotado y encarcelado en el Cuartel San Carlos, donde moriría sin otorgarle el placer a mi padre de retornar para liderar otro levantamiento, esta vez contra los herederos políticos de Betancourt que amenazaban con eternizarse en el poder. ¿Sería también ese el destino de ese otro militar alzado, de descarada tez parda y rasgos de zambo? ¿Estaría condenado al fracaso y la muerte como lo estuvieron Castro León y los protagonistas de El Guairazo, El Portañazo o El Carupanazo?

Lo cierto es que lo que un día había nacido como un proyecto de Patria en el siglo XIX había quedado reducido a paisaje, un paisaje desgastado, deteriorado, sin esperanza de futuro, sin estructura y que sufría las consecuencias de la resaca de un festín petrolero

que había tenido su punto álgido en los años setenta. Éramos una muchedumbre que caminaba a ciegas, desbocada hacia el abismo y la oscuridad. El efecto narcotizante del “excremento del diablo” dejaba una huella fatal y difícil de borrar en el país. Los niveles de pobreza extrema sobrepasaban en mucho lo verosímil. Ya a mediados de los años ochenta, el setenta por ciento de los venezolanos vivía en condiciones de subalimentación, la mitad de los niños presentaba algún grado de desnutrición y dos de cada tres no acababa siquiera el nivel primario de educación básica. Para el año 1995 la pobreza afectaba a más del cincuenta y tres por ciento de la población y sin embargo, éramos uno de los países del mundo con mayor consumo de whisky escocés y estábamos orgullosos por los logros de Osmel Sousa y también, cómo no, porque Venezuela comenzaba a exportar a Europa deprimentes teleculebrones como *Cristal*, *Abigail* o *La Dama de Rosa*.

Todo eso me llenaba de vergüenza, de rabia y de impotencia porque para mí la pobreza no era una cuestión de estadísticas, sino de conocer de primera mano, que había carajitos que al salir del retén de neonatos estaban siendo alimentados con comida para animales domésticos o Kool-Aid, o porque a mí mismo me había tocado hacer el bachillerato en un liceo con aulas sin ventilación y cuyo único material de apoyo didáctico era un trozo de tiza de esas que se deshacían esparciendo en el ambiente un polvillo que provocaba en mis compañeros de clase y en mí una tos que nunca se acababa de ir.

Las imágenes más frescas de “democracia representativa” que guardaba en mi memoria eran las del señor ministro Octavio Lepaje, envuelto en un espeso humo de cigarrillo expulsado por una boca que anunciaría la muerte “por causas naturales” del ciudadano Jorge Rodríguez en las dependencias de la Disip, o de policías armados lanzando bombas lacrimógenas a jóvenes estudiantes que

protestaban por el aumento del pasaje de autobuses, o el descaro de un señor llamado Nico Zuluaga ante las cámaras y en conversación abierta en *Primer Plano* con Marcel Granier, estableciendo una relación fatalmente inevitable entre criminalidad y factor racial “porque los delincuentes son siempre negros o casi negros”, o bien las arremetidas del ejército contra la población civil con el insignificante saldo de unos cuantos miles de muertos un 27 de febrero, tres años antes de este otro febrero.

Así, con una mezcla de angustias, deseos, decepciones, ansiedades, como también mi incapacidad para prever todo lo que había detrás de aquel locuaz llanero con boina roja, de lo que representaba en realidad y de todo lo que vendría después de aquel madrugonazo en el que pronunció el “por ahora” cuyo eco recorrería todo lo ancho y largo del país gracias a bocas no ilustradas entusiasmadas con aquel joven en el que querían ver algo como un soplo de indefinida esperanza o que parecían presentir, mucho mejor que yo, lo que se avecinaría a la vuelta de muy pocos años, afianzaban mis deseos de escapar, de volar tan lejos como me hiciera falta para dejar aquel inmenso caos atrás.

Cualquier cosa se me pasaba por la cabeza aquella mañana, menos que hubiese detrás de esa intentona un amago de proyecto socialista.

En ese momento, como mucho, pude visualizar una propuesta nacionalista de recuperación de la escasa soberanía hace tanto tiempo atrás perdida y nunca del todo concretada desde la fundación de ese boceto de república que un día fuimos. Todo lo que cuento ahora de la manera más honesta que puedo, no era sino el producto de mis incertidumbres ante un panorama que se venía dibujando frente a los ojos de todos y del cual era incapaz de definir sus contornos, por lo que a mí se me figuraba más bien como un cuadro impresionista. La realidad era confusa y desesperanzadora,

producto de la limitadísima información con la que contaba en ese momento. Sucedió que luego fui recopilando piezas para armar esta especie de rompecabezas que es la historia contemporánea del lugar donde nació.

Con un saco de dudas caminé por las calles de Caracas, una ciudad por la que sentía y sigo sintiendo una mezcla de respeto, lástima y asco:

- *El respeto* me lo habían inculcado desde la más tierna infancia en la escuela, a través de aquella canción de cuna que nos sirve de himno nacional y que nos insta a seguir algún ejemplo que supuestamente Caracas dio.
- *La lástima* la generaba el imaginar que esta quizás algún día había sido una ciudad en la que sus habitantes podían pasear y respirar por sus calles tranquilas, sin tanto plomo en la sangre, cuando aún no se había convertido en un pestilente y vulgar centro financiero, en una metrópoli a medio camino como aquel horrible monstruo de concreto erigido sobre la Roca Tarpeya que sirvió de cueva a torturadores y que resulta ser la mejor metáfora de esa urbe.
- *El asco* tenía que ver con el arrogante mal gusto que exhibía y había cultivado una ciudad que de la noche a la mañana se había visto inundada por petrodólares con los que pretendía de la manera más arrogante cubrir su total ausencia de estilo y su inexistente planificación urbanística. Una ciudad que por querer proyectarse hacia un futuro incierto acabó con su pasado. La que por su empeño en querer parecerse a cualquiera de las grandes metrópolis del Primer Mundo acabó por dejar de parecerse a sí misma.

Caminé por Caracas toreando bolsas de basura esparcidas sin el menor pudor por caraqueños indolentes que decían amar a su

“ciudad de los techos rojos”. Caminé sin sentido y con el cuidado de evadir cuanto despiadado motorizado sin casco me acechaba en la vía. Caminé y caminé por Caracas tratando de tomar nota de cada detestable detalle de aquella inhóspita urbe, sin dejarme chantajear por la monumental belleza de ese enorme milagro que le sirve de marco y a la vez de pulmón. Caminé triste llevando en mí una profunda frustración al ver cómo otro intento por acabar con la violencia simbólica, impuesta por aquel Pacto de Nueva York, llamado de Punto Fijo, desde mucho antes de mi nacimiento, quedaba una vez más abortado.

Aunque en ese momento no supe quién era aquel Teniente Coronel, que años más tarde asumiría como mi Presidente y mi Comandante, me entusiasmaba la idea de que alguien diera al traste con tanta ignominia y tanto descaro. Aquel 4 de febrero no pudo ser. Una vez más la historia quedaba suspendida. Decidí entonces que era hora de asumir mi destino de emigrante.

LA FIESTA PATRIA DEL 4F

Nomar Oporte

Acudir a la memoria en un esfuerzo de fin de año luego de celebrar con creces el crecimiento vertiginoso de la patria, incluida toda Nuestramérica, nos impulsa en un raudo vuelo hacia veintiún años atrás, ubicados en un trecho de la Gran Avenida de Sabana Grande, frente a lo que fue la sede de Pro-Venezuela, fija la mirada en el pequeño espacio de Bestiario, la Mezquita de los Qurdos, suerte de quiosco sin chucherías ni baratijas, diarios ni cigarrillos, donde varias pilas de libros usados se ofrecían a bajo precio.

Allí con Ana Anka y junto a Hermes Vargas cada día/cada noche surtíamos la voracidad de los asiduos con actos inverosímiles para una acera plagada de abusos de la urbe, maltratada más y más por los terrófagos, por la improvisación y la necesidad de muchos lanzados en carromatos y demás artilugios para ofrecer lo inimaginable en comestibles callejeros. Ora una noche de boleros o de jazz, trova, de inventos inútiles, ora otra de poesía y lecturas y más lecturas hasta el cierre.

Era un espacio para el discurrir de muchos jóvenes provenientes de la UCV de aquella época, viva la llama aún, afuera de las puertas guerreras, o de los experrevecos, exbanderarrojos y exbasirruqueros que en los 70' extendimos/extendieron telas en el pasillo ucevista frente a los cubículos de ingeniería para defender la impronta de una

¡Navidad sin presos políticos! (de aquellos de verdad) u otras tantas banderas de lucha. También exmasistas, exmiristas, exmepistas, exprimerosdemayo, exligasocialista-troskistas, expecevistas, ex de toda ex nunca antes de derecha en sortilegio danzante, preparando la nueva forma de combinar la historia.

Allí se sucedían hechos que nos hacían pensar, o más que hechos que se sucedían, de un tenor distinto al que preparábamos para acompañar tanta gente, se nos ofrecían datos, historias, cuentos, chismes múltiples y todo tipo de susurros en torno a lo que se avecinaba en Venezuela.

Mientras el imperio lanzaba su tormenta en el desierto contra un Irak-otro, aunque el mismo de ahora diezmado, masacrado, en El Bestiario (¡pequeña labor aquí para tanto allá!) leíamos fragmentos de las *Mil noches y una noche* junto a un poeta palestino y al lado de otros de nuestra riada frecuente, rodeados de luces titilantes, rociados luego de bebidas espirituosas y de cuerdas y voces de la canción necesaria.

Entre estas rondas cotidianas donde de manera incesante circulaban poetas y narradores, artistas plásticos y gente de teatro, cine u otras vertientes del quehacer artístico en resistencia, por supuesto que las voces conspirativas contra un carlosandrés perez coronado y represivo no podían faltar, así que era posible entonces enterarse de movimientos que tenían en preparación asonadas de carácter cívico-militar, dando fechas inclusive u otros elementos que hacían denotar la existencia de un magma social emergiendo, no olvidando por supuesto el contundente terremoto poblacional del 27F de 1989, el Caracazo, hito de contenido político que le dio a Venezuela un nuevo paradigma de lo que el pueblo tenía centrado como objetivo.

A partir de aquella fecha fueron centenares los encuentros de carácter político, las manifestaciones obreras, estudiantiles,

protestas desde las barriadas, paros obreros, pronunciamientos de intelectuales y artistas en contra del gobierno adeco de entonces, a la cabeza su cuestionado líder, inservible ya para los intereses del capitalismo rentista y traicionero del país y de su comando desde USA.

En Bestiario, la mezquita de los qurdos le tomábamos el pulso a la historia, calibrábamos su recorrido, medíamos cómo la temperatura subía de grado cada mes, todo ello sin que nos propusiéramos algo similar, tan solo con nuestro accionar diario en la vorágine de la “más-vida” porque era imposible acostarnos Ana Anka y yo en alguna de las habitaciones hoteleras de los alrededores del bulevar sin que alguien nos dijera en el oído-virtual del quiosco cómo se armaba el jaleo:

- “Estamos esperando indicaciones”.
- “En el 23 todo está preparado”.
- “Civiles y militares involucrados con las luchas del pueblo, preparamos un golpe al gobierno de CAP. Les daremos datos días antes de la fecha para que se preparen”.
- “Pronto llegará la fecha, les avisaremos”.
- “Mosca, que lo que viene es enea”.
- “Recibiremos armas de los militares”.

No bastaba mi paso por la breve gesta rupturera de los 70's (73 al 79). A los recorridos por el 23 de enero, pasando antes por la toma de la fábrica de tejidos de punto Aramís en La Yaguara por parte de sus obreros, para detener la sustracción de las maquinarias de trabajo que pretendían realizar los patronos para montarla en otro lugar, dejándolos en la calle, asumiendo aquellos durante largas semanas el proceso de producción, contando con la solidaridad de muchos que militábamos en diversos partidos y movimientos de izquierda (entre ellos el MAS aquel, el MIR, MEP, Liga Socialista, Liga Socialista-Troskysta, ¿el MEUP, el CUPA?, imagino que también el PRV, aquella otra Bandera Roja, la OR y tantas más que

emprendieron un ejercicio de acoplamiento y/o de apropiación del conflicto, aunque generó aprendizajes y un ejercicio de trabajo articulado denominado FAYO (Frente de Apoyo a Yaguara Obrera), con la creación de un grupo que pretendía generar una suerte de centro de recreación y de formación de los obreros y demás trabajadores de La Yaguara, partiendo del apoyo a una existente publicación mimeografiada de entonces, liderada por miembros de varios grupos y movimientos y partidos, reunidos como resultante de ese conflicto particular de Aramís. De allí a conformar un núcleo que se asumía como célula guerrillera, en busca del contacto, una vez preparado y apertrechado de armamento básico, con gente del PRV. Mecanismo infructuoso también dado que uno de nuestros miembros era señalado como agente de la CIA, un brasileño llamado Joao con quien anduvimos durante meses en esa preparación infructuosa de pertenecer a dicho partido, en clandestinidad aún (acusación de los BR que resultó fallida).

En el 23 de Enero se mantenía el surgimiento de grupos de carácter político que buscaban despertar esos niveles de conciencia ya asimilados por su guerrera población desde las luchas contra el puntofijismo adeco-copeyano-urredista de los 60. De allí que en estos 70 surgen incontables pequeñas acciones desde diversos frentes, unos cerrados-cerrados, otros cerrados-abiertos, abiertos-cerrados, otros abiertos-abiertos, en sucesivas oleadas que daban como resultado grupos deportivos, culturales, reivindicativos, o de piedracandelayplomo, convirtiéndola en un hermoso caldo de cultivo para un no muy lejano futuro, como vimos después.

Así surgió entre otros, “La Voz del Mirador”, de la mano del Gordo José Alberto Silva Mendoza, de Jorge Briceño y de Tito Arias, entre otros, quienes aspiraban convertir ese espacio de acción, concretado en la toma de un local del antiguo Banco Obrero en los bloques 45-46-47, como referencia del trabajo

social, reivindicativo y artístico en la parroquia, en todo sentido, una referencia cultural de la revolución que se gestaba. Ello se fue perfilando a lo largo de los años, bajo la conducción allí de quienes fuimos militantes de Ruptura-PRV.

Esta línea de trabajo se mantenía en otros sectores, mas, en El Mirador se observaba especialmente cómo calaba una visión del trabajo que vinculaba las figuras de los próceres independentistas, con el acontecer cultural y artístico de la época, hecho que se acentuaba al definirse ya para aquel entonces ello como una visión del proceso que se desarrollaría hacia el futuro de las luchas en Venezuela, además de la información para aquellos años del movimiento que se gestaba internamente en los cuarteles militares, de un trabajo político de largo aliento en los mismos. Recreo breve, como Cañas –mi seudónimo de entonces– una acción donde un oficial del Destacamento 21 de la Policía Metropolitana ubicada en los bloques 45-46-47 de El Mirador me detiene por colgar en las afueras de uno de los ascensores, dos carteleras del Centro Cultural “La Voz del Mirador”; en una de ellas se conmemoraba el natalicio del prócer Antonio José de Sucre y el oficial indicaba como motivo de su acción: “...por estar prohibido el uso de los símbolos y las figuras patrias con fines políticos” y en la otra señalábamos el asesinato de Tito González Heredia a manos de los cuerpos policiales de entonces, con esta consigna: “PTJ, DIM, Disip, asesinos del pueblo”, la acusación planteada era: “es propaganda subversiva”.

El ejercicio de la memoria me remonta aún años atrás, a un apartamento del bloque 10 de Monte Piedad, ubicado en el piso 6, cuyas ventanas de las habitaciones daban hacia la avenida donde se ubicaba el antiguo módulo policial (hablo de los 60), donde observábamos cómo las aguerridas marchas de estudiantes entonando el Himno Nacional recorrían la misma, hasta pasar frente al módulo en cuestión, donde los agentes se paraban firmes ante el

himno que aquellos entonaban y una vez pasaban, se retomaba el ataque contra ellos. Más arriba se ubicaba el cuartel militar, sede del Ministerio de la Defensa, actual Museo Militar y bastión donde el presidente Chávez se había apostado en el ataque que dio lugar al fallido proceso insurreccional del 4F del 92. Habría que haber sido clarividente para determinar en aquel entonces, donde la balacera de la Digepol y el Sifa contra quienes habitábamos el 23E, que años después sería ese un escenario de tanta importancia, significativo y emblemático de lo que en la parroquia se marcaría para el futuro de Venezuela. ¿Casualidad o muestra de su significación en la historia actual de nuestra revolución?

¿Hay acaso un lugar en el país que podamos desligar de este proceso político venezolano? ¿Hay acaso algún venezolano que pueda, para bien o para mal, desligarse en parte o en todo de lo que vivimos en los planos económico, social, político, cultural en general?

Para muestra un botón: en los años 60, en San Félix, estado Bolívar, en la urbanización UV4 o Antonio José de Sucre, un grupo que conformábamos dos de mis hermanos y yo, con otros habitantes del lugar, integramos una UTC (Unidad Táctica de Combate, del Fln-Faln, denominada “Ernesto Che Guavara”). Éramos propiamente un grupo de jóvenes exhippies de barrio de la época, muchachos inquietos y despiertos de ese entonces, preocupados en el plano del acontecer social, no poca cosa dado el contexto en que vivíamos, llamados al efecto por Chalingo, nombre que recuerdo entre otros, para que integráramos dicho núcleo.

Nos ocupábamos de reproducir en chablones o bateas, con esténciles y buriles, materiales para la denuncia sobre la represión ejercida por los gobiernos del puntofijismo contra militantes de izquierda y atropellos contra el pueblo en lucha: asesinatos, tortura, desapariciones; también informábamos de los movimientos

existentes para contrarrestar dichas acciones e instructivos para fabricar armamentos caseros que permitiera enfrentar abusos contra la gente de los barrios.

En una ocasión nos presenta Chalingo a un hombre de voz aguda, delgado, blanco, de bigote muy fino, quien estaría por unos días hospedado en nuestra casa. Se nos anuncia como el señor Córdova. Muy parco, leía constantemente, salía poco y en general no causaba ninguna molestia en nuestro discurrir familiar, en tanto éramos siete hermanos allí que debíamos ocuparnos, los tres mayores, del ritmo diario por las salidas a la escuela o al liceo de cada quien, además del mayor que viajaba a su formación en el Centro de Entrenamiento en Matanzas, en el Plan 4 de Sidor, mientras nuestra madre laboraba en la capital.

Unos años después, entrados los 70, estoy en Caracas incorporado al PRV. Frente al cubículo de Ruptura en el pasillo de Ingeniería de la UCV elaboramos pancartas y cartelones para sacar a la calle. Están allí con nosotros algunos integrantes de la Dirección Regional de Ruptura en Caracas. Me percató de una figura que se acerca a nosotros, un hombre blanco y delgado, quien al llegar saluda a los demás dejando escuchar su voz de timbre agudo. Me acerqué impresionado al descubrir al señor Córdova y lo saludé efusivamente, recordando la época en que lo hospedamos en mi casa de San Félix. Él, risueño como era siempre, me refrescó la memoria con algunas anécdotas de aquel entonces y continuó después su conversación con quienes estaban allí de la directiva de Ruptura. Supe que aquel personaje a quien conocí como el señor Córdova, era nada más y nada menos que Kléber Ramírez Rojas, uno de los artífices del 4F, y antecesores ideológicos de este proceso que el presidente Hugo Chávez lidera. Asumí entonces que su estadía en nuestra casa en aquella época fue en calidad de enconchado.

No es menos casual y adelantándome aún más a la fecha del 4F, que cuando amanece de nuevo Venezuela convulsionada ese año 92, el 27 de noviembre, encontrándome con Ana Anka en Maturín donde vivimos, ante el hecho de despertarnos con las imágenes del acontecimiento protagonizado por el militar Odremán contra el sátrapa Carlos Andrés Pérez, se nos plantea la necesidad de trasladarnos a Caracas, dado que teníamos allí a nuestros dos hijos menores y debíamos ocuparnos de ellos ante cualquier situación que se presentara. Logramos abordar un vehículo y partimos antes del mediodía para un viaje expreso.

Llegamos en pleno horario del toque de queda impuesto, en medio de la suspensión de garantías anunciada por el gobierno adeco y no nos quedó más remedio que apelar a la solidaridad de alguien muy cercano a nosotros, por obra de quien nos trasladáramos ese año 1992 a Monagas: Ángel Prieto. Arribamos entonces a su apartamento en el piso 20 de un edificio ubicado frente a Parque Central, en la avenida Lecuna, después de una llamada telefónica. Para sorpresa nuestra, al entrar a la sala del apartamento observamos que, sentado frente a un legajo de papeles, se encontraba aquel señor Córdova, el mismo Kléber Ramírez Rojas. Compartimos pareceres, nos expresó su preocupación sobre la característica del intento de golpe de Estado perpetrado ahora por Odremán y otro grupo de militares. Amaneció y abandonamos el refugio en busca de nuestros hijos. ¿Casualidad del destino ese nuevo encuentro?

¿Podría ser entonces casual que un 4 de febrero de 2002 las pantallas televisivas mostraran a un oficial del ejército venezolano anunciando "...Por ahora, compañeros, los objetivos que nos hemos trazados no fueron alcanzados en la Capital...?"

Leamos el juramento ante el Samán de Güere:

Juro por el Dios de mis padres, juro por mi patria, juro por mi honor que no daré tranquilidad a mi alma ni descanso a mi brazo hasta no ver rotas las cadenas que oprimen a mi pueblo por voluntad de los poderosos. Elección popular, tierras y hombres libres, horror a la oligarquía...

Tomemos una cita de un medio alternativo en Internet del año 2008, “La Patria Grande”:

¿Pero por qué Hugo Chávez juró exactamente delante del Samán de Güere? Este era el árbol sagrado por los arawak y fue exactamente en torno a este árbol que se consumó uno de los genocidios más terribles de una etnia indígena, los arawak, por los invasores españoles. Para los años 1524/1526 cuando llegaron los españoles, en su afán por la conquista y para adueñarse de las nuevas tierras, atacaron a los arawak, atando a cientos de hombres mujeres y niños en torno al tronco de este Samán de Güere.

Se enlaza con este breve recuento –un recorrido por nuestra historia reciente– el hecho de que siendo los venezolanos protagonistas no tan solo de sucesos puntuales, sino de todo un acontecer histórico que marca cómo ha sido ductor de su proceso y logra parir a un líder de tan profunda trascendencia como lo es el comandante presidente Hugo Chávez Frías, quien en cada espacio que le tocó vivir como soldado u oficial en los cuarteles, significó la luz enunciada en una ocasión en la planta baja del bloque 52-53-54 por Nancy/Shirley, cuando comentaba en el 77 o 78: “Chamo, hay gente en los cuarteles que está preparándose para asumir la revolución”.

“Sentir que es un soplo la vida, que 20 años no es nada...”, según reza el tango de Gardel, aquí se trastoca. La confluencia de cuatro lustros vividos por los venezolanos, evidencia cómo es distinta la historia cuando un pueblo la asume como sujeto, irradiando con

su fuerza a quienes liderarán su proceso. El 4F quedará en nuestra historia como fecha patria, aunada a todas aquellas que en estos 200 años del Bicentenario marcaron para siempre la memoria de quienes somos, para la América toda, un camino hacia la redención total.

Sirvió de mucho aquel espacio de Bestiario, la mezquita de los quordos: fue una ventana para quienes como artistas nos asomamos ante la escucha del clarín. Bajar a la calle e incorporarnos al tren histórico de la revolución no significó su caída, marcó más bien su expansión.

Todos los siguientes 4F que celebraremos en Venezuela, desde ahora en adelante serán de lucha, pero también de fiesta con el pueblo, en la construcción del socialismo, para lograr una Patria soberana, libre e independiente, así como está contenida en este texto del Presidente:

En fin poeta, hermano, amigo de los poetas me has llamado, yo soy alumno y seguidor de los poetas, además de amigo y hermano de los poetas. Y creo que en este momento de la vida nacional cuando, repito, están desatados los dioses y los diablos, la poesía, el canto, el canto a la revolución, el canto a la vida, el canto a la esperanza, tienen que formar parte de la batalla. Son parte de los dioses o de los santos con su hacha, como dice el poeta Tarek, el hacha de los santos. Esa poesía de amor, ese canto a la esperanza, al sueño, la necesitamos para la batalla. Sin ella pareciera que la batalla sería de máquinas contra máquinas (Hugo Chávez Frías).

4 DE FEBRERO: IMAGINACIÓN Y RESURRECCIÓN

Pedro Ruiz

El 4 de febrero de 1992 implosionó la miserable vida política del siglo XX venezolano y abrió las compuertas por donde la imaginación, la fe y el espíritu revolucionario del pueblo construirían un destino digno, recuperando su sentido histórico. Siglos de soledad. Siglos de hambre. Siglos de mentiras. Siglos de traición. Siglos de dominación y saqueo. Todos bajo la égida de una élite oligárquica que perdió ese día su ropaje mojigato y apareció frente a nosotros tal como es: tenebrosa y falsa.

Desde la aparición del primer conquistador nuestra Patria había sido laboratorio trágico para que los imperialismos hicieran sus ensayos, todos destinados a la destrucción de nuestras culturas, de las formas de vida originarias, de nuestras maneras de entender y construir mundos, por supuesto, con fines muy precisos: mantener la esclavitud, la uniformidad del pensamiento único para disponer de nuestras riquezas naturales y de nuestras vidas.

Cuánto dolor pobló nuestra tierra. Cuánto abandono en nuestros campos y cuánta violencia contra nuestros ancestros, y más dolorosa aún la desmemoria. La infamia que define como culturas inferiores a nuestros pueblos indígenas; que pretendió convertir en curiosidad a nuestras culturas campesinas a quienes

más tarde aventó desde su vega, su río, su llano o su montaña para que habitaran los cerros de Caracas y los cordones de miseria de las grandes ciudades. Necesitaban esclavos en las urbes nacientes para imponer el Capitalismo más infame.

Imagen de siglos repitiéndose como en un tocador sombrío, donde lo que mirábamos era la muerte temprana y la traición. Así fue la vida política venezolana que tuvo sus grandes figuras libertarias, sus próceres, sus teóricos. Los generales del vivir sombrío, y los que poniéndole alas a un caballo entonaron la palabra libertad y orquestaron su andar con el silbido de la sabana, los silencios parameros y el corazón de sus habitantes.

Guaicaipuro, Bolívar, Miranda, Zamora, Manuela Sáenz, Luisa Cáceres de Arismendi y tantos otros y otras, dormidos y vivos ellos y ellas en la leyenda, el mito y el espíritu libertario de un pescador margariteño o un agricultor del páramo de Cabimbú en Trujillo.

Y si los imperialismos han pretendido perpetuarse, hay que decir, también, que son inmortales nuestras luchas e ideas libertarias. Hay quienes han querido ponerle lugar de nacimiento en otras geografías olvidando que aquí la tradición oral conservó “El Canto Guerrero de los Cuicas”, que investigadores como Tulio Febres Cordero y Rafael María Urrecheaga escucharon de la boca de indios viejos trujillanos y merideños.

Allí está el fuego sagrado, la fuerza telúrica que emergió el 4 de Febrero.

Madre Chía que estás en la montaña con tu pálida luz alumbrando mi cabaña

Padre Ches que alumbras con ardor, no alumbres el camino al invasor.

Oh Madre Icaque manda tus jaguares: desata el ventarrón y suelta tus

cóndores

Afila los colmillos de las mapanares y aniquila a los blancos con dolores.

Madre Icaque que vives en Quibao

Padre Ches Madre Chía, alimenta mi espíritu con la llama de rencor.

Echad el fuego que calcina, el agua que destruye, los rayos de las nubes,

truenos de la montaña.

Padre Ches, a mi troja repleta con granos abundosos: llena mis ollas con fuerte chicha y mi pecho con valor.

A mi mujer que cría, dale pechos que manen ríos de leche blanca.

Padre Ches dame una flecha aguda que mate al invasor.

Tiempla el brazo, que dispare esa flecha sin temor.

Yo soy tu hijo ¡oh Ches, mi señor, yo soy tu esclavo!

Oh Chía mi señora, dadme a beber la chicha de tu inmenso valor

Dadme a comer en carne el odio al invasor.

Descendientes de aquellos autores de ese canto de resistencia seguramente acompañaron al Libertador en los gloriosos días de Trujillo. En su tránsito avasallante de la Campaña Admirable. En la Batalla de Niquitao, donde a juicio del historiador Arturo Cardozo por primera vez las masas campesinas habían hecho acto de presencia dentro del movimiento emancipador.

Otra vez la inmortal presencia de nuestro pueblo desde el más antiguo horizonte humano empuñando la vida contra los demonios imperialistas, que desde hace más de 500 años buscan El Dorado, es decir, cavan nuestra fosa. Tal lo refiere con sencillez y dolor J.R.

Núñez Tenorio en su libro *Venezuela modelo neocolonial*: “Puso el conquistador su pie sobre nuestro suelo, y mágicamente se transformó la leyenda: el paraíso terrenal se convirtió en infierno, la riqueza en miseria, la opulencia en hambre, la abundancia en pobreza”...

Y son esos hombres y esas mujeres, siempre al borde del sepulcro, quienes conforman el ejército libertador que nos dio la independencia, razón para que todas las generaciones de ayer, hoy y siempre miren el alba con la palabra libertad como tarea diaria.

El siguiente fragmento de *Los héroes sin nombre*, de José Rafael Pocatterra, nos compromete:

Fue con Pedro, Juan o Diego: Pedro que no sabía leer, Juan que apenas llegaba a la alpargata, o Diego que no más rasguñaba con una pluma de pavo y pésima ortografía esas hojas de servicio pálidas de Gloria y de Historia que reposan en el fondo de nuestros archivos; fue con ellos con quienes ese enorme pequeño hombre levantó para la sorpresa de los tiempos y para la vergüenza de quienes todavía no lo comprenden, esto que se llama una Patria por lo que contiene en sí de sacrificio humano, de fosfato de hueso humano podrido en la tierra, de esta inmortal esperanza humana: la que de los hombres mediocres que hoy soportamos el agobio de una herencia cuya cartilla de partición nos robaron en una encrucijada del destino, logremos con ese mismo material probado, comenzar ya, de nuevo, si no dentro de las líneas puras de aquella vieja arquitectura, al menos otra construcción sólida, alegre y clara, y acogedora, desde cuyas ventanas abiertas a los cuatro horizontes del espíritu, podamos contemplar los crepúsculos sin la melancolía de los enfermos incurables, y que cada amanecer sea una superación de nuestra propia deficiencia y una reafirmación de nuestra rediviva energía.

Cuando el 17 de diciembre de 1830 Bolívar se despide y entra en la eternidad, ya nos había fundado un mundo. El hombre que emprende, a mediados de 1830, el camino del destierro es un Bolívar que en el fervor de las batallas avizoró las fallas humanas que iban a intentar caricaturizar su empresa libertaria. Conocía las ambiciones y el atraso de muchos de los cuadros que lo acompañaban, de allí lo sobrehumano de sus luchas. Sabía que la democracia y la igualdad no se establecen por decreto, y su tarea fue convocar a los hombres de su tiempo para hacer de América una sola Patria.

En su *Bolívar de carne y hueso* Francisco Herrera Luque afirma:

Bolívar por lo general, aunque nervioso siempre e intemperante, a ratos, era afable, jovial y expansivo; llano en su lenguaje y trato, como un noble señor campesino; desposeído de afectación o de cualquier otra gala que viniese a robustecer su jerarquía y su rango. Su lenguaje cotidiano era el mismo del hombre común libre de rebuscamientos, salpicado de caraqueñismos y también de vocablos gruesos.

Ese es el hombre que habita la copla, la canción afro, la leyenda parameña y hasta hace milagros en la soledad más sola de nuestros campos. Y allí estaba de nuevo el 4 de Febrero, después de haberse asomado vuelto furia en las calles de Caracas el 27 de febrero de 1989, luego de haberse escapado a la oligarquía y a los políticos mercenarios de sus estampas y misales, no quiso permanecer dormido más nunca. Y cogió las calles “Con caminar furioso y perros entre las piernas”, como *El Noche* en el poema de Ramón Palomares.

Así lo vimos pasar nosotros aquel 27 de febrero de 1989, que amanecíamos en Ocumare de la Costa escribiendo nuestra *Memoria* de Aragua. Y le vimos cara de negro turiamero, igualita

a la de Jesús Palencia, y entonces, cuando nos enrubáramos en el parque Henry Pittier adentro, no imaginábamos que ya Maracay ardía bajo la furia de aquel Bolívar vuelto pueblo.

Y vimos nuevamente la traición: la cara de Juan Vicente Gómez, de Marcos Pérez Jiménez, de Rómulo Betancourt, de Caldera y Carlos Andrés Pérez ametrallando niños, jóvenes, viejos, abrazados a un pan, a un saco de arroz, a un pedazo de carne, a una caja de sardinas o a una lavadora.

Venezuela a fines del siglo XX. ¡Qué mortecina! Nuevamente leguleyos explicando la razón de la violencia, de los asesinatos y del hambre. ¡Atrás, atrás, atrás. Si te mueves te mato!

Ya ni siquiera recordábamos que veníamos de un tiempo de lucha armada y cruel represión. Que en los años sesenta nuestros campos fueron sembrados de espanto y que centenares de campesinos y estudiantes aún son parte del siniestro legado histórico y humanístico de la IV República. Que nombres como Fabricio Ojeda, Jorge Rodríguez, Alberto Lovera, Livia Gouverneur estaban entre muchos otros mártires enjuiciando la traición. En las cárceles envejecían campesinos que fueron abandonados por los “líderes” que ya hablaban en el lenguaje de la “democracia representativa”, y en vez de ser MAS eran menos, menos, menos, menos humanos, mientras Alfredo Maneiro debatía sus ideas en Catia, en Guayana y Los Andes, empeñado en construir en los barrios, fábricas y universidades la democracia participativa.

Y el “Chino” Víctor Valera Mora amanecía de bala y luego escribía *Oficio de poeta*:

*Ético es el paso del poeta en la tierra
pero no de quien se lleva el índice a los labios
sino en lo tremendo y deslumbrante
de la libertad y de la revuelta*

*porque no se puede ser feliz
cuando se respira
entre un atajo de infelices
hay que vivir agresivamente
reivindicar la piedra de amolar
para cuando sea el tiempo
de la fiera y bella fiesta de los cuchillos.*

Entretanto, allá en Barinas José Esteban Ruiz Guevara después de estrenar las cárceles de la democracia, luego de haber permanecido en las cárceles de la dictadura, exploraba como buen arqueólogo en las quebraduras de la Patria que leía en los rostros de los campesinos de Socopó, cuando se adentraba montaña adentro en compañía de José Vicente Abreu y Ángel Eduardo Acevedo, plenos de rabia y dispuestos a no aceptar en su lenguaje la palabra derrota.

En los patios y veredas de la Urbanización Rodríguez Domínguez, los muchachos nombraban la palabra Socialismo, leían a Marx, Jesús Enrique Guédez, José León Tapia, Orlando Araujo, Miguel Hernández, Alberto Arvelo Torrealba, y jugaban béisbol.

Los hijos de José Esteban Ruiz Guevara: Vladimir, Federico y Leonardo compartían bajo la tutela del viejo las lecturas con su amigo Hugo Chávez Frías, venido de Sabaneta, hijo de educadores y quien quería ser pelotero.

Solo que quien pisa Barinas oye en el silencio del paisaje y en las formas de hablar que tienen las casas antiguas, las bocas de la historia: que dónde fusilaron al Diablo Briceño, que en cuánto tiempo Zamora planificó la Batalla de Santa Inés. Batalla en la que, en el decir del historiador Ruiz Guevara, se acabó con el poder de la oligarquía, aunque más tarde en San Carlos, por otra traición, asesinaran al general de las Tierras y Hombres Libres.

La historia viene de lejos. Es el mismo pueblo naciendo. Y ellos, los imperialistas no cesan de buscar El Dorado, que en realidad está en nuestro espíritu.

Ese día, el 4 de febrero de 1992, cuando los jóvenes militares revolucionarios amanecieron en Caracas, salí amaneciendo de mi casa en Maracay rumbo a La Victoria. Pasé por el Samán de Güere. Por allí habían pasado los militares bolivarianos, que en el histórico árbol hicieron su juramento. Claro, allí acampó el Libertador y cobijó su ejército.

Esperé en La Victoria al cronista de la Colonia Tovar, Enrique Breidenbach, que me traía fotos antiguas de la historia gráfica de ese pueblo para ilustrar el II volumen de *La memoria de Aragua*. De La Victoria me dirigí a Villa de Cura, a la Editorial Miranda, de nuestro querido amigo Inocencio Adames Barrios, donde muchos escritores de Venezuela hemos impreso libros.

Entonces apareció el hombre y habló en el lenguaje de la historia. La de los hombres que construyen y asumen su destino. Fue como si el pueblo se reconociera en el rostro de aquel soldado –hasta entonces desconocido– que valientemente encarnó la conciencia y la moral de los venezolanos y venezolanas que el 27 de febrero de 1989 habían generado un sacudón con el lamentable epílogo de miles de muertos a manos de las fuerzas represivas del Estado. Al fin alguien era sincero, reconocía que no habían alcanzado el objetivo POR AHORA. Frase pronunciada con gallardía, sin señalar a otros o escudarse en el engaño sino con la seguridad de que no sería el fin, que vendría un mejor momento para actuar. Un hombre que asumía el liderazgo de una rebelión militar, que demostró respeto por la vida de sus compatriotas, amor a la Patria y la verdad como norte, elementos extraños a la élite política dominante de entonces.

Era un movimiento distinto. No había militares gorilas con ansias de sangre. El pueblo, sabio, lo intuyó. Supo reconocer la diferencia entre quienes lo masacraron el 27 de febrero de 1989 a raíz del llamado Caracazo (cuando las balas de los Fal hicieron blanco en la humanidad de miles de venezolanos y venezolanas de todas las edades que protestaban por el alza del pasaje y el “paquete” de medidas impuestas por el FMI) y estos militares jóvenes representados por el entonces Tcnel. Hugo Rafael Chávez Frías.

Como una paradoja la quijotada de los jóvenes militares no generó tristeza sino alegría en la gente, que no se cansaba de repetir “Por ahora”. Y a tres cuadras de la Editorial Miranda, en el mismo estado Aragua, una mujer sentía que la historia comenzaba nuevamente, era Ana Domínguez, la hija de Maisanta.

DESDE GUARENAS PARA TODOS LOS INDIGNADOS DEL MUNDO

Miguel Márquez

Hace pocos años Venezuela vivió un estremecimiento sísmico radical cuyo origen estaba en la implosión del sistema financiero y que tuvo diversos antecedentes históricos como el Viernes Negro; implosión que venía a rematar la larga marcha de abusos que la banca privada y los sectores públicos en el poder habían puesto en marcha décadas atrás. A estas alturas [2012] pareciera que no se recuerda bien lo sucedido, pareciera que un cierto manto de espejismo recubre lo que pasó no más ayer, hace tan poco tiempo.

En muchos libros encontramos explicaciones economicistas, jergas que lucran con la especialización y el olvido, historias incoloras, inodoras e insípidas, que, a diferencia de la creatividad del agua, siempre renovadora, contribuyen a pasar esa página como si nada hubiese ocurrido, como si no existieran responsables, consecuencias dolorosas, como si no hubiese víctimas. Es increíble nuestra desmemoria, es extraordinario el control de la historiografía y el recuerdo cuando los intereses interesados en no dejar huella manejan la conducta colectiva; es asombroso que un sismo, un terremoto de tal magnitud, quiera pasar por náufrago en el mar de la indolencia, del intento por dejar pasar.

Sé que exagero, pues nuestra historia contemporánea lleva dentro de sí, de muchas maneras –pero no quizás de la forma más esclarecida y esclarecedora todavía– lo ocurrido en esos días; muy pocos días para la vida de un país y fundamentales para entender el resto. Lo cierto es que a raíz de esta situación asistimos en esa época a unas políticas que empobrecieron más a las mayorías con matemática precisión y la banca privada –en unión nupcial con los altos poderes públicos– saquearon a esta tierra de gracia y de desgracia con una impunidad que todavía duele en el pecho.

Héctor Malavé Mata (en su libro *El discurso de ajustes en Venezuela. 1989-1993*) escribe:

La década del noventa comienza en gran parte de los países latinoamericanos con un escenario recesivo y una situación de creciente pobreza afecta a amplios sectores de la población, mientras se afianza la certeza de que algunos programas de ajuste efectuados en el decenio de los ochenta para combatir la crisis, lejos de haber logrado sus objetivos fundamentales, ocasionaron un mayor deterioro de las condiciones de salud, nutrición y educación de los sectores pobres del ámbito regional. (...) La pobreza creció a un ritmo sin precedentes. *La pobreza urbana, particularmente* aumentó de 62.5 % en 1989, primer año del gobierno de Pérez, a 67.7 % en 1993, año en que de hecho terminó su ejercicio gubernamental. Ese incremento se tradujo en una mayor extensión de la marginalidad social, habida cuenta de que vastos sectores de la población empeoraban su situación laboral y sus condiciones de vida en un proceso de masiva movilidad descendente (cursivas del autor M. Márquez).

Vamos a continuar con los análisis económicos y a describir con estudios del Banco Central de Venezuela lo que pasó a once años del Viernes Negro, a consecuencia de una década donde las clases dirigentes se devoraron a sí mismas como la serpiente que se muerde

la cola; década de egoísmo, desprecio, mala fe, control de la información, desprestigio, asesinatos en masa, asesinatos selectivos, y como derrumbamiento definitivo de la nación en 1994:

Durante el primer semestre de 1994, tuvo lugar la más severa crisis financiera que en su historia ha ocurrido en Venezuela, con anterioridad a ella las experiencias en esta materia se limitaba a siniestros bancarios relevantes [*¿qué expresión, no?*]: Banco Táchira, Banco Nacional de Descuento, Banco de Comercio y Banco de los Trabajadores de Venezuela (*sic*), pero que de ninguna manera pusieron en peligro la estabilidad del sector bancario, y por tanto del sistema de pagos del país. Una particularidad de cada uno de esos siniestros bancarios fue que se sucedieron en el tiempo en fechas muy separadas el uno del otro. Lo ocurrido en Venezuela durante el primer semestre de 1994, podría calificarse, sin ninguna exageración de nuestra parte, como un cataclismo económico. Las estadísticas en este sentido son elocuentes, fueron nueve los bancos e institutos de crédito afectados por la crisis *en su primera etapa*: Latino, Maracaibo, Barinas, Bancor, Comercial Amazonas, La Guaira, Fiveca, Construcción y Metropolitano, los cuales, junto con las demás instituciones financieras que formaban parte de los respectivos grupos financieros, tenían para el 31 de diciembre de 1993 un total de 2.555.722 depositantes (cursivas del autor M. Márquez).

Es decir, 2.555.722 *víctimas*, en su primera etapa, y cifra que muchas gentes de la clase media no debieran olvidar tan dócil y candorosamente.

Pero pasemos al análisis más o menos tibio de las causas de esta debacle que en su matriz no tiene otro nombre que mafia pero aquí, en este estudio del BCV, resulta como cercano a lo analítico que suele pasar por químicamente puro:

Son diversos los factores que dan lugar a la crisis, unos atañen exclusivamente a los bancos: gerencia bancaria ineficiente caracterizada por la propensión [*¿qué palabrita, no?*] a inversiones de alto riesgo en las colocaciones de las instituciones, concentración de capitales en empresas relacionadas [*¿qué eufemismo, no?, cuando se trata en realidad de los movimientos que hace don Corleone con la gente del grupo*], ausencia de una supervisión bancaria eficiente [*cuando ni siquiera se habían aprobado leyes que impidieran estos defalcos, qué eficiencia ni qué nada*], de alta morosidad en las carteras de crédito [*es decir, que esa gente ni siquiera pagaba lo que le habían dado de mala ley*], exagerado crecimiento en las instituciones [*lo que es igual a decir que predominaba la especulación financiera*] (cursivas del autor M. Márquez).

En todo caso, esto trajo como consecuencia la ruina de millones de venezolanos, y la trató de evitar Rafael Caldera con auxilios financieros de lo que falta conocer mucha historia, porque ya sabemos que los capos de esos bancos también se los devoraron (alrededor de 8 mil millones de dólares) y les abrió las puertas a un exilio dorado sobre todo en Europa y en Estados Unidos.

Sin embargo, es preciso ir más atrás y tener en cuenta que Venezuela, entre Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi, vivió mucho tiempo donde la palabra crisis llegó a convertirse en la expresión de un diagnóstico que, de tan cotidiano, parecía hundirse en el fango de lo espectral, en esa rara bruma que se posa sobre las cosas sin entender nadie aparentemente de dónde viene. Pero lo cierto es que esa palabra fue la síntesis real, concreta, absolutamente material y espiritual, de la inmensa hemorragia financiera y moral, política, social, de la Cuarta República.

Si bien Luis Herrera, como lo dijo él mismo en la toma de posesión, recibía un país hipotecado, él [su gobierno] se encargó de multiplicar esa deuda a unos índice tan altos que, junto al descenso

de los precios del petróleo, llevó al derrumbe a la economía venezolana y arrastró con ello a los más débiles, por supuesto.

Antes de llegar el Viernes Negro, 18 de febrero de 1983, hablamos del último trimestre de 1982, todavía Luis Herrera trataba de ocultar la realidad con frases y refranes que apuntaban a tranquilizar entre comillas a la opinión pública, mientras se perpetraba un gran desfalco al país a través de información clasificada que le sirvió de puente al exterior a un capital apátrida que complicó aún más el entramado de un sistema financiero minado en su interior por las miserias y desigualdades de una contradicción casi inconcebible: la de un país que, habiendo gozado de la “bonanza” petrolera, estaba agobiado por una deuda externa monumental e impagable a corto plazo, la fuga de capitales, la baja del precio del barril de petróleo y la sobrevaluación de la moneda. Este fue el fin del dólar a 4.30, el fin de fiesta que había pronosticado y puesto al día Domingo Alberto Rangel.

Antes de separarse de la presidencia, Luis Herrera crea Recadi, institución controladora de divisas que daría lugar, ya con Jaime Lusinchi en el poder, a fraudes descomunales. Funcionarios de la Administración Pública, empresarios, políticos, particulares, curas de la Iglesia, usufructuaron de los cambios diferenciales con sobornos y padrinzagos. Aquí el nombre de Cecilia Matos luce como una flor de barranco.

El bipartidismo de AD y Copei continuaba en el poder; los Estados Unidos, a través de sus instrumentos financieros, de sus controles kingkongescos en lo económico (Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano, Banco Mundial) coadyuvaban a quebrar la economía venezolana y latinoamericana a consecuencia de un plan premeditado y ejecutado con maestría, siempre atentos a sus beneficios de recursos naturales baratos.

El endeudamiento, la pobreza –que alcanzó índices que no podemos olvidar nunca, pues llegó hasta el 80%–, el hambre, la inflación, la insalubridad, la mortalidad infantil, la deserción estudiantil, el analfabetismo, los niños de la calle, la baja inversión en lo social, además de una corrupción galopante, el sometimiento de nuestros países a los grandes polos del capital, y todo esto creció a la par de un nuevo fenómeno entre nosotros: la proletarización de los profesionales, es decir, el helado derretido de las ilusiones de las clases medias. Y al lado de este cierre de telón de la mal llamada gran Venezuela, el país conoció casos como las masacres de Cantaura, Yumare y El Amparo.

Después de estos dos ilustres, gana las elecciones Carlos Andrés Pérez por segunda vez. Lo reforzaron para ello los mitos de la bonanza, el supuesto “carácter” y el demagógico “pensar” en el pueblo. Pero ya para ese entonces la ideología neoliberal campeaba y establecía alianzas a sus anchas por el mundo, la globalización, el fin de la historia, y a muy pocos días de su bien llamada “coronación” y la introducción de los paquetes neoliberales con los Chicago Boys, sucedió el Caracazo en 1989: la erupción de un volcán tremendo que sacudió a Venezuela desde Guarenas hasta el fin del mundo. Pues esta respuesta se mostraba sin antecedentes en esa agenda a nivel planetario.

La violenta protesta, sin dirección política alguna, espontánea, popular, iba contra la aplicación del paquete diseñado por el Fondo Monetario Internacional, que contemplaba, entre otras medidas: un mayor costo de los servicios públicos, el aumento de la gasolina, la reducción de la administración pública, la privatización de los bienes nacionales [por supuesto el petróleo, de primero] como condición necesaria para el crecimiento económico [que no el desarrollo]; crecimiento que pasaba por encima de las clases medias, y sobre todo, de las costillas ultrajadas desde hace ha de

los más débiles y excluidos. Entonces, la dinámica neoliberal se hizo sentir muy pronto y muy pronto a la traición le sucedió la rebelión. La rabia de los cerros bajaba de los cerros sin más líderes que el hartazgo y la violencia. Es cuando el modelo de la democracia representativa de nuevo se desnuda y vuelve agonizante sus armas contra un pueblo desarmado. Muertos, fosas comunes, allanamientos, militarización, suspensión de garantías.

Pero el Golpe del Pueblo a la IV República estaba dado con coraje y miles de mártires que no quedarían para la historia como un gesto suicida o inútil. Carlos Andrés Pérez logró sobrevivir varios años más, aun después de muerto, a tantos que murieron esos días de 1989 pero sin terminar su período.

En 1992, 4 de Febrero, militares y civiles de izquierda que venían reorganizándose clandestinamente desde años atrás, le daban continuidad orgánica a esa ruptura con el pasado que simboliza el Caracazo. No tuvieron éxito, por ahora, en ese entonces, pero sí una entusiasta presencia nacional que llevó a Hugo Rafael Chávez Frías, líder de la insurrección cívico militar, a la Presidencia de la República. Y lo cierto es que desde ese momento hasta hoy, las mayorías han acoplado su destino, democráticamente, a los alcances y logros que han contribuido a generar su bienestar desde la participación y el protagonismo, y con estas categorías irrenunciables continúan la lucha, como también está demostrado, por un futuro todavía más digno, más pleno, y esperanzador, y por esa humana paz tan necesaria en este planeta, en este incendio.

A DOS DÉCADAS DE UN SUEÑO LIBERTARIO

Gabriel Jiménez Emán

Cuando un cambio social va a tener lugar siempre se crean unas condiciones previas que permiten que se vaya preparando un escenario político donde tal cambio va a producirse, principalmente porque los miembros de una determinada comunidad o vienen ya protagonizando acciones que les permiten avanzar en determinados ámbitos de vida (desde acontecimientos relevantes hasta aquellos que pudieran parecer pequeños o insignificantes), o bien porque un paradigma de gobierno se encuentre ya agotado. Cuando estas dos circunstancias se juntan, aparece entonces la oportunidad histórica apropiada para dar el salto. De no producirse ese salto cualitativo –que requiere de un esfuerzo y de un sacrificio radicales– esa sociedad entonces se verá destinada a repetir o duplicar los errores del pasado. Ya sabemos que los avances en educación y cultura, por ejemplo, son cualitativos, no se pueden medir con raseros numéricos o contables. Y son esos avances espirituales o morales los que fundan espacios previos para generar el conocimiento práctico y la voluntad de transformación que, con el basamento de un saber científico o técnico, van a abonar la tierra donde crecen las ideas para lograr esos avances cualitativos en pro de una comunidad, llámese estado, región o país.

Tales generalizaciones solo funcionarían si se las considera engranadas a un proceso societario de naturaleza popular donde se esté produciendo, en primer término, un germen de transformación en el seno de un modelo de poder, más si este se ha tornado ejercicio inoperante de gobierno. Algo de esto era lo que estaba ocurriendo en Venezuela a fines del siglo pasado, coincidiendo con la última década del siglo y del milenio –y tal vez no por mero azar cronológico– con el ejercicio de un modelo de democracia que se había repartido el poder en los últimos cuarenta años a través de pactos muy precisos, que permitieron a los partidos Acción Democrática y Copei tomar las riendas del Estado con la anuencia ocasional de otros partidos como URD, el MAS o el MEP. El archiconocido pacto de Punto Fijo permitió a Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera, Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi mantenerse en el poder con un estilo de gobierno que oscilaba entre el populismo, la demagogia, el clasismo enmascarado y las alianzas internaciones automáticas, las cuales tuvieron como cliente principal a Estados Unidos, tanto desde el punto de vista comercial (la renta petrolera), como desde el punto de vista político (sumisión a un modelo neocolonial), absorbiendo a su paso una serie de estándares culturales (especialmente a través de una superficial cultura del espectáculo, llamada también cultura de masas), que mantuvieron a buena parte del país –sobre todo a la clase media– aletargada o narcotizada por un conjunto de patrones informáticos implementados mediante la manipulación mediática y de entretenimiento vacío que condujeron al país a una suerte de amnesia histórica y, a la postre, a una crisis estructural acompañada de la decadencia moral de una casta gubernamental encarnada primero en una sucesión de políticos del partido Acción Democrática como Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Carlos Andrés Pérez, Luis Piñerúa Ordaz, Octavio Lepage,

Alfaro Ucero, José Ángel Ciliberto, Antonio Ledezma, Carlos Delgado Chapellín, David Morales Bello, Alejandro Izaguirre, Manuel Peñalver y otros, que en los años postreros de su gobierno nadaban en un océano de contrasentidos que pusieron de manifiesto a toda la nación el nefasto estado de descomposición política en el que se hallaban inmersos.

El caso de David Morales Bello ejemplifica buena parte de una decadencia patética del nuevorroquismo, con la imagen de una mansión repleta de obras de arte que van siendo vendidas a medida que se va produciendo la debacle moral del Partido Acción Democrática. Por su parte, la vida privada de Jaime Lusinchi ilustra bien la descarada chismografía personal convertida en espectáculo promiscuo de amantes barraganas, escándalos y burlas públicas convertidas en chistes que pretenden acuñarse a la mentalidad del venezolano, para sustituir valores morales. Similar caso se operaba en la vida privada de Carlos Andrés Pérez, cuyo adulterio se hace público, se oficializa y convierte en comidilla de farándula donde el periodismo banal pesca noticias picantes para alimentar la imagen prototípica del macho superamante detentador de poder, que se repite en presidentes de otros países como Carlos Menem en Argentina y Silvio Berlusconi en Italia.

Mientras tanto, en el partido socialcristiano Copei una generación similar, representada entre otros por Rafael Caldera, Juan José Caldera, Lorenzo Fernández, Eduardo Fernández, José Curiel, Oswaldo Álvarez Paz, Luis Herrera Campins, Juan José Rachadell, Asdrúbal Aguiar, Ramón Guillermo Aveledo, Abdón Vivas Terán y otros, dejaron ver sus claras tendencias reaccionarias, sumándose a cualquier tipo de iniciativas antipopulares, clasistas –racistas o fascistoides en algunos casos– que no pudieron contener la voluntad de un pueblo en el logro de una serie

de rupturas necesarias para enrumbar el país hacia unas más justas condiciones de vida.

El pueblo venezolano estaba presenciando el desmoronamiento de los partidos tradicionales, enredados en sus pugnas internas, incapaces de tomar el mando del país. Ese rechazo, al mismo tiempo, engendraba una necesidad urgente de transformación, como la que había surgido en el seno del Movimiento Bolivariano 200 durante el año 1983, cuando se venían incubando ideas revolucionarias en buena parte de la fuerza civil y militar, en este caso entre los capitanes Jesús Ernesto Urdaneta Hernández, Felipe Acosta Carlez, Francisco Arias Cárdenas, Jesús Miguel Ortiz Contreras, Francisco Urdaneta Rivas, Yoel Acosta Chirinos y el teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías, quienes conformaron un movimiento político-militar basado en el pensamiento de Simón Bolívar, Ezequiel Zamora y Simón Rodríguez, al cual denominaron Movimiento Bolivariano 200, pues justo en ese año de 1983 se cumplían doscientos años del nacimiento del Padre de la Patria.

Estos militares juraron el 17 de diciembre de ese año, al pie de un samán en la Academia Militar de Caracas, luchar incansablemente para liberar a la Patria de la corrupción y de la política envilecida. Desde ese momento comenzaron a trabajar para llegar al poder, y en una madrugada del año 1992, el día 4 de febrero, Chávez y sus camaradas de lucha se propusieron derrocar al gobierno de Carlos Andrés Pérez. El alzamiento fracasó y Chávez fue apresado junto con los suyos en Caracas el mismo día, y luego obligado a presentarse frente a los medios de comunicación (concretamente ante las cámaras de Venezolana de Televisión) para que se dirigiera al resto de sus compañeros de armas en otras guarniciones del país (Arias Cárdenas tenía el control de Maracaibo); entonces Chávez

pronunció las palabras que le granjearon el respeto del pueblo venezolano, por lo que en ellas había de convicción y arrojo:

Por ahora, compañeros, lamentablemente, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital, es decir, nosotros aquí en Caracas no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamientos de sangre. Ya es tiempo de reflexionar, ya vendrán nuevas situaciones y el país tiene que enrumbarse hacia un destino mejor.

Entonces Chávez y el resto de los militares depusieron las armas; fueron encarcelados todos durante dos años, hasta que en 1994, durante el mandato de Rafael Caldera, Chávez fue puesto en libertad por sobreseimiento de causa. Desde entonces, se dedicó a recorrer el país para dar a conocer su proyecto a través de un nuevo movimiento político, el Movimiento Quinta República (MVR). Recuerdo bien que en ese mismo año de 1994 yo me encontraba caminando por los alrededores del Panteón Nacional en Caracas, y al llegar a la plaza vi a Chávez rodeado de un pequeño grupo de personas, a quienes dirigía una encendida palabra. Yo me acerqué entonces a saludarle y oírle, estreché su mano y le di un abrazo, como todos ahí. Ese día supe que aquel joven teniente coronel llegaría muy lejos.

Después de un intenso trabajo de cuatro años, Chávez se lanzó como candidato del MVR en 1998, y su triunfo fue arrollador. Para el 2 de febrero de 1999 ya estaba asumiendo la Presidencia y juramentándose “frente a la moribunda Constitución de 1961”. Ese mismo día por la tarde se concretó la firma del decreto de referéndum para la Asamblea Nacional Constituyente, y el 25 de junio de ese mismo año 1999 se realizaron los comicios para elegir los miembros de esa Asamblea, para luego ser instalada el 3 de agosto

en el Aula Magna de la UCV. Así nació la nueva Constitución Bolivariana (la única en el mundo con el prólogo de un poeta, el entrañable Gustavo Pereira) y nació también un tiempo de esperanza para los venezolanos.

Del seno mismo del pueblo, entonces, había insurgido un grupo de patriotas que con férrea voluntad habían conquistado el poder gracias a unas elecciones libres y limpias, y habían asestado un golpe a una democracia falaz, a una democracia representativa vaciada de todo contenido social, real, sumida en la retórica y el burocratismo, que buscaba aliados en Estados Unidos y otros países de Europa para seguir conduciendo al país al estancamiento y al atraso.

Lo que no se esperaban los precarios líderes del pasado era que aquel grupo de soldados serían los gérmenes de un movimiento revolucionario, y no meros personajes circunstanciales. Cuando Caldera decide indultar a Chávez no sospecha siquiera que aquel hombre iría a encarnar una serie de sueños y utopías para forjar otro país, e iba a resultar electo con un irrestricto apoyo popular, y fuese a refrendar, a través de un referéndum, una Asamblea Nacional Constituyente. Y esta Asamblea a su vez es la que otorga validez a una Constitución para avanzar en el proyecto de un país distinto, legitimando un proceso mediante sucesivas elecciones que tienen como norte la conquista de una democracia participativa y protagónica, cuyo germen había sido amonedado, en cierto modo, en la imagen de estos hombres declarando públicamente su voluntad de deponer las armas (“por ahora”) en favor de la paz, con una firmeza y una convicción que no se habían visto en la Venezuela del siglo XX, excepto en algunas situaciones aisladas de la guerra de guerrillas, quizá.

Por todo ello, encontramos una coherencia en el discurso político de estos hombres que impulsan una rebelión popular;

luego logran que un líder como Chávez consiga ser electo a la primera magistratura, y después comience a organizar una serie de cambios en la administración legal y social que van a empezar a introducirse en la sociedad venezolana a través de un cuerpo de leyes y de iniciativas de invertir en educación, vivienda, salud y organización comunitaria productiva. Cambios que van a encontrar mucha resistencia en sectores de la clase media y en organizaciones que tienen intereses compartidos con la empresa privada, el mundo sindical y corporaciones de la cúpula industrial como Fedecámaras, la Banca privada, las cuales buscan alianzas con empresas transnacionales para propiciar, años más tarde, el sabotaje a la industria petrolera y estimular luego un golpe de Estado como el de Carmona Estanga, el cual en sí mismo pone al descubierto las tretas de una buena parte de los empresarios, banqueros y políticos que intentan pescar en río revuelto, en caso de salir triunfadora la coalición que apoyaba el golpe de Carmona Estanga. Esta vez intentan dar un golpe mediático con la ayuda de unos medios televisivos que ya tienen el guion previsto para ubicarse en el poder.

Lo que no podían sospechar era que horas más tarde el pueblo estaba rescatando a un presidente legítimo de unas hordas apátridas que intentaron sacarlo del país por la fuerza. Este hecho decisivo viene a confirmar la convicción de un pueblo de continuar profundizando en el proceso de necesarios cambios sociopolíticos mediante una acción revolucionaria que no derramó sangre alguna para lograr sus cometidos; al contrario, el pueblo salió fortalecido de esta experiencia, escribiendo una de las páginas más heroicas de la historia de América Latina, en el sentido de que logró asumir el papel que le correspondía en el reto permanente de sacar al país del esclerosamiento y el atraso a donde lo iban a llevar, con toda seguridad, las políticas del pasado.

Nos unimos hoy, pues, a la celebración de los veinte años de aquella primera rebelión, por percibir que en ella reside una carga simbólica determinante en la construcción de un país que necesita redefinir su rol en la historia de América Latina, junto a pueblos hermanos como Ecuador, Nicaragua, Cuba, Perú, Bolivia y Colombia, que andan sembrados en ese mismo espíritu que nos legó Bolívar, y dentro de un norte de combate donde el Libertador dejó tatuada su huella, con claro influjo en países como Argentina, Uruguay y Brasil, naciones con historia distinta, pero donde se hace patente la idea de integración como una necesidad cardinal (tal se ha manifestado en la reciente Cumbre de Estados Latinoamericanos y del Caribe, CELAC), dentro de un ideal de emancipación moral, cultural y espiritual que se ha vuelto una herramienta imprescindible para devolvernos la independencia económica e ideológica, al señalarnos un rumbo mejor en un futuro que ya no puede esperar más, pues los pueblos hermanos estamos dispuestos a conjugarlo en un tiempo presente.

EL 4-F EMPEZÓ UNA REVOLUCIÓN CULTURAL

Leonardo Gustavo Ruiz

Imposible, aun a veinte años de distancia, ver el 4 de febrero de 1992 como una mera fecha en el almanaque, ni siquiera porque partió en dos la historia venezolana. Encarna, inaugura el 4-F, un tiempo y un espacio nuevos en la vida venezolana, que reúnen todas las características y dimensiones que puede tener un símbolo, un mito (otra vez el eterno Bolívar como figura fundacional de la Patria, distinto al acartonado de los “bolivareros”) que revive la Utopía.

Si miro el cúmulo o el océano o los ríos y meandros de sus antecedentes, tengo una inmensidad. E igual, abro la ventana de lo que vino después de ese día y la sucesión de hechos, ideas y también de otras fechas emblemáticas que desató, y huelo el aire revuelto del vendaval a que siempre alude su principal figura individual, el comandante Hugo Rafael Chávez Frías.

A veinte años, lo histórico del hito, el antes, el “por ahora” y el después tan concretos, han activado un mecanismo esencial, también en todas las direcciones de la temporalidad y de la territorialidad, con el ejercicio humano que mayor vitalidad le confiere: el de la memoria.

Otra cascada se desparrama desde, hacia, dentro y fuera, contra y a favor del sentido y el significado del 4 de febrero: la bibliografía y la documentación que directa o indirectamente versan sobre el hito en todas las perspectivas imaginables: la exegética, el denuesto, el análisis, el anecdótico.

Pero hay mucho más, cuantitativa y cualitativamente: el corpus (todavía por comenzar a ser sistematizado) de expresiones artísticas y de manifestaciones espirituales, mágico-religiosas, etc., que ha ido creando, sugiriendo, estructurando y provocando en cultores, escritores, poetas, pintores, escultores, cineastas, artesanos, sacerdotes de diversas iglesias y cultos dentro y fuera de nuestro país. Pocos hitos históricos han generado tan variopintas respuestas o consecuencias en tantos órdenes como el 4-F en el mundo entero, y no se diga en Nuestra América o en la ya Bolivariana República (la quinta, en nuestra vida republicana), de la que esa misma fecha es germen fundacional.

De la bibliografía acerca del líder del 4-F, tenemos una relación clave (*Hugo Chávez y la Revolución Bolivariana. Bibliografía*, publicada en 2010 por la Fundación Editorial El Perro y la Rana) que, al decir de su autor el insigne historiador y periodista Rafael Ramón Castellanos, registró hasta mediados de 2009,

...la increíble cantidad de más de 2.500 títulos, que no es un todo, pues pudiéramos calibrar, sin sentido alguno de la exageración y la desproporción, que esto debe ser algo así como un 40% del todo bibliográfico referido al proceso revolucionario venezolano y socialista y a su máximo líder el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Comandante en Jefe Hugo Chávez Frías.

No se trata de centrar o enfatizar, más de lo que ya hasta la saciedad se ha hecho (en no pocos casos estimulando un exagerado

culto a su personalidad), la significación del hito histórico en la figura de su líder principal; no olvidemos que la rebelión tuvo otras jefaturas de considerable importancia en lo táctico, incluso más exitosas en el estricto sentido militar de la operación; pero tampoco olvidemos que algunos de aquellos “comacates” fueron tragados por el tremedal de sus propias defecciones, lo que, desde los días de la prisión en el Cuartel San Carlos y Yare, acentuó el peso que, con dos décadas de prueba, sabemos propia del gran conductor de este proceso.

Indudable es que la historia posterior al 4-F ha conferido una relevancia inconmensurable a la función mítica del jefe, por el talante de su personalidad y ambos, 4-F y Chávez, son una unidad referencial indisoluble tanto en el imaginario político venezolano, como en la historiografía en proceso que consignan, provisionalmente, las casi ochocientas páginas del libro de Castellanos.

Porque el fragor y el aura heroica del 4-F descubre y presenta al pueblo venezolano a un Chávez responsable. Sus primeras palabras como hombre público pasan a tener una dimensión ética, en un país donde la palabra era quizás lo más cargado de vaciedad, cuando el Comandante dice al país y a sus compañeros de armas:

Compañeros (...), por ahora nuestros objetivos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de evitar mayor derramamiento de sangre y de reflexionar. Vendrán nuevas situaciones y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor. Así que oigan mis palabras, el mensaje que les lanza el comandante Chávez, para que por favor reflexionen y depongan las armas, porque ya es imposible lograr los objetivos que nos propusimos a nivel nacional. Compañeros, oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, valentía y desprendimiento. Yo, ante el país y

ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano.

Contrastemos esas palabras con el chorizo de intervenciones de la clase política esos días de febrero, antes y después del 4, y podremos corroborar lo antes dicho, excepción hecha de los discursos de Rafael Caldera o Aristóbulo Istúriz en el Congreso.

Además, está lo más importante: la reivindicación y revaloración que los hechos mismos y su primer comentario público iniciaron del pensamiento bolivariano como estandarte y fundamentación de una rebelión legítima desde el seno del ejército y que luego prendió, como sabemos, en el mundo civil.

En cuanto a las manifestaciones artísticas y literarias desprendidas hacia y desde el 4-F (como eje temático, como envolverencia o como desencadenante), considero que, sobre su corpus, ya la teoría, es decir, la nueva teoría del arte y la literatura que cada día identifica con ojos propios sus procesos y experiencias, debe ir aparejando las herramientas que permitirán, más temprano que tarde, desentrañar la complejidad estética de esta época revolucionaria no solo en Venezuela, sino en toda Nuestra América.

El 4-F, como la Revolución Cubana poco más de tres décadas antes o como la revuelta popular anti neoliberal del 27 de febrero de 1989 que tiñó de sangre las calles de toda Venezuela, es un hito tan profundo y complejo que implica un quiebre de la visión estética que sobre la vida y la sociedad podían tener, hasta entonces, los creadores venezolanos, los activos y los potenciales, los vanguardistas ultradespiertos y los por entonces replegados o adormecidos poderes creadores del pueblo, para decirlo con el luminoso Aquiles Nazon.

A no dudarlo, el 27-F con el pueblo ensangrentado por los fusiles que ordenó disparar aquel demonio enloquecido de carlos andrés pérez (sea dicho así, con minúsculas) y el 4-F con el bolivariano ejército-pueblo reactivado en la quijotada de esa infinita madrugada, son circunstancias formidables que empezaron a generar e impulsar, a remover y crear, desde un nuevo estremecimiento, imágenes y metáforas visuales, poéticas, teatrales, nuevas representaciones de lo real, con la riqueza creativa de aquellos hombres y mujeres que Salvador Garmendia llamó “los pequeños seres” o el querido Gustavo Pereira nombr  como “los seres invisibles” que pasaron a expresarse, entre otros mil modos, militando y comprometiéndose en acciones y organizaciones transformadoras que se anunciaban de modo cada vez más orgánico y abarcador de la totalidad social.

Son, esas dos épicas fechas, como marcadores de los grandes saltos y cambios políticos, económicos, sociales y culturales que empezaron a tener inmensas repercusiones en el sentir artístico y espiritual de un pueblo hasta entonces replegado en sus fortalezas secretas y, por supuesto, en no pocos de sus ebrios o ensimismados gremios y demás grupos intelectuales, otrora convalecientes de lo que Uslar Pietri había denominado, refiriéndose a algunos de los bohemios de la República del Este, el “daño de la taberna”, o bien desorientados y faltos, con muy pocas excepciones, de programas que los vinculasen con eficacia a la transformación de una sociedad corrompida y desnacionalizada.

Imposible ver, decía, el 4-F sin la carga histórica que traía y sin esa otra (misma) que luego se intensificó, se profundizó y arraigó para siempre en el alma de la gran mayoría, con la no menos amplia y compleja significación para la transformación de la conciencia política de las multitudes, y en concreto para la reunificación de las fuerzas políticas y el florecimiento de los movimientos sociales

que posibilitaron, primero, un arrollador triunfo electoral en 1998, luego el nacimiento, vía referéndum y Asamblea Nacional Constituyente en el 99, y más adelante, paulatina e indetenible, la construcción y el ascenso del poder popular bajo la conducción de Chávez.

No pudieron (o solo pudieron en muy efímera, sangrienta y criminal emboscada en 2002, con derrocamiento presidencial e intento de magnicidio incluidos) los asedios imperiales, el paro petrolero, la despiadada campaña mediática nacional e internacional de satanización del proceso y sus líderes (que aún sigue, y peor), ni el forfait legislativo, ni las mil y una artimañas de una oposición sin la mínima capacidad imaginativa y con cero ascendiente moral en la gente; no pudieron las derrotadas élites, en trece años de (casi) consecutivas elecciones y consultas que favorecieron al proyecto bolivariano (ahora más definido y con explícita vocación socialista), borrar el impacto victorioso que en el imaginario y en la conciencia de venezolanas y venezolanos sembró el 4 de febrero de 1992.

Y no pudieron porque, si bien aquella larga noche del 92 los rebeldes revivieron el carácter popular del glorioso ejército creado por el Libertador pero con la desgraciada ausencia civil en los movimientos del 3 y el 4 que condujeron a la rendición del Comandante.

Después de la frustrada dictadura de Pedro El Breve en abril de 2002 (que contó con buques de guerra del imperio rondando aguas territoriales), el proceso de transformación profunda y liberación nacional inició la hegemonía del pueblo en armas, otorgándose colectivamente, desde entonces el título y la condición de revolución pacífica, pero con una Fuerza Armada Bolivariana decidida a defenderla.

El 13 de abril, con el rescate del presidente secuestrado, el gentío armado completó lo que le faltó al 4-F: justo la conjunción

pueblo-ejército con su parto de milicias populares, en las que hacemos filas hoy por hoy miles de cuerpos combatientes de trabajadores y trabajadoras, estudiantes, adultos mayores, personas con discapacidades, intelectuales, artistas, es decir, cada quien de acuerdo a su disponibilidad, dispuesta y dispuesto a atajar la oscuridad que pretenda volver.

En febrero del 92 este humilde servidor laboraba, forzado por la sobrevivencia, en una revista de Barinas, de circulación regional. Intuyendo el éxito que podía traer la imagen del Comandante Chávez en la portada, uno de sus editores, sabedor de mi relación de amistad por varias décadas con el joven oficial rendido, me encomendó conseguir una fotografía suya. Fui a la casa de los Chávez y, en medio de la tribulación familiar y de la represión que los cuerpos de seguridad habían desatado, no di con la foto. El día 12 de febrero junto a dos compañeros de trabajo (el fotógrafo Álvaro Hernández y el pintor Asdrúbal Romero) decidimos llevar a los editores una caricatura que Asdrúbal hizo sobre la célebre imagen de Chávez con boina. Nos fuimos con el dibujo a un centro de fotocopiado; sus empleados llamaron a la policía y en cuestión de minutos, a punta de pistolas y subametralladoras, una comisión de la Dirección de Inteligencia Militar, con un tal inspector Coronado al mando, nos decomisó las caricaturas. Nos esposaron en ristre a los tres y, a porrazos y empujones, nos llevaron a una oscura sede de la DIM ubicada en la calle Arismendi. Permanecimos esposados unas veinte horas, hasta que nos fueron soltando uno a uno para cumplir los respectivos interrogatorios. Un dato curioso: uno de los varios detenidos que vimos en la DIM era el pintor y escritor

César Barro, quien días antes había gritado su solidaridad con los insurrectos frente a la gobernación de Barinas.

Ay de mí si el inspector Coronado hubiera sabido que, uno de los últimos días de diciembre del 91, el Comandante Chávez, o mejor dicho, Hugo, Hugo Rafael, Tribilín, me había dicho en mi casa: “Leonardo, tienes que tumbarte ese barrigón, porque con tanto peso no podrás acompañarnos en lo que viene”. Mi hermano Wladimir, que estaba presente, ya llevaba tiempo con una investigación abierta en los tribunales militares, acusado en Barinas de instigar, desde un programa de radio, a la rebelión popular los días 27 y 28 de febrero del 89.

A veinte años del 4-F, con las palabras y los hechos por delante, la Revolución Bolivariana ha empezado a transitar su adultez como proceso político y cultural. Cobra cada día un sentido espiritual, como todas las grandes revoluciones, al reconocer con mayor conciencia la diversidad de sus raíces y al incorporar en su dirección, no sin dificultades, al colectivo que le descubre a diario nuevos retos y matices.

El carácter cultural de la revolución socialista bolivariana estaba ya anunciado, para mí, en infinidad de conversaciones que, desde niño, presencié entre aquel muchacho de Sabaneta y mi padre, el viejo José Esteban Ruiz Guevara, humanista de Puerto Nutrias en cuya biblioteca despuntaba el árbol de las tres raíces y que, para orgullo barinés, Hugo suele recordarnos a todos fuera de una simple nostalgia.

LA INSURRECCIÓN BOLIVARIANA: MITOS Y REALIDADES SOBRE EL 4-F DE 1992

Jorge Arturo Reyes

Ensayar sobre los sucesos del 4 de febrero de 1992 es tarea que encierra no pocos desafíos. Desde aquel entonces, Venezuela se ha transformado de manera acelerada y significativa. Al conmemorarse su vigésimo aniversario, el capítulo inaugurado con la icónica asunción de Chávez al escenario público y su posterior desarrollo, continúa siendo eje medular sobre el cual gravita la política venezolana de finales del siglo XX y la primera y segunda década del XXI. Y aunque el modelo de “conciliación de élites” que engendró el puntofijismo ha sido desplazado como forma de construcción de la vida colectiva, los herederos del viejo régimen mantienen vivas sus aspiraciones e intereses específicos, cuestión que da cuenta de la necesidad de acelerar, sobre bases firmes, el proceso de construcción de nuevas hegemonías.

La descripción de los sucesos del 4-F y sus consecuencias es tan dinámica, como prolífica es la producción de materiales que durante dos décadas han venido revelándose. Y aunque muchos de los trabajos intenten, con variable suerte, mantener cierta e inalcanzable “neutralidad valorativa”, a pesar de su rigurosidad y calidad expositiva, su riqueza documental y el prestigio de sus autores para determinados círculos académicos y allegados, en la

Venezuela de hoy, es casi imposible aludir a estos eventos sin eludir el hecho de asumirse o ser asumido como impugnador o defensor de las tendencias abiertas a partir de aquella jornada. Ello más que un síntoma del tan esgrimido binarismo de la política venezolana post 1998, da cuenta del quiebre histórico que representó el 4-F para aquel sistema político, el cual debe inscribirse en un arco histórico de contradicciones cuyos rasgos más lejanos son rastreables en las anomalías congénitas del “puntofijismo” y las crisis que permitieron su degeneración.

Nuestra perspectiva de análisis es una tentativa que aspira extraer del 4-F y sus disquisiciones posteriores algunos mitos interpretativos, fabricados y sedimentados lenta y perniciosamente, desde entonces, en las arcas de la historiografía venezolana. Mitos que operan como resortes ideológicos de las prácticas político-discursivas que impugnan aquellos acontecimientos a propósito de un amplio esquema de valores, configurando una particular interpretación de la historia. Más específicamente, nos proponemos, entablar una crítica –como diría Ludovico Silva– a

... un género de ciencia ideológicamente fundado, esto es, que aunque trabaja con ideas trabaja también con prejuicios que impiden a estas ideas expresar la verdadera estructura de la sociedad y, por tanto, las llevan a hacerse cómplices de la situación social; cómplices tanto más peligrosos cuanto que se presentan como un aparato científico destinado a explicarla.

Los mitos a que nos referimos son el resultado de visiones sobre el papel del bolivarianismo y el fundamentalismo patriótico; la idea del mesianismo y la redención, el papel del sector militar en la política venezolana y el autoritarismo; y el aparente triunfo y superioridad del Estado liberal. De cada uno es posible efectuar un extenso abordaje que excede las aspiraciones de este trabajo,

y aunque probablemente, puedan existir otras ficciones que refuercen los dispositivos que censuran el pensamiento contenido en el proyecto político al que se oponen, configuran un campo de tensiones políticas que, de manera visible y creciente, se inaugura con la insurgencia del 4 de febrero de 1992. Conscientes estamos de que, en torno a ellos, muchos debates quedarán pendientes.

I. EL BOLIVARIANISMO Y EL MITO DEL FUNDAMENTALISMO PATRIÓTICO

Luego de la derrota, política mas no teórica, de las experiencias del socialismo real, y en un contexto mundial y nacional marcado por una profunda desideologización en la que la izquierda planetaria había sufrido un revés histórico solamente sostenido digna y laboriosamente por Cuba, ¿qué podía esperar la revolución venezolana sino volver a sus propias fuentes inspiradoras del bien común y la justicia social identificables en el genio continental de Bolívar? Parece fácil decirlo, pero, lo cierto, es que el proyecto republicano y continental del Libertador y de quienes le acompañaron en su tiempo debió esperar casi dos siglos para retornar desde una perspectiva vital, en movimiento, actualizada, programática y enmarcada en los problemas de la Venezuela y el mundo de finales del siglo XX. Sabido es que las raíces inspiradoras del 4-F no se agotan en el ideario bolivariano; a él se suma de forma primogénita, el pensamiento robinsoniano y la dimensión anti-oligárquica de influencia zamorana, cuya raigambre coloca en el centro del debate la cuestión social. Por razones prácticas, que no reducen el núcleo de nuestros planteamientos, nos limitaremos, exclusivamente, al problema de la interpretación bolivariana.

Los ideólogos de la derecha siempre han querido presentar a los integrantes del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200

(MBR-200) como una suerte de teólogos del bolivarianismo. Desde el 4-F a nuestros días, han querido hacer ver que el bolivarianismo que renace la noche de las boinas rojas, es una versión distorsionada del pensamiento del Libertador, con lo cual pretenden efectuar una doble operación: por una parte, criticar a los representantes del “nuevo” bolivarianismo y; por la otra, reclamar el uso de la figura y genio de Bolívar como su patrimonio exclusivo, sin darse cuenta de que, después de Bolívar, todo bolivarianismo –y este comienza a ser un terreno nuevamente en disputa después del 4F– es una relectura de su pensamiento, cuyas consecuencias son más o menos importantes, dependiendo de la aplicación que en la vida cotidiana adquiera el ideario bolivariano.

Aunque forme parte de “viejos” debates, el reciente uso académico y político que efectúa la derecha del ideario bolivariano lo cerca, de tal manera, que le impide salir de su estado latente:

- si es histórico, lo aleja desconectándolo del presente;
- si es “universal”, lo encuadra en las jaulas de su tiempo;
- si es popular, lo destaca, minimizado, como simple cálculo coyuntural del Libertador para el logro de sus objetivos independentistas;
- si es liberal, lo usa sin nombrarlo o lo confronta con su cara popular para mostrar contrariedad.

Lo cierto es que hubo un tiempo reciente cuya fecha de defunción no puede sino ubicarse el 4-F del 92, en que la estampa y el pensamiento bolivariano eran empleados como vocativo protocolar, como oración de orden en la agenda política y a la cual se apelaba solo en los momentos de mayor “sensibilidad nacionalista”, casi siempre a partir de nuestros diferendos limítrofes, que aparecía –a decir de Briceño Iragorry– como culto irreflexivo, o como comodín inspirador de una muy particular “libertad” democrática. La lectura oficial que el puntofijismo hizo de Bolívar fue

selectiva, parcial y concomitante con los valores del modelo democrático-elitista y nunca se acompañó de su dimensión popular, del Bolívar de la guerra social.

El ideario bolivariano del 4-F rompe con este bolivarianismo a la carta, lo saca del congelador de la historia, y de su estado contemplativo. Frente al simbolismo oficial que de la figura y pensamiento del Libertador hicieran las élites gobernantes, aparece, por contraste, un bolivarianismo programático, socializado, renovado, vigente y potenciado. Este debate que pareciera reservado solo para académicos y gentes de *belles formes* no es tal si consideramos que, lo subyacente a él, es la base misma del pensamiento que se inaugura en los genes de la conspiración que, desde 1983, con el juramento del Samán de Güere y en un contexto de relativo quiebre del modelo rentista, viernes negro dixit, daba origen al MBR-200, quien encarnará un nuevo proyecto político que asomó su rostro la madrugada del 4-F.

Al catalogar al 4-F de teología fundamentalista, uno de los sustratos insondables que la historia y la ciencia política conservadora no “logra” explicarse, es que en el contexto errático de crisis material, desideologización mercantilizante, desorientación e incredulidad generalizada sobre el sistema político, abonada en los 80 y profundizada en los 90, el pensamiento propio bolivariano reaparece en el imaginario colectivo venezolano como elemento aglutinador e identitario, como aquel *mínimum* de sentido cuasi vital, desde el cual pensar el modelo político y sus valores articuladores con sello propio, palpable y moralmente diferente al estereotipo del devaluado liderazgo hasta entonces conocido.

Con lentes eurocentrados y haciéndose eco de los modelos interpretativos de la mentalidad neocolonial, esta pseudociencia quiso entender al bolivarianismo del 4-F como una expresión más de los “nuevos nacionalismos” surgidos con el fin de la Guerra Fría,

incluso, lo describieron como una expresión del fanatismo y el patrioterismo propio de los regímenes de la derecha militar, catalogándolo de incívica regresión histórica, primitivo y bárbaro. Con ello, despreciaron el carácter antiimperial y antioligárquico que está en la base del pensamiento insurgente. Olvidaron, también, el tema de la funcionalidad dialéctica de la historia en cuanto herramienta comprensiva y revalorizadora del presente, su utilidad en el diseño y construcción del futuro, su capacidad de advertir el error histórico; y lo que es más importante, lejos de todo culto pasional, olvidaron al bolivarianismo como vector de continuidad histórico-social; que no es cosa inerte del pasado, sino que había sido desactivado y que, al calor de las asincronías de la historia y los desplazamientos epocales, fue postergado.

II. LA CRISIS DE SENTIDO Y EL MITO DEL MESIANISMO Y LA REDENCIÓN

Queriendo hacerla ver como una acción desarraigada del sentir popular, se ha aludido el hecho de que la insurrección del 4-F no encontró eco en *la calle*, pero, lo cierto es que la clase política tampoco encontró apoyo popular; por el contrario, la sociedad casi en su conjunto se mantuvo expectante frente a un régimen tambaleante. No es aventurado decir que, en su momento, el pueblo, con ciertas reservas, celebró el golpe a puerta cerrada. Y es que profunda era la huella dejada por la masacre popular ocurrida a propósito de los acontecimientos de febrero del 89 de la que, los rebeldes de este otro febrero, eran aprendices indignados y silentes. Al observar el 4-F –y ello es lugar común vital en el análisis– debe considerarse el entrecruzamiento, las continuidades, las asincronías; en suma, el tejido rebelde de la espiral histórica que media entre febrero del 89 y febrero del 92.

El 4-F ocurre en el contexto de una gran movilización popular que venía in crescendo desde finales de los 80; en un ciclo de protestas contra los principales actores del sistema político y sus poderes fácticos/formales, su deslegitimación y crisis de representatividad; las medidas económicas fondomonetaristas, la disfuncionalidad institucional, el clientelismo, la corrupción administrativa y las demandas insatisfechas de todos los sectores de la sociedad venezolana, la cual exhibía un panorama de profunda crisis económica, evidenciada en el peso del servicio de la deuda externa, que consumía la mitad de los ingresos petroleros; exiguas reservas internacionales, un significativo déficit fiscal con la presencia de un depreciado aparato productivo, un acelerado proceso de pérdida del empleo y una creciente informalización en materia laboral, deficiencia de los servicios públicos, merma significativa del poder adquisitivo con progresiva y acelerada inflación, entre otros. Mientras las crisis del modelo político y económico constituían el marco general de aquella Venezuela, las demandas de inclusión y democratización se identifican como dos de los factores explicativos de este período.

En este entorno, el 4-F fue, en buena medida, además de un momento de quiebre, de una insurrección armada y la conspiración más larga del siglo XX venezolano, de un punto de irreversibilidad, de una síntesis inesperada de la resistencia popular, un episodio mediático de gran significación para la historia política nacional contemporánea.

Aunque mucho se ha dicho del “por ahora”, como idea-fuerza plasmada de expectativa, al releer el mensaje de Chávez, en orden de aparición, son las categorías: pueblo; bolivariano; poder, solidario, lealtad, valentía, desprendimiento, futuro mejor y responsabilidad, los elementos relevantes de aquel brevísimo e improvisado discurso en el que, de forma simultánea, confluye tanto una derrota

táctico-militar como el inicio de una victoria político-estructural, que explica la interpretación del momento.

Categorías, en ese entonces, prácticamente ausentes en el léxico del bipartidismo, y de las que se puede efectuar un amplio contraste, en cuanto a los valores articuladores y sus aplicaciones programáticas, si se comparan los discursos del representativismo democrático puntofijista respecto de los anidados por los rebeldes del 4-F.

Al evaluar estos hechos, connotados analistas colocan el acento en los pequeños episodios, desmereciendo en su análisis el valor de los aspectos estructurales y despreciando las sinuosidades históricas de mayor alcance. En el caso del 4F se lamentan: si hubiésemos –dicen– desactivado los anuncios de la conspiración en marcha; si hubiésemos editado el video del “por ahora” sin colocar a Chávez en cadena nacional de radio y TV para que, en minuto y poco más, se lanzase a la gloria. Si no hubiésemos presionado a Caldera para que lograse su excarcelación en aras de la “pax democrática”, si hubiésemos aplicado las reformas propuestas por la Copre con mayor celeridad y dosificado el programa de ajuste, y muchos más etcéteras. Lo cierto, es que pese a los errores tácticos del puntofijismo, las causalidades del 4F, sus desarrollos posteriores y su victoria en el tiempo, son exclusivamente explicables a partir de los propios signos de agotamiento del modelo político.

Con excepción de Caldera –redentor del orden en el Parlamento el 4-F y de quien se dice, sabía de la insurrección pero se pensaba había “colgado los guantes”–, la élite política, acompañada por la CTV y Fedecámaras, no efectuaron el menor esfuerzo por entender la insurrección cívico-militar, lo que suponía interpretar con lente crítico el contexto sociopolítico y económico de su tiempo, conformándose con arrogante espíritu de cuerpo a condenarlo, estigmatizarlo y criminalizarlo. Solo La Causa R y el Partido Comunista salvaron su voto en el Congreso al momento de la condena unánime.

La sesión parlamentaria de aquella tarde, también transmitida por TV, no pudo ser más sintomática de las heridas de la clase política. Suspendieron literalmente todas las garantías constitucionales y establecieron durante un lapso de poco más de dos meses, una dictadura constitucional: detención y allanamiento sin necesidad de orden judicial ni tipificación de delito o falta; cesación de la libertad de manifestación, revocación del derecho a huelga, la libertad de expresión y del pensamiento y solicitud desesperada de “muerte los golpistas”.

El cisma generado por el 4-F detonó, desde ese mismo día, una amplia gama de debates en torno al sistema político que venían discutiéndose desde mediados de los 80; pero además, profundizó las contradicciones existentes entre y al interior de los partidos políticos y los sectores dominantes. Por aquellos días Venezuela –y esta será una constante que bajará en intensidad con el nuevo escenario que representó la reelección de Caldera– se convirtió en un laboratorio inmanejable de opciones políticas para la resolución de un amplio abanico de crisis.

Los planteamientos para la resolución de la crisis, que variaban en su radicalidad en torno a la figura presidencial, la cual era percibida como epicentro de todos los males, iban desde opciones coyunturales que solicitaban, desde los propios partidos del bipartidismo, pero no solo por estos, la salida de Carlos Andrés Pérez mediante la renuncia o el adelanto de las elecciones; otros de carácter intermedio, planteaban un gran Acuerdo Nacional, hubo propuestas más estructurales enarboladas por un amplísimo espectro político, incluyendo al propio Pérez, que postulaban la realización de una Asamblea Constituyente.

Opciones más radicales planteaban, o esperaban, una nueva insurgencia cívico-militar o la realización de una huelga general. Todo ello ocurrió en un contexto de gran movilización social y

las llamadas crisis de gabinete; la composición y recomposición de pactos entre los partidos políticos (AD-Copei) y el gobierno, así como el crecimiento de un sentimiento popular-nacional favorable a la imagen de los rebeldes de febrero. Este maremoto nacional engendraría las bases de los destinos posteriores de Venezuela.

Al explicarse el 4-F, el pensamiento ortodoxo, aunque reconoce la evidente e inocultable degeneración sistémica del puntofijismo y la crisis de los partidos, opta por conformarse con explicar la irrupción cívico-militar y la aparición de nuevos rostros en la escena pública, a partir del antipartidismo y la antipolítica; o emplea de manera equívoca las claves interpretativas con que se observa el caudillismo decimonónico, afirmando así de forma actualizada, la tesis cesarista.

Antes que pensar en una crisis de la política en mayúscula, lo que ocurrió en Venezuela fue la crisis de un estilo, de una metódica restrictiva de hacer política, electoralmente formalizada, que separó de forma progresiva y radical al demos del krátos, donde la política, que siempre estuvo a la orden del día, fue sustituida por una tendencia perversa y antipopular: la tecnocracia. Visto de esta manera, es comprensible el inverosímil error epistémico de la ortodoxia constructora de mitos, que identifica en los referentes emergentes, irreverentes al canon tradicional, la más sencilla explicación, la del mesianismo y la redención.

III. EL PAPEL DE LO CASTRENSE Y EL MITO DEL AUTORITARISMO NOSTÁLGICO

La asonada de febrero del 92 colocó al descubierto las tensiones del sistema político en relación con el papel de las Fuerzas Armadas desde dos dimensiones interconectadas: la internacional y la nacional.

Uno de los rasgos distintivos del 4-F estuvo en que este golpe no consumado rompía con las doctrinas acerca de la seguridad hemisférica de su tiempo. Al finalizar la Guerra Fría los ejércitos latinoamericanos debían reducirse, según las tesis impulsadas por el Pentágono y el Departamento de Estado de los EEUU, en el seno de la OEA, a la condición de cuerpos policiales que garantizaran el cumplimiento del ordenamiento democrático, la seguridad y el orden público y la lucha contra el narcotráfico. Con el fin de la historia como corolario, desaparecían las cuestiones relativas a la autodeterminación, la soberanía e independencia nacional y otros principios adjudicados al Estado-Nación, que formaron parte del ideario defendido por los insurrectos, quienes por añadidura abrían nuevamente la histórica confrontación entre el bolivarianismo y las versiones más actualizadas del panamericanismo.

En el orden hemisférico, la rebelión de febrero implicó un descarrilamiento en el tutelaje tradicional de Washington respecto de su apoyo y aprobación para la ejecución de golpes de Estado que, al calor de la lucha anticomunista, permitió el establecimiento de férreas dictaduras en América Latina y el Caribe durante el siglo XX. Al desafiar el tempo del imperio y en un mundo donde la proclama acerca de la democracia (liberal) era como modelo político la “única opción” posible, resulta lógico pensar que, a pesar de su espectacular carga simbólica y la proclama bolivariana contra un régimen deslegitimado, la del 4-F, incluyendo la figura de Chávez hasta años más tarde, fuese una insurrección incomprendida, incluso por buena parte de la izquierda latinoamericana.

En la perspectiva nacional, la marcha a contra corriente que significó el 4-F, evidenciable en las proclamas y documentos de la época, tuvo, al menos en Venezuela, impactos importantes para la redefinición teórica y práctica de las relaciones cívico-militares y entre los estamentos militares, así como para el posterior rediseño

del sistema político, la centralidad de la cuestión social y su ordenamiento constitucional post 1999. Ello no es poca cosa si se observa el papel que socialdemócratas y socialcristianos, ambos, hijos tropicalizados del liberalismo, adjudicaron a los militares a partir de puntofijo; pese a las inconsecuencias de un sector de estos, a propósito de otro golpe: el del 18 de octubre de 1945.

Todo ello lleva a preguntarse –como lo hicieron los insurgentes de febrero– sobre el maniqueísmo propagandístico que, con cierta razón, se confeccionó luego del 23 de enero de 1958, entre democracia como condición del civilismo vs. dictadura como condición de la presencia militar en las instancias de gobierno.

En este país lo militar no ha sido un hecho ni un sector secundario. Sabido es que la edificación de la vida republicana y su desarrollo posterior, hasta nuestros días, ha contado, aunque a propósito de diferentes objetivos y con variable suerte, con la presencia de la institución militar. La construcción, destrucción y pérdida de oportunidades históricas, epocales, así como los rasgos típico-modernizantes y sus consecuencias, están en la historia de Venezuela cimentadas, en gran medida, por el rol oscilante que este sector ha jugado en el acontecer nacional. Aunque ello ha sido objeto de sendos debates en la cultura política debido a sus implicaciones tutelares, cabe recordar que, en Venezuela, los hemos tenido de los más variados signos: estrategas y visionarios, anti-oligárquicos-federalistas, afrancesados, nacionalistas, despóticos, tiránicos, civilistas-democráticos, buldozerianos y más recientemente, revolucionarios bolivarianos. Pensar nuestra vida republicana sin la pendulante presencia del sector militar sería desconocer los nudos problemáticos de los vaivenes nacionales.

La ecuación erigida cuidadosamente por el puntofijismo y plasmada en la Constitución del 61, expresión esta última, de la correlación de fuerzas de la época y heredera de la tradición liberal, confinó

al sector militar a una suerte de condición “típico-ideal” de carácter apolítico, obediente y no beligerante, soportado en un régimen de estratificación y diferenciación al interior del estamento militar donde sus cúpulas eran usufructuarias de los beneficios del pacto entre las élites gobernantes. Este despojo aparente de la condición política del sector castrense sirvió de resorte legitimador y garante de orden, control y sostén del genéricamente denominado modelo de democracia representativa. Aunque hay ejemplos a borbotones en los documentos que circularon en los meses subsiguientes al 4-F, un pasaje ilustrativo de esta condición política y de alienación y sumisión se evidencia en una carta publicada en el Diario de Caracas y dirigida por los insurgentes a José Ignacio Cabrujas desde la cárcel de Yare: “Nuestra rebeldía (...) tiene la arrechera de haber sido perros de presa de un régimen falso y ruin, que nos empleó para mostrar << normalidad >> entre los muertos de hambre...”.

El 4-F rompió el rostro monolítico que la democracia puntofijista adjudicó a los militares bajo el manto del institucionalismo, desmitificando la idea del apoliticismo castrense. A la vez, mostró que la condición de uniforme está atravesada por intereses de clase, por su interacción en la vida social y los problemas nacionales y mundiales, pero además, al romper el “equilibrio” existente entre civiles y militares hasta entonces conocido en Venezuela, sirvió de experimento originario para el establecimiento de una nueva metódica de relacionamiento que venía gestándose y que rompe con las experiencias autoritarias en el continente: la tesis de la unidad cívico-militar de corte popular.

IV. EL MITO DEL TRIUNFO DEL ESTADO LIBERAL

Algunos historiadores han afirmado que la salida de Pérez de la Presidencia de la República fue un triunfo del Estado liberal,

según el cual, a partir del equilibrio de poderes y sus contrapesos, permitió resolver la crisis institucional recrudecida con los sucesos cívico-militares del 4-F y 27-N de 1992 por vía de la decisión de la Corte Suprema de Justicia y la unánime aprobación parlamentaria en relación a la máxima figura del Poder Ejecutivo.

Las consecuencias históricas de esta extrapolación obligan a efectuar una breve consideración respecto de este último mito; no tanto por corroborar la “veracidad histórica” de lo ocurrido, lo cual podría desmoronar la euforia de la tesis liberal-triunfalista a la luz de algunas fuentes históricas obviamente susceptibles de nuevos análisis, como por su implicación reductivista sobre el Estado y la democracia, la cual deja entrever la supuesta idea de la “superioridad teórica” e infalibilidad comprobada, propia del positivismo, sobre esta forma específica e histórica, y por tanto, mutante, de las relaciones sociales y las formas de gobierno.

Al evaluar con el cuidado de rigor el detallado testimonio escrito sobre aquellos sucesos por parte de algunos dirigentes intermedios acciondemocratistas, autodenominados “testigos de excepción”, se observa que la salida de Pérez de Miraflores, además de un fundado sentimiento nacional y de la sostenida resistencia popular, fue el resultado político-administrativo de las mediaciones subterráneas y conflictivas que, conforme se agudizaba la crisis política, se fueron desarrollando entre los principales actores del exiguo sistema político, los cuales estaban reunidos en torno a “Los Notables” –y toda la sociedad entrecomillaba tal denominación–, la dirigencia Copeyana, por un lado, Caldera por el otro, la ortodoxia adeca enfrentada a Pérez, sectores económicos asociados a los medios de comunicación, así como los partidos y varias personalidades de centro e izquierda, a los que se sumaban los sindicatos y gremios de trabajadores, los profesores y estudiantes, entre otros vastos sectores.

Aunque se pueda alegar que, de no existir este ordenamiento “liberal”, el exitoso antejuicio que sacó a Pérez de la presidencia no habría sido posible; lo cierto es que se requirió tanto de condiciones específicas en la opinión pública, como de una correlación de fuerzas favorable acompañada de voluntad política en la Corte y el Parlamento, resultante de ciertos cálculos y de un repudio generalizado que lo hicieran viable. Ello, aunque deja un amplio margen para imaginar muchas otras cosas que no ocurrieron, demuestra que, por sí solo, el Estado liberal no es garantía de que cumpla con su sola presencia, con los resultados que idealmente propugna. Por el contrario, deja nuevamente al descubierto el tema de la discrecionalidad que las fuerzas económicas y políticas tienen en la aplicación de los preceptos jurídicos, que puede conjurar las decisiones al calor de consensos implícitos o explícitos que priven en determinado momento. Parece más apropiado pensar que una cosa es que la separación de poderes como un rasgo del liberalismo político haya permitido una solución política específica y otra es afirmar, con toda su carga conceptual, que la salida de Pérez fue, realmente, un triunfo del Estado liberal.

Visto así, la ampliación de los poderes públicos aunada a la introducción de nuevos mecanismos democráticos para la toma de decisiones en torno a un importante número de cuestiones, supone, si no una garantía definitiva, un amplio refinamiento democratizador del cuestionado Estado liberal. Y en este sentido, justo es reconocer que aunque ya se venía discutiendo entre los especialistas de la COPRE, es con el 4-F que logra retomarse la propuesta de la Asamblea Constituyente y tan solo instrumentarse en 1999. Pese a ello, los apologetas del Estado liberal defienden a rajatablas un modelo, efectuando una extrapolación demasiado abarcante que no repara en la especificidad del caso venezolano del 92/93, que reproduce una visión funcional-idealista de una forma

particular de Estado, muy cercana y muy parecida a la propaganda ideológica que, sintiendo amenazados los dominios de sus intereses, enarbola sus bondades negando o evitando la posibilidad de construir opciones diferentes.

Por su parte, el escollo teórico e histórico acerca del triunfo del Estado liberal radica en determinar, primeramente, si Venezuela es o ha sido, en todo su esplendor, un Estado liberal. Lo cual nos lleva a encerrar el mito dentro de un mito aún mayor. Hay quienes al respecto han hablado de una modernidad inconclusa. En todo caso, el aludido triunfo político del imaginario Estado liberal logrado con la salida de Pérez era, en realidad, una jugada táctica que no resolvía el problema de deslegitimación del modelo elitista democrático, también liberal. Si en su versión política la ficción liberal de la separación de poderes logró apartar a Pérez; su otra cara, hasta mucho tiempo después de Pérez, fue el establecimiento de un dogma económico que postulaba la maximización del capital en detrimento de la vida humana, la desnacionalización y privatización de los recursos naturales, la sumisión a los intereses corporativos transnacionales y la instauración del imperio del mercado. Tal vez en esa dimensión, el Estado liberal logró avances más significativos y en silencio, que solo comenzaron su reversión después de 1998, ahora, en manos de los chicos que habían despertado a Venezuela, cuando aquella madrugada, Pérez, recién llegaba de exponer en Suiza ante el Foro Económico Mundial de Davos, los supuestos beneficios de su política económica y, al aterrizar en Maiquetía, se le informaba que había estallado un golpe de Estado.

IDEAS PARA NO CONCLUIR

La tarea desmitificadora de repensar el 4-F y sus consecuencias nos conecta con el sustrato de los paradigmas en pugna en

la Venezuela actual, así como con los desafíos planteados en la búsqueda de los horizontes democráticos, transformativos y nacional-populares, con eso que experimentalmente se ha denominado socialismo del siglo XXI.

Resulta obvio que la mitología que sustenta algunos de los preceptos que se oponen al espíritu del 4-F, toma cuerpo en la totalidad de manifestaciones de la vida social, masificadas bajo la influencia de los medios de comunicación, en tanto agentes generadores de “sentidos” e instrumentos simplificadores y amplificadores de recursos simbólicos y discursivos.

Si algún potencial tiene reconocer los discursos mitológicos, además de las evidentes relativas a la educación, el trabajo y la formación comunitaria y el seguimiento de las trayectorias coyunturales del análisis sobre la política, es en el plano comunicativo, donde se encuentra un fértil terreno de acción que debe servirse de una hermenéutica capaz de identificar las trayectorias interpretativas a partir de las cuales es posible edificar imágenes parciales y deformadas de la realidad social. En este sentido, el ámbito comunicativo, como terreno de lo político, debe ser capaz de proporcionar a la memoria colectiva, y de construir colectivamente, herramientas teórico-prácticas para la deconstrucción y construcción de sentidos, de recuperación de memorias y dotación de un instrumental cognitivo.

El 4-F en cuanto momento telúrico, reflejaba –y sigue reflejando– una verdad incómoda que está en el sustrato de lo que el *puntofijismo*, junto con el rentismo como su base material de sustentación se encargó de edificar en el imaginario colectivo, y es que las desigualdades presentes en la sociedad venezolana distaban mucho acerca de las idealistas construcciones de un consenso democrático-nacional. Por ello el 4-F fue síntesis re-inaugural de las luchas nacional-populares de la Venezuela contemporánea que

abrió un arco histórico cuyas consecuencias más profundas están aún inacabadas y en proceso de experimentación. En ese sentido, sus apuestas democratizadoras continúan siendo un programa abierto pese a la madurez transformativa alcanzada desde sus aspiraciones iniciales.

LA FECHA HABLA

Gonzalo Ramírez Quintero

*para Gonzalo Ramírez Cubillán, mi padre, in memoriam
para mi alférez Fernán Altuve Febres, en vida*

I

Al igual que el 27 de febrero de 1989, el 4 de febrero de 1992 encarna una nueva manera de hacer historia porque expresa, desde su raíz más genuina, incontables años de lucha y sacrificio del pueblo venezolano.

El 4 de febrero es una fecha, y en ello es hija y consecuencia directa del Caracazo, de reapropiación popular del sentido de la historia venezolana: el pueblo en armas, rompiendo divisorias artificiales y asumiéndose definitivamente en tanto que tal, se decidió a expresar con toda firmeza, como bien lo señaló Roland Denis, su antagonismo abierto y radical contra el *status quo*.

II

El llamado de Alí Primera no había caído en el vacío: el soldado, en buena hora, volcaba el fusil contra el oligarca; el soldado asumía plenamente el compromiso con el mandato bolivariano: empuñar la espada en defensa de las garantías sociales; hacer valer con las armas de la República los derechos del pueblo: del pueblo arrechó

que explotó multitudinariamente el 27 de febrero y que, a pesar de la brutal represión, no había sido vencido.

El mandato bolivariano tenía una insoslayable significación ética que obligaba a actuar con inexorable determinación: el orden establecido había cerrado todos los caminos, cerrando cualquier posibilidad de rectificación, y, por eso mismo, la Revolución iniciada el 27 de febrero de 1989 no tenía marcha atrás.

Comprendido en todas sus implicaciones, el 4 de febrero movilizó toda la fuerza de la *vergüenza patria*, toda la energía de la angustia nacional, uniendo, la expresión es del gran Liber Seregni, todos nuestros miedos en un solo coraje.

III

El 4 de febrero de 1992 inició la necesaria demolición colectiva del culto estatuario, estéril, vacío y retórico a la figura de Bolívar –practicado por la oligarquía histórica y por la clase política puntofijista– para traer el pensamiento vivo y el ejemplo de coherencia y consecuencia de nuestro Libertador al presente, mostrando toda su potencia constructiva, creadora y liberadora.

Cerca de nosotros, con nosotros y en nosotros, el Bolívar revolucionario nos requería como sentir y conciencia, nos convocaba a reconocernos como herederos y continuadores de su gesta, mostrándonos el ancho y abierto camino de la dignidad.

El bolivarianismo, el *bolivarianismo real*, se revela como la verdad, la verdad profunda, de Venezuela: el imprescindible punto de apoyo para tener Patria; para reemprender la batalla inconclusa por nuestra definitiva Independencia; para conquistar colectivamente la suprema felicidad social.

IV

Quiero detenerme, cómo no hacerlo, en la cuestión decisiva del bolivarianismo.

Voy a apropiarme de un lúcido planteamiento de Julio César Martínez Astudillo en su libro *El ideal prohibido* (1993): han existido, a lo largo de nuestra historia, dos formas radicalmente antagónicas de entender el bolivarianismo:

- Una, el *bolivarianismo primario* que confinó al Libertador al mármol y al bronce de las estatuas, distanciándolo del alma popular: lo redujo a la conmemoración de ciertas efemérides, a la vacua repetición de algunas de sus frases, a la invocación discursivamente insustancial del heroísmo pretérito (en realidad y en verdad, el bolivarianismo primario fue un poderoso sustento ideológico para las sucesivas clases políticas dominantes desde 1830 hasta 1998).
- Y otra, el *bolivarianismo real* que reconoce en el Libertador, a través del tiempo, a un guía para la acción y a un contemporáneo del porvenir: es el Bolívar hecho pueblo, poder constituyente en movimiento; el Bolívar que es voluntad de pensar y hacer todo de nuevo –voluntad plena de promesa; el Bolívar que nos enseña a amar la gloria, a trascender; el Bolívar que llevamos por dentro como inspirador de todas nuestras luchas–, el Bolívar que encarna una pensar otro, una subjetividad otra, contra la secular condición colonial y neocolonial; el Bolívar autor intelectual y Comandante en Jefe del 4 de febrero de 1992 y del 13 de abril 2002.

Desde 1999, con la llegada al poder de la Revolución Bolivariana, el *bolivarianismo real*, tras innumerables años de resistencia, lograba ganarle definitivamente la batalla al *bolivarianismo*

primario: había comenzada a ganarla, siete años atrás, el 4 de febrero de 1992.

V

Necesito prolongar esta deriva reflexiva sobre el Libertador. Y lo haré de forma deliberadamente polémica.

Hacer memoria, memoria fidedigna claro está, del 4 de febrero, nos plantea un imperativo puntual: retornar siempre a Bolívar; retornar a la fuente constitutiva de nuestra Revolución que es su pensamiento.

¿Por qué hago énfasis en esto? Porque nuestra genealogía bolivariana, libertaria, decolonizadora, para decirlo con Walter Mignolo, es y será insustituible. Es y será insustituible, valga la reiteración, porque nuestra transición hacia el socialismo señala hacia un horizonte que está más allá de la izquierda; que reclama una necesaria diversidad epistémica para superar los paradigmas eurocéntricos, a los que no escapa el marxismo, y comenzar de verdad verdad a pensarnos a nosotros mismos y a dejar de ser pensados por otros, esto es, a pertenecernos, retomando la ruta que nos señalara Bolívar y, en no menor medida, Robinson; la ruta en la que nos reconocemos continuadores y continuadoras de todas las batallas por nuestra emancipación material y mental; de todas las luchas por la descolonización de nuestro ser y nuestra estar.

Quiero introducir aquí esta pertinente reflexión de Mignolo: “La plataforma epistémico-política de Hugo Chávez [metafóricamente, la revolución bolivariana] ya no es la misma en la que se afirmó Fidel Castro [metafóricamente, la revolución socialista]”.

Ahora bien, nuestro reto está en hacer cada vez más distintiva nuestra plataforma epistémico-política: se trata de incrementar su *calidad revolucionaria* específica, apegándonos rigurosamente a

lo original robinsoniano –*inventamos o erramos* es y debe seguir siendo nuestra genuina divisa. Se trata, por eso mismo, de un deslinde radical con cualquier tentación de calco o copia.

VI

Abro un excursus del todo necesario en este fragmento.

Entro directamente en materia: la Revolución Bolivariana sigue en deuda con la sagrada memoria con los subtenientes y mártires bolivarianos Alberto Carregal Cruz y Fernando Cabrera Landaeta, plazas del batallón José Leonardo Chirino, asesinados ambos a sangre fría por la Disip en la Casona el 4 de febrero de 1992; asesinados luego de que el contingente del batallón Chirino que intentó tomar la residencia presidencial, depusiera las armas y se rindiera.

De igual manera, quiero referirme a las ejecuciones extrajudiciales que fueron perpetradas en Valencia el mismo 4 de febrero: me refiero a los estudiantes y mártires de la Universidad de Carabobo, Columba Rivas, Ernesto Peña, Ángel Ruiz y Manuel Zerpa.

Todos estos crímenes permanecen impunes hasta el día de hoy: son ya veinte largos años de impunidad.

No existen casos cerrados cuando no se ha hecho justicia: los delitos de lesa humanidad no prescriben.

Al escribir este fragmento, no dejo de pensar en que el gran filósofo francés Vladimir Jankélevitch defendía el deber del no-perdón, en ciertas y determinadas circunstancias históricas, porque, precisamente, el perdón puede engendrar el olvido.

Para nosotros y nosotras, se trata, aquí y ahora, de asumir plenamente este deber del no-perdón: un no-perdón, tan activo como movilizad, contra todos los crímenes del puntofijismo; un prohibirnos olvidar todas las atrocidades cometidas por la lógica

del terrorismo de Estado que imperó en Venezuela desde 1958 hasta 1998.

En realidad y en verdad, tenemos todavía mucha justicia por hacer.

VII

Hay que advertir que sin las rebeliones de los dos febreros Venezuela habría seguido siendo, quién sabe por cuántos años más, una colonia petrolera yanqui. Más aún: 1989 era un punto fatídico de no retorno; Venezuela había sido condenada indefectiblemente a desaparecer.

El segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez, absolutamente subordinado a las directrices del Consenso de Washington, no pretendía otra cosa que absolutizar la dominación colonial: el paso del capitalismo de Estado, de aquel Estado corrupto y colonizado desde 1958, al neoliberalismo salvaje, no hizo otra cosa que maximizar la violencia estructural que padecía secularmente nuestro Pueblo.

El proceso interno de explotación y el proceso externo de dependencia, para decirlo con Celso Furtado, llegaron al grado cero de su brutalidad y de su horror: el aumento palmario de las desigualdades sociales era el reflejo exacto de la política económica del neoliberalismo salvaje. El país de los excluidos, de los seres invisibles, era fiel expresión del país postrado a los dictados del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Pero el país postrado se levantó en febrero de 1989: devino en país sublevado. La rebelión de los pobres, de los más oprimidos y explotados, le dio un golpe noble al puntofijismo del que nunca se pudo recuperar. Además, la brutal represión posterior al Caracazo demostró que aquella partidocracia era capaz de todo en función

de preservar sus prebendas y privilegios; que no le importaba quitarse, como ya lo había hecho tantas veces, la máscara democrática y restablecer el “orden” a sangre y fuego, esto es, ni siquiera guardaba las apariencias.

En realidad y en verdad –y aquí hay que darle la razón a Kléber Ramírez–, el Estado gomecista se había perpetuado en el tiempo. Cierto que con algunos “cambios” de fachada, pero manteniendo inalterable su lógica autoritaria y despótica. Y, por supuesto, la *doxa* neoliberal convivía perfectamente con tal lógica: el Estado gomecista nunca tuvo otros fines que el entreguismo y la represión (acotemos que el Estado gomecista ha sido y es funcional al más sentido y secular anhelo de la oligarquía venezolana: hacer posible, vaya qué contrasentido, una “Nación” sin pueblo; una “Nación” de fachada, vaciada de todo contenido; una “Nación” indigna del nombre de tal).

Es oportuno darle la palabra al Comandante Chávez: “Para 1992 el juego estaba completamente trancado: las armas de la crítica tuvieron que dar paso a la crítica de las armas”.

Solo se podía destrancar el juego, a favor del Pueblo por supuesto, de la forma en que lo hicieron los soldados bolivarianos.

VIII

Recordemos estas lúcidas palabras de Kléber Ramírez extraídas de su texto *El 4 de febrero de 1992* como hecho histórico que sirve de introducción a ese gran libro que es *Historia documental del 4 de febrero*:

El 4F no coronó el propósito inmediato de la toma del poder, pero puso al descubierto el mar de fondo de contradicciones con que se dirige a la nación venezolana y fue una sacudida política de tal magnitud que revitalizó la potencialidad de este pueblo imaginativo

y peleador. Desde este punto de vista, este acontecimiento fue una necesidad histórica.

Se impone un comentario: una necesidad histórica desde el **deseo** de las grandes mayorías: el **deseo** del Pueblo excluido, oprimido, reprimido, pero ya arrecho y rebelde desde el Caracazo.

Quiero apoyarme en Foucault para ahondar un poco más: “Es la conexión entre el deseo y la realidad (y no su retirada hacia las formas de la representación) lo que posee fuerza revolucionaria”.

Indudablemente, el 4 de febrero se produjo una fecunda conexión entre el deseo y la realidad. De allí la fuerza revolucionaria que posee este acontecimiento: fuerza revolucionaria, sigo con Foucault, en tanto que cualificación e intensificación de la voluntad deseante –y, por tanto, soberana– para impulsar el derrocamiento del orden puntofijista y para abrir un nuevo horizonte emancipatorio.

IX

Digo con Jacques Derrida, reconociendo, desde mi aquí, su inspiración, la deuda que con su pensamiento tienen estas palabras finales: cómo seguir leyendo la traza genuina, el trazado histórico de esta fecha.

Convendría hablar de la fecha como fenómeno, del fenómeno de la fecha: de aquel día señalado que convirtió a febrero en rebelde por segunda vez; de aquel día en que pudimos avizorar colectivamente que el puntofijismo estaba condenado a desaparecer; de aquel día de segunda ruptura con el continuum opresor de la historia oficial; de la historia escrita por los amanuenses de la oligarquía para perpetuar la desmemoria de nuestro Pueblo.

Por el contrario, el 4 de febrero es el pasado –todo nuestro pasado: el de todas nuestras luchas– que retorna a la memoria,

pero también es la proyección del porvenir, una proyección ciertamente heroica, y sobre todo, un afincar en el presente de nuestra Revolución Bolivariana.

Un afincar en el presente con inequívoco compromiso, pero, igualmente, con inequívoca rebeldía, con acerado sentido crítico, contra todo aquello que pretende pervertir, falsificar y, a fin de cuentas, detener y hacer inviable la continuidad y la profundización del proceso revolucionario en tanto que hechura genuinamente popular.

Un afincar en el presente, desde y con Bolívar; tras los pasos del Libertador, siguiendo su llamado a ser grandes y a ser útiles.

Hubo, entonces, un 4 de febrero. Lo hay y lo habrá en su permanente e inequívoca reapropiación popular, allí está el 13 de abril para comprobarlo, porque todavía hay mucha Patria por libertar. La fecha está inscrita, como el 27 de febrero y el 13 de abril, en nuestra subjetividad militante, crítica y creadora, de modo irremplazable, como acontecimiento sin desenlace.

La fecha habla: desde nosotros, desde el nosotros en devenir que somos, sigue hablando. Seguirá hablando, sí, porque deviene con nosotros: nos interpela sin cesar y nos convoca a la creación heroica de cada día.

SEMBLANZAS DE AUTORES

CARLOS NOGUERA (Tinaquillo, estado Cojedes, 1943)

Escritor y psicólogo; ha sido profesor de pregrado y postgrado en la Universidad Central de Venezuela, en las Escuelas de Psicología, de Letras y de Artes. En viaje de estudios, residió en Londres en los años 1979-1980. Desde julio de 2003 se desempeña como presidente de Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A. Posee una obra consolidada como narrador, que ha sido aplaudida por los lectores y la crítica. Las novelas *Inventando los días*, *Historias de la calle Lincoln*, *Juegos bajo la luna*, *La flor escrita* y recientemente *Los cristales de la noche* dan cuenta de su interés por desarrollar personajes muy vitales, con fuertes rasgos psicológicos e insertados en históricas experiencias sociales y políticas. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura 2003. Ha publicado en Monte Ávila Editores Latinoamericana los siguientes libros: *Historias de la calle Lincoln*, *Juegos bajo la luna* y *La flor escrita*.

CHRISTIANE HELENA VALLES (Punto Fijo, estado Falcón, 1962)

Antropóloga por la Universidad Central de Venezuela (1986). Investigadora y docente. Ha ejercido diversos cargos en el servicio público, entre los que se figuran el de jefe de División de Etnografía y Etnología del Museo de Ciencias, directora de Conservación de Testimonios y Procesos Culturales del Instituto de Patrimonio Cultural, directora general de Desarrollo Regional del Conac, presidenta del Instituto de Cultura del estado Cojedes. En el Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores se desempeñó como agregada cultural y en servicio interno adscrita a la Coordinación de Asuntos Multilaterales del Despacho del Viceministro para América Latina y El Caribe. Actualmente está encargada de la

Presidencia del Centro Nacional del Libro y de la Fundación Librerías del Sur.

EARLE HERRERA (El Tigrito, estado Anzoátegui, 1949)

Poeta, escritor, periodista y humorista. Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela (1976). Doctor en Ciencias de la Información. Mención Cum Laude de la Universidad de La Laguna, España. Exsubdirector de la Escuela de Comunicación Social, UCV. Tres veces Premio Nacional de Periodismo. Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (Poesía) y Premio Conac de Narrativa. Fue vicepresidente de la Comisión de Educación, Cultura, Deportes, Ciencia y Tecnología de la Asamblea Nacional Constituyente (1999).

ESMERALDA TORRES (Ciudad Bolívar, estado Bolívar, 1967)

Narradora, poeta y ensayista. Ha sido merecedora de los premios orientales Bienal Eduardo Sifontes, Tierra de Gracia y Ciudad de Cumaná. Promotora de lectura en la Biblioteca Pública Cumaná desde el año 1995. Miembro de la Asociación Civil Arco Secreto, creada para la promoción del libro y la lectura y de la Directiva de la Red Nacional de Escritores de Venezuela, Capítulo Sucre. Integrante del equipo organizador de la I Bienal de Poesía Cruz Salmerón Acosta. Ha publicado: *Historias para Manuela* (Editorial El Perro y la Rana, 2009), *Cuentos de última noche* (Fundarte, 2010), así como también cuentos y poemas en periódicos y revistas del oriente del país.

FARRUCO SESTO (Vigo, 1943)

Arquitecto, escritor, poeta y pintor. Político revolucionario venezolano. Tuvo a su cargo el Viceministerio de Cultura, la Presidencia

del Conac y luego fue ministro del Poder Popular para la Cultura. Actualmente es Ministro de Estado para la Transformación Revolucionaria de la Gran Caracas. Ha publicado: *Miel, Dibujos de Mujer, Fatigas y fulgores, Por qué soy chavista*, entre otros.

FEDERICO RUIZ TIRADO (Barinas, estado Barinas, 1955)

Escritor, poeta, cronista y activista político. Desempeñó destacadas responsabilidades como editor y coordinación de publicaciones periodísticas, políticas y culturales en la Universidad de Los Andes (1990-1999) y fundó, junto a Javier Ferrini, el periódico *Espantacuervos*, así como otras publicaciones literarias y humorísticas. Ocupó relevantes roles en el campo de la diplomacia bolivariana (2004-2009), primero en Argentina y luego en Francia. Conferencista y asesor en Políticas Públicas en diversas instancias del gobierno de Hugo Chávez. Columnista de *Aporrea*, *Ciudad CCs*, *Todos Adentro* y diversos portales en Venezuela, Cuba y otros países. Conserva inéditos dos volúmenes de poesía (*Víspera y anochece* y *Del amor primitivo y otros poemas*); uno de crónicas de viaje y otro de narrativa. Actualmente trabaja en un proceso-ensayo de (relectura y revisión) de la obra de Alfredo Maneiro y la vigencia de su ideario en la Venezuela Bolivariana. *La patria está en otra parte* (gente que no le gusta ver a nadie bien), libro de crónicas políticas que desnuda los modales de cierta élite política heredera del discurso de la IV República y contribuye a la caracterización del actual momento histórico, editado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, circulará en el 2012.

FRANKLIN GONZÁLEZ (Puerto La Cruz, estado Anzoátegui, 1955)
Sociólogo, doctor en Ciencias Sociales y profesor titular de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad Central de Venezuela. Exdirector de la Escuela de Estudios Internacionales

de la UCV. Exembajador de la República Bolivariana de Venezuela ante la República de Polonia y la República Oriental del Uruguay. Autor de los siguientes libros: *El éxito de la política económica de 1989-1993. ¿Una realidad, un espejismo, o una paradoja?*; *El Pacto de Punto Fijo, la Agenda Venezuela y el Programa Económico de Transición 1999-2000. Desarrollo y sus Problemas*; *Globalización, democracia y desarrollo económico en Venezuela*; *Hablan los hechos*; *40 Años de Democracia económica, social y política en Venezuela 1959-1999*; *Hablan los hechos II*; *Identidad e integración de América Latina, ALBA*. Publicación de Presentaciones de los Embajadores de los países del ALBA; y, *De la Emancipación a la integración: la historia de una Patria Grande*.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN (Caracas, 1950)

Poeta, narrador, ensayista, traductor de poesía desde la lengua inglesa, editor literario y profesor. Ha publicado en poesía: *Materias de sombra* (Premio Monte Ávila de Poesía, 1983); *Narración del doble* (1978); *Baladas profanas* (1993); y *Proso estos versos* (1998), entre otros. En relato, *Los dientes de Raquel* (1973); *Salto sobre la soga* (1975); *Los 1.001 cuentos de 1 línea* (1980); *Relatos de otro mundo* (1988); *Tramas imaginarias* (1990); *Biografías grotescas* (1997); y *La gran jaqueca y otros cuentos crueles* (2002), entre otros. Novela: *La isla del otro* (1979) y *Una fiesta memorable* (Planeta, 1991).

GONZALO FRAGUI (Mucutuy, estado Mérida, 1960)

Nombre literario de Eleazar Molina Molina. Poeta, periodista y editor literario. Fundador del grupo Mucuglifo. Maestría en Historia de Venezuela y doctorado en Filosofía por la Universidad de Los Andes (Mérida). Premio de poesía III Bienal Nacional Juan Beroes de San Cristóbal (2001). Obra poética publicada: *De otras*

advertencias (1989), *El poeta que escribía en menguante* (1990), *De poeta y otras emergencias* (1991), *La hora de Job* (1997), *Viaje a Penélope* (1998), *Dos minutos y medio* (2002), *Obra poética 1989-2004* (2005).

GONZALO RAMÍREZ (Caracas, 1965)

Poeta y ensayista. En el terreno del ensayo ha publicado: “Epílogo” a la *Antología poética de Juan Sánchez Peláez* publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1995; prólogo a la Obra poética de María Calcaño publicada por la Universidad del Zulia y la Sociedad Dramática de Maracaibo en 1996. Poemas suyos aparecen en la *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI*, el turno y la transición compilada por Julio Ortega y publicada por Siglo XXI editores de México en 1997. También puede mencionarse la sección sobre Literatura Venezolana de la Enciclopedia de Venezuela publicada por la Editorial Océano en España (2000). En el año 2002 apareció una *Antología poética* de Víctor Valera Mora, selección y prólogo de Gonzalo Ramírez, publicada por el Fondo Editorial Mario Briceño Iragorri del estado Trujillo. Tiene un libro de poemas publicado: *Ciudad sitiada* (2006). Diversas colaboraciones suyas han aparecido en distintas publicaciones de Venezuela y de Nuestra América (libros colectivos y revistas). Ha intervenido en recitales, foros, coloquios, seminarios y conferencias, tanto en Venezuela como en Nuestra América. Profesor durante largos años en el Instituto Superior de Artes Visuales Armando Reverón. Responsable de un buen número de prólogos para la Fundación Editorial El Perro y la Rana y Monte Ávila Editores. Es director de la revista de crítica cultural *Día-Crítica*.

GUSTAVO PEREIRA (Punta de Piedra, estado Nueva Esparta, 1940)
Poeta, editor y ensayista. Profesor titular de la Universidad de Oriente. Doctorado en Historia por La Sorbona. Premio Nacional de Literatura (2001). Sólo su obra poética comprende una treintena de títulos. Algunos de ellos: *El rumor de la luz* (1957), *Los tambores de la aurora* (1961), *Preparativos de viaje* (1964), *Bajo la refriega* (1964), *En plena estación* (1966), *El interior de las sombras* (1968), *Poesía de qué* (1970), *El libro de los Somaris* (1973), *Los cuatro horizontes del cielo* (1973), *Segundo libro de los Somaris* (1979), *Tiempos oscuros, tiempos de sol* (1980), *Vivir contra morir* (1988), *La masa fugitiva* (1988), *La fiesta sigue* (1992), *Diario de mar* (1992), *Escrito de salvaje* (1993), *Adagio de la desconocida* (1994), *Cuaderno terrestre* (1999), *Oficio de partir* (1999), *Poesía de bolsillo* (2003). Diputado a la Asamblea Constituyente, redactó el Preámbulo de la Constitución Nacional (1999).

HÉCTOR SEIJAS (Caracas, 1957)

Escritor. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado: *La posibilidad infinita* (1989), *La flor imaginaria* (1990), *Cuadernos de pensión* (1994), *Cruz del Sur, una revista, una causa* (2002), *Comprensión de nuestras ciudades* (2005), *Siete poetas rumanos* (2009) y *Caracas revisited* (2010). Se ha desempeñado como jefe de Redacción de la revista *A Plena Voz*, y actualmente ejerce como editor de la colección *A Plena Voz* de la Fundación Editorial El Perro y la Rana.

IVÁN PADILLA BRAVO (Caracas, 1951)

Poeta, comunicador y activista político. Participó en el movimiento guerrillero de los años 60. Miembro del directorio del Conac. Viceministro del Poder Popular para la Cultura. Entre sus

obras destaca: *Preludiando el siempre* (1979), *Balas y versos para combatir la prehistoria* (1979).

JORGE ARTURO REYES (Caracas, 1976)

Sociólogo y profesor invitado de la UCV. Ha publicado artículos en la revista *A Plena Voz*, *El Nacional*, *El Diario de Caracas*, *Revista Política Exterior y Soberanía*. Ha desempeñado labores en la cancillería venezolana.

JOSÉ BRACHO REYES (Cabimas, estado Zulia, 1965)

Licenciado en Música por la Universidad Cecilio Acosta en Maracaibo. Magíster en Museología y Conservación del Patrimonio Cultural y Etiológico por la Universidad de Barcelona, España. Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Fue Director de Intercambio Cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores. Articulista y colaborador de los periódicos *Question*, *Vea* y *Panorama*. Es autor del libro *Chimbánguele: paradigma del cimarronaje cultural en Venezuela*, editado por el Conac en 2005. Actualmente es Cónsul General de Venezuela en Turquía.

JUAN BARRETO (Caracas, 1959)

Licenciado en Sociología y Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Doctor en Ciencias Sociales de FACES, UCV. Participó activamente, junto a Kléber Ramírez, Saúl Ortega y tantos otros en el acompañamiento civil del pronunciamiento militar del Comandante Chávez del 4-F y 27-N. Fue alcalde mayor del Distrito Metropolitano de Caracas, diputado a la Asamblea Nacional y miembro de la Comisión Presidencial Asesora de la Asamblea Nacional Constituyente.

LAURA ANTILLANO (Caracas, 1950)

Cuentista, novelista, poeta, crítica de cine y fotografía, guionista de cine, radio y televisión, promotora cultural, investigadora literaria. Licenciada en Letras de la Universidad del Zulia. Estudios de postgrado en Chile y Estados Unidos. Profesora emérita de la Universidad de Carabobo. Perteneció al grupo literario Mandrágora. Segundo premio del 1er. Concurso de Poesía Interliceísta de Maracaibo (1966), primer premio en Concurso de Cuentos Julio Garmendia, 1983, premio de Cuentos del XXXII Concurso de Cuentos de El Nacional (1977), Premio regional Jesús Enrique Losada (Secretaría de Cultura del estado Zulia, 1994), Premio Nacional de Poesía José Rafael Pocaterra (Ateneo de Valencia, 2004). Obra narrativa: *La bella época* (1969), *La muerte del monstruo come piedra* (1971), *Un carro largo se llama tren* (1975), *Haticos Casa No. 20* (1975), *Perfume de gardenia* (1982), *Dime si dentro de ti no oyes tu corazón partir* (1983), *Cuentos de película* (1985), *La luna no es pan de horno y otras historias* (1988), *Solitaria solidaria* (1990), *Tuna de mar* (1991), *Las aguas tenían reflejos de plata* (2002). Obra poética: *Las paredes del sueño* (1981), *El verbo de la madre* (2006), *Migajas* (2007), *Poemas de amigos* (Fundación Editorial El perro y la rana, 2008).

LEONARDO GUSTAVO RUIZ (Barinas, estado Barinas, 1959)

Poeta, ensayista, promotor cultural. Fundador del grupo literario Caín de Mérida, de la Asociación de Escritores de Barinas, de la Red Nacional de Escritores de Venezuela y de las revistas *Letras Continuas* y *Vértice* de Barquisimeto. Ha publicado los poemarios: *Libro de los muertos* (1999), *Heráclito / Caín* (1999), *Las proezas del Solo* (2001), *Fragmentos de un libro del poeta perdido* (2004), y la antología *Barinas, cien años de poesía* (1995).

LUIS ALBERTO ANGULO (Barinitas, estado Barinas, 1950)

Poeta, articulista, ensayista, editor literario, promotor cultural. Los tomos: *Fusión poética* (UC, 2000) y *La sombra de una mano* (Monte Ávila, 2005), recogen cinco de sus poemarios: *Antología de la casa sola* (1982), *Una niebla que no borra* (1984), *Antípodas* (1994), *De norte a sur* (1999) y *Fractal* (2000). Galardonado con el primer premio en los certámenes Francisco Lazo Martí (2003) y Universidad Rómulo Gallegos (1999); obtuvo el accésit en el Concurso Literario de la Universidad de Carabobo (1974) y el premio único del IV Concurso Internacional de Poesía de la Universidad de Carabobo (1994). Fundador del Grupo Talión, a finales de los años setenta. Coautor de *70 Poetas venezolanos en solidaridad con Palestina, Iraq y Líbano* (MINCI-REDVE, 2006) y de *Viento barinés* (UC, 1978). Antólogo de *Poemas* de Miguel Hernández (Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2005), *Antología poética* de Ernesto Cardenal (Monte Ávila, 2005), *Rostro y poesía* (Universidad de Carabobo, 1994), *El corazón de Venezuela, Patria y poesía* (PDVSA-REDVE, 1ª. Edición Dic. 2008). Co-fundador de la revista REDVE (2005), de la fundación Red Nacional de Escritores de Venezuela y del Encuentro Internacional Poesía UC. Es Asistente de Literatura de la Oficina del Cronista de la Universidad de Carabobo. Integra el cuerpo de redacción de la revista *Poesía* (UC).

LUIS ALBERTO CRESPO (Carora, estado Lara, 1941)

Poeta, ensayista y traductor. Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Especialización en la Escuela de Altos Estudios de París. Fue director del Papel Literario de *El Nacional* y la revista *Imagen*. Ha obtenido distintos reconocimientos por su labor literaria: Premio Conac de Poesía Francisco Lazo Martí (1978), Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (1988), Premio Nacional de Periodismo Cultural

(1994), entre otros. Entre sus libros se encuentran: *Si el verano es dilatado* (1968), *Novenario* (1973), *Costumbres de sequía* (1977), *Resolana* (1980), *Mediodía o nunca* (1989), *Como una orilla* (1991), *Más afuera* (1993), *Duro* (1995), *Solamente* (1997), *Lado* (1999), *Ninguno como la espina* (2000), *La íntima desmesura* (2003), *El país ausente* (2004), entre otros. Actualmente dirige la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

LUIS BRITTO GARCÍA (Caracas, 1940)

Narrador, dramaturgo, ensayista, polígrafo. Abogado y doctor en Derecho. Su obra narrativa ha sido reconocida con el Premio Casa de las Américas en dos oportunidades: *Rajatabla* (1970) y *Abra-palabra* (1979). En 2002 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Entre su vasta obra ensayística sobre el discurso político y las contraculturas destaca *Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha*, también reconocido por Casa de las Américas con el premio honorífico Ezequiel Martínez Estrada (2005), *La Máscara del Poder* (1989), *El poder sin la máscara* (1990), ambas ganadoras del Premio a la investigación científica en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela en 1988 y del Premio Municipal de Literatura mención Ensayo en 1990. En 1980 obtuvo el Premio Latinoamericano de Dramaturgia Andrés Bello por su pieza *La misa del esclavo*. Su libro de relatos *Me río del mundo* (Planeta, 1999) mereció el Premio de Literatura Humorística Pedro León Zapata. En 2002 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra.

MIGUEL MÁRQUEZ (Caracas, 1955)

Poeta. Licenciado en Filosofía, egresado de la Universidad Católica Andrés Bello. Miembro del taller Calicanto que coordinó Antonia Palacios. En 1980 funda junto a otros jóvenes poetas el

grupo literario Tráfico (Yolanda Pantin, Armando Rojas Guardia, Igor Barreto, Alberto Márquez, Rafael Castillo Zapata). Ha sido promotor cultural, lector, corrector y editor, colaborando con la Biblioteca Nacional, Monte Ávila Editores, entre otras instituciones. Como funcionario de la Administración Pública presidió la Fundación Kuaimare y fue Director de Literatura del Conac. Se desempeñó como investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Miembro fundador de la Red Nacional de Escritores de Venezuela y del Festival Mundial de Poesía de Venezuela. Fue presidente de la Fundación Editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Actualmente dirige la Fundación Imprenta de la Cultura. Ha publicado *Cosas por decir* (1991 -Premio Fernando Paz Castillo, 1982-), *Soneto al aire libre* (1986), *La casa, el paso* (1991), *Poemas de Berna* (1992), *A salvo en la penumbra* (1999), *Linaje de ofrenda* (2001) *La memoria y el anzuelo* (2006) y *Reserva y esplendor* (2011).

NELSON GUZMÁN (Cumaná, estado Sucre, 1957)

Antropólogo, licenciado en Filosofía UCV. Doctor en Ciencias Sociales en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París), doctorado y postdoctorado en Filosofía por la Universidad París. Profesor de Faces de la UCV. Ha publicado: *Contertulios; Ráfagas de olvido; Minerva está engaripolada; Ensayo de sociología, filosofía y literatura; Subjetividad, ideología, modernidad; Hegel seguido de Borges*, entre otros.

NÓMAR OPORTE (Caracas, 1952)

Narrador. Ha publicado *Zoom-In* (1999, Editorial La hoja de la calle). Director general del Gabinete Regional del Ministerio de la Cultura en el estado Monagas.

ORLANDO PICHARDO (Barquisimeto, estado Lara, 1946)

Ha publicado *La palabra que tengo* (Editorial LEA, 1978), *Delamar* (Editorial Tinta, Papel y Vida. Caracas, 1986), *Ramón Querales. Reconciliación de lo real y lo imaginario* (Editorial La Espada Rota. Caracas, 1990), *Calendario secreto* (Fondo Editorial UCLA Barquisimeto, 1996), *Visiones de Sol* (Editorial Río Cenizo. Barquisimeto, 2000), *Ofrendas al asombro* (UCLA. Barquisimeto, 2001), *Ella: la palabra* (Editorial El perro y la rana, Caracas, 2007) y *Los vidrios rotos* (Monte Ávila Editores, 2007). Aparece en antologías nacionales e internacionales. Ha obtenido el Premio Municipal Héctor Vera de la Municipalidad de Mérida, 1984; Premio II Bienal de Literatura Antonio Arráiz de Barquisimeto, 1999; Premio Poesía Ecológica Universidad Yacambú. Es director de la revista *Principia* (Premio Nacional del Libro 2005).

OSCAR SOTILLO MENESES (Cumanacoa, estado Sucre, 1968)

Fundador del Proyecto de comunicación libre La Mancha en 2002. Estudió en el Instituto Superior de Artes Plásticas Armando Reverón y en la Universidad Simón Rodríguez. Coordinador de ediciones de la Editorial La Mancha. Ha publicado el libro de poemas *Por decir algo* (2008), así como también artículos en varias revistas venezolanas; tiene una columna semanal en el periódico *Ciudad CCS*.

PEDRO RUIZ (Valera, estado Trujillo, 1953)

Poeta y cronista. Fue Director de Cultura del estado Trujillo, organizador de la Bienal de Literatura Ramón Palomares. Ha publicado dos libros de crónicas: *La memoria de Aragua*, volumen 1 y 2 (1990, 1992), *Palo Negro, ayer y hoy* (1992), *La mano que talla* (2006), *Otilio Galíndez, un poeta que canta a la Patria* (2006), *Ramón Palomares*

habitando el reino (2007). En poesía ha publicado: *Con el río en la espalda* (1985), *Estación posible* (1995) y *Campesinos* (2008).

PEDRO SALIMA (Coro, estado Falcón, 1954)

Narrador y promotor cultural. Ha sido merecedor de diversos premios y reconocimientos a escala nacional, figurando entre los más importantes el premio del Certamen Mayor de las Artes y las Letras (2004). Entre sus obras literarias podemos mencionar las siguientes: *Al margen de las campanas* (1983), *A la suma del tiempo* (1986), *Nocturnos de abril* (1991), *Hedor a muerte y otros cuentos amortajados* (1994), *Ceremonia del silencio* (1996), *Discreta agonía* (2001), *Cuando sobra la distancia* (2001) y *En otra piel* (2006). Su obra *Algunos lugares, otras muertes* fue publicada en Monte Ávila Editores Latinoamericana. Con la propuesta *A tomar fábrica Jevito* resultó ganador de la primera etapa del II Concurso de Ideas de La Villa del Cine en el 2008, institución adscrita a la Plataforma de Cine y Medios Audiovisuales del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Actualmente reside en Nueva Esparta.

RAFAEL LORETO (Camaguán, estado Guárico, 1962)

Ensayista y estudioso del pensamiento de Simón Rodríguez, Juan David García Bacca y Ludovico Silva. Ha cursado estudios de Filosofía en la Universidad Central de Venezuela. Formó parte del Consejo de Redacción de la revista *Día-Crítica* donde publicó varios ensayos. Colaborador consecuente, entre los años 2009 y 2010, del semanario *Temas de Venezuela*. Ha realizado prólogos para el Fundación Editorial El Perro y La Rana. Profesor en distintos institutos de Educación Primaria y Bachillerato (educación de niños y adultos).

RED NACIONAL DE ESCRITORES Y ESCRITORAS SOCIALISTAS DE VENEZUELA

La Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela es una fundación autónoma que fundamenta su organización y funcionamiento en los valores humanistas y socialistas, cuyo objeto es articular el tejido organizacional de los creadores literarios para constituir una plataforma que propicie: la vinculación permanente con la sociedad en todos sus ámbitos; la seguridad social de los escritores, el derecho de autor, la promoción y difusión de sus obras; la consolidación de nuestra soberanía cultural en sus varias dimensiones; oral, literaria, territorial, política, ética y moral a través de una lectura del país; la asunción de una presencia protagónica en la elaboración, ejecución y seguimiento de las políticas del sector literario; el fomento de espacio para la creación literaria y la lectura dentro y fuera de las instituciones educativas; la democracia participativa y protagónica, multiétnica e intercultural de todos los actores sociales en el hecho literario; la presencia de la literatura en distintos planes, proyectos y misiones sociales de construcción del país, y afirmar, nuestra comunión con los valores y principios de la libertad, la independencia, la solidaridad y el bien común. Fue creada en 2005. Está inscrita actualmente en el Gran Polo Patriótico.

REINALDO ITURRIZA LÓPEZ (Caracas, 1977)

Sociólogo, egresado en el año 2000 de la Universidad Central de Venezuela con mención Magna Cum Laude. Ha publicado en la *Revista Venezolana de Ciencias Económicas y Sociales* y en diversas publicaciones periódicas de circulación nacional. Trabajó en la Defensoría del Pueblo, donde formó parte del equipo que elaboró los anuarios de Derechos Humanos de 2001 y 2002. Fue coordinador del Anuario de Derechos Humanos 2003. Miembro del equipo redactor de los informes especiales sobre el golpe de Estado

de 2002. Posteriormente fue profesor a dedicación exclusiva del Programa de Formación de Grado Comunicación Social en la Universidad Bolivariana de Venezuela (2004-2005). Profesor en la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela (2006). Coordinador editorial de la revista *DesdeDentro*, del Ministerio para la Economía Popular. Coordinó la Unidad de Comunicación y Tecnología Formativa del mismo ministerio (2005-2006). Director de Información y Relaciones Públicas del Ministerio del Trabajo y Seguridad Social (2006-2007). Asesor del Ministerio de Comunicación e Información (2007-2008). Director de la Escuela de Medios y Producción Audiovisual de Ávila TV (2009). Diseñó y fue coordinador del Módulo “Democracia participativa e inclusión social” del Consejo General de Policía (2009). Actualmente es columnista del diario *Ciudad CCS*. Ha publicado: *27 de Febrero de 1989: interpretaciones y estrategias*, texto que fue seleccionado como parte de la Biblioteca Popular de los Consejos Comunales. Escribe periódicamente en su blog: <http://saberypoder.blogspot.com/>

ROBERTO MALAVER (Tacarigua, estado Nueva Esparta, 1954)

Publicista y comunicador social. Licenciado en Estudios Internacionales y licenciado en Periodismo, mención Impreso, en la UCV. Estudios de Postgrado en Derecho Internacional en la UCV y en la actualidad es profesor en la escuela de Periodismo de la citada Universidad. Sus artículos periodísticos han sido publicados en diferentes periódicos de Nueva Esparta y en importantes periódicos de Caracas, como *El Universal*, *El Diario de Caracas* y especialmente en *El Nacional*, donde ha mantenido, desde hace varios años, la columna titulada: “A partir de uno”, obteniendo dos veces la mención del mejor artículo de humor publicado en las páginas de este periódico. También sus artículos han sido publicados en las revistas *Ínsula*, *Tropel de Luces*, *Momento*, *Publicidad y Mercadeo* y

Producto. Entre los libros que ha publicado, se cuentan: *El discurso más claro de la historia* y *Sin corazón en el pecho*. Fue Director de Divulgación Tributaria y Relaciones Institucionales del Servicio Nacional Integrado de Administración Aduanera y Tributaria (Seniat). Y es conductor, junto a Roberto Hernández Montoya, del programa radial y televisivo *Como ustedes pueden ver*, transmitido por Radio Nacional de Venezuela y Venezolana de Televisión. A lo largo de su trayectoria ha obtenido varios reconocimientos, como: el Premio Municipal de Periodismo, Mención Opinión, en el Municipio Libertador y Mención Opinión Radio al Premio Nacional de Periodismo (2005).

WILLIAM OSUNA (Caracas, 1948)

Poeta, editor, docente. Participó en el Taller de Poesía del Celarg (1976-77 y 1978-79). Ha recibido el Primer Premio de la Biental José Antonio Ramos Sucre, 1976 con *Estos 81*, Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal en 1983 con *Antología de la mala calle* y el Premio Nacional de Literatura 2006. También ha publicado: *Mas si yo fuese poeta, un buen poeta* (1978), *1900 y otros poemas* (1984), *San José Blues - Epopeya del Guaire y otros poemas* (2003), *Miré los muros de la Patria mía* (2005). Dirigió la revista *En el camino*. Es director fundador de la revista *A Plena Voz* y presidente de la Fundación Editorial El Perro y la Rana del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

WLADIMIR RUIZ TIRADO (Barinas, estado Barinas, 1949)

Poeta, ensayista y articulista en periódicos y revistas nacionales y regionales. Estudios de historia, administración y planificación en el Instituto Pedagógico de Barquisimeto y Universidad Lisandro Alvarado. Luchador social de larga trayectoria, especialmente en Lara y Barinas. Dirigente sindical, activista político, diputado a la

Asamblea Legislativa del estado Barinas y diputado al Congreso Nacional. Profesor en educación media y universitaria. Fue Encargado de Negocios de la Embajada de Venezuela en El Salvador. Escribió junto con Rafael Ojeda *El Carrao de Palmarito*. Autor de *Humberto Febres, una cosmovisión* (2000), *Las lógicas de Chávez* (2006), *La hermandad del maíz* (2008), entre otros libros.

ÍNDICE

- Prólogo / 9
Federico Ruiz Tirado
- De la compilación / 19
Miguel Márquez
- La otra independencia / 23
Gustavo Pereira
- Febrero en letra roja / 29
Earle Herrera
- Pueblo y ejército / 39
Luis Britto García
- Aquel capitán sin nombre / 49
Luis Alberto Crespo
- 4 de febrero de 1992, aquel “Por ahora” que dio la pauta / 57
Laura Antillano
- Voluntad, destino y azar / 67
Carlos Noguera
- El sermón (dos en uno o como gustéis) del padre Clemente Marell,
hermano de la Legión de María. Transcrito el 28 de diciembre de 2011,
día de los Santos Inocentes / 73

William Osuna
4F: apunte de una historia colateral / 85
Farruco Sesto

Casi un ensayo sobre febreros. Fechar el acontecimiento / 89
Juan Barreto

4 de febrero, de un fracaso militar a un éxito político / 99
Wladimir Ruiz Tirado

10 anotaciones sobre el 4F de 1992 / 109
Reinaldo Iturriza López

El 4F amanecí de bala / 113
Roberto Malaver

Febrero en tres tiempos / 117
Iván Padilla Bravo

El 4 de febrero una utopía democrática / 127
Nelson Guzmán

Crónica del chinchorro en la mesa / 149
Christiane Helena Valles C.

Un huracán de palabras / 157
Oscar Sotillo Meneses

4F: La rebelión permanente / 171
Luis Alberto Angulo

Un cuatro sonoro y bien afinado / 179
Orlando Pichardo

4F, veinte años después, y “por ahora”,
¿la reflexión? / 187
Rafael Loreto

el 4 de febrero: una ruptura
desde la querencia / 193
Pedro Salima

La alborada del 4F / 203
Héctor Seijas

4 de febrero, la derrota que no fue / 217
Esmeralda Torres

El 19 de abril, el 4F y la Celac / 223
Gonzalo Fraguí

¿Por qué ocurrió el 4 de febrero de 1992? / 231
Franklin González

Acerca del 4F, entre Cabimas-Caracas / 241
José Bracho Reyes

La fiesta patria del 4F / 255
Nomar Oporte

4 de febrero: imaginación y resurrección / 265
Pedro Ruiz

Desde guarenas para todos los indignados del mundo / 275

Miguel Márquez

A dos décadas de un sueño libertario / 283

Gabriel Jiménez Emán

El 4-F empezó una revolución cultural / 291

Leonardo Gustavo Ruiz

La insurrección bolivariana: mitos y realidades

Sobre el 4-F de 1992 / 299

Jorge Arturo Reyes

La fecha habla / 317

Gonzalo Ramírez Quintero

SEMBLANZAS DE AUTORES / 327

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE 2012
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
50.000 EJEMPLARES
GUARENAS - VENEZUELA

Fue el primer grito de una nación que había sufrido la expoliación de su propio destino y el del sueño de la América como Patria única que le fuera arrebatada al Libertador en 1830 con la traición, y a Zamora con la bala que segara su guerra campesina.

Entonces Venezuela fue pasto de la rebatiña de los nuevos terrófagos y de los empresarios de la compra y venta de sus bienes nacionales y de su misma conciencia, compadres civiles y militares duchos en el mercadeo de los votos y la repartición de las propiedades populares.

Aquel 4 de febrero Venezuela despertó bien temprano con ese grito del reclamo ancestral que lanzara un joven oficial de pasión civil e igualitaria. Ocurrió en un amanecer que ya nunca habrá de conocer tiniebla alguna. Tal despertar avivó así la gran ilusión en los pechos de todos los venezolanos de rescatar el ideario bolivariano por sus propias manos y un mismo corazón.

Aquel joven oficial y el grupo de justicieros soñadores que lo seguían hicieron posible que Venezuela cesara de ser una nación interrumpida, y hoy sabe que la tierra y la historia de las que quisieron apropiarse los patrioterros de malas entrañas les pertenece enteramente gracias a la revolución socialista, venezolana y bolivariana que anima el Presidente de la República Hugo Rafael Chávez Frías. Las páginas que siguen reúnen las voces de un grupo de destacados escritores intelectuales venezolanos, quienes invocan y testifican acerca de ese día que nunca termina, un día para siempre.

LUIS ALBERTO CRESPO

